

Adriana Mather

ASÍ
SE CUELGA
A UNA
BRUJA

JUVENIL



Foto Adriana Mather

© James Bird

Biografía de Adriana Mather

Adriana Mather forma parte de la décimo segunda generación de los Mather en Estados Unidos y como tal, su familia ha tenido que ver con muchos de los acontecimientos históricos de su país: la llegada de los primeros colonos en el Mayflower, las brujas de Salem, el hundimiento del Titanic, la Guerra de Independencia y en diversos procesos judiciales. Es copropietaria de una compañía cinematográfica, Zombot Pictures, con sede en Los Ángeles, que en tres años ha rodado ya tres películas. El primer papel que consiguió en un film fue junto a Danny Glover, y estaba muerta del miedo al pensar que pudiera hacerlo mal. Le encanta la *pizza* y tiene muchos gatos, demasiados.



Sinopsis de *Así de cuelga a una bruja*, de Adriana Mather

Salem, Massachusetts, es la ciudad en la que tuvieron lugar los infames juicios contra las brujas, y también es el nuevo hogar de Samantha Mather, que recién llegada de Nueva York junto a su madrastra, no es recibida precisamente con los brazos abiertos. Sam es descendiente de Cotton Mather, uno de los responsables de aquellos juicios y, casi de inmediato, se convierte en la enemiga de un grupo de chicas que se hacen llamar a sí mismas Las Descendientes. Y adivinad quiénes fueron sus antepasadas...

Por si eso fuera poco, Sam se enfrentará cara a cara con un fantasma de verdad (aunque sea alguien técnicamente muerto). Atractivo y con mal genio, quiere que Sam deje de tocar sus cosas. Además, Sam descubrirá pronto que ella misma es el centro de una maldición centenaria que afecta a todo aquel que tiene alguna relación con los juicios. Necesita hacer las paces con el fantasma y encontrar la manera de trabajar con Las Descendientes para detener un círculo mortal que no se ha detenido desde que la primera acusada fue colgada. Si hay alguna ciudad que debería haber aprendido la lección, es Salem. Sin embargo, la historia amenaza con repetirse...

Así se cuelga a una bruja

Título original: *How to Hang a Witch*, de Adriana Mather

Copyright © 2016 Adriana Mather

© de la traducción: Natalia Navarro Díaz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Payo Pascual

Conversión en epub: [Booqlab](#)

Imágenes de cubierta: © Captblack76/Shutterstock (chica); © thehistorytrekker (casa)

Primera edición digital: abril de 2017

ISBN: 978-84-16550-91-3

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ADRIANA MATHER

Así se cuelga a una bruja

Libros de
seda

Para Sandra Mather, a quien quiero sin reservas.

Para James Bird, que ilumina cada instante.

*Y para Claire Mather, que tuvo la premonición
de que me convertiría en escritora.*

CAPÍTULO 1

Demasiado seguro de sí mismo

Como la mayoría de los neoyorkinos lenguaraces y tercos, tengo tendencia al sarcasmo. Con quince años, no obstante, no es fácil convencer a nadie de que el sarcasmo es un acto cultural y no fruto del mal comportamiento. Sobre todo, cuando tu madrastra no sabe conducir, porque ella es también de Nueva York, y se te derrama el café por culpa de su forma de pisar el freno.

Me limpio unas gotas de café con leche y avellanas de la barbilla.

—Muy bien. Tú tranquila, no te preocupes, ¿eh?, que a mí me encanta echarme el café encima.

Vivian mantiene la mano sobre el claxon, como un gato listo para abalanzarse sobre alguien.

—Llevas la ropa llena de rotos. El café no es el problema.

Si existe alguien que nunca ha vivido una situación embarazosa, de tipo social o de cualquier otro, es mi madrastra. Cuando yo era pequeña, admiraba su capacidad para cautivar a una sala llena de gente. Antes pensaba que algo se me pegaría, pero ya he perdido toda esperanza. Ella siempre se comporta de forma intachable, algo que nunca lograré; la cazadora de piel ecológica y los *jeans* negros con rotos que tengo la sacan de sus casillas, así que ahora me dedico a ponérmelos para asistir a sus fiestas. Alguna ventaja tendría que tener, ¿no?

—El problema es que no sé cuándo voy a ver a mi padre —respondo mientras miro por la ventanilla las deterioradas casas de Nueva Inglaterra con sus terrazas típicas y contraventanas oscuras.

Vivian frunce los labios.

—Hemos hablado de esto unas cien veces ya. Esta semana lo trasladan al Hospital General de Massachusetts.

—Que está a una hora de Salem. —Me he limitado a repetir la misma frase desde que hace tres semanas me enteré de que teníamos que vender nuestro apartamento de Nueva York, el lugar en el que he vivido toda mi vida.

—¿Preferirías vivir en Nueva York y no poder pagar las facturas médicas de tu padre? No sabemos cuánto tiempo va a estar en coma.

«Tres meses, veintiún días y diez horas. Eso es exactamente el tiempo que lleva en coma.»

Pasamos junto a una hilera de tiendas de artículos de brujería que tienen hierbas secas y escobas en las ventanas.

—Aquí adoran a las brujas —comento, haciendo caso omiso de la última pregunta de Vivian.

—Esta es una de las ciudades antiguas más importantes de Estados Unidos. Tus antepasados desempeñaron un papel trascendental en esa historia.

—Mis antepasados colgaron a las brujas en el siglo XVII. No es precisamente para estar orgulloso.

Sin embargo, la verdad es que siento mucha curiosidad por este lugar, por las avenidas adoquinadas y las espeluznantes casas negras. Adelantamos a un automóvil de policía con un logo de brujería en un lateral. Cuando era niña, probé todas las tácticas posibles para que papá me trajera aquí, pero no me hizo ni caso. Decía que en Salem nunca pasaba nada bueno y la conversación terminaba siempre ahí. No hay manera de presionar a mi padre.

Delante de nosotras se detiene un autobús con información sobre una visita guiada que va de fantasmas. Vivian frena de golpe y lo sigue después de cerca. Hace un gesto en dirección al anuncio.

—Mira, un buen trabajo para ti.

Esbozo una sonrisa.

—No creo en los fantasmas. —Entramos en Blackbird Lane, la dirección que aparece en el remite de las postales que me enviaba mi abuela de niña.

—Eres la única en Salem que piensa de esa manera. —No dudo que tenga razón.

Por primera vez en este trayecto en automóvil que más bien parece una montaña rusa, el corazón me da un vuelco, pero en el buen sentido. El número 1131 de Blackbird Lane, la casa en la que creció mi padre, el lugar donde conoció a mi madre. Se trata de un edificio enorme y blanco de dos plantas con contraventanas negras y una entrada con columnas. El tejado está cubierto de tablillas oscuras de madera desgastadas por el aire salobre. Una valla de hierro forjado con puntas afiladas rodea el patio.

—Tiene un tamaño perfecto —comenta Vivian con la vista fija en nuestro nuevo hogar.

La entrada de ladrillo rojo presenta baches debidos a los años y está invadida por raíces de árboles. El automóvil deportivo de mi madrastra renquea mientras atraviesa la cancela negra con forma de arco hasta detenerse.

—Aquí podrían vivir diez personas y no verse nunca —respondo.

—Como he dicho, del tamaño perfecto.

Me recojo el pelo en un moño despeinado en la coronilla y tomo el bolso de lona que tengo a los pies. Vivian ya ha bajado del automóvil y sus tacones resuenan en el suelo. Se dirige a una puerta lateral con una cornisa encima. Respiro profundamente y abro la puerta del vehículo. Antes de darme tiempo a ver bien nuestro nuevo hogar, una vecina sale de su casa azulísima y nos saluda con entusiasmo.

—¡Holaaaaa! Eh, ¡hola! —exclama con la sonrisa más amplia que he visto nunca en un extraño al tiempo que cruza la hierba del jardín para acercarse al acceso a nuestra casa.

Tiene las mejillas sonrosadas y un delantal blanco con volantes. Parece salida de una revista de amas de casa de los años cincuenta.

—Samantha —exclama con una sonrisa. Me toma de la barbilla para mirarme bien a los ojos—. La hija de Charlie.

Nunca he oído a nadie referirse a mi padre por un diminutivo.

—Mmm... Sam. Todos me llaman Sam.

—Menuda bobada, ese es nombre de chico. Estás muy guapa, aunque demasiado delgada. —Retrocede para mirarme mejor—. Ya arreglaremos eso. —Suelta una carcajada aguda.

Sonrí, no estoy muy segura de que sea un cumplido. Su alegría es, en cierto modo, contagiosa. Me examina y me cruzo de brazos. Se me cae el bolso del hombro, lo que hace que me desestabilice y trastabilice.

—¡Jaxon! —brama en dirección a su casa azul sin hacer comentario alguno sobre mi torpeza. Un joven rubio que aparenta unos diecisiete años sale de una puerta lateral justo cuando alcanzo la

correa del bolso—. Ven y llévale el bolso a Samantha.

Al acercarse, el pelo del color de la arena le tapa los ojos.

«Azules.»

Alza una comisura de la boca y esboza una media sonrisa. Me quedo mirándolo.

«¿Me estoy sonrojando? ¡Uf, qué vergüenza!»

Estira el brazo para alcanzar el bolso que me cuelga del codo. Me lo coloco bien en el hombro.

—Ya puedo yo.

—Este es mi hijo Jaxon. ¿No es un encanto? —Le da una palmadita en la mejilla.

—¿En serio, mamá? —protesta él.

—¿Así que conoce a mi padre? —Esbozo una sonrisa.

—Así es. Y conocía a tu abuela. Cuidé de ella y de la casa cuando se hizo mayor. Conozco este lugar como la palma de mi mano. —Se lleva las manos a las caderas.

Vivian se acerca con el ceño fruncido.

—¿Señora Meriwether? Hablamos por teléfono. —Se queda callada un momento—. Supongo que tiene las llaves.

—Por supuesto. —La mujer se mete la mano en el bolsillo del delantal y saca con cuidado un juego de llaves grandes y antiguas con algunas partes alisadas por el uso de los años. Se mira el reloj y sonrío con complacencia—. Estoy a punto de sacar unos cruasanes de chocolate del horno. Jaxon os enseñará...

—Gracias. No es necesario. Podemos verla solas, si no le importa. —Vivian emplea un tono rotundo en su respuesta. Ella no confía en la gente amable. En una ocasión tuvimos un portero que solía regalarme golosinas y lo despedió.

—¿Sabe cuál era el dormitorio de mi padre? —pregunto.

A la señora Meriwether se le ilumina el rostro.

—Está preparado para que lo uses. Sube las escaleras y gira a la izquierda, está al fondo del pasillo. Jaxon te lo puede enseñar.

Vivian se da la vuelta sin despedirse. Jaxon y yo la seguimos hasta la puerta.

Mi vecino me mira con curiosidad cuando entramos.

—No te había visto nunca.

—Nunca he estado aquí.

—¿Ni cuando tu abuela seguía viva? —Cierra la puerta detrás de nosotros.

—No la conocí. —Me resulta muy extraño afirmar tal cosa.

En el recibidor hay varias pilas de cajas, nuestras pertenencias de la gran ciudad. Vivian vendió lo más pesado cuando se enteró de que esta casa estaba amueblada.

Pasamos junto a las cajas y llegamos a un espacio abierto con un lustroso suelo de madera, un candelabro de hierro forjado y una escalera gigante. Oigo los tacones de Vivian repiquetear por el pasillo de la izquierda, un sonido que la sigue como su sombra. De niña, siempre me paraba a escuchar si quería encontrarla, incluso en una habitación llena de mujeres con tacones. No me sorprendería que durmiera con esos zapatos. Entro en nuestra casa por primera vez. De las paredes cuelgan pinturas con marcos dorados separadas por apliques con bombillas con forma de velas. Todo es antiguo y de madera oscura, al contrario que el apartamento moderno de Nueva York.

«Parece sacada de un libro de cuentos de hadas», pienso mientras observo la escalera curva con barandilla de madera y la alfombra oriental que hay en medio.

—Por aquí. —Jaxon señala la escalera, me quita el bolso del hombro y empieza a subir los peldaños.

—Puedo llevarlo yo.

—Ya lo sé, pero no quiero que vuelvas a caerte. Las escaleras hacen más daño que el suelo. —Así que sí que me ha visto tropezar. Sonríe al ver la cara que pongo.

«Este chico tiene demasiada seguridad en sí mismo.»

Me agarro a la barandilla por si mi torpeza decide manifestarse una segunda vez y lo sigo.

Gira a la izquierda cuando llega a la planta de arriba, pasamos junto a un dormitorio con una cama vestida con una colcha de color borgoña y un dosel por el que cualquier niña pequeña se pirraría. A continuación, hay un baño con una enorme bañera con patas y un espejo con un marco dorado.

Se detiene al final del pasillo, delante de una puerta pequeña que parece necesitar una buena mano de pintura. El pomo tiene la forma de una flor con pétalos brillantes de latón. ¿Una margarita, tal vez? Lo giro y la madera se queja cuando abro la puerta.

Ahogo un gemido.

—¿Te gusta? —me pregunta Jaxon con una mirada de curiosidad—. Mi madre se ha pasado toda la semana colocando los muebles y preparando la habitación para ti.

A mi derecha hay una cama de madera oscura en cuyos cuatro postes hay flores talladas, un tocador a juego, también con flores talladas, con la parte de arriba de mármol y una delicada mesita de noche con una lámpara vieja hecha de vidrio amarillo. Justo delante de mí hay un armario antiguo, de otro siglo. Me encanta. Junto a la cama descansa una mantita blanca para las mañanas frías. Y al frente hay una ventana con un asiento con cojines blancos de encaje.

—Menudo cuchitril —respondo.

Jaxon se ríe y una sonrisa de aprobación le atraviesa el rostro.

Paso la mano por el cubrecama de encaje de color marfil de la cama y la colcha. Mi bolso negro de lona parece demasiado simple en comparación con todas estas antiguallas que van a juego con los inclinados suelos de madera.

Como no sé qué más decir, me saco un pintalabios del bolsillo y le quito el tapón. Esta es la conversación más larga que he tenido con alguien de mi edad en años.

Jaxon se quita el bolso del hombro.

—¿Dónde quieres que deje esto?

—Dame. —Estiro el brazo para alcanzar la correa, pero calculo mal el movimiento y, en lugar de quitarle el bolso con suavidad, como era mi intención, le mancho toda la mano con el pintalabios.

—El rosa no me sienta muy bien. —Sonríe.

—¡Perdona! —digo atropelladamente—. Normalmente no ataco a la gente con pintalabios.

«Como si alguien fuera a usarlo como arma. Qué estoy diciendo?»

Lo único que se me ocurre es limpiarle la mano con la mía y eso es lo que hago, incómoda, aunque en realidad más que limpiarle la mancha se la restriego. Su sonrisa se ensancha. Suelta el bolso y alcanza un pañuelo del tocador.

Me levanta la mano manchada con pintalabios con sabor a fresa. Coloca la palma hacia arriba y desliza suavemente el pañuelo sobre ella. El corazón me va a cien. «A mí no me gustan los rubios.»

—No se me va a romper —comento—. La mano, digo... que no se va a romper.

—Prefiero no arriesgarme.

Su seguridad empieza a frustrarme. La está acaparando toda él solo, debería dejar algo para el resto del planeta.

Aparta la vista de mi mano y me mira a la cara.

—A saber con qué me atacarás ahora.

Recupero la mano.

—¿Qué? Ah, sí. Es decir, no. Vaya, que no voy a tocarte.

«Venga ya, ¿en serio?»

Asiente, apenas capaz de contener una carcajada.

—Te veo en clase mañana.

«No te rías de mí. Posiblemente nunca hayas vivido un momento embarazoso en tu vida, con todo ese pelo rubio y sedoso y esa piel bronceada. Así que cierra el pico.»

Desaparece por el pasillo iluminado por las pequeñas bombillas y por primera vez desde que mi padre enfermó, me siento realmente yo misma.

CAPÍTULO 2

Invitados agradables

Vivian y yo parecemos tontas en esta mesa tan grande con la comida para llevar. «En esta cosa caben ocho personas, cada uno con su salvamanteles de ganchillo.»

Pruebo los raviolis del recipiente de plástico y le ofrezco a Vivian, pero niega con la cabeza con gesto de rechazo. Papá es el cocinero de la familia, lo que tiene sentido, pues es importador de especias. Vivian no cocina mucho y, cuando lo hace, siempre prepara un filete con patatas, y yo soy vegetariana.

—Tu padre hablaba mucho de su infancia en este lugar —dice.

—Conmigo no. —Nunca quería hablar de Salem, especialmente desde la muerte de mi abuela el año pasado. Me enteré de que tenía esta casa hace un par de semanas.

—Supongo que Meriwether y él eran amigos —continúa con un tono un tanto molesto.

—Me parece una mujer adorable. —Le doy un mordisco pequeñito al pan de ajo.

Vivian arruga la nariz.

—Demasiado adorable. Seguro que es una cotilla.

—No sé. —No voy a darle la razón, la señora Meriwether parece muy simpática.

—Probablemente envíe a su hijo para que nos sonsaque información. —Niega con la cabeza y, tras poner los ojos en blanco, continúa—: Aunque seguro que no te importa, ¿verdad?

Me detengo a medio bocado.

—Me da exactamente igual.

—Ajá. Bueno, no te hará daño que intentes hacer amigos. —Se da unos toquitos en la comisura del labio con la servilleta y la mancha con el pintalabios de color vino.

Aprieto el tenedor con los dedos.

—De todas formas, ya sabes que acabaría en desastre. —Es solo una cuestión de tiempo que alguien salga herido o que sus padres les prohíban salir conmigo.

—La gente puede resultar decepcionante. Aun así, tienes que cambiar un poco de actitud. Sonríe al menos.

Las críticas de Vivian alimentan mis temores de que este lugar pueda ser exactamente igual que la gran ciudad.

—Puede que vaya a visitar a la señora Meriwether. —Observo su reacción—. Predica con el ejemplo.

Vivian alza una de sus perfectas cejas en un intento de averiguar si hablo en serio. Hace cuatro meses, se habría reído y yo habría dicho que era una broma.

Cierro el recipiente de los raviolis con un suspiro. De pequeña, solía seguir a mi madrastra a todas partes. Mi padre decía que era su club de fans personal y a Vivian le encantaba. Se

convierte en la mejor versión de sí misma cuando se siente admirada. Pero desde que ingresaron a papá en el hospital ha habido cierta tensión entre nosotras. Y desde que me enteré de que nos mudábamos, esta ha crecido hasta transformarse en algo de lo que no puedo escapar.

Aparto la silla de la mesa y Vivian pone una mueca al oír el chirrido al arrastrarla por el suelo. Salgo del salón sin decir palabra; parece una escena sacada de una vieja película británica. Solo faltan los sirvientes con sus guantes blancos e invitados simpáticos.

Doy un corto paseo hasta la escalera. Paso junto a un baño con unas paredes de color morado oscuro y otra habitación que tan solo puedo describir como una sala del té de señoras que da a un jardín de rosas.

Me sujeto a la barandilla y subo los escalones de dos en dos. Cuando llego arriba, la única luz proviene de mi dormitorio, que brilla con un tenue resplandor amarillo al final del pasillo. El de Vivian está al fondo del otro pasillo; posiblemente quiera mantenerse lo más alejada de mí. Realmente nunca hemos sido de ese tipo de personas adorables que tienen charlas serias. Pero lo cierto es que no me molesta esta separación.

Ojalá estuviera mi padre aquí. Estas habitaciones antiguas deben de estar repletas de recuerdos para él. «A lo mejor venir aquí me sienta bien. Me distrae de mis constantes preocupaciones.»

Abro la puerta de mi cuarto.

—¿En serio? —La ropa, en lugar de estar pulcramente ordenada en el armario, yace amontonada en el suelo.

Inspecciono el cerrojo del armario para comprobar si está roto, pero parece estar bien. Puede que no lo cerrara.

—Qué forma de deshacer la maleta —dice Vivian desde la puerta.

—Hace una hora estaba todo ordenado. A lo mejor lo he apilado demasiado alto.

—Puede que tengamos un fantasma al que no le gustes. —Sonríe. Seguro que quiere aligerar el ambiente. Tener que mudarme a Salem me ha dolido un poco.

—Qué graciosa —replico, y ella se retira por el pasillo tenuemente iluminado, alejándose de mí.

Encima de la pila de ropa hay unos pantalones de chándal negros, así que me cambio los *jeans*. Me pongo a ordenar el desastre mientras observo mi nueva habitación. Hay fotografías de mi padre sobre un baúl viejo situado debajo de la ventana del fondo y el joyero de mi madre está en el tocador. Intento imaginar a mis padres juntos en este dormitorio cuando eran jóvenes.

Coloco la última camiseta doblada en su lugar, cierro el armario y tiro para asegurarme de que está cerrado. Tomo el pequeño marco de fotos dorado de encima del baúl y lo dejo caer en la cama de encaje.

En la fotografía tengo cuatro años y estoy sentada en el regazo de papá, en la terraza de una cafetería en París. Él me apoya la mejilla en la coronilla mientras yo sostengo un profiterol con ambas manos. Me acaba de manchar la nariz con un poco de crema y me estoy riendo. Este fue el viaje en el que conocimos a Vivian, antes de empezar a ir a la escuela y de dejar de viajar tanto con él.

—¿Cómo voy a empezar las clases mañana sin que estés aquí para darme una charla de motivación? —le pregunto a la fotografía, sin mirarla de verdad—. La gente aquí va a ser más amable que en mi anterior instituto, ¿verdad? Que duermas bien, papá. Te quiero. —Beso la imagen y dejo de nuevo el marco en la mesita de noche junto a un jarrón de cuello estrecho con una única flor que parece una margarita con el centro oscuro.

«Se parece al pomo de la puerta.»
Apago la luz.

CAPÍTULO 3

Mi apellido

Vuelvo a comprobar el papel que tengo en la mano y que dice: «TUTORÍA: AULA 11». Abro la puerta. Ser la nueva es como tener una diana en la frente, o bien la gente se burla de ti o hace apuestas para ver quién va a ser el primero en salir contigo.

Examino el aula y me muerdo el labio. La mayoría de los pupitres están ocupados, excepto un par en la primera fila, junto a dos chicas vestidas totalmente de negro; pero no a mi estilo con *jeans* rotos, sino con un aire más gótico. Blusas de encaje, *blazers* negros y *jeans* ajustados. El resto del aula tiene un estilo bastante más chic, como es de esperar en una ciudad que linda con Boston, el lugar que mi padre llama la capital de la supuesta elegancia.

Me siento en la silla que hay al lado de la chica rubia vestida completamente de negro.

—Ese sitio está ocupado —me dice.

—Sí, por mí. —Me quedo paralizada. Estoy tan acostumbrada a tener que defenderme que empiezo una discusión sin necesidad. Ella y la morena de piel olivácea con cabello rizado que hay al otro lado se vuelven hacia mí.

—Lárgate —replica la rubia. El maquillaje negro que lleva en los ojos enmarca su mirada glacial.

—No importa, Alice —apremia otra chica a la que no he visto acercarse. Tiene el pelo de color caoba perfectamente recogido en un moño alto y lleva puesto un vestido de encaje negro muy ajustado en la cintura—. Me siento aquí. —Se agacha con gracia en el pupitre que hay a mi derecha. Suena el timbre.

—Hola a todos. Buenos días, soy la señora Hoxley, como muchos de vosotros ya sabéis. Y, como también ya sabéis, no tolero los retrasos. Bienvenidos a vuestro primer día en décimo curso —explica una mujer gruesa con gafas y un traje falda de los ochenta. «Qué bien, menudo encanto de mujer.»

Me quito el *blazer* mientras la señora Hoxley pasa lista. Nos mira a la cara. Levanto la mano.

—¿Sí?

—Me llamo Sam. Acabo de mudarme desde Nueva York. —Trago saliva lentamente.

«Odio hablar en clase.»

—Habla más fuerte y dime tu nombre completo. —Da un golpecito con el lápiz en la carpeta.

—Samantha Mather —respondo un poco más alto. Todos los ojos están fijos en mí y la gente susurra.

—Mather, ¿verdad? Me han dado aviso. No había tenido a un Mather en este centro desde hace más de veinte años.

«Se acuerda del último Mather que vino a este instituto... ¿Quién sería? ¿Mi padre?»

Alice y la chica que hay a su lado —creo que Mary— intercambian miradas.

—Cuando esa vieja loca murió, pensé que se habían acabado —le susurra Alice a Mary con la mirada glacial fija en mí.

Me vuelvo hacia ella. «No respondas. Respira.»

—Supongo que no tendremos esa suerte —continúa Alice.

Su expresión desafiante me saca de mis casillas.

—¿Estás hablando de mi abuela muerta? Vaya educación.

—No me agrada que los alumnos hablen cuando no es su turno —dice la señora Hoxley.

«¿Cómo he acabado siendo yo la que se mete en líos?»

Alice se ríe.

—Alice, eso también va por ti —continúa la señora Hoxley con una sonrisita—. Sinceramente, espero que dejes las rencillas familiares fuera de esta clase.

—Entendido —responde.

«¿Rencillas familiares?» Todo esto no puede ser por mi apellido.

Durante el resto de la tutoría, Alice y Mary se pasan notas y me miran de reojo. Me parece que esto no está yendo muy bien. La señora Hoxley repasa las reglas y nos da nuestro horario. El mío lo ha traído alguien del despacho del director. A primera hora tengo Historia avanzada y después Química avanzada.

Cuando suena el timbre, alcanzo el *blazer* y mi bolso negro.

Camino por el pasillo intentando entender cómo van los números de las aulas. Paso junto a una vitrina de cristal llena de trofeos en la que hay escrito «¡ARRIBA LAS BRUJAS!»

«Por supuesto, la mascota es una bruja.»

Con la mirada todavía puesta en la vitrina, me tropiezo con alguien. Un chico con el pelo oscuro y ondulado y pómulos afilados me mira. Sus ojos grises prestan atención a mi rostro ruborizado. Es tan atractivo que me quedo sin palabras y con la boca abierta. ¿Hay alguna mesa bajo la cual me pueda esconder antes meter más la pata? Se aleja antes de que me dé tiempo a disculparme.

—Sam —me llama Jaxon, que está unos centímetros delante de mí—. ¿Te has perdido?

Sí, y me encantaría rebobinar este día.

—Estoy buscando el aula de Historia avanzada.

—Está aquí. —Señala la puerta que tiene a su izquierda—. ¿Es tu segundo o tu tercer año?

—Segundo. Tú estás en tu tercer año.

—¿Tan obvio es?

—Bueno, por tus alardes y el pito... —«Dios mío.» He estado a punto de decirle que siempre está de pitorreo. Me sudan las manos. Esto no puede ir peor, acabo de decirle que alardea de pito. Me voy a morir. Este debe de ser mi final.

Jaxon se echa a reír.

—Vaya, gracias. No sabía que te hubieras fijado.

—No, no. No quería decir eso. Me refería a los alardes y al pitorreo clásicos de los estudiantes avanzados. —«Estupendo, ahora he dicho dos cosas que no quería decir».

Mi única vía de escape es entrar en clase, así que allá voy, pero él me sigue. Me siento al fondo y trato de desaparecer de la existencia.

Jaxon se sienta a mi lado, todavía sonriendo.

—Es lo mejor que nadie me ha dicho nunca.

Me quedo mirando el pupitre. La situación sería divertida si no fuera tan horrible. Por suerte, se lo ha tomado bien.

—Ojalá pudiera decir que ha sido la única estupidez que he hecho hasta ahora.

—¿No te está yendo bien el primer día de instituto?

Niego con la cabeza.

—¿Te has fijado en un grupo de chicas de mi curso que van de negro, con un estilo gótico?

—¿Las Descendientes?

Lo miro.

—¿Qué?

—¿Cómo? ¿Así? —Hace un gesto en dirección a un chico y una chica que está entrando en el aula. Él lleva una camiseta negra que parece cara, pantalones negros y mocasines negros. Ella tiene puesto un vestido largo negro con una americana entallada negra. Lleva el pelo recogido en un moño perfecto.

—Sí, así.

—Hay cinco en el instituto. Él es el único chico. Son descendientes de las famosas brujas de Salem. Todo el mundo tiene una relación de amor odio con ellos. Creen que pueden echarte una maldición si quieren. A mí me parecen bobadas.

—Estás bromeando, ¿no? —Pero, por su expresión, me doy cuenta de que no es así.

—Jaxon. —Una chica lo saluda desde el otro lado de la clase. Es guapa, parece una amazona.

Él le sonríe.

—Hola.

—Ven a sentarte con nosotras —le pide señalando a su amiga igual de chic.

—No, estoy bien. Estoy esperando a Dillon. —La chica me atraviesa con la mirada.

«Qué bien. Otra persona a la que no le gusto. Estoy en racha.»

CAPÍTULO 4

Yo nunca me río de las galletas

Estoy junto a un bordillo fuera del instituto Salem, observando cómo se detienen los automóviles para recoger a los alumnos. Al otro lado de la calle, cuatro de los Descendientes caminan por la acera. Tengo que admitir que así, todos juntos, tienen un aspecto muy interesante. Cuesta no volverse a mirarlos.

A su paso, la gente se aparta. Todos los siguen con la mirada, incluso yo. De repente, todos a la vez se dan la vuelta y me miran. Me muerdo el labio inferior y aparto la mirada.

Siento una punzada en la nuca. Alice me está tirando de un mechón de pelo. Levanta una ceja dorada encima de sus ojos enmarcados de negro. «Pero ¿qué...?»

Pasa por mi lado y se adelanta sin fijarse en los automóviles.

«Qué horror.»

Bajo de la acera y el chico moreno del pasillo me mira.

Justo cuando estoy a punto de darle una voz a Alice, el vehículo de Vivian se detiene con un chirrido. La chica se reúne con los demás Descendientes y continúan por la acera.

—¿Haciendo amigos? —me pregunta mi madrastra cuando entro en el automóvil.

Supongo que no ha visto a Alice arrancándome los pelos.

—Más bien enemigos. —Ojalá no le hubiera replicado en clase.

Vivian arranca tan rápido que huelo el tufo a goma quemada.

—Sam. —Por su tono entiendo que he hecho algo mal.

—De verdad, no es culpa mía. En este instituto tienen una estructura social bastante espeluznante de brujas y mi apellido no ayuda precisamente. —Solo necesito que alguien me abrace y me diga que no soy horrible y que todo esto acabará olvidado, pero no a Vivian. Necesito a mi padre.

—Salem se enorgullece de sus brujas. Esta historia es real para la gente que vive aquí.

—Pues es una locura. —Siento cómo el desastre de día que he tenido amenaza con sobrepasarme.

Mi madrastra suspira.

—Esa actitud no te va a servir para hacer amigos. —Gira en una curva y me sujeto —. Intenta entender su perspectiva.

—No voy a disculparme porque un tipo con una peluca blanca y rizada tomara malas decisiones hace trescientos años solo porque tengamos el mismo apellido que él.

—Es complicado, y tu testarudez solo te va a complicar las cosas.

Ya está bien. Ya he tenido suficiente.

—No quiero tus consejos.

Tensa los dedos en el volante y pisa el freno.

—Entonces aguántate con lo que tienes.

Me cruzo de brazos, haciendo caso omiso de su comentario y de ella en general mientras nos adentramos en nuestra calle.

Voy directa hacia la puerta en el mismo segundo en que detiene el automóvil. Cuando entro en el recibidor, los sillones blancos y la chimenea que hay en la habitación de la derecha me llaman la atención. Ayer no examiné el lugar con todo el asunto de deshacer las maletas. Apoyo la mochila en una pequeña mesita de madera y me dirijo al pasillo que queda a la derecha de las escaleras, encantada de contar con una distracción.

Es largo y está lleno de puertas. En las paredes cuelgan retratos de familiares muertos.

«Me los imagino caminando por aquí con una vela.»

Echo un vistazo en la habitación de la chimenea, que probablemente sea un salón. Hay una preciosa alfombra vieja y la mesita es un baúl de piel antiguo.

La siguiente puerta del pasillo está cerrada y la abro.

—Vaya.

La habitación es enorme y a la izquierda hay un piano. Hay un par de zonas para sentarse y sofás blancos y antiguos en los que no me puedo imaginar acomodándome. En una bandeja de plata hay unos decantadores de cristal llenos y unos pequeños vasos de cristal. Levanto la tapa del piano y toco una nota desafinada.

En el extremo de la habitación, entre dos ventanas altas, hay una pintura de una niña de más o menos mi edad. Lleva puesto un bonito vestido de seda azul y blanco decorado con encaje y sostiene un ramo de flores amarillas. Tiene una expresión relajada, como si conociera al artista. Me intriga.

Debajo, hay una pequeña mesa con un libro de poesía abierto. Las páginas están amarillentas.

—*Rudbeckia* —leo el título del poema.

«¡La flor! Claro, es la que lleva en las manos. Y, ahora que lo pienso, es la flor que hay también en mi habitación.»

Oigo un golpe a mi espalda y suelto un grito. Me doy la vuelta y veo que se ha cerrado la tapa del piano.

«Esto no me gusta nada.»

Vivian me llama y salgo corriendo del sofisticado salón, cerrando la puerta tras de mí. Me tiemblan las manos.

—¿Sí? —respondo.

—¡La puerta!

Cuando llego al vestíbulo, me encuentro a Jaxon con un plato repleto de galletas.

—No te rías, mi madre me ha dicho que las traiga.

Vivian me dedica una mirada que solo puede significar «ya te había dicho que eran unos entrometidos» antes de darse la vuelta para marcharse. Podría coincidir con ella, pero, después del día que he tenido, la verdad es que me alegra que haya alguien del instituto que no crea que soy unaapestada.

Tomo el plato.

—Yo nunca me río de las galletas.

—De azúcar y mantequilla con perlas de chocolate.

—¿De verdad? Tu madre es increíble —exclamo en voz alta para que Vivian me escuche.

—Sí, si alguna vez tienes hambre, pásate. Es una experta en la cocina. Es su especialidad.

Cultiva hierbas y ese tipo de cosas, incluso en invierno.

Tiene un mechón de pelo dorado fuera de lugar y me quedo mirándolo un segundo más de lo conveniente.

—¿Te apetece pasar un rato? Estaba echando un vistazo a la casa. —No me acuerdo de la última vez que invité a alguien a pasar el rato conmigo. Si mi padre estuviera aquí, estaría sonriéndonos como un loco y yo me sentiría supercohibida. Hace cuatro meses, habría evitado todo contacto visual con él, incómoda, pero ahora me encantaría tener aquí sus ojos para evitarlos.

Jaxon se aparta el pelo de la frente.

—Claro.

Le quito la protección de plástico al plato de galletas y él me sigue por el pasillo.

—Solo he visto la sala del piano —digo con la boca llena al tiempo que pasamos junto a la habitación.

Tomo el pomo de la siguiente puerta al mismo tiempo que él y estoy a punto de golpearle con la galleta mordida. Me sonrío. En Nueva York nadie hablaba conmigo, y mucho menos chicos con el aspecto de Jaxon. Pero por su forma de disfrutar de mi incomodidad me da ganas de pegarle un puñetazo.

Finalmente abre la puerta y vemos una habitación llena, desde el suelo hasta el techo, de libros. Todas las estanterías de madera oscura están desbordadas y hay libros hasta en el suelo y encima de las mesas. El único lugar en el que no hay es en una chimenea de ladrillo que tiene unas tablas de madera vacías a cada lado. No es igual de sofisticada que la chimenea del salón, pero esta me gusta más.

—Una biblioteca. —Me olvido de las ganas de pegar a Jaxon.

—Siempre que veía a tu abuela estaba aquí.

—Me resulta extraño que tú sepas más de mi abuela que yo. —Dejo las galletas en una mesa.

—¿Por qué nunca has venido a visitarla? —pregunta.

Dudo un instante. Me pregunto qué sabrá de mi familia.

Jaxon pasa los dedos por una antigua mesa rodeada de sillones lujosos. Se levanta una pequeña nube de polvo.

—Bueno, no pasa nada si no quieres responder.

—No, está bien. Es solo que no suelo hablar mucho de mi familia. No tengo más familiares aparte de mi padre y mi madrastra. —Por la expresión de su rostro, adivino que sabe perfectamente qué le sucedió a papá—. Mi padre no quería venir a Salem, así que nunca hemos venido. Él y mi abuela discutían mucho, así que ella tampoco venía a Nueva York. —Me quedo mirando más allá de una pila de libros.

—Charlotte hablaba mucho de ti —comenta.

Suelto el libro demasiado rápido y se cae de la parte de arriba de la pila para estrellarse en el suelo con un golpe. ¿Mi abuela hablaba de mí? Ni siquiera sabía que supiera nada de mí.

Nos quedamos en silencio un par de segundos. Jaxon no sigue con el tema, a pesar de que sospecho que quiere hacerlo. Recojo el libro que se ha caído y me acerco a la chimenea. Dentro hay contruidos unos nichos, parecen pequeños hornos de ladrillo para cocinar *pizza*. No hay separación alguna entre la chimenea y el resto de la habitación, simplemente termina el suelo de madera y empiezan los ladrillos.

—Seguro que la usaban para cocinar —digo.

Mi acompañante se ríe.

—Sí.

—¿Te parece gracioso?

—A ver, es obvio, pero, claro, eres una chica de ciudad —responde con un tono guasón.

Me río, feliz de haber dejado el tema de mi familia.

—Ah, ¿sí? ¿Qué sabes tú de chimeneas antiguas?

—Bueno, estamos muy interesados en nuestra historia por aquí.

—Cuéntame. Estáis obsesionados.

—Y construyo muebles —continúa—. Así que presto atención a estas cosas.

—¿En serio? —Mi sorpresa es sincera. No esperaba que hiciera muchas cosas aparte de parecer estupendo.

—Algunas de estas chimeneas tienen ganchos para colgar teteras y otras cosas. —Mete la cabeza debajo del ladrillo arqueado para ver mejor—. He visto uno. Dame la mano.

Me uno a él debajo del arco de la chimenea y me toma la palma derecha. Tiene las manos un tanto callosas y cálidas. Me lleva el dedo al lado izquierdo del arco. Arrodillado a mi lado, tan cerca, noto que huele a árboles de Navidad.

—¡Tienes razón! —Agarro un pequeño gancho de hierro y tiro. Se mueve.

Se oye un chirrido fuerte y nos miramos intrigados. De repente sentimos una ráfaga de viento que huele a cuero viejo y a flores secas. Me aparto de la chimenea; no estoy segura de si se me van a caer los ladrillos en la cabeza.

—Madre mía... —exclamo con la mirada puesta a la izquierda de la chimenea. Una parte de la tabla de madera se ha partido y deja al descubierto una puerta—. Tienes que ver esto.

Jaxon se coloca a mi lado y observa la pared con curiosidad.

—He oído que algunas casas antiguas tienen de estas cosas, pero nunca había visto una.

—¿Y cómo puedes estar tan tranquilo? ¡Acabamos de encontrar una maldita puerta secreta! —El tono que uso me sorprende.

Paso la punta de los dedos por los bordes de la puerta. Combinan perfectamente con la chimenea y la tabla de la pared, nadie habría sospechado. Le doy un empujón y la abro. Detrás, un estrecho pasillo conduce a una escalera en espiral igual de estrecha. Las paredes de dentro son del mismo ladrillo viejo que la chimenea, y el suelo tiene unos tablones enormes de madera, igual que las partes más viejas de la casa. Estoy prácticamente temblando de la emoción cuando doy un paso.

«Si había una cosa que deseaba de pequeña, era encontrar un pasadizo secreto.»

—¡Sam! —grita Vivian desde el vestíbulo.

Salgo del diminuto y fascinante espacio, vuelvo a la biblioteca y tiro de la puerta detrás de mí.

—Rápido, ayúdame.

Jaxon agarra el borde de la puerta y tira, pero queda un centímetro abierto.

—Sam, ¿estás ahí? —La voz de Vivian suena más cerca. No quiero que vea esto, aún no he investigado lo suficiente.

—Quita los dedos un momento —me dice Jaxon, que mete las manos en la chimenea. Cuando aparto la mano, él tira del gancho y la puerta se cierra.

—Te estaba llamando. —Vivian, claramente molesta, entra en la habitación—. Tenemos que hacer unos recados.

—De acuerdo. —Intento actuar con normalidad, pero estoy segura de que estoy sudando.

Mira a Jaxon y se da cuenta de que sucede algo. Al menos no hay forma de que adivine que hay una puerta secreta.

CAPÍTULO 5

Permítame ser un árbol

Me doy con la cabeza en la ventanilla del automóvil justo cuando Vivian para delante del instituto. Me rasco el cuello.

«Anoche dormí fatal.»

Pero eso tampoco es nada nuevo, no he dormido bien desde que mi padre está en coma.

—Toma. —Vivian estira el brazo hasta el asiento trasero—. Llévate esto a clase, seguro que ablanda un poco a la gente y te ayuda con el problema de hacer amigos. —Me ofrece una caja de pastas.

Habla en serio. «¿Cómo voy a decirle que no?» Es todo un detalle por su parte, debe de estar preocupada de verdad. «Pero... ¿en serio?, ¿pastas?» Esto no es una de sus meriendas. Si las llevo a clase, solo va a parecer que me estoy esforzando demasiado. Esas chicas se me echarán encima, seguro. Suena el timbre.

—Gracias. —Me obligo a esbozar una sonrisa. Tomo mis cosas y entro en el centro. Cuando giro hacia el pasillo del aula de Tutoría, tan solo hay a la vista algunos rezagados. Abro la puerta de la clase de la señora Hoxley justo cuando suena el segundo timbre.

Todo el mundo está ya en su sitio y el único hueco libre se encuentra al lado de Susannah, la Descendiente a quien le quité el sitio sin querer el primer día.

—Justo a tiempo, señorita Mather. Y ya veo que viene con un regalo. —La profesora mira con voracidad las pastas.

Tendría que haberlas tirado al cubo de la basura.

—Es solo... bueno, había pensado... eh... He traído esto. —«Caramba, parezco una idiota total».

Los Descendientes se ríen cuando le tiendo la caja a la señora Hoxley. Saco el pintalabios con sabor a fresa y la agenda y me siento. La señora Hoxley pasa a los demás la caja. Todos toman una pasta excepto los Descendientes. Me quedo mirando disimuladamente la agenda, fingiendo que estoy ocupada. No puedo evitar fijarme en que el mes que viene es mi cumpleaños.

Los dulces dieciséis, ¡leches en vinagre! Odio mi cumpleaños. Las fiestas eran tan horribles cuando era pequeña que empezó a rumorearse que estaba maldita. A los once, dejé de celebrarlo. Bastante mal va todo, lo último que necesito es más mala suerte.

Rodeo con un círculo el 27 de octubre y lo tacho a conciencia con color rojo. Suelto el bolígrafo y miro el reloj. Un minuto más y podré salir de aquí. El bolígrafo rueda hasta el borde del pupitre y hago un amago de ir a pararlo, pero fallo. Susannah no, ella lo alcanza en el aire antes de que llegue al suelo.

Cruzamos miradas. Tiene el pelo de color caoba recogido en otro moño perfecto y lleva un

vestido de encaje negro. En cierto modo, me recuerda a una bailarina. No alberga esa mezquindad que poseen los demás. Me tiende el bolígrafo y me fijo en que tiene las uñas pintadas de negro.

—Gracias.

Suena el timbre. Meto la agenda en la mochila y me levanto. Los Descendientes no dicen nada cuando salen.

Cuando estoy en el pasillo, la gente me mira; no es la típica mirada que me dedican por ser nueva, sino porque saben algo que yo desconozco. Así que esto es lo que sucede cuando no les gustas a los Descendientes. Definitivamente, no entiendo la estructura social de este instituto.

Doblo la esquina y me dirijo a la clase de Historia. La coleta rubia y el *blazer* negro de Alice asoman detrás de una taquilla abierta. Gesticula con las manos mientras habla y entreveo la cara de Susannah. Me sujeto a la pared y camino hacia ellas. Vaya, que voy en esa dirección.

—Te dije que lo dejaras —dice Alice.

—¿No te parece extraño que el bisabuelo de John muriera anoche? —le pregunta Susannah cuando me acerco un poco más en un intento de escuchar su conversación por encima de la de la gente. Me saco el horario del bolsillo trasero y me apoyo en las taquillas para parecer menos sospechosa.

—Tenía noventa años —responde Alice.

—Sí, pero ¿cómo te explicas que...?

—Ya está bien —replica la rubia.

—Yo digo que hablemos con ella.

Alice niega con la cabeza y la coleta se mueve sobre sus hombros.

—Ni hablar. Y no te creas que no te he visto darle el bolígrafo esta mañana.

¿Yo? ¿Están hablando de mí? Doy un paso adelante. ¿Por qué iba a querer Susannah hablar conmigo acerca de la muerte del bisabuelo de alguien?

—Venga, suéltalo —me dice Jaxon cerca de la oreja.

Me sobresalto y me golpeo sin querer el codo con las taquillas de metal. Alice se da la vuelta al oírme y me ve a medio metro de distancia, mirándola con cara culpable. Entrecierra los ojos y se aparta de la pared rápidamente, mirando fijamente a Jaxon. No sé por qué pensaba que sería buena idea, no se me da bien ser sigilosa y ahora voy a gustarle todavía menos a Alice.

—¿Que suelte qué? —pregunto mientras me alejo de Alice en dirección al aula de Historia a paso rápido.

Jaxon me abre la puerta para que pase.

—La puerta secreta, ¿qué había?

—Sinceramente, no entré.

—¿Te dio miedo? —Se le iluminan los ojos azules.

Sonrío y me siento.

—La verdad es que no, llegamos tarde a casa porque Vivian me llevó por toda la ciudad para hacer algunos recados. Y diez minutos después de llegar se fue la luz y no regresó.

—Así que, básicamente, estás esperándome para que vaya contigo.

Finjo que su expresión divertida me molesta.

—Sentaos todos —ordena el señor Wardwell; se quita la americana y la deja en una silla—. Como posiblemente imaginabais muchos de vosotros, la clase de Historia avanzada tendrá presencia activa en la feria anual de historia de Salem y haremos una reconstrucción histórica. Hoy os asignaré los papeles.

«¡No!» Pero si ni siquiera soy capaz de hablar en el aula de Tutoría delante de veinte

personas.

—Además —continúa el señor Wardwell—, escribiréis un ensayo sobre un aspecto específico de los juicios de Salem. Es un trabajo en grupo, lo haréis por parejas. Los deberes para esta noche son encontrar a un compañero y un tema. —Levanta un montón de papeles—. Estas son las pautas de formato.

Este no es mi día. «Por favor, permítame ser un árbol o algo por el estilo que no tenga guion.»

—Vamos a trabajar con el curso avanzado de la señorita Edelson en la actuación y distribuiremos los trabajos de forma equitativa entre vosotros. No quiero quejas por vuestras tareas, esto no se discute. Esta clase es especial —continúa—, porque tenemos a descendientes reales de los protagonistas de los juicios. Creo que sería adecuado que tuvieran la oportunidad de representarlos.

En mitad de la frase, se me forma un nudo en la garganta. «¡No, no, no! ¡Es una idea malísima!» Mis antepasados formaron parte de esos juicios. No puedo hacerlo.

Sus ojos aterrizan en mí.

—Samantha, no me equivoco al afirmar que estás emparentada con Cotton Mather, ¿cierto? — Todos se vuelven para mirarme.

Me encojo unos centímetros en la silla.

—Ajá. Eh... A lo mejor otra persona quiere representar su papel. —Los dos Descendientes que hay en la clase se muestran particularmente interesados por mí.

El señor Wardwell arruga la frente.

—Como he dicho, esto no se discute, Samantha.

—Sam —lo corrijo—. Yo... es que no soy buena intérprete.

—No se trata de ganar un premio de interpretación, Sam. Se trata de recordar nuestra historia. Además, si esperas aprobar esta asignatura, tendrás que participar.

«Menuda mierda.»

—John y Lizzie, vosotros también interpretaréis a vuestros antepasados —le comunica a los Descendientes.

—Estupendo —responde John y me lanza una mirada de asco.

Un momento. «John...» ¿Es su bisabuelo el que ha muerto? Me remuevo incómoda en la silla.

—Señor Wardwell —interrumpe una chica que está conmigo en tutoría y se sienta en la primera fila. Tiene la voz aguda y se aprieta las manos en la barriga—. Necesito ir al baño. Es una emergencia.

Antes de darle tiempo a responder, sale corriendo del aula cubriéndose la boca con la mano.

—Leed las pautas, vuelvo en un momento. —El profesor sale detrás de la chica.

—¡Oye, Jax! —dice un muchacho con una sudadera de *Lacrosse* que está sentado delante de mí—. ¿Te gustaría ser mi pareja para este ensayo?

—¿Te refieres a que si quiero escribir todo el trabajo mientras tú comes y te quedas frito cubierto de migas en mi sofá? —le pregunta Jaxon. Se nota que son buenos amigos.

—Si insistes... —tercia el joven.

—No, amigo, ya le he dicho a Sam que seré su compañero.

—Mentira —responde él—, pero te entiendo. Es más guapa que yo. —Extiende el brazo y le tomo la mano—. Soy Dillon.

—Sam —contesto y me da un beso en la mano. La retiro y él sonrío. Jaxon sacude la cabeza.

El pelo de Lizzie se balancea al mirar en mi dirección mientras le susurra algo a John. En ese momento me arrepiento de haber escuchado la conversación de Alice. Ojalá no estuviera en el

radar de todo el mundo.

El señor Wardwell regresa a la clase.

—Está todo bajo control. —No da más de dos pasos cuando un chico, también de mi clase de tutoría, pasa junto a él—. O igual no.

«¡Mierda! ¿Qué probabilidades hay de que dos personas de mi clase se encuentren mal? Por favor, que sea una coincidencia. Sea lo que fuere, que no tenga que ver con las pastas.»

CAPÍTULO 6

La chica más rara

Salgo al pasillo después de la última clase y me doy cuenta de que las miradas sospechosas se han hecho más numerosas. Oigo fragmentos de conversaciones conforme camino. «Envenenados.... Lo ha hecho a propósito... Al menos quince personas, puede que más... Hay que estar desquiciada.»

Giro a la izquierda, en dirección a mi taquilla, y me recoloco la mochila en el hombro. Todo el mundo me evita. ¿De verdad se han puesto enfermas quince personas de mi curso? Es espantoso.

Hay un grupo junto a mi taquilla, riendo. Cuando me ven, fingen que tienen que marcharse.

«Tiene que ser una broma.» En la puerta de la taquilla pone PSICÓPATA con tinta negra. Examino el pasillo. Para colmo, Susannah y John vienen en mi dirección. La chica se recoloca un mechón de pelo y abre una taquilla que está a solo unos pocos centímetros de la mía. No me mira.

John la rodea y se acerca tanto a mí que casi saboreo su colonia.

—A veces la verdad duele.

Sé que debería de marcharme, pero creo que esto no es justo. Ni siquiera he hablado con él y no le he hecho nada. Suelta una risita y las palabras me salen a borbotones como si de una bebida en una lata agitada se tratara.

—Créeme, si quisiera que os pusierais enfermos, habría empezado por ti. —Cierro la taquilla de un portazo y me alejo de él.

—¡Eh, Sam! —grita cuando ya estoy a unos cuatro metros de distancia—. ¿Has enviado también a tu padre al hospital? He oído que a lo mejor se muere.

Se acabó. Suelto la mochila y arremeto contra su cara perfectamente proporcionada.

«¡Lo mato! ¡Le voy a arrancar la sonrisa!» Jaxon, a quien ni siquiera he visto llegar, me detiene antes de colisionar contra él.

—No tiene gracia, tú —le reprocha a John.

A nuestro alrededor se ha reunido un grupo de espectadores curiosos. Forcejeo, pero Jaxon me tiene bien agarrada de la cintura.

John esboza una sonrisa petulante y me hace un corte de mangas. Susannah le baja la mano e intenta tirar de él para marcharse.

—Esto no ha acabado —lo amenazo. No sé qué voy a hacer, pero no me importa.

—La próxima vez dejaré que se defienda, ya verás. De hecho, la ayudaré —añade Jaxon.

John extiende los brazos con una sonrisa, invitándome a acercarme, mientras se retira con Susannah. «¿Cómo narices se han enterado de lo de mi padre?»

—¿Qué sucede aquí? —pregunta el director Brennan, un hombre alto con una camiseta de talla única que le queda demasiado pequeña y el pelo estilo cortinilla. Todos se dispersan.

Jaxon aparta el brazo de mi cintura.

—Alguien ha pintado la taquilla de Sam.

El director examina la palabra.

—He leído los informes de tu instituto de Nueva York. Este es un mal comienzo, Samantha.

Me pongo a la defensiva.

—¿Cree que es culpa mía? ¿Cómo puedo controlar esto?

—Puedes empezar controlando tu genio, por ejemplo —responde con voz autoritaria.

Aprieto los dientes.

Brennan hincha el pecho y temo que se le salten los botones.

—Ya os podéis marchar. Yo me encargo de esto. —Mueve enérgicamente la mano.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar cuando Jaxon me lanza una mirada de advertencia.

Recojo la mochila del suelo y recorro el pasillo hasta la salida con mi amigo detrás de mí.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando salimos del edificio.

—Sí.

—¿Quieres que le pegue una paliza a ese payaso? Lo haría.

—No, puedo hacerlo yo sola.

—Ya lo he visto. Venga, le pegaremos los dos. Tú te encargas de esa cabeza gorda que tiene y yo del resto. —Se vuelve hacia el instituto.

No puedo evitar alegrarme por su esfuerzo y esbozo una sonrisa.

—¡Para! Estoy bien, de verdad.

Se detiene.

—Bueno, ¿puedo acompañarte a casa al menos?

Asiento.

—Voy a escribirle un mensaje a Vivian. —Saco el teléfono y empiezo a teclear. Diez segundos más tarde, recibo la respuesta.

VIVIAN: Vuelvo a casa en unas horas.

Ya veo que venía corriendo a recogerme.

—Vamos.

Al doblar la esquina y alejarnos del centro me resulta más fácil respirar. En realidad, me gustaría estar sola ahora mismo, pero Jaxon es la única persona que se muestra simpática conmigo en todo el instituto y me siento mal pidiéndole que se marche. ¿Se debe todo en realidad a mi apellido? Incluso los profesores me juzgan.

—Jaxon, tengo que preguntarte algo.

—Dispara.

—No habrás apostado con nadie que vas a salir conmigo, ¿verdad?

La sonrisa le llega a los ojos.

—¿Ganaría si lo hubiera hecho?

Un vehículo fúnebre seguido de una fila de automóviles baja por la calle y nos quedamos mirando.

—Soy la persona más odiada de este instituto y tú en cambio eres amable conmigo. No tiene sentido.

—Bromas aparte, mi madre me ha contado lo que le pasó a tu padre. El mío murió hace unos

años. —Se mira las manos.

—Mi padre no se está muriendo —respondo; intento apartar la imagen del vehículo fúnebre de mi cabeza.

—Ya lo sé. —Esboza una media sonrisa—. Es solo que entiendo lo duro que es. Yo estuve deshecho más de un año.

A lo mejor es que Jaxon es un buen chico de verdad.

—Lo siento. No lo sabía.

—Escucha... Si alguna vez quieres hablar de ello, o de lo que sea... Vaya, que sé que tienes a tu madrastra, pero todos dicen que se me da muy bien escuchar.

Lo miro. Tiene la maravillosa capacidad de relajar cualquier ambiente. Ojalá yo fuera así.

—¿De verdad?

—De verdad. Y me encanta que hayas intentado partirle la cara a John, por cierto. Es un imbécil. —Se detiene en la acera, delante de la cerca de hierro negro y la hierba recién segada del jardín de mi casa.

—Lo habría dejado hecho pedazos si no me hubieras parado.

—Por supuesto. —Camina en dirección a mi casa—. Vamos a ver esa biblioteca.

Considero decirle que no, pero no tengo ninguna excusa aparte de la de que he tenido un mal día. Además, se está esforzando por hacerme las cosas más fáciles. Soltamos las mochilas en la entrada y atravesamos el pasillo hacia la biblioteca. Los tablones de madera crujen ligeramente a nuestro paso.

—Vamos a cerrarla. —Entro en la biblioteca y enciendo la luz.

Jaxon cierra la puerta y echa el pestillo. Vivian me ha dicho que no volverá a casa hasta dentro de unas horas, pero mejor que no nos arriesguemos. En cuanto se entere, dejará de ser mi secreto.

Toco con los dedos el gancho y el estrés da paso a la emoción. Me alegra que Jaxon se haya quedado; si no, seguramente ahora estaría en mi habitación con la cara enterrada en una almohada. Tiro del gancho y oigo los clics que abren el panel marrón oscuro que oculta la puerta. Jaxon abre por completo el panel y entramos en el pasillo secreto.

Justo dentro del estrecho pasadizo hay colgada una linterna y me hago con ella.

—¿Crees que esto funciona? —Pesa más de lo que esperaba.

Jaxon la inspecciona bajo la tenue luz.

—Es una antigualla, eso seguro, pero parece más bien que tenga unos setenta años en lugar de trescientos.

Giro la parte de la base de metal y se enciende una pequeña bombilla que proyecta sombras a lo largo de los ladrillos viejos.

—Si esto es de los noventa, me parece que no somos los únicos que han descubierto el pasadizo.

Jaxon cierra la puerta con el pomo interior.

—Sí, pero ahora mismo este sitio es solo nuestro.

Hay algo en su forma de decir «nuestro» que me hace ser muy consciente del mucho tiempo que hace que no tengo un amigo.

—¿Sabes? En realidad no hablo con mi madrastra de mi padre. Antes me has dicho que la tenía a ella. Aunque no sé por qué te cuento esto. —Me adelanto, con cuidado, a la escalera en espiral que hay al fondo de la salita. Debieron de hacerla para gente con pies diminutos.

—Por mis habilidades de escucha —responde desde atrás y casi hasta puedo oír su sonrisita—. Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Es que no os lleváis bien?

—Antes de que mi padre se pusiera enfermo sí. Nos parecemos en algunas cosas: las dos tenemos mal genio, somos independientes y tal vez demasiado francas. Pero cuando mi padre ingresó en el hospital la situación se volvió rara. Dejé de hablar durante un tiempo y, cuando volví a hacerlo, me dio la sensación de que estaba enfadada conmigo. No sé.

Llego fácilmente a lo alto de las escaleras con Jaxon justo detrás de mí. Es como siempre imaginaba que sería una habitación secreta. No es muy grande, acogedora, como una librería vieja y polvorienta de Londres. Hay una mesa pesada y antigua llena de papeles y libros justo delante de una ventana diminuta.

—Es impresionante. —Jaxon pasa la mano por la pared inclinada—. Esto debe de ser uno de los gabletes que se ven desde la calle.

—¿Gabletes? —Alcanzo un libro que hay encima de un viejo baúl de cuero. La emoción por descubrir algo, hace que se esfumen de repente todos los recuerdos del instituto. Parece una biblioteca con un montón de libros alineados por toda la sala.

—La parte en la que el tejado se convierte en un pico. Por eso las paredes están inclinadas.

—¿Y cómo sabes que se llaman gabletes?

—Uno de los lugares más turísticos de Salem es la casa de los siete tejados, con sus siete gabletes. He ido unas diez veces entre viajes escolares y visitas familiares.

—Ah. Parece que muchos de estos libros son sobre los juicios de Salem.

—Ya veo. —Sopla el polvo del montón que tiene al lado—. Y sobre tus antepasados.

En la mesa hay una fotografía algo arrugada y descolorida de una mujer preciosa con el pelo recogido en un moño. Lleva a un niño pequeño de la mano. Me quedo sin aliento. La sonrisa de mi padre sigue siendo la misma. Acaricio con el dedo el marco dorado.

—Seguramente fuera el estudio de mi abuela. Era muy guapa. Nunca había visto una foto de ella.

Jaxon se acerca a mí junto a la mesa y con cuidado me quita la fotografía. Echa un vistazo a los detalles.

—¿Es tu padre?

Asiento sin mirarlo y alcanzo un diario encuadernado en piel. Lo abro por donde marca la cinta. La página está llena de palabras escritas en cursiva.

Leo en voz alta:

Ha sido un buen día de investigación. Estoy encantada con una carta que he encontrado en uno de los libros de Perley. Qué gran historiador era, y muy riguroso. La carta la escribió el doctor Holyoke el 25 de noviembre de 1791 y dice:

«El mes pasado, murió en esta ciudad un hombre, de nombre John Symonds, a tan solo unos seis meses de cumplir los cien años, nacido en el popular '92. Ese hombre me contó un día lo que su enfermera solía contarle... que veía, desde las ventanas de la cámara, a esas pobres infelices colgadas de Gallows Hill, ejecutadas por haber sido acusadas de brujería debido al delirio de aquellos fatídicos tiempos.»

Encontrar la casa de Symonds en Salem aclarará finalmente el misterio acerca de dónde tuvieron lugar los ahorcamientos. Buscarla será lo primero que haga por la mañana. Debo marcharme, la tetera está silbando.

Pongo una mueca.

—¿Qué crees que significa esto? —Miro a Jaxon, que tiene la mejilla pegada a la mía. Aspiro su olor silvestre—. ¿Está diciendo que la gente no sabe dónde colgaron a las brujas?

—Eso parece —responde—. A mí siempre me han dicho que fue en Gallows Hill Park. Pero a lo mejor no fue allí, la verdad es que nunca me lo había planteado.

La siguiente página está en blanco.

—Esta fue su última entrada.

Vuelvo al comienzo del diario y leo en voz alta de nuevo.

Hoy he hablado con el alcalde. Es agradable, sí, pero un completo imbécil. No tiene ni idea de si el lugar de los ahorcamientos es el correcto. Y ha admitido libremente que Upham nombró sin ton ni son Gallows Hill Park como el lugar del suceso. Y todos en esta ciudad lo siguieron con los ojos cerrados. Upham admite incluso que no tiene ninguna prueba por la que deba ser ese lugar. Ridículo.

Le he pedido al alcalde que indague y, muy educadamente, se ha deshecho de mí. Es vergonzoso, si se me permite el atrevimiento, que Salem desconozca el lugar en el que sucedió algo que marcó su historia para siempre. Mable y yo nos ocuparemos de esto. Mi mayor esperanza es que esto me ayude a hacer que mi Charles y mi Samantha regresen a casa conmigo.

Cierro el diario; no estoy segura de cómo tomarme la última línea. ¿Mi abuela quería ponerse en contacto conmigo? Mi padre siempre me decía que era solitaria y excéntrica, lo que yo daba por hecho que era un eufemismo de gruñona y loca. Sabía que se habían peleado, pero, si de verdad quería verme, lo habría hecho, ¿no?

—Mi madre se llama Mable —dice Jaxon.

—¿En serio? —Me detengo y miro la fotografía de mi abuela en la mesa—. ¿Qué crees que quería decir con la última línea? No sé qué relación puede tener conmigo el lugar en que se produjeron los ahorcamientos. —Me pregunto qué sabrá su madre de todo esto.

—Ya, es todo muy misterioso. Creo que hemos encontrado el tema para el trabajo de clase.

—¿La localización de los ahorcamientos? Es una idea buenísima. Tratar de encontrar esa casa va a ser como buscar un tesoro escondido.

A Jaxon le suena el teléfono y lo mira.

—Es mi madre. Vaya, se me había olvidado que hoy tengo cita en el dentista.

—¿En serio?

—O puede que prefiriera venir aquí. —Se vuelve para mirarme.

De repente soy muy consciente de que, entre los dos, está el diario de mi abuela.

—Gracias por ser tan amable conmigo cuando nadie más lo ha sido. Aunque no puedo prometer que no lo vaya a echar a perder.

Sonríe.

—Eres la chica más rara que he conocido nunca.

Me doy cuenta de que también yo estoy sonriendo.

—Bueno, no estoy muy segura de qué dice eso de ti, ya que quieres pasar tiempo conmigo.

—Significa... —Se inclina un poco hacia adelante. Le vuelve a sonar el teléfono y aprovecho para dar un paso atrás.

«¿Iba a besarme? ¿Quiero que me bese?»

Parece decepcionado.

—Me tengo que ir —dice mirando el teléfono.

CAPÍTULO 7

Miradas y cuchicheos

Me voy derecha a la biblioteca pública y la emoción por el estudio secreto alimenta mis pasos. Después de una infructuosa búsqueda en Internet sobre esa casa acerca de la que escribió mi abuela, imagino que mi única oportunidad para encontrarla y también el sitio donde fueron ahorcadas las brujas es buscar en archivos antiguos.

El ambiente está cargado del olor a otoño y ya han empezado a cambiar de color las primeras hojas. Las calles están rebosantes de esa sensación familiar. Los escaparates de las tiendas ya tienen decoraciones de calabazas y sombreros de brujas. Paso junto a un *pub* con la pared de ladrillo llamado MATHER'S MALEFICENCE y me tropiezo con la raíz de un árbol que sobresale de la acera. Pues qué bien... así que aquí todo el mundo conoce a mi familia.

Me detengo delante de la biblioteca, señalada con un letrero de madera hecho a mano que cuelga de un poste. Es un edificio de ladrillo y piedra marrón con columnas en la entrada. Al parecer, era el hogar del capitán John Bertram, un próspero comerciante y naviero. Tuvo mala suerte, la mayor parte de su familia murió a mediados de 1800, probablemente en este mismo edificio. Lo leí cuando buscaba la dirección.

Abro una de las pesadas puertas de madera y me acerco a una mujer que hay en el mostrador. Es menuda y tiene el pelo canoso, y lleva unas gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—Estoy buscando archivos antiguos de Salem, de 1700 —digo en voz baja.

Ella me mira por encima de las gafas de una forma que me deja muy claro cuál es mi posición.

—No te había visto antes.

Estupendo. Resulta que soy la nueva en el instituto y también en la ciudad.

—Me acabo de mudar.

—Cielo, necesitas un carné de la biblioteca. ¿Cuál es tu nombre completo?

—Samantha Mather —susurro.

—¿Qué has dicho? Habla más alto, niña —me pide y se inclina más en mi dirección.

—Samantha Mather —respondo un poco más alto, más consciente de cuál es mi apellido de lo que lo he sido nunca.

—Mather, ¿eh? —pregunta en voz alta. Alza una ceja reprobatoria—. Hay mucha historia aquí, pero no toda es buena.

Asiento y noto varios ojos clavados en la espalda. Seguro que un par de personas aquí saben lo que le ha pasado a mi taquilla hoy.

—¿Sabe dónde puedo encontrar información acerca de dónde vivía la gente a finales de 1600 y principios de 1700? ¿Y tal vez un mapa? —pregunto, deseando dejar atrás a los espectadores.

—Arriba a la izquierda, al fondo hay una pequeña sala a la derecha. Hay copias de todos los

documentos originales de la ciudad de la época de los juicios contra las brujas. Vuelve cuando termines y tramitamos el carné.

—Gracias. —Me apresuro hacia las escaleras sin mirar a nadie. «Podéis juzgarme todo lo que queráis, pero no tengo por qué observaros mientras lo hacéis.»

Tras dos horas con un montón de libros viejos y polvorientos sobre una pequeña mesa de madera en una habitación estrecha empiezo a encontrar información útil. He dado con la dirección de la casa de Symonds a la que Perley se refería en su ensayo *Where the Salem «Witches» Were Hanged*.¹ No obstante, no tengo claro si sigue existiendo. No encaja con las calles actuales.

Paso la mano por la pila de libros que tratan sobre mis antepasados Cotton Mather e Increase Mather. Si mi apellido va a suponer un problema aquí, tengo que saber por qué. A ver, fueron miembros muy respetados de esta comunidad, Increase incluso trajo de Inglaterra la carta que decía que Massachusetts era una provincia.

Por desgracia, Cotton fue el malo. Era muy inteligente, se graduó en Harvard a los dieciséis años y cuando tenía veinticinco sabía escribir en siete idiomas, incluido el iroqués. Algunos historiadores dicen que era bueno y honesto, pero la mayoría piensan que fue el principal instigador de los juicios contra las brujas. Estaba tan preocupado por arrancar de raíz el «mal» que estaba dispuesto a dejar que colgaran a la gente por ello. No puedo evitar pensar en cómo esa jugada se ha vuelto en contra de los Mather en Salem.

Una sombra se proyecta en la página que estoy leyendo. Levanto la mirada y me encuentro con Lizzie en la puerta de la sala de referencia. Me fijo en que tiene cada ojo de un color, uno marrón dorado y otro verde, lo que, junto al pelo, le confiere un aspecto más inquietante.

—Así que es verdad —dice mientras se mira a las uñas, pintadas con unas calaveras de purpurina.

—¿Perdona?

Doblo la hoja con la información que estaba recopilando y me la meto en el bolsillo.

—Me han contado que estabas aquí.

¿Qué querrá?

—¿Quiénes?

—No puedes esconderte en una ciudad como esta, Mather.

No puedo evitar acordarme de las acusaciones por brujería y de fijarme en que se está dirigiendo a mí por mi apellido.

—¿Me estás diciendo que me has seguido hasta aquí?

—Lo que te estoy diciendo es que sé dónde estás. —Levanta los ojos de las uñas y me observa con esa mirada de dos colores.

Se me pone la piel de los brazos de gallina. No voy a fingir que no me siento intimidada. Está claro que no se refiere a ahora, sino a siempre. Trato de quitarle hierro al asunto.

—Así que pasas tu tiempo libre siguiéndome. Me da la sensación de que tu vida es una mierda.

Entrecierra los ojos un segundo.

—Ya te darás cuenta de que hay pocas cosas que importan en Salem y que no eres una de ellas. A nadie le interesa lo que te suceda.

¿Ha sido una amenaza? Si hay algo que he aprendido en la gran ciudad es que no puedo dejar que crea que me está molestando.

—No me importa que sepas dónde estoy. Me has descubierto leyendo un libro. Felicidades por el hallazgo.

Me sonrío.

—Espera y verás.

Ya está bien, ya me he hartado de esta conversación. Le doy un empujón a la puerta con la bota negra y se le cierra en la cara. Por obra de una desafortunada coincidencia, cuando la puerta se cierra, también se va la luz. La oigo reír detrás de la pequeña ventana que hay en la puerta, que es ahora mi única fuente de luz.

«Esto tiene que ser una broma.»

Me levanto y me doy un golpe en la rodilla con una de las sillas de madera.

—¡Au!

Echo la silla a un lado y, lentamente, me dirijo a la pared. «Esto no me puede estar pasando justo ahora.» Doy golpecitos en la pared con las manos y me topo con un pequeño interruptor. Arriba, abajo, arriba, abajo. Nada.

Agarro el pomo de la puerta y empujo, pero no se mueve. Empujo con más fuerza. Nada. Echo todo el peso atrás y, con todas mis fuerzas, vuelvo a empujar, pero sin éxito. Lizzie se marcha y me deja atrapada y sola.

«¿Me habrá encerrado ella?» Hasta donde yo sé, aquí no hay cerradura y necesitaría una llave. ¿Cómo lo habrá hecho? A lo mejor la cerradura es vieja y se ha atrancado cuando he cerrado la puerta. Pero eso no explica por qué se ha ido la luz. Alcanzo el teléfono móvil, aunque no tiene cobertura.

«Lo único que puedo hacer es golpear la puerta y gritar.»

—¡Ayuda!

¿Y si no me oye nadie? Estoy en una zona poco transitada de la biblioteca. No tanto como para que Lizzie y sus espías no me encuentren, pero aun así. ¿Y qué tendrá en mente? Me cuesta creer que esto no esté relacionado con lo de la taquilla.

Pasan veinte minutos hasta que me encuentra un conserje de aspecto desaliñado.

—¡Por favor, ayúdeme a salir de aquí! —grito. Está empezando a oler a humedad y estoy a oscuras. Además, no me gustan las arañas, y seguro que han convertido esta habitación tan poco utilizada en su residencia habitual. Casi puedo oír cómo se acercan a mí por entre los viejos manuscritos. Pero, sobre todo, no me gusta sentirme atrapada.

Mueve un aro lleno de llaves, pero no parece dar con la correcta. Levanta la mano como diciendo «un momento» y se marcha.

Pasan otros diez minutos y me estoy empezando a poner nerviosa. De hecho, estoy sudando mucho. Me pego a la ventanita. «Por favor, que venga alguien... quien sea.»

Tengo la cara pegada al cristal y con la respiración se está empañando cuando la bibliotecaria que estaba abajo aparece frente a mí. Me da un vuelco al corazón. «Por Dios, ¡menudo susto me ha dado!» No viene sola, hay un grupo de espectadores reunidos detrás de ella.

—No te asustes, así solo empeorarás las cosas —me grita.

—¡No, no estoy asustada! —miento.

—Bien, porque ellos se darán cuenta, ¿sabes? —me advierte.

—¿Quién se dará cuenta de qué? —pregunto.

—Los fantasmas —dice en voz alta.

De forma involuntaria, miro por encima del hombro. No hay nada. Claro que no. ¿Qué es lo que pasa en esta ciudad? Quiero gritar que no creo en fantasmas, que probablemente haya sido

Lizzie la que haya cerrado la puerta, pero, a estas alturas, ya me he puesto en ridículo demasiado.

Oigo un zumbido suave. «¿Un taladro?»

—¡Atrás! —grita el conserje.

La puerta vibra y unos segundos después un pequeño trozo de metal cae justo delante de mis pies. La puerta se abre y está a punto de golpearme. Me aparto de un salto y caigo hacia atrás, sobre la mesa, con los pies a dos metros del suelo. Muevo los brazos para recuperar el equilibrio y oigo gemidos entre la multitud.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta la bibliotecaria con un tono bastante teatrero.

—Sí, gracias —les digo a ella y al conserje. Debo de tener aspecto de loca. Con tantas miradas puestas en mí, desearía quedarme en la habitación oscura hasta que la gente se aburriera. Estoy empapada en sudor, los rizos del pelo se me han pegado a la frente y acabo de tirarme sobre la mesa. Para mi disgusto, las miradas y los cuchicheos han aumentado.

Salgo a la luz y veo a John entre la gente que hay detrás, apoyado en una estantería. Nuestras miradas se encuentran y me pongo de los nervios. No pienso, tan solo corro.

1 N. de la T.: Donde se ahorcó a las «brujas» de Salem.

CAPÍTULO 8

Aquí hay algo que no encaja

—Hoy me ha llamado por teléfono el director —me informa Vivian desde la puerta del salón. Me siento con las piernas cruzadas en el sofá blanco, rodeada de hojas y libros desordenados. Me remuevo nerviosa.

—¿Te ha contado lo de la taquilla?

—Sí. —Ya se ha formado una opinión al respecto—. No entiendo cómo has podido generar ese tipo de reacción tan rápido.

Me tenso.

—¿Habría tenido más sentido si hubiera sucedido más adelante? ¿Cuando la gente me conociera mejor?

—Sabes que no lo digo por eso. Le hablas mal a la gente sin necesidad. ¿Qué tal te va últimamente? Ya nunca me cuentas nada.

Me tranquilizo un poco. Tiene toda la razón. De hecho, antes de que mi padre se pusiera enfermo, le habría contado lo que había sucedido y seguramente ella hubiera hecho algún comentario mordaz sobre los chicos, lo que, por supuesto, me habría hecho reír y me habría facilitado las cosas.

—Las pastas de esta mañana estaban en mal estado. Más de quince personas se han ido a casa vomitando y todos me echan la culpa. Por eso escribieron PSICÓPATA en la taquilla.

Frunce los labios. Deja una caja de *pizza* en el sofá, a mi lado.

—Yo me ocupo —responde y sale de la habitación.

Está llamando a la pastelería. Progresivamente va alzando la voz con su claro tono de eres-un-idiota. Ambas tenemos mal genio y estar en el lado del receptor de ese mal genio es terrorífico. Tan solo dos veces, cuando yo era pequeña, perdimos los nervios la una con la otra, y ambas peleas fueron tan horribles que los vecinos llamaron a la policía, en una ocasión porque ella lanzó un jarrón a la pared que separaba nuestra casa de la de ellos y en otra porque dio un grito tan alto y tan prolongado que creyeron que estaban asesinando a alguien.

Por supuesto, mi padre no estaba en casa durante esas peleas y nunca se lo conté. Fueron por mí, porque querían llevarme a terapia debido a que no tenía amigos y ella pensaba que estaba demasiado unida a mi padre. Una parte de mí siempre temió que tuviera razón, que yo fuera el problema.

Abro la caja y tomo un trozo de *pizza* de queso, pero no es como las de Nueva York. Compruebo el teléfono por centésima vez para ver si Jaxon me ha escrito. Nada. Todo eso que me ha contado hoy parecía de verdad, aunque es un poco raro que sea tan amable cuando nadie más lo es en el instituto.

«Pues qué bien, se me ha pegado la desconfianza de Vivian acerca de las personas amables.»

Me detengo a medio bocado y dejo el trozo en la caja. Jaxon ha admitido hoy que sabía lo de mi padre. No lo sabía nadie más en el instituto, ¿cómo iban a saberlo? Es la única forma que ha podido tener John de enterarse. Me dan náuseas.

Recojo los libros y hojas de papel y me voy a mi habitación. No me lo puedo creer, casi confié en él. Es muy sencillo atraer a alguien que está solo con palabras bonitas. «Soy una idiota.»

—Eso no cambia nada, voy a contárselo a Mable. —Vivian usa un tono tajante—. Un «lo siento» no es suficiente.

«¿La señora Meriwether?»

Subo lentamente las escaleras. ¿Qué tiene ella que ver con la pastelería? De repente cobra sentido lo que dijo Jaxon sobre las habilidades culinarias de su madre. La sensación de malestar que tengo se intensifica. A lo mejor Vivian tenía razón con respecto a ellos.

—Ya está solucionado —me dice desde debajo de las escaleras.

Ella lo da todo por mí, pero ahora mismo necesito estar tranquila más que nada.

—Estupendo. —El tono que empleo refleja mi decepción.

—De nada —responde. Recorro el pasillo hasta mi dormitorio.

La madera emite un leve crujido conforme me acerco a la habitación de color borgoña. Me asomo y enciendo la luz. La mecedora se mueve adelante y atrás. Agarro el reposabrazos y se detiene. Examinó la estancia, pero todo está en silencio.

Retrocedo al pasillo y miro a ambos lados antes de seguir hasta mi habitación con el pensamiento de que ojalá los candelabros alumbraran más y no proyectaran tantas sombras.

Metó la mano en mi cuarto y enciendo la luz. Abro la puerta lentamente y me encuentro de nuevo la ropa apilada en el suelo.

—Pero qué narices —exclamo en la habitación vacía.

«Muy bien, ya es suficiente.» O bien alguien está fastidiándome o es que a este armario le pasa algo. Muevo un par de veces el pestillo y chirría. Alcanzo las prendas dobladas que quedan en la parte de arriba y las dejo en el suelo, al lado de la pila. En el centro de la tabla de atrás hay una *rudbeckia* tallada que va a juego con el resto de los muebles de la habitación. Compruebo los bordes de la madera y los goznes para ver si hay algo mal.

Como último recurso, doy golpecitos en la madera; en las puertas, los laterales, el fondo. «Un momento, esta parte suena diferente.» Doy un golpe al lado de la flor. Hay un hueco. Saco la cabeza del armario y lo empujo para apartarlo de la pared. No se mueve, esta cosa pesa como doscientos kilos.

Me acerco de nuevo a la flor y toco los bordes. Se oye un ligero sonido y los pétalos parecen ladearse.

«¿Se acaba de mover o me lo he imaginado?»

Rodeo la flor con la punta de los dedos y tiro. Se despegá con facilidad y aterriza en mi mano.

Metó la mano en el agujero en el que estaba la flor y toco con las yemas de los dedos algo suave. Me inclino hacia delante e intento agarrarlo. Con cuidado, saco un fardo de cartas viejas atadas con un cordel azul. Están amarillentas por el tiempo y huelen a humedad. Ahora mismo me importa bien poco que la ropa esté tirada por el suelo.

Me siento junto al tocador y desato la cuerda que las une. Con mucho cuidado, abro el primer sobre y desdoble el grueso montón de papeles de dentro. La letra es pequeña y tan sofisticada que me resulta difícil entenderla.

Mi muy querida Abigail:

Nada me haría más feliz que volver a ver tu sonrisa. Sospecho que la enfermedad de madre tocará a su fin esta noche y que regresaré junto a ti. Ten paciencia, amor mío, pues se acerca la hora en que terminen estos tiempos de infortunios.

Por siempre tuyo,

William

Antiguas cartas de amor. Qué romántico. «Seguro que son de la chica que sale en el retrato de al lado del piano.» ¿Era esta su habitación? Por algún motivo, tengo un fuerte presentimiento de que sí. Le encantaban las *rudbeckias* y por eso hay tantas en los muebles.

Se va la luz y me sobresalto. «¡Tiene que ser una broma! ¡Ahora no!» Suelto las delicadas cartas y palpo en busca de la linterna de la mesita de noche. Me tiemblan las manos.

—¡Vivian! —vocifero mientras recorro el pasillo oscuro, pero no responde nadie. Cuando llego a las escaleras, veo que hay luz en el recibidor—. ¡Vivian!

—¿Qué? —Su voz me llega apagada desde abajo.

Me dirijo a la cocina con la seguridad de que la encontraré ahí. Siempre prepara té por la noche. Empujo la puerta que hay al final del pasillo y en efecto la encuentro junto a la hornilla, encendiendo una llama debajo de una tetera antigua.

—Se ha ido la luz de mi habitación otra vez —le digo.

—El técnico las ha reparado.

Después de todas las cosas extrañas que me han pasado hoy, no me hace ninguna ilusión que mi habitación esté a oscuras.

—Pues en mi habitación no hay.

Deja la taza vacía en la encimera de mármol y sale por la puerta trasera al patio. La sigo y sostengo la linterna mientras abre el cuadro eléctrico lleno de interruptores.

—Es verdad, hay uno apagado. —Lo vuelve a poner en su posición—. Vamos a echar un vistazo. —Entra en la casa rápidamente.

«No quiero que vea las cartas.»

—Está bien. —Me pongo a su altura—. Si pasa otra vez te lo digo.

—Voy a mirar. Si sigue habiendo algún problema, llamaré a ese idiota para que vuelva. No tengo ningún interés en pasar otra noche chocándome con los muebles porque no veo a tres metros de mis pies.

No se puede discutir con ella, y mucho menos cuando está de mal humor, así que vamos a mi habitación. ¿He cerrado la puerta? No recuerdo haberlo hecho. Siento un hormigueo en la nuca. Me hago con el pomo de la puerta antes que Vivian con la esperanza de que me dé tiempo a esconder las cartas.

—Hay luz —digo.

—Pareces nerviosa, ¿estás bien? —Me mira y abre la puerta.

Miro de inmediato el tocador, pero las cartas han desaparecido. «¡Desaparecido! ¿Pero qué...?» Me acerco y aparto la silla para comprobar si se han caído.

—Este cuarto está hecho un desastre. —Vivian mira alrededor y arruga la nariz—. Sam, ¿seguro que va todo bien?

Se me cae el alma a los pies. No entiendo dónde pueden haber ido a parar.

—Sí. Y yo no he hecho esto.

—¿Lo de la luz?

—¡Esto! —Señalo la ropa impacientemente—. ¿Es que no lo ves? Estaba así cuando llegué. Y ahora ha desaparecido una cosa, me parece que alguien está fastidiándome.

—¿Me estás diciendo que crees que alguien ha estado en la casa? Todas las puertas estaban cerradas.

—Falta una cosa de mi habitación y es la segunda vez que me encuentro la ropa en el suelo. — Me está costando mantenerme serena.

—Un momento, ¿qué falta?

—Una cosa.

Su mirada aterriza en el agujero que hay en el armario.

—Si no me lo cuentas, ¿cómo voy a ayudarte?

—De acuerdo. Unas cartas. Las he encontrado en la parte de atrás del armario.

—¿Me estás diciendo que alguien ha tirado tu ropa al suelo, que has encontrado unas cartas en el armario y que después se ha ido la luz y han desaparecido?

—Y la mecedora de la habitación borgoña estaba moviéndose sola.

Frunce el ceño.

—¿Estás durmiendo bien? Sabes que estaba bromeando cuando te dije que no les gustabas a los fantasmas, ¿verdad?

—No creo que sea un fantasma. Creo que es una persona.

La tetera empieza a silbar.

—Tengo que ir a retirarla del fuego, después podremos seguir hablando de esto.

—No. —Cierro la puerta cuando se va.

Esto solo va a volver a sacar a la luz el asunto de la terapia. No estoy loca y mis horas de sueño no tienen nada que ver con esto. Estoy siendo víctima de una burla.

«¿Son esos lunáticos de las brujas del instituto capaces de molestarme también en casa? Sí, me parece que sí. A lo mejor Jaxon está metido en esto. Seguro que se están echando unas risas a mi costa.»

Me vibra el teléfono encima de la mesita de noche. Es un mensaje.

JAXON: ¿Has encontrado algo?

No sé por qué, pero sus palabras hacen que me hierva la sangre. «Seguro que se está burlando de mí.»

YO: A un mentiroso.

JAXON: ¿¿??

Tiro el teléfono a la cama y alcanzo la linterna de metal, una fuente de luz y arma potencial. Me resisto a las ganas de tirarla por las escaleras solo porque no quiero que Vivian sepa dónde estoy.

Voy a la habitación del piano y me quedo delante del retrato de Abigail, examinando cada detalle. Se la ve tranquila, con el pelo castaño oscuro y los ojos grises con una expresión de felicidad. Detrás de ella, todo es oscuridad, pero estoy segura de que está de pie junto a la

chimenea de la biblioteca, justo delante de la puerta oculta en la que me encuentro yo.

—No sé cómo, pero me he metido en tu mundo de secretos —le digo al retrato.

Busco la firma del pintor, pero no hay. Con cuidado, ilumino con la linterna la parte de detrás de la pintura. ¡Bingo!, hay una tarjeta pegada con algo escrito con la letra inglesa de mi abuela. Gracias, Charlotte. Pone: «ABIGAIL ROE – 1691».

«¿El año anterior a los juicios de las brujas?» Vuelvo a mirar el vestido de encaje y seda. Parece demasiado sofisticado para la América Colonial. He visto dibujos de puritanos de esa época en los libros de Historia y llevaban trajes supersencillos y sombreros. Tonos negros y marrones, no azules llamativos ni blancos. Por lo que he leído, los niños no jugaban ni tenían juguetes porque esas cosas eran consideraras frívolas y pecaminosas. Es imposible que se paseara por ahí con esta cosa en el Salem del siglo XVII.

«Aquí hay algo que no encaja.»

Detrás de mí, un vaso de cristal cae al suelo.

CAPÍTULO 9

Maldita

Ralentizo el paso por el pasillo para que Jaxon no tenga tiempo de hablar conmigo antes de clase. Es algo que no me apetece en absoluto. Solamente es mi tercer día y nadie me mira.

Lo normal sería que tuviera que abrirme paso entre la gente, pero no hace falta: todos se apartan. No parece que sea porque sientan respeto por los Descendientes, sino más bien porque les da miedo tocarme. Oigo fragmentos de conversaciones sobre mi incidente en la biblioteca, que ya es de dominio público.

Suena el timbre cuando llego a clase de Historia avanzada y me esfuerzo por no hacer caso de la presión que siento en el pecho. Me armo de valor y abro la puerta. Wardwell me mira con desaprobación, pero no puede decirme nada porque, técnicamente, he llegado a tiempo.

Me siento al lado de Jaxon, pero mantengo la mirada al frente.

—Muy bien. Hoy vamos a empezar por la tarea del ensayo. —El profesor Wardwell lleva una americana de *tweed* con parches de ante en los codos.

—¿Sam? —susurra Jaxon. No le hago caso. La presión que siento en el pecho aumenta.

—Jaxon —interviene el señor Wardwell—. Si tantas ganas tienes de hablar en mi clase, a lo mejor quieres decirme cuál es el tema de vuestro ensayo.

—Claro. —No parece avergonzado—. Estoy haciendo el trabajo con Sam y es sobre el lugar en el que tuvieron lugar los ahorcamientos de las brujas. —No menciona que creemos que el sitio en el que se dice que sucedieron es erróneo.

La chica tan guapa que le guardó un sitio el otro día no se vuelve para mirarnos, pero el resto de la clase sí. «No te preocupes, es todo tuyo», pienso, mirando en dirección a la muchacha.

—Sí. Magnífica elección. —El profesor asiente—. El viernes vamos a visitar Gallows Hill Park, así que podréis realizar vuestras investigaciones.

Levanto la mano y el señor Wardwell asiente.

—¿Sí?

—¿Puedo hacer el trabajo sola?

—No, es un trabajo en grupo. —Pasa a otro alumno y Jaxon me mira. No me atrevo a mirarlo o me echaré a llorar.

Lizzie se vuelve hacia a mí desde unas cuantas filas más adelante. El pelo le tapa esa sonrisa maliciosa que está poniendo para que no se la vea el profesor. Saca de detrás del pupitre una muñeca pequeña hecha a mano en la que pone, bordado, MATHER, y que tiene un lazo alrededor del cuello. Jaxon me agarra del brazo, como para evitar que reaccione, y yo me sacudo.

John, que está sentado en el pupitre de al lado de Lizzie, articula «maldita» con los labios en mi dirección.

Me quedo paralizada. Esa fue la palabra que hizo que mis amigos se alejaran de mí cuando era pequeña. Todo empezó poco después de que mi amiga Kara se cayera en la jaula de un león en la fiesta de mi séptimo cumpleaños.

—No está lo suficientemente bien como para verte —me dijo la madre de Kara con la puerta medio abierta.

—Volveremos en un par de días —respondió mi padre y me puso una mano en el hombro.

—¿Sam? —La voz de Kara provenía del fondo del pasillo.

—¡Lo siento mucho, Kara! —grité tratando de mirar detrás de su madre. No sabía por qué me disculpaba, pero sabía que lo lamentaba.

Cuando Kara llegó a la puerta, su madre la empujó para que se quedara detrás.

—Kara, no vas a volver a ver a Sam. Ya se van.

Se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas y mi padre se tensó a mi lado.

—Es normal que esté enfadada por lo que ha sucedido, pero no ha sido culpa de Sam. Mantener separadas a las niñas es demasiado...

Fui a acercarme a Kara, pero su madre me lo impidió.

La puerta se me cerró en las narices. No entendía qué significaba todo eso, lo único que sabía era que ya no iba a poder pasar más tiempo con Kara porque yo tenía algo malo, y no sabía cómo tomármelo.

John sonríe al ver la cara de sorpresa que pongo. ¿Es posible que sepa que de pequeña tenía muy mala suerte? ¿O se trata de una desafortunada coincidencia?

—No estoy maldita, y si vuelves a decirlo, ¡te arrancaré esa sonrisa! —le grito. La sala se queda en silencio y todos me miran.

El señor Wardwell se pone recto.

—Señorita Mather, no voy a permitir ese tipo de amenazas en mi clase. Si no puede controlarse, tendrá que irse. ¿Queda claro?

Lizzie tensa el nudo alrededor del cuello de la muñeca.

Aprieto los puños.

—¿Y está bien que ella tenga una muñeca de vudú con una cuerda en el cuello? ¿En serio? ¡El otro día me amenazaron!

El señor Wardwell mira a Lizzie, pero la muñeca no está a la vista.

—¡Fuera! —El profesor señala la puerta. Alcanzo la mochila y salgo echando chispas.

—Señor Wardwell —dice Jaxon—. No es...

—No quiero escucharlo, Jaxon.

El profesor me sigue hasta el pasillo.

—Quiero que vayas a esa aula de ahí —indica agitando un dedo al aire— y te tranquilices. Iré a hablar contigo en cuanto pueda.

Cruzo el pasillo, entro en la clase vacía y suelto la mochila en el suelo. Ya sé que debería controlarme, pero esos Descendientes están completamente locos.

¿Quién está haciendo todo esto? No creo en la brujería o lo que sea todo esto. ¿Y estaba Jaxon defendiéndome? No necesito su ayuda, siempre me ha ido bien sola. No sé por qué tenía metido en la cabeza que aquí podría hacer amigos.

Me paseo por la estancia hasta que me canso. Le doy una patada al pupitre que hay al lado de la ventana antes de sentarme. Quiero que vuelva mi padre, necesito hablar con él. Necesito oír que todo va a ir mejor. Ahora mismo me va fatal y parece que todo escapa a mi control a cada minuto. Desconsolada, apoyo la cabeza en las manos, cierro los ojos y el pelo me cae en el rostro.

Mi padre se arrodilló a mi lado.

—No ha sido por tu culpa. Lo sabes, ¿verdad, Sam? Esa mujer es una... Está asustada por lo que le ha pasado a Kara y necesita culpar a alguien. —Me retiró el pelo de las mejillas mojadas—. Eres una de las personas más buenas y bonitas que he conocido y te prometo que haré cualquier cosa para que esto se resuelva.

Asentí.

—Sí, papi. —Pero, en mi interior, sabía que las cosas nunca volverían a ser como antes.

Unos minutos después de cerrar los ojos, respiro mejor. Cuando me vuelvo a poner en pie, el chico de cabello oscuro con el que me choqué el otro día está de pie junto a la puerta. Nos quedamos en silencio.

—Vete. —El tono con que lo dice es monótono, pero tiene el rostro en tensión.

—¿Del aula? No puedo.

—De Salem —responde y, por primera vez, me doy cuenta de que él también va de negro.

CAPÍTULO 10

Detrás de toda esa bravuconería

Suena el timbre al término de la clase de Literatura de la sexta hora y soy la primera en salir del aula. Estoy deseando marcharme de este lugar. Si oigo a una persona más susurrar que los Descendientes me han maldecido, voy a gritar.

Corro a mi taquilla. Menos mal que aún no ha llegado Susannah. Pongo la combinación del candado y abro el pestillo. Cuando saco las libretas, veo que Jaxon viene en mi dirección. Cierro la taquilla y me dirijo a la salida, pero en cuanto llego a la puerta, me alcanza.

—Sam, ¿qué narices pasa?

—Lárgate.

—No hasta que me cuentes por qué estás tan enfadada. —Camina a mi lado a mi ritmo—. Llevas todo el día evitándome.

—Ya sabes por qué. —Camino por la acera para alejarme del instituto cuanto antes.

—No, no lo sé.

—Por favor, no quiero sentirme aún más ridícula de lo que ya me siento. —Observo las fisuras de la acera bajo mis pies en un intento de no pensar en lo dolida que estoy.

—Pero si no he dejado de ser amable contigo, ¿me he perdido algo?

Lo miro por primera vez desde que hemos empezado a hablar.

—¿Cómo se han enterado los Descendientes de que mi padre está en el hospital?

—No... Oh, mierda.

—Sí, mierda. —Vuelvo a fijar la vista en el suelo y camino aún más rápido. Una parte de mí esperaba que no hubiera sido él. No debería haber confiado en él.

—No es lo que piensas.

—No quiero hablar de esto.

—Sam, tú no estabas delante, no sabes lo que dije.

—No me importa. —«Estoy mejor sola.»

—Pero a mí sí —responde—. A la hora del almuerzo de tu primer día, oí que los Descendientes planeaban complicarte la vida. Había un montón de rumores sobre ti. Hablé con Susannah, le dije que convenciera al grupo para que se olvidara de todo, que estabas atravesando un mal momento. No tenía ni idea de que iban a usarlo en tu contra.

Todo el peso del día se me acumula detrás de los ojos, necesito alejarme de él antes de ponerme en evidencia aún más. Cruzo a la acera que hay junto a mi casa, pero antes de que llegue a la entrada él se interpone en mi camino.

—Fuera —le digo.

—No. Hasta que me digas que me crees.

—Venga, Jaxon —lo miro—, eres un alumno mayor con un montón de amigos. Le gustas a la gente. No voy a creerte ni por un segundo que quieres pasar tanto tiempo conmigo. —Me tiembla un poco la voz—. Solo quiero que dejes de reírte de mí.

—No me estoy riendo de ti. —Lo dice con un tono tan sincero que no sé si me dan ganas de pegarle por ser tan buen mentiroso o de creerlo.

—Ya has ganado. Me siento como una mierda. Buen trabajo.

—Ven a hablar con mi madre.

Me detengo. «¿Qué dice?»

—Vamos a hacer un trato. Ven a hablar con mi madre y, si no te crees que te digo la verdad, te dejaré tranquila. —Me observa—. Y yo me encargo del trabajo de Historia. No tienes que hablar conmigo.

Lo miro con desconfianza.

—De acuerdo, pero más te vale no fastidiar el trabajo.

Lo sigo hasta su casa, con las contraventanas azules y una estrella náutica. En cuanto abre la puerta, me alcanza un delicioso aroma a masa caliente, a manzana y a canela.

Me quedo sorprendida. El interior de la casa me recuerda al de un barco, uno con unos mástiles altos para correr aventuras. Unas vigas rústicas de madera atraviesan el techo blanco. Las estanterías están hechas de madera y también la barandilla.

—¡Mamá! —grita Jaxon. Avanza por el pasillo y gira a la izquierda. Me lleva por una puerta arqueada de madera.

Las encimeras de la cocina están llenas de galletas, pasteles y muchas otras cosas maravillosas. Las paredes están decoradas con modelos de barcos y en las repisas de las ventanas hay frascos de cristal con especias.

—¡Samantha! —La señora Meriwether me sonrío desde detrás del cuenco—. Al fin has venido a hacernos una visita.

—Hola, señora Meriwether. —Me acerco a la isla llena de dulces.

—Mi madre es la dueña de la pastelería Hechizos de Azúcar —me explica Jaxon—. Pero pasa la mayor parte del tiempo aquí preparando recetas nuevas.

Así que la pastelería es de ella. Asiento mientras pienso que ojalá Vivian no le haya echado la bronca a la señora Meriwether por lo de las pastas.

La madre de Jaxon sigue sonriendo.

—Toma lo que te apetezca.

Elijo un pastel con forma de corazón, cubierto de frambuesas, y le doy un mordisco.

—Está buenísimo.

—Mamá, cuéntale a Sam lo que te dije cuando volví de clase el primer día —comenta Jaxon.

Su madre ladea la cabeza.

—Me contó que los demás alumnos se habían puesto en tu contra.

—¿Y?

Mira a Jaxon con curiosidad.

—Y que él sabía lo que se sentía en una situación así y que intentaría evitarlo.

—¿Ves?

Lo miro alternativamente. La señora Meriwether suelta el cuenco.

—Jaxon, déjanos a solas un minuto.

—Mamá...

—Jaxon.

Él resopla, pero sale de la habitación.

—Siéntate —me pide y saco una de las sillas de respaldo alto de la isla. Añade un poco de azúcar moreno al cuenco y continúa—: ¿Sabes que me crie en esta casa?

Niego con la cabeza.

—Tu padre y yo éramos prácticamente inseparables. Nacimos con un mes de diferencia, lo hacíamos todo juntos. Él era mejor para idear trastadas, pero era un tramposo en las carreras. — Se ríe—. Solía hacerme mirar para otro lado y aprovechar para salir corriendo.

Me esfuerzo por imaginarme a mi padre haciendo el tonto con la señora Meriwether cuando era joven. En el momento en que mi vida social empezó a ir cuesta abajo, mi padre perdió el sentido del humor. Le resultó duro no poder hacer nada por mí.

Exhalo un suspiro.

—Siempre quise conocer este lugar, pero nunca me hablaba de él. No la conocía a usted. — Me preocupa haber dicho algo desacertado, pero ella tan solo parece pensativa.

—Ya. —Revuelve la mezcla en el cuenco—. Se divorció de este lugar cuando tu madre murió. Estaba deshecho. Todos lo estábamos. Pero no permitió que eso interfiriera en su labor como padre. Deberías de haber visto cómo se ocupó de ti cuando eras un bebé.

Me miro las manos.

—Lo echo de menos. —«Cada día sin él es un día vacío.»

—Ya lo sé —responde con tono amable—. Se me rompe el corazón al pensar en lo mucho que estarás sufriendo. Pero rechazar a la gente no te va a ayudar. Puedo ver la cabezonería de Charlie en ti. ¿Sabes? Una vez se hizo un esguince en el tobillo mientras patinábamos sobre hielo en el río. Se arrastró a casa durante dos kilómetros y medio. Ni siquiera me dejó que le llevara los zapatos. A Charlotte casi le da un ataque.

—No soy yo la que está rechazando a la gente. Es solo que aquí no le gusto a nadie.

—A Jaxon sí. Y si permites que entre en tu vida, a lo mejor encuentras algo que valga la pena tras toda esa bravuconería.

—¡Hey! Yo no soy un bravucón —replica el aludido desde el pasillo—. Soy simplemente maravilloso.

—Jaxon, escuchar a hurtadillas es una costumbre horrible —le regaña—. Típica de estafadores y cotillas.

Aparece en la puerta con una sonrisilla de suficiencia.

—No te preocupes, solo he vuelto para ver si habíais terminado ya.

—Eso depende de Samantha —dice.

—Sí, creo que sí —respondo—. ¿Podré volver algún día? Me encantaría escuchar más historias sobre mi padre.

—Nada me gustaría más. —Toma un trozo de masa que huele a ponche de huevo y a mantequilla.

Jaxon me hace un gesto para que lo siga.

CAPÍTULO 11

The Friendship

—¿Cómo es que no estás gordo? —pregunto con una taza de chocolate caliente con una pizca de pimienta y canela de la pastelería Hechizos de Azúcar de la señora Meriwether en la mano.

Jaxon se da un golpecito en el vientre plano.

—Tengo buenos genes.

Cruzamos la calle en dirección al puerto y veo por primera vez el enorme barco.

—Vaya.

—¿No habías visto *The Friendship* antes? —Jaxon es todo sonrisas.

—¿Así se llama este barco pirata?

Se ríe.

—En realidad es una réplica de un barco comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales construido en 1797.

Lo miro de reojo.

—¿Conoces la fecha exacta?

—Mi padre solía traerme aquí de niño. Construía barcos y este en particular le encantaba.

De repente su casa cobra sentido. Tomo un sorbo de chocolate caliente con cuidado para no quemarme.

—Este barco ha viajado por el globo más de una docena de veces y, después de cada viaje, regresaba a Salem con cosas de todo el mundo. —Se queda mirando detenidamente los mástiles con sus complicados pisos de madera.

—¿En serio? —Me fascina el amor de Jaxon por este viejo navío.

—Por desgracia, los británicos se llevaron el original en la guerra de 1812, lo desguazaron y lo vendieron por partes.

—Qué pena. Es muy bonito.

Atisbo una gran franqueza en él al hablar de este barco.

—Sí, odio que la gente rompa las cosas bonitas.

Se me encienden las mejillas.

—¿Así que venías aquí con tu padre?

—Sí, él me enseñaba las partes del barco y me explicaba cómo funcionaban. Por eso ahora me gusta construir muebles, he construido muchas cosas con él.

El cielo ha empezado a cambiar de naranja a rosa.

—¿Cómo era?

Esboza una sonrisa.

—Siempre llevaba tirantes y recuerdo que tenía una risa escandalosa, de esas que hacen que

se te sacuda todo el cuerpo. Llevaba su vieja pipa con él a todas partes y eso ponía de los nervios a mi madre, que decía que iba apestando todo. Pero quería a mi madre sobre todas las cosas. Era muy goloso y solía colarse en la cocina por la noche para comerse las pastas nuevas que preparaba para la tienda. Ella siempre se quejaba, pero en el fondo le encantaba.

Su amor por su padre es tan sincero que me quedo sin aire.

—Suenan maravillosos.

Me echa el brazo por encima del hombro y me acerca a él, y la cercanía hace que me tense.

«A lo mejor la señora Meriwether tenía razón con respecto a su hijo. No le he dado una oportunidad.» Es solo que no estoy acostumbrada a que la gente se muestre amable conmigo. El par de ocasiones en las que alguien del instituto me ha tratado así es porque estaba jugando conmigo o riéndose de mí, lo que no resulta de ayuda a la hora de confiar en la gente. Relajo los músculos, me apoyo ligeramente en él y aspiro el olor a agujas de pino.

—En Nueva York no tenía amigos. —Observamos el cielo de colores reflejado en el agua y me pregunto por qué no habrá retirado aún el brazo.

—Siempre dices lo que piensas, ¿verdad? —comenta como si fuera algo bueno.

Me encojo de hombros.

—Vivian dice que no tengo filtro. Es curioso, porque creo que lo he aprendido de ella. Aunque en realidad no veo la necesidad de endulzar las cosas.

—Imagino que no echas de menos Nueva York.

—No exactamente, pero echo de menos tener la posibilidad de ir al hospital todos los días. Nunca he estado tanto tiempo sin ir a ver a mi padre desde que está en coma. Vendimos el apartamento antes de lo que esperábamos y tuvimos que mudarnos antes de que lo trasladaran a Boston.

Jaxon me abraza con más fuerza y me abandono a la calidez de su cuerpo. Mi pecho sube y baja un poco más rápido.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿qué sucedió? —Me mira.

Me quedo callada. Él es la primera persona que me pide que le cuente la historia.

—Fue hace cuatro meses. Mi padre estaba preparando el desayuno, era un sábado por la mañana, y antes de que se pusiera enfermo, yo tenía la manía de dormir hasta el mediodía. Así es. No me despertaba ni con las alarmas de los automóviles, ni con los camiones de bomberos... nada de nada. Pero esa mañana, una parte de mi cerebro inconsciente captó la voz aterrada de Vivian y salí corriendo de la cama. En ese momento no me fijé, pero lo que me había despertado era su llamada a emergencias. Solo recuerdo correr a la cocina y ver a mi padre tirado en el suelo negro. Lo más raro es que, en ese momento, me di cuenta de que estaba preparando mi desayuno preferido, tortitas de plátano con chocolate. Se le cerraron los ojos justo antes de que yo lo tocara. Los médicos nos comunicaron que tenía una pequeña fisura en la membrana que recubre el corazón. Lo operaron para resolver ese problema, pero lleva en coma desde entonces. No saben por qué.

Jaxon sacude la cabeza.

—Lo siento muchísimo.

—Ahora me despierto muchas veces asustada. Creo que... que pudo ser por mi culpa. Que se pusiera enfermo, digo. —Nunca he admitido esto delante de nadie.

—Sam, no fue culpa tuya.

De repente me siento desprotegida y tengo la necesidad imperiosa de esconderme. Me aparto del lado de Jaxon.

—Aprecio lo que dices, pero no me conoces tan bien. La gente que está a mi alrededor suele salir malparada. Soy como un imán para los desastres.

—No puedes culparte por...

—Vamos a dejarlo. —Me muerdo el labio inferior—. Quiero irme a casa. No he avisado a Vivian de adónde iba.

—De acuerdo.

Nos alejamos del muelle y volvemos a la calle. Ahora que no me rodea el brazo de Jaxon, hace más frío, pero creo que me incomoda estar tan cerca de alguien. Casi nadie me suele tocar.

—¿Hay algo más interesante que ver de camino a casa? —pregunto con la esperanza de alejar los malos pensamientos—. ¿Puntos de referencia histórica o algo así?

—Sí, bastantes. Los hay en todas partes —comenta mientras caminamos—. Por ahí, a un par de manzanas, está el cementerio viejo, el más antiguo de Salem. Uno de los Mather está enterrado ahí. Te llevaré un día cuando no esté oscuro.

—¿Quién tiene miedo ahora? —bromeo.

Sonríe cuando atravesamos una pequeña calle con unas bonitas casas antiguas en fila.

—Y por esa calle vivía el juez Corwin. Muchas personas de Salem iban allí para hacer acusaciones por brujería.

Me roza la mano con la suya y la aparto.

—Sabes un montón de historia. Estoy impresionada.

—¿Es un cumplido?

—Los hago cuando son merecidos.

—¿Puedes repetirlo? Quiero recordarlo.

—No. —Hago un esfuerzo por no sonreír, pero fracaso.

Se detiene delante de una descomunal mansión con unos grandes ventanales de vidrio y un tejado salpicado de cúpulas. Me recuerda a un castillo típico de Nueva Inglaterra. Fuera hay unos jardines preciosos y una imponente verja rodea la propiedad.

—¿Qué es esto? —pregunto

—Antes era una cárcel.

—Qué sofisticada.

—Había prisioneros de la guerra de 1812 —explica—. Aquí murió un montón de gente, la mayoría ahorcada. Fue la casa del Estrangulador de Boston.

Señala un cementerio.

—El cementerio de la calle Howard.

—Tenéis cementerios en todas partes.

—Supongo que es que hay muchos muertos en Salem.

—Eso no da nada de miedo —replico.

—Giles Corey fue aplastado hasta la muerte aquí. —Su voz ha adquirido un tono dramático—. Sucedió en esta misma calle.

—¿Qué? ¿Y por qué haría alguien algo así?

—Cuando lo acusaron de brujería era ya muy mayor, se negó a declararse culpable o no culpable. Lo desnudaron, lo tumbaron en la carretera y le colocaron dos tablones pesados en el pecho donde iban poniendo rocas cada vez más pesadas.

—Eso es una salvajada, ¿por qué no se declaró no culpable y ya está?

Jaxon se encoge de hombros.

—Lo único que sé es que, durante dos días, le preguntaron tres veces cómo se declaraba, y lo

único que decía era: «¡Más peso!». La gente dice que, en un momento, se le salió la lengua y entonces el *sheriff* tuvo que recolocársela con el bastón, y justo antes de morir, maldijo al *sheriff*.

—Es una de las cosas más horribles que he oído nunca. —«Ojalá no lo estuviera visualizando.»

—Al parecer, desde entonces, todos los *sheriffs* han muerto de un ataque al corazón o han contraído alguna enfermedad de la sangre.

—Dios mío, ¿y para qué se usa este lugar ahora?

—Un tiempo después, lo compró el ayuntamiento y lo convirtió en apartamentos y un restaurante.

—Oh, y la gente vive en una antigua cárcel. —«Me pregunto si yo podría hacerlo.»

—Dicen que Giles Corey se aparece en este lugar y que a veces sientes una mano fría en el hombro. —Levanta las cejas.

—No creo en los fantasmas.

—Ya, yo tampoco, pero puede que seamos los únicos.

Se levanta una ráfaga de viento y me cruzo de brazos. De repente, algo me roza suavemente el hombro. Me sobresalto y Jaxon estalla en carcajadas.

—No tiene gracia.

—Pensaba que no creías en fantasmas.

—¡Y no creo! Pero eso no significa que no me vaya a sobresaltar cuando la gente me toque sin venir a cuento.

—Ya lo entiendo, nada de tocarlo sin avisar. —Esboza una sonrisa de suficiencia—. Solo cuando te lo esperes.

—Un momento, casi estaba pensando en lo maduro y sabio que eras, y entonces vas y te comportas como un idiota total.

—¿Qué? Lo he escuchado todo hasta la parte de sabio.

—Increíble. —Niego con la cabeza y doblamos una esquina mientras el sol se pone detrás de las casas viejas y los altos árboles.

CAPÍTULO 12

El momento de marcharse

La madera del suelo cruje bajo mis pies en el largo pasillo que lleva a la biblioteca. El retrato de un anciano con un aspecto particularmente gruñón y un enorme perro me llama la atención y me detengo. Mi padre me ha hablado de esta pintura.

—Vuelve a contarme cómo conociste a mamá —le pedí al meterme bajo las sábanas.

Mi padre se sentó en un lado de la cama y remetiÓ con cuidado la manta por los pies.

—Yo tenía quince años, seis más que tú ahora. Y era el chico más guapo que hubieras visto nunca.

Solté una risita. Había visto fotos de mi padre a los quince años, era delgado y tenía el pelo a parches, como un puercoespín medio calvo.

—Tu madre estaba ayudando a tu abuela a repartir libros. Su familia era propietaria de la librería de la ciudad. Yo me dirigía hacia ella, y se apartó a un lado para dejarme pasar, pero yo me eché al mismo lado. Nos movimos así como cinco o seis veces. Confieso que al final ya lo hacía a propósito solo para mirarla un poco más. —Me guiñó un ojo. Ella me pidió que dejara de moverme y, cuando lo hice, me empujó contra la pared. En ese momento supe que la quería, con ese pelo rizado y salvaje. Encima de mí, el retrato de mi bisabuelo me miraba con desaprobación. No pude evitar sonreír al viejo malhumorado y a su basset hound.

Suspiro, entro en la biblioteca y me acerco a la chimenea. Hay mucha información sobre mi familia que desconozco. Ni siquiera sé cómo murió mi madre en realidad. Mi padre siempre me decía que murió más feliz de lo que nunca la había visto porque me tenía en sus brazos. Durante unos breves minutos después de mi nacimiento, fuimos la familia perfecta. Después, se encerró en su despacho el resto de la noche.

Tiro del gancho, enciendo la linterna y cierro la puerta secreta tras de mí. Ilumino el ladrillo y la madera vieja. Me acerco a la escalera en espiral y subo despacio, disfrutando de la emoción que suscita este lugar oculto. Me pregunto si papá conocía este pasadizo o si mi abuela se lo guardó para ella.

Sonríó en la pequeña sala llena de libros y me acerco al escritorio de mi abuela, repleto de papeles que habría esperado volver a ver. Suelto la linterna y me sitúo.

Abro el diario y empiezo a leer.

Hoy he recibido una carta de Charles con fotografías de mi querida Samantha. No

puedo soportar este muro que ha erigido entre los dos. Ni siquiera me deja ir de visita a Nueva York. Entiendo por qué teme a esta familia. Le da miedo la maldición, aunque su cabezonería no le permite admitirlo.

Estos días me siento más decidida que nunca a resolver este misterio. Mable es de gran ayuda y consuelo, aunque no estoy segura de que no haya subido unos cuantos kilos por sus recetas.

Me quedo sin aliento al leer la palabra «maldición» y me tiemblan las manos al volver la página.

He hablado con algunos descendientes de las brujas acusadas y les he pedido las anotaciones acerca de sus muertes. Es obvio, creen que estoy chiflada, pero, si soy franca, estoy demasiado ocupada como para que me importe.

Después de unas cuantas horas de conversaciones sin sentido, me fui directamente al ayuntamiento y recopilé una lista de defunciones de descendientes de los juicios de Salem.

Mañana voy a pasar el día investigando, pero ya puedo asegurar que hay un patrón. Cada cien años o así, por razones que desconozco, miembros de esas familias y de la mía propia parecen morir en un periodo muy breve de tiempo. Aún no conozco la causa, pero tengo que romper esta maldición antes de que alcance a mi Charles o a mi Samantha. Punto.

Si quería conocerme, ¿por qué papá nos mantuvo separadas? No es propio de él. Existen dos posibilidades: una, que mi abuela estaba tarada; o dos, que mi abuela tenía razón y mi familia está, literalmente, maldita. En tal caso, la enfermedad de mi padre posiblemente tenga relación con ello. A lo mejor está enfermo por mi culpa. Un dolor leve me golpea el pecho. Hago presión sobre el corazón con la mano para evitar que el dolor se expanda.

«Por favor, no.»

Oigo algo abajo. Vivian ha debido de llegar a casa. Cierro el diario y alcanzo la linterna. Despacio, bajo por la escalera de caracol y me quedo en la puerta, atenta a cualquier sonido. La abro, dejando el espacio suficiente para poder echar un vistazo. Nada. Abro la puerta, la atravieso y la cierro detrás de mí con un movimiento rápido. El corazón me martillea en las orejas.

Camino de puntillas por la biblioteca y me tropiezo con un libro. Me abalanzo hacia adelante y extiendo el brazo antes de que mi cabeza se estrelle contra la pared. «¿De dónde narices ha salido esto?» Antes de colocarlo en la estantería, leo el título: *El momento de marcharse*. Me pongo tensa al acordarme de lo que me dijo el chico moreno acerca de irme de Salem. Me aferro al libro y abro la puerta.

—¡Vivian! —grito, pero no obtengo respuesta.

Miro a ambos lados en el pasillo.

—Estoy segura de que cerré las puertas —me digo a mí misma. Es un hábito de toda neoyorkina neurótica.

Me dirijo al recibidor principal y examino la habitación palmo a palmo.

—¡Vivian! —grito.

Aún con el libro en la mano, subo las escaleras. Llego a mi habitación en cuestión de segundos y cierro la puerta al entrar. ¿Cómo iba a enterarse alguien de que estaba en la biblioteca? ¿Había

alguien espiándome?

El cristal se hace añicos y doy un brinco atrás, chocando contra la puerta cerrada con un golpe seco. Una hoja de cristal de la ventana de mi dormitorio está hecha pedazos en el suelo. Me quedo quieta unos segundos. Me fijo en la piedra negra del tamaño de un meñique que hay medio oculta en el suelo oscuro.

Cierro la mano derecha en un puño. «¡No me van a acosar en mi propia casa!» Me acerco y tomo la piedra. Está fría y es suave. Le doy la vuelta y veo, en un lateral, arañada la palabra MUERE.

Se cierra la puerta de la entrada y me quedo helada.

—¡Sam! —La voz de Vivian resuena en el recibidor. Suelto el aire que estaba conteniendo.

—¡Vivian! —respondo y abro la puerta de mi habitación—. ¡Ven! ¡Alguien acaba de lanzar una piedra contra mi ventana!

El sonido de los tacones queda amortiguado por la alfombra de las escaleras, pero repiquetean con su paso rápido cuando llega a los tablones de madera del pasillo.

Examina la ventana rota y después el vidrio.

—Intolerable —murmura enfadada.

—Toma. —Le paso la piedra.

Se le tensan los músculos que tiene alrededor de los ojos.

—¿A qué viene esto, Sam?

Me quedo callada, sin saber cómo empezar.

—Hoy en el instituto un chico me ha dicho que me vaya de Salem. Parecía una amenaza. Y ahora me he encontrado este libro en la puerta de la biblioteca. —Levanto el ejemplar—. Me puse nerviosa, así que subí aquí. No llevaba más de dos minutos en el cuarto cuando la piedra ha roto el cristal.

—¿Estás segura de que el libro no estaba ya allí? Esa habitación está repleta de ejemplares.

—Afirmativo.

—Voy a comprobar las ventanas y puertas —me informa y sale.

—Estoy bien, gracias por preguntar —me digo a mí misma y me quedo mirando a través del cristal destrozado el patio oscuro.

CAPÍTULO 13

Vas a lamentar cada palabra

—Se ahorcó a diecinueve personas y a dos perros, una persona murió aplastada y, al menos, cuatro fallecieron en prisión. —El señor Wardwell está sentado en el borde de la mesa, observando nuestros rostros y nos habla muy atento—: Esas son las muertes asociadas directamente con los juicios por brujería de Salem. Pero, como muchos ya sabéis, las repercusiones tuvieron un alcance mayor. Muchas familias sufrieron durante generaciones, perdieron sus propiedades, se endeudaron por su estancia en la cárcel y acabaron destrozadas emocionalmente. Todos los años les planteo esta pregunta a mis estudiantes y os la plantearé a vosotros: ¿cuál fue la causa de los juicios contra las brujas? ¿Fueron factores diversos y complejos? ¿O acaso hubo un gran factor que los provocó? ¿Fue por motivos políticos, religiosos, culturales o simplemente histeria pura y dura? Mientras orientamos los textos que estáis escribiendo y mientras nos preparamos para la reconstrucción, seguiremos contemplando estas preguntas. Cualquier respuesta preliminar es bienvenida.

Lizzie levanta la mano con las uñas pintadas y un anillo con un diamante con forma de calavera.

El señor Wardwell asiente.

—Lizzie.

—Cotton Mather —dice—. La causa principal fue Cotton Mather.

Jaxon pone los ojos en blanco. Me alegra que se dé cuenta de lo ridícula que suena.

—Era un experto en brujería —continúa—, pues la estudió durante muchos años antes de los juicios, y estaba esperando la oportunidad de descubrir algún caso. Consultó un caso de brujería en Boston y, haciendo gala de su arrogancia, escribió un libro sobre ello. Este libro se convirtió en un éxito de ventas y sirvió de mapa para lo que pasaría tres años más tarde en Salem. —Hace una pausa y, a continuación, añade—: Algunas personas no saben cuándo abandonar. Por eso sus acciones matan a gente.

Hablando de arrogancia, «seguro que ella tuvo algo que ver con la piedra».

—Una respuesta muy completa, Lizzie —señala el profesor.

La chica se vuelve hacia mí con una mirada feroz. Se la devuelvo, pues no voy a permitir que piense que me molesta. Se me pone el vello de los brazos de punta y ella alza una ceja antes de darse la vuelta.

—Sí, una idea estupenda. —El señor Wardwell pasea la mirada por el aula—. ¿Alguna otra teoría? —La clase se queda en silencio, nadie se atreve a responder después de Lizzie—. Si no es así, tomaos cinco minutos para discutirlo con vuestros compañeros.

Se produce un silencio de dos segundos y, después, todo el mundo empieza a hablar.

—Sam... —empieza Jaxon con un tono reconfortante.

—Estoy bien, Jaxon, de verdad. Mejor no hablar de ello.

—Se me olvidaba... Eres una chica dura de ciudad.

Sonrío.

—¿Esperabas otra cosa?

—Por supuesto que no.

—Ah, por cierto, he encontrado la casa, o, al menos, la ubicación —indico.

—¿Qué casa?

—Esa desde la que puedes ver el lugar de los ahorcamientos según mi abuela. He investigado en la biblioteca pública.

Hace un gesto de reconocimiento cuando digo «biblioteca».

Así que todo el mundo lo sabe ya. Al menos él tiene la decencia de no sacar el asunto a colación.

—¿Quieres que vayamos a mirar mi mapa hoy después de clase? —continúo.

—¿Me estás pidiendo una cita?

Me río.

—Me tomaré eso como un sí —continúa. Suena el timbre.

Alcanzamos las mochilas y nos dirigimos a la puerta.

—Te veo después de clase —me despido.

—Sí, recógeme en mi taquilla. Me gustan las rosas rojas y el chocolate europeo. Nada de cosas baratas.

Sacudo la cabeza al tiempo que separamos nuestros caminos.

La gente se aparta de mí conforme avanzo por el pasillo. No tanto los de primer curso, ellos no tienen ni idea acerca de la dinámica social, pero todos los alumnos mayores me evitan. Oigo perfectamente la palabra «maldita» entre los susurros. O bien los Descendientes saben que se burlaban de mí con esa palabra en mi antigua escuela, lo que significa que se están esforzando de verdad en complicarme la vida, o bien es una coincidencia, lo que sigue pareciéndome espeluznante. No sé qué es peor.

Doblo una esquina en dirección a clase de Química y me choco con la espalda de Lizzie, que está hablando con Susannah. Se da la vuelta y me mira.

La gente a nuestro alrededor se da cuenta. Susannah juguetea con las manos y evita mirarme.

—Ahora es cuando dices que lo sientes, que esperas que te perdone y te marches —dice Lizzie lenta y deliberadamente, como si yo fuera una completa idiota.

Me hincó las uñas en las palmas.

—O ahora es cuando tú te disculpas por lanzar una maldita piedra a mi ventana, ¿no? Y después puedes marcharte o ir a jugar con tus muñequitas.

Entorna sus ojos de diferentes colores y da un paso hacia mí. Huele a hoguera y a chicle de menta. Susannah la agarra de la mano, pero ella se suelta.

—Vas a lamentar cada palabra —me dice justo cuando el chico moreno pasa junto a nosotras.

—¡Y tú! —le grito a él. Lizzie parece confundida cuando redirijo la conversación. El chico se detiene un segundo para dedicarme una mirada de desaprobación y continúa su camino, como si lo hubiera ofendido.

Esto solo me frustra aún más y hago un intento de agarrarlo por el brazo. Toco con los dedos su camiseta negra, pero él tira y se suelta. Doy un paso adelante en un intento de recuperar el equilibrio, pero esto solo lo empeora y me derrumbo sobre las taquillas de metal.

Extiendo el brazo, pero es demasiado tarde, mi torpeza luce en todo su esplendor. Me golpeo la frente con un candado y al hacerlo suena fuerte. Durante un momento veo borroso el pasillo y me caigo al suelo. Todos se vuelven a mirar. Intento levantarme, pero un fuerte dolor me atenaza la frente y estoy súper mareada.

Lizzie se coloca delante de mí con expresión divertida. A mi alrededor, la gente murmura que esta ha usado un hechizo contra mí, que me ha echado una maldición. Quiero gritarles, pero la cabeza me palpita.

—Bien, apartaos. —El director Brennan se abre paso entre la multitud—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Se ha lanzado contra las taquillas —responde Lizzie y los murmullos continúan.

—Me he tropezado. —Pongo una mueca de dolor.

—Dispersaos todos, ¡ya! —exclama el director—. Vamos a la enfermería. ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí —contesto, pero cuando me gotea sangre en la mano, me desmayo.

CAPÍTULO 14

La muerte es así

Saco una pierna de debajo de la colcha y me recoloco la almohada bajo la cabeza. El sol se pone al otro lado de la ventana precintada. Alcanzo el agua que hay en mesita de noche y me tomo otro analgésico por si acaso la cabeza decide volver a palpitarme. De todas formas, la cabeza no es mi mayor problema. El sobrecogedor bochorno que siento sí lo es.

Vivian asoma por la puerta del dormitorio.

—Han venido Jaxon y su madre, pero les he dicho que estabas descansando. —No le llegué a preguntar si gritó a la señora Meriwether por lo de las pastas, aunque no sé si quiero saberlo.

—Ah, de acuerdo. —Esbozo un intento de sonrisa—. La señora Meriwether es simpática, ¿sabes? Igual te gusta.

Arruga la nariz.

—Voy a buscar algo de comida. ¿Qué te apetece?

—Queso asado y sopa de tomate.

Asiente.

—No tardo.

Cierro los ojos cuando sale de la habitación. Entre esto y lo de la puerta cerrada en la biblioteca, parece como si deseara que Lizzie tuviera poder sobre mí. Seguro que a estas alturas hay ya un montón de rumores circulando.

Una mano suave y fría me tapa la boca y me presiona los labios. Abro los ojos. El chico moreno está sentado en mi cama, las ondas negras le caen por las mejillas al inclinarse hacia mí. Aumenta la presión de los dedos cuando opongo resistencia. Grito, pero de entre sus dedos solo sale un quejido apagado.

—Para —me dice con voz monótona, como si no estuviera pasando nada fuera de lo normal.

Tiro de la mano, pero es demasiado fuerte. Me mira con tanta intensidad que se me pone la piel de gallina.

—No voy a hacerte daño.

«¡Eso es lo que dicen todos los psicópatas justo antes de devorarte!» Le golpeo con la mano derecha, pero la atrapa en el aire. Estiro el brazo izquierdo para tocarle la cara, pero lo bloquea con el codo. «¡Estoy atrapada!»

—Te he dicho que no voy a lastimarte. —Tiene un acento ligeramente británico y su formalidad está fuera de lugar—. Aparto la mano si no gritas. Pero si sigues resistiéndote, continuaré inmovilizándote.

Lo miro y dejo de removerme, cualquier cosa es mejor a que me retenga. Asiento.

«Por favor, que Vivian siga aquí.»

No hay duda de que ella molería a palos a este chico por mí. En una ocasión le puso una zancadilla a un hombre que cruzaba la calle nada más que por mirarme de forma inapropiada. El chico del pelo oscuro me observa unos segundos y después me aparta la mano de la boca.

Me pongo recta y retrocedo con tanta premura que me choco con el cabecero de la cama. Aun así, tan solo quedan unos pocos centímetros de distancia entre los dos. Lamento haberle dicho todas esas cosas a Lizzie, no tenía ni idea de que iría tan lejos y enviaría a este muchacho a mi casa. Considero la opción de gritar, pero a esta distancia, podría hacerme bastante daño antes de que nadie me oyera siquiera. Miro la puerta.

—Está cerrada —me dice.

Me vuelvo hacia la ventana. El sol está bajo en el cielo y no hay mucha luz.

Sigue mi mirada.

—Se ha ido.

Se me cae el alma a los pies. No he oído el motor del automóvil.

El chico examina el vendaje que tengo en la frente.

—Estás herida.

—Sí. —La palabra me escuece en la boca.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres? —Mi voz es más bien un suspiro y eso solo me enfada más. Debería de pegarle y defenderme en lugar de susurrarle una pregunta.

—Quiero que sepas que lamento lo que ha sucedido hoy.

«Un momento, ¿qué?» Busco en su cara cualquier intención oculta, pero no la encuentro.

—Pero no tenías derecho a abrir esas cartas. —Su calma me resulta perturbadora.

No puedo haber oído lo que acabo de oír.

—¿Las cartas de mi armario?

—Es irrespetuoso leer la correspondencia privada de otra persona.

—¿Irrespetuoso? —Mi cerebro trata de resistirse a la neblina producida por el miedo—. ¡Irrespetuoso! —digo un poco más alto—. Tú has entrado en mi habitación, no tienes derecho a hablar de respeto. —Aprieto la boca con fuerza, consciente de lo cerca que está y de mi mal genio. No hay reacción alguna en sus ojos grises.

—Ya veo que tus modales no mejoran tras un examen concienzudo.

—¿Me estás insultando?

—Y no eres muy inteligente.

Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no intentar echarlo de mi cama.

—Mira, repelente, no tengo que explicarme, eres tú quien tiene que explicarse. Y ahora dime por qué has venido.

—Ya te lo he dicho.

—Si querías esas cartas, ¿por qué no me las has pedido?

—Porque las estabas leyendo.

—¡Estaban en mi habitación! —Aunque lo intento, soy incapaz de mostrar la misma calma que él—. ¿Y qué has hecho? ¿Seguirme y espiarme por las ventanas?

—He estado observándote desde que llegaste a Salem.

Esto es peor de lo que pensaba. «Está loco.» Vuelvo a mirar la puerta y me muerdo el labio.

—Ya te he dicho que está cerrada.

—Dime lo que quieres y vete.

Suspira.

—Yo vivía antes en esta casa. Y no confío en ti.

Su explicación no me hace sentir mejor.

—¿Y por eso me acosas? ¡Eres un lunático! —¿Así se entera de todo Lizzie?

Entre cierra los ojos grises.

—Entonces deberías de marcharte de Salem antes de que haga alguna locura.

Me pregunto durante un segundo si me he pasado con él.

—Fuera de mi habitación.

—No.

—Pues supongo entonces que te gusta la cárcel —contesto rotundamente. Contiene la risa, pero yo me contengo de darle un puñetazo—. Ese libro de la biblioteca... fuiste tú, ¿no?

Asiente.

—¿Por qué? ¿Porque soy una Mather?

—Es una razón, sí.

—¿Y qué más?

—Parece que te gusta repetir las conversaciones. De nuevo, no quería que leyeras esas cartas.

Es la persona más exasperante con la que he hablado nunca.

—¿Son tuyas?

—Más que tuyas.

—Esas cartas son demasiado antiguas, no pueden ser tuyas. —Tengo la sensación de que pertenecen a Abigail, la chica del retrato que hay abajo.

Se queda un momento en silencio.

—Eran de mi hermana —replica con un tono titubeante.

—¿Pues entonces tu hermana no debería de haberlas dejado aquí!

—Está muerta. —Parece tan triste que no solo me siento mal por haberle gritado, sino que además me dan ganas de animarlo.

Me libro de esa sensación.

—Estaban en mi armario.

—No, me parece que no son tuyas. Y el armario tampoco, por cierto —añade rotundamente.

—Esta es la casa de mi abuela. Todo lo que hay en ella pertenece a mi familia.

—No necesariamente.

¿Hay alguna posibilidad de que mi abuela tenga los muebles de su hermana?

—¿Y por qué piensas que alguien iba a dejar sus muebles en la casa de otra persona?

—Tal vez no tuvo elección.

—¿Y por qué no iba a tener elección?

—La muerte es así.

Observo su rostro con una expresión arrogante.

—¿Conocía tu hermana a mi abuela?

—No debería.

—¿Cuándo estuvo aquí?

—La última vez, el día de su muerte en 1692. —No hay atisbo de sarcasmo en su respuesta.

Lo miro con detenimiento. Va vestido por completo de negro, como antes: pantalones de traje negros, zapatos negros y un jersey negro de cachemira. La ropa encaja con su acento formal. El pelo le cae en ondas alrededor de la cara y huele a ropa recién lavada. Sacudo la cabeza, molesta conmigo misma por haber considerado siquiera que pueda decirme la verdad.

—En serio, ¿qué pasa? ¿Es que estás loco o te estás burlando de mí? Además, me has tocado,

me has tapado la boca. No puedes ser un fantasma. Esto tiene que ser una broma pesada de Lizzie.

—Ya veo que ha sido un error venir aquí. —Se pone en pie y se dirige a la puerta.

Saco las piernas de la cama y las apoyo en la suave alfombra blanca.

—No creo... —Unos puntos negros me inundan la visión. No debería de haberme levantado tan rápido. Me tambaleo.

—¿Samantha?

Estiro el brazo para sujetarme al pilar de la cama, pero él me agarra y me hace recuperar el equilibrio.

—Vuelve a acostarte. Estás enferma.

—No me digas lo que tengo que hacer. —Lo miro con el ceño fruncido por su acento mientras me ayuda a meterme de nuevo en la cama—. Voy a llamar a la policía.

—No te lo aconsejaría. —Se acerca a la puerta, pero no toma el pomo ni mueve el cerrojo. Simplemente sigue andando y desaparece justo detrás de la madera.

CAPÍTULO 15

Colibrí maniaco

Me dejo caer en el asiento de piel sintética azul marino del autobús y Jaxon se sienta después. Todo el mundo habla animadamente mientras se ponen por parejas.

Una excursión en viernes, ¿es que hay algo mejor que eso? Al señor Wardwell le cuesta varios intentos hacerse oír.

Cuando están todos acomodados, el autobús arranca. Toco el apósito que tengo en el lado derecho de la frente.

—¿Te duele? —me pregunta Jaxon.

Saco el pintalabios de fresa y me lo aplico.

—No mucho, es más humillante que doloroso.

—Todos dicen que Lizzie te lanzó un hechizo y que, literalmente, saliste volando por el pasillo y te estampaste contra las taquillas. Básicamente, Salem está loco, aunque ya lo sabíamos. —Me ofrece un dulce de azúcar y mantequilla, pero lo rechazo.

Admito que parece una locura, y hace una semana sin duda me habría reído, pero no puedo negar que, cada vez que me acerco a ella, pasa algo extraño.

—Sufrí una caída épica.

—Sí, no voy a negarlo, fue mala suerte.

—La historia de mi vida.

—En serio, he visto a los Descendientes atacar a otras personas antes. No te preocupes, perderán el interés. Les encanta que la gente piense que saben hacer magia y tú eres la víctima perfecta.

—Tal vez. Pero las cosas que pasan en mi casa me están poniendo de los nervios —se me escapa.

Estoy empezando a aceptar esta amistad, pero no estoy preparada para contarle lo de la piedra o lo que pasó anoche. Ni siquiera lo he asimilado yo, y algo así me hace parecer una chiflada.

La sonrisa de mi compañero desaparece.

—¿Qué pasa con tu casa?

—Bien, escuchadme todos —nos interrumpe el señor Wardwell desde la parte delantera del autobús—. Estamos llegando a Gallows Hill Park y, antes de que salgamos, quiero dejar una cosa clara: debéis quedaros en las zonas designadas. Si no lo hacéis, os pasareis toda la excursión dentro del autobús.

Nos insta a levantarnos del asiento y a salir al aparcamiento.

—¿Qué pasa con tu casa? —repite Jaxon cuando entramos en una zona circular de hierba segada rodeada de pequeñas colinas y árboles frondosos.

Miro a Lizzie y a John, que están al frente del grupo.

—Después te lo explico.

—Como todos sabéis —continúa el profesor—, cuando los habitantes de Salem fueron condenados por brujería en 1692, los sentenciaron a la horca. La brujería era un delito capital y la gente creía que, si mataban a los que la practicaban, podrían evitar que el demonio arraigara en su comunidad. El tribunal fijó fechas de ahorcamientos en grupo y el *sheriff* Corwin fue el encargado de elegir el lugar de la ejecución. Tenía instrucciones de que fuera a las afueras de la ciudad. Este lugar, en esa época, estaba a las afueras de Salem, lo creáis o no. En el día asignado, se ató a las brujas asignadas las manos a las espaldas, las metieron en unas carretas y las subieron a esa colina que queda a mi izquierda —hace un gesto con los brazos indicando el lugar—. ¿Subimos?

Lo seguimos por un camino de tierra hacia una colina plagada de árboles altos.

El camino se hace cada vez más escarpado y se me acelera el pulso. El chico moreno me mira a través de las ramas que quedan a mi derecha. Me detengo tan rápido que casi pierdo el equilibrio. Se me escapa un gritito de sorpresa antes de que pueda controlarme.

—Tranquila. Tan solo intentan jugar con tu mente. No dejes que te afecte —me dice Jaxon dándole un puntapié al suelo. Me miro los pies y veo el trozo de un palo que ha dibujado en la tierra a alguien ahorcado. Ponía «MATHER» antes de que Jaxon lo borrara con la zapatilla. Por supuesto, cree que han sido Lizzie y John. Puede que sí.

Vuelvo a mirar los árboles, pero el joven ya no está. ¿Lo habré visto de verdad o es que estoy tan nerviosa que la mente me está jugando una mala pasada?

—¡Venga, no paréis! —brama el señor Wardwell.

Después de otro minuto más atravesando un sendero prácticamente vertical, llegamos a la cima de una colina.

«¿Cómo podía subir una carretilla hasta aquí y más si transportaba a gente?»

—Este es el punto exacto donde se ahorcó a las personas acusadas de brujería —señala el profesor y nos observa—. Bridget Bishop, Sarah Good, Samuel Wardwell y muchos más.

Me acerco a Jaxon.

—Un momento —susurro—. ¿El señor Wardwell es descendiente de un acusado? —«Claro, por eso no le gusto.»

Jaxon niega con la cabeza.

—Creo que es una coincidencia. Hubo un escándalo por ese motivo hace unos años, pero no me acuerdo bien.

El profesor nos mira a Jaxon y a mí y hacemos como que no estábamos hablando.

—Que no os confunda el nombre de este parque. A finales de 1600 no usaban horcas (*gallows*). Ataban una cuerda a la rama de un árbol alto. Los acusados se ponían en pie en la carretilla con una cuerda anudada alrededor del cuello y apartaban de golpe la carretilla.

«Qué desagradable.»

—Voy a concederos algo de tiempo para que echéis un vistazo. No descendáis de esta colina, nos vemos aquí en diez minutos.

Jaxon me toma de la mano. La tiene cálida y la siento sólida en la mía. Me arden el brazo y las mejillas. Seguimos así por una pequeña bifurcación del sendero a la izquierda y llegamos enseguida a un lugar con árboles.

—No presagia nada bueno pensar en estas cosas —comento en un intento de apartar la atención de su pulgar, que me acaricia suavemente el dorso de la mano.

Jaxon se encoge de hombros.

—A mí ya no me afecta, llevo escuchando la historia toda mi vida.

Se detiene se apoya en un árbol. Aparto la mano de la suya.

—Venga, cuéntame qué ha pasado en tu casa.

«Yo y mi boca.»

—Una piedra atravesó la ventana de mi habitación con la palabra MUERE arañada en ella. —

Lo cierto es que después de las vistas, el dibujo y la mano de Jaxon, estoy demasiado exhausta para discutir por no querer contárselo.

Jaxon endurece la expresión.

—¿Hablas en serio? ¿Por qué no me lo contaste?

—Bueno, ¿qué ibas a hacer tú?

—Ayudarte a encontrar a quiénes lo han hecho y partirles la cara —responde, como si fuera obvio.

«¿Incluso si uno de ellos es producto de mi imaginación?»

—No lo sé.

—¿Es solo eso o ha pasado algo más?

Me muerdo el labio y bajo la mirada.

—Está claro que hay algo que no me estás contando.

—Es que no se me da bien confiar en la gente, ni contar mis problemas, ni hablar en general.

La lista continúa, en serio. —No sabe que hace años que no me abro tanto a nadie.

—Prueba.

—No bromeaba en absoluto cuando dije que la gente que me rodea resulta herida.

—Estoy deseando correr el riesgo.

«¿Seguro?»

—Puede que pienses que estoy loca.

—Eso ya lo pienso.

Sonrío.

—Pero no es problema tuyo.

—¿No lo entiendes?

—¿El qué?

Suaviza la expresión.

—Que me gustas mucho. —Me acerca hacia sí y se me revuelve el estómago. Me pone las manos en las caderas y siento que me acaricia con los dedos.

Apoyo las manos en su pecho e intento concentrarme. Mi cuerpo está actuando como un colibrí perdido y maniático.

—Es bastante raro.

—Sigo queriendo saberlo.

Tengo la cabeza demasiado nublada para protestar.

—Bien, tú ganas. Te lo contaré.

Sonrío.

—Si yo hubiera ganado, estarías besándome. —Se acerca más y siento su aliento cálido en la cara. Considero la opción de apartarme, pero mi cuerpo no se mueve. De hecho, me está traicionando acercándose más a él. Sus labios rozan con suavidad los míos.

—Sabes a fresas —me dice.

Muy lentamente vuelve a presionar los labios contra los míos, aunque esta vez no lo hace con suavidad, más bien con una pasión contenida pero salvaje, y todo mi interior se enciende. Me acerca todavía más y abro la boca.

—Mejor que no menciones las cartas —dice una voz a mi lado.

Empujo a Jaxon en el pecho tan fuerte y tan rápido que lo estampo contra el árbol en el que está apoyado. El chico moreno se encuentra a nuestro lado. Sacudo la cabeza con la esperanza de que desaparezca.

—Lo siento, pensaba... —se disculpa Jaxon.

—Él no puede verme —me explica el chico moreno tan tranquilo como siempre.

Miro a Jaxon con los ojos muy abiertos. Ni siquiera echa un vistazo al muchacho que hay a unos centímetros de nosotros.

«Un fantasma.» Esto está mal. Estoy tan avergonzada que me he puesto de mal humor.

—Vete. Ya —digo con los dientes apretados.

—Mierda. Lo siento —responde Jaxon—, aunque tú me has devuelto el beso.

El chico moreno levanta una ceja y se vuelve hacia los árboles. Me quedo ahí parada unos segundos, buscándole el sentido a lo que ha pasado. Acabo de arruinar mi primer beso.

—Tú no. No quería decir que te fueras.

—Pues lo has dicho.

—¡Los diez minutos están a punto de acabar! —grita con vehemencia el señor Wardwell.

No puedo hacerlo. Es demasiado. De ser amigos a besarnos en un solo día... y ahora este chico muerto me está acostando. Me encargaré yo misma de averiguar todo este asunto de la maldición familiar. No necesito la ayuda de nadie.

—Jaxon, en serio. No soy buena para nadie. No puedo asegurar que no esté maldita. —Me tiembla el labio inferior. Me doy la vuelta y camino hacia donde están los demás.

Jaxon me agarra del brazo.

—No creo en las maldiciones.

Me deshago de su agarre y continúo caminando.

—Aléjate de mí antes de que te haga daño a ti también. —Ojalá pudiera colarme en un agujero y desaparecer.

—No quiero alejarme de ti.

—Yo sí quiero que lo hagas. —Reprimo las lágrimas cuando me uno al grupo.

—Fantástico, ya estáis aquí todos. Bajad la voz. ¿Sabíais que se puede tardar más de una hora en morir ahorcado? —nos pregunta alegremente el profesor.

CAPÍTULO 16

Salem no es como los demás sitios

Giro a la izquierda en Blackbird Lane, asustada ante la idea de volver a casa. Es viernes por la noche y lo único que me espera es un fantasma que me odia. Y Jaxon... no puedo pensar en él sin morirme de vergüenza. Me tengo que centrar únicamente en que al fin iré a ver a mi padre el domingo, que lo trasladan a Boston.

Miro la puerta de entrada, pero no la abro.

—A la mierda —exclamo.

Suelto la mochila al lado de la puerta y me vuelvo hacia la ciudad. No sé adónde ir, pero estoy harta de sentir que alguien va a atacarme en cualquier momento. Necesito espacio.

Camino por la acera y observo las bonitas casas y las tiendas pintorescas. La gente ya ha empezado a poner los adornos de Halloween, a pesar de que estamos a mediados de septiembre.

«Un café me vendría estupendamente», pienso y me detengo delante de una cafetería pequeña llamada The Brew.

Abro la puerta y suena una campanita. La tienda, decorada con mimo, está llena de legumbres y especias. No hay nadie en la cola.

—Un *pumpkin latte* —le pido a la chica con una coleta alta que hay detrás del mostrador.

—Muy bien —responde y alcanza un vaso—. ¿Apellido? —me pregunta con un rotulador en la mano.

Debe de ser una broma. ¿Me he metido en una maldita cafetería que escribe tu apellido en el vaso? Este no es mi día.

—Mather —digo rápido y le tiendo la tarjeta de crédito.

Enseguida me reconoce. «Estupendo.» Normalmente, cuando tengo un mal día como este, me pongo el pijama, me meto en la cama con helado de menta y trozos de chocolate y veo películas de risa hasta que me siento mejor. Pero el último lugar en el que quiero estar es mi habitación.

—¿*Pumpkin* para Mather! —anuncia la chica.

«¿En serio? ¿Tienes que gritar eso?»

Alcanzo mi café y le regalo una mirada asesina. El asa del vaso tiene una mancha de café que se parece sorprendentemente a una horca. Miro a mi alrededor con desconfianza. Unos cuantos clientes me observan sin preocuparse por ocultar su descontento. ¿Va a pasar lo que siempre pasa cuando salgo de casa?

—Pues sí —les digo a los espectadores con tono dramático—. Soy una de esos Mather. —Los pocos que no estaban mirando se vuelven hacia mí—. Nos comemos a los bebés, pero solo los viernes. Oh, a ver, un momento... Hoy es viernes. —Una mujer toma a su novio de la mano y sale. ¿Os da miedo que se os contagie mi maldición? ¡Ooooooh! —Muevo las manos, con el café

incluido, en el aire. Después les saco la lengua y salgo hecha una furia. Ya sé que ha sido muy inmaduro por mi parte, pero ahora me siento un poco mejor.

Me muevo en zigzag por las calles hasta que se pone el sol, contando las casas negras y fijándome en que muchas tiendas tienen nombres que aluden a las brujas. Junto a una antigua farola me encuentro un ramo de rosas y una vela negra sin encender. Alguien habrá muerto aquí, posiblemente debido a un accidente de automóvil. Me da la impresión de que las rosas también son negras, pero, cuando me acerco, me doy cuenta de que son moradas oscuras.

Me adelantan unos chicos del instituto, camino de las tiendas iluminadas. Me señalan y murmuran. Me pongo la capucha con la esperanza de desaparecer bajo la sombra y sigo caminando.

Esto es una mierda.

Atajo por un callejón y termino en la entrada del cementerio viejo. Está rodeado de árboles y las partes traseras de antiguos edificios de madera, escondido en el centro de la ciudad.

Me da frío ahora que no camino rápido. Y también está más oscuro. ¿Dónde están las farolas? Unas piedras grandes y grises en el suelo preceden al cementerio. Entro y dejo los ladrillos de la acera atrás. Me fijo en que hay palabras gravadas bajo mis pies y me agacho.

—«Soy totalmente inocente de todas estas maldades» —leo en voz alta.

—Mary Bradbury dijo eso en su juicio —comenta la voz de una chica. Me doy la vuelta y veo a Susannah detrás de mí con un vestido de bailarina negro. ¿Cómo sabía que era yo con la capucha puesta? ¿Me estaba siguiendo?

—Ah —es lo único que digo y aguardo a que el resto de Descendientes aparezca en cualquier momento.

—Es el monumento homenaje a los juicios de Salem. —Me mira a la espera de mi reacción—. Cada uno de esos bancos de piedra tiene el nombre de alguien que murió ahorcado. Mi antepasada Susannah Martin está ahí. —Señala un punto en la oscuridad.

—¿Te pusieron el nombre por ella?

«Da miedo.»

—A todos. Es una tradición. Nuestras familias lo llevan haciendo generaciones.

Esta sencilla conversación me saca de quicio. «¿Se puede saber lo que quiere?»

—Me alegro de que mis padres no me llamaran Cotton. No creo que me pegue.

Se ríe y el viento le levanta algunos mechones de pelo.

—No, está claro que no.

—¿Por qué estás hablando conmigo?

Hace caso omiso de mi pregunta.

—Aquí está la tumba de un Mather. ¿Quieres verla?

Me da la sensación de que es una trampa. Miro a mi alrededor, pero no hay nadie a la vista.

—Supongo.

—No tienes por qué.

—Ya lo sé.

Camina en dirección a una pequeña puerta de hierro forjado. La sigo, pero no dejo de mirar por encima del hombro. Señala los bancos formados por losas de piedra del monumento de los juicios conforme pasamos junto a ellos.

—Alice Parker y Mary Parker. No estaban emparentadas. Había un montón de Parker en Salem antes.

Me fijo en su tono serio y profundo al mencionar a los ahorcados que comparten nombre con

sus amigas. Me subo la cremallera hasta arriba.

—Puede que fuerais familia, también por la forma en la que vais siempre juntos.

—Siempre ha sido así.

¿Se refiere a ella y sus amigas o a todos los antepasados de los pasados trescientos años? Pasamos junto a las primeras tumbas. Están descoloridas y las letras están erosionadas por el tiempo.

¿Por qué mencionará solo a Mary y a Alice?

—¿Y Lizzie y John?

Susannah abre la boca, pero vuelve a cerrarla. Unos segundos más tarde me pregunta:

—¿Por qué te caíste contra la taquilla?

—Me caí y ya está.

—No fue Lizzie —señala, como si fuera una certeza.

—Estamos de acuerdo. —Aunque no diría lo mismo con respecto a lo que pasó en la biblioteca pública.

—Yo estaba allí. Le gritaste «¡y tú!» a alguien, pero no había nadie. —Retuerce una pulsera de cuentas negras que tiene en la muñeca, del estilo que hacen los niños para sus amigos.

Nos acercamos al extremo derecho del cementerio. Intento no ver las lápidas, pero, aun así, me preocupa estar sobre la cabeza de alguien. Susannah, por otra parte, camina con elegancia.

—No lo sé —digo.

—Yo creo que sí.

—Es difícil de explicar. —¿Qué pasa con esta chica? No debería de contarle nada. Sus amigos me odian y, hasta hace diez minutos, pensaba que ella también. A lo mejor sí me odia.

—Mira. —Señala una tumba vieja y pequeña.

La alumbro con el móvil. Pone: «MR. NATHANAEL MATHER. 17 OCTUBRE 1688. UN ANCIANO QUE HA VISTO NOVENTA INVIERNOS EN EL MUNDO.»

—¿Viste a alguien en el pasillo? —me pregunta.

Dudo.

—Viste a alguien, ¿verdad?

—Sí.

Frunce el ceño.

—Me lo imaginaba. —Y después de una pausa añade—: Tengo que irme.

Ya ha conseguido lo que quería y ahora se va. No debería de habérselo contado. Se dirige a la salida del cementerio más rápido que antes.

Me cuesta seguirle el ritmo.

—Eh, espera, ¿ya está?

—Sí.

—¿Y por qué te importa si vi algo en el pasillo? ¿Y qué estabas diciendo el otro día sobre la muerte del bisabuelo de John?

Se detiene de golpe en la acera de ladrillo, a la entrada del cementerio. «Vaya, acabo de admitir que estaba escuchando a hurtadillas.» Tengo que trabajar más en esto de los filtros.

Se vuelve hacia mí.

—Ten cuidado, Sam.

¿Es una advertencia o una amenaza?

—¿De qué tengo que tener cuidado?

Mira por encima del hombro y después a mí.

—Salem no es como los demás sitios.

—Eso ya lo sé. —Esto no me hace ninguna gracia, no puedo seguir viviendo con esta horrible ansiedad por culpa de un lunático de pelo oscuro que se aparece de la nada o de unos góticos tarados que me hacen la vida imposible en el instituto.

—No, no lo sabes —responde y se da la vuelta sin decir nada más.

CAPÍTULO 17

Corriente y soez

El señor Wardwell entra en su automóvil, aparcado cerca de la cancela de mi casa. Por suerte, no me ve en la oscuridad y se aleja al tiempo que yo llego.

Salgo corriendo hacia la casa, impulsada por el enfado.

—¡Vivian! —grito cuando abro la puerta, aunque no es necesario. Permanece a unos cuatro metros de distancia, junto a la pequeña mesa, que está llena de cartas—. ¿Qué hacía el señor Wardwell aquí?

—Me ha ayudado a arreglar la ventana.

—¿De mi habitación? —pregunto con un tono más elevado.

—Sí.

—¿Y eso? No está bien. —El mundo gira fuera de control a mi alrededor.

Vivian se pone tensa.

—Lo conocí en la ferretería y mandó al operario para hacer la reparación. En serio, Sam, no me gusta que me presiones con este asunto.

Entrecierro los ojos.

—Papá está en el hospital.

Suelta el correo.

—Sé exactamente dónde está tu padre. No te atrevas a volver a hacer una insinuación como esa.

Me dirijo derecha a mi dormitorio y cierro la puerta de un portazo. Me quedo mirando el nuevo cristal de la ventana y me pongo a dar vueltas.

—¿Fantasma? —digo en voz alta—. ¿Holaaa? ¿Dónde estás?

Silencio.

—Adelante, sigue sin hacerme caso. Voy a bajar a destrozar el retrato de Abigail.

Me acerco a la puerta, pero me bloquea el paso. Casi me choco contra él. Me agarra los brazos con tanta fuerza que duele.

—¡Menuda arrogancia! —Tiene los ojos fijos en los míos—. Invocándome como si fuera un perro. —Su acento es más pronunciado cuando está enfadado.

—Me da igual si no te gusto —indico—. Lo cierto es que tú tampoco me gustas a mí.

—Mantén el nombre de mi hermana alejado de tus labios.

Levanto la barbilla y empleo la voz que mi padre usaba cuando tenía que tratar con gente difícil en el trabajo.

—Quiero hacer un trato contigo. —Relaja un poco la presión y me doy cuenta de que lo he sorprendido—. Ayúdame a descubrir si estoy maldita y cómo romper la maldición y yo me voy de

esta casa.

Me suelta.

—No tengo razones para confiar en ti.

—Estamos igualados entonces.

—Podría hacer que te marcharas sin necesidad de tratos.

—Ya, pero yo podría causar muchos daños antes de irme. Hay muchas cosas por aquí llenas de *rudbeckias*.

Se produce una larga pausa.

—Sí.

Suelto el aire que no había notado que estaba conteniendo.

—Bien. ¿Por dónde empezamos?

—Lo desconozco.

—Pero si llevas por aquí trescientos años observando a la gente. Tienes que saber algo.

—No he venido a Salem desde finales del siglo XVII.

—¿Para nada?

—No.

—¿Dónde has estado?

—En otros lugares.

¿Podría ser más impreciso?

—¿Por qué?

—Eso es asunto mío.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Qué sabes de mi familia?

—Muy poco. Sé que ese tal Increase Mather era un hombre muy respetado en el siglo XVII y bastante influyente en Boston, que su hijo Cotton Mather siguió sus pasos y que su tataranieta en décimo o décimo primer grado es alguien corriente.

—¿Acabas de llamarme corriente?

—Eso he hecho.

Aprieto los dientes.

—Eres un gilipollas.

—Corriente y soez.

—¡Yo no nací en la década de 1600! Las chicas dicen palabrotas, hazte a la idea.

—Mejor no.

Me llevo las manos a la cabeza, frustrada.

—Bien, pues no lo hagas. Vamos al estudio secreto de mi abuela y te enseñaré lo que he encontrado.

—El estudio es mío. Lo diseñé yo.

—Me da igual de quién es el estudio. Nos vemos allí.

Desaparece. Me quito las botas para no hacer ruido en el pasillo y cierro la puerta con suavidad cuando salgo. Espero que no sea producto de mi imaginación, ¿quién, en su sano juicio, iba a crear a una persona imaginaria que lo insultara?

No veo rastro de Vivian cuando atravieso el pasillo y entro en la biblioteca, pero no enciendo las luces, por si acaso. Alumbro las mesas y los libros con la luz del teléfono, paso los dedos por el arco de ladrillo de la chimenea y tiro del gancho.

La puerta se abre y un suave resplandor ilumina el final del pasillo. «Qué bien, ¿el fantasma ha

encendido la linterna?» Tiene que ser muy práctico desaparecer de un sitio y aparecer en otro.

Cuando llego al final de las escaleras, lo encuentro de pie en medio de la habitación, sobre una alfombra descolorida. Durante un segundo me fijo en lo fuera de lugar que parezco en comparación. Estas antigüedades le pegan, lo hacen más atractivo y orgulloso de lo que ya es.

—¿Cómo te llamas? No puedo seguir refiriéndome a ti como el chico moreno de mi imaginación.

Frunce el ceño.

—Cierto. Yo también preferiría que no me llamaras así. Mi nombre es Elijah Roe.

Qué nombre más raro, pero le pega. Me acerco al escritorio de mi abuela, me siento y acaricio el diario.

—Mira. —Le enseño la entrada en la que menciona la maldición y él se acerca a mí.

Mientras lee, busco las notas de las muertes de los descendientes que mi abuela tomó. No tengo que indagar mucho, la carpeta está encima de una pila cercana.

Hay cincuenta páginas más o menos de datos de defunciones en la carpeta. Les echo un vistazo y veo que hay tres años rodeados con círculos rojos. En esos años, todos los descendientes murieron en un periodo corto de tiempo. Se me revuelve el estómago. Esto no pinta bien para mi padre. Sacudo la cabeza y me esfuerzo en concentrarme en los números. No entiendo el patrón, pero me doy cuenta de que hay uno.

Elijah me pasa el diario.

—El diario de una señora mayor no es prueba alguna de la existencia de ninguna maldición.

Si no tuviera tantas ganas de enterarme de todo esto, le diría lo que podría hacer con su comentario.

—Mira, aquí voy anotando todas las muertes de los descendientes. Están las principales familias involucradas en los juicios. —Le tiendo la carpeta—. Mi vida se está viniendo abajo y, si mi abuela tiene razón y es por culpa de una maldición, quiero saberlo.

Elijah mira las anotaciones de las muertes.

—Ya sé que todo esto suena ridículo —continúo—. Nadie lo sabe más que yo. Ni siquiera creo en fantasmas. Salem ha distorsionado mi mente.

—Espíritus —señala.

—¿Qué?

—Nos llamamos espíritus. «Fantasma» es un término vulgar.

—De acuerdo, *pardonnez-moi*. —No me puedo reprimir.

Alza una ceja.

—Esto precisa de un estudio riguroso. Los registros de los años recientes están incompletos. Yo me encargo.

—Estupendo. —Antes de que la palabra salga de mi boca, ya se ha esfumado.

Me vuelvo a sentar en la silla de mi abuela y me aparto el pelo de la cara. Espero no haber hecho un trato estúpido.

CAPÍTULO 18

Muy delicados

Observo la fotografía en la que salimos mi padre y yo en París.

Papá llevaba un espléndido pastel de nata en las manos.

—Sam, estás a punto de comerte la cosa más deliciosa que hayas probado nunca. Y yo soy el afortunado que está aquí para presenciarlo. Si mueres de gusto, no digas que no te lo advertí.

Sonreí como una tonta a mi padre cuando me subió en su regazo. Dejó el pastel de nata en mis manitas.

—Toma. Antes de darle un bocado, deberíamos documentar este momento. —Le hizo un gesto a una mujer bonita que iba a entrar en la cafetería en cuya terraza estábamos sentados nosotros—. Mademoiselle, pardon. Pouvez-vous prendre une photo de nous?2

La mujer sonrió a mi padre al tomar la cámara. Tenía una trenza deshecha, piernas largas y tacones.

—Claro.

—Un segundo, hay algo que podemos mejorar —comentó mi padre al tiempo que me acercaba más a él—, y sé con exactitud qué es. —Tomó un poco de nata del pastel y me manchó la nariz—. Listo. Perfecto.

Me reí y él me envolvió con los brazos. Tenía razón, en ese momento todo era perfecto.

Suelto la foto. «Un día para volver a verte.» Tengo el teléfono móvil al lado del marco y me doy cuenta de que hay una llamada perdida de Jaxon de ayer por la noche. Me siento avergonzada al recordar el beso.

Aparto las mantas y deslizo los pies en unas chanclas negras. Miro las *rudbeckias* que hay en el estrecho jarrón de la mesita de noche y acaricio los suaves pétalos. Estas no pueden ser las mismas flores que había cuando llegué. Seguro que Elijah las ha cambiado. Debía de querer mucho a su hermana. Me pregunto qué le pasó.

Agudizo el oído en busca del sonido de los tacones mientras recorro el pasillo, pero todo está en silencio.

—¿Elijah? —susurro en el recibidor. No obtengo respuesta.

Tendría que haberle preguntado por el lugar de los ahorcamientos. Se fue demasiado rápido. «Da igual.» Encontraré yo sola la casa de la que hablaba mi abuela. Tengo curiosidad y voy a necesitar la información para el trabajo de Historia. No puedo escribir «me lo ha dicho el fantasma de mi casa» a pie de página y esperar que valga como prueba.

Abro la puerta de la cocina. Noto un ligero olor a café. Vivian ha dejado un poco para mí. Alcanzo una taza blanca del armario y veo que detrás está la taza en la que pone EL MEJOR PAPÁ. Se la regalé a mi padre por su cumpleaños cuando iba a cuarto. Desde entonces la ha usado todas las mañanas. Decía que el título le enorgullecía y quería que todo el mundo lo supiera. Es una de las pocas cosas que me he traído del apartamento de Nueva York.

Mezclo una cantidad generosa de leche y azúcar con el café y me dirijo a la puerta trasera. Salgo al patio y me siento a la mesa blanca de hierro fundido. Huele a principio de otoño.

—¡Samantha! —me llama la señora Meriwether desde su enorme jardín. Me saluda con un puñado de hierbas en la mano.

Miro a su alrededor, pero no veo a Jaxon.

—¡Buenos días, señora Meriwether!

—¿Has desayunado?

—No —y enseguida añado—: pero estoy bien.

—Tonterías. Ven y desayuna conmigo. Jaxon aún dormirá unas cuantas horas más y estaba a punto de sentarme.

—No se preocupe, estoy bien.

—No veo el automóvil de Vivian en la entrada y no quiero pensar que pasas hambre cuando yo tengo tanta comida.

—Estoy en pijama. —Bajo la mirada a mi atuendo negro.

—La mejor ropa que puede haber en un armario —responde y desisto. No hay forma de resistirse a esta mujer tan alegre.

Abandono el patio y me interno en la hierba húmeda del jardín. Voy a lamentar esta decisión como Jaxon se despierte y me encuentre a la mesa de su cocina. Pero su madre me ha dicho que duerme hasta tarde y a lo mejor descubro algo sobre mi abuela.

La señora Meriwether abre la puerta trasera.

—Entra.

Me guía hasta la mesa del salón, que está hecha de madera envejecida y tiene el mismo estilo rústico que todo en esta casa. En ella hay un despliegue de huevos, gofres con fresas y croquetas de patata.

Me siento.

—Tiene una pinta increíble.

—Tienes que venir más a menudo. Nunca tengo a gente suficiente para la que cocinar. Debería de haber tenido una docena de niños.

Le sonrío y me echo comida en el plato.

—Señora Meriwether, usted era amiga de mi abuela, ¿no es así?

—Charlotte era como una segunda madre para mí. Cuidé de ella hasta el mismísimo final.

—¿Cómo era? Es decir, ¿estaba...? —Estoy a punto de decir «cuerda», pero suena muy mal —. ¿Estaba... en su sano juicio después de hacerse mayor?

—Charlotte iba por libre. La gente no siempre la entendía. —Hace una pausa—. Sus excentricidades se volvieron más pronunciadas con la edad, sobre todo su creencia en las ciencias ocultas. Pero sí, estuvo en su sano juicio hasta la muerte.

—¿Usted cree en cosas que no puede ver? —le pregunto sin saber si me refiero a la maldición o al fantasma gruñón.

—Las cosas más valiosas en las que creer no se pueden ver. El amor, por ejemplo.

—Nunca se me había ocurrido.

—¿Sam? —dice Jaxon detrás de mí. «Mierda.»

La señora Meriwether se fija en mi reacción.

—Jaxon, te has despertado antes del mediodía. Menuda sorpresa.

—He oído voces —responde.

«Bienvenido al club.»

—Siéntate, voy a ponerte un plato.

Se sienta en el extremo de la mesa, entre su madre y yo. Esta se marcha a la cocina y yo me quedo mirando el plato.

—Me voy —indico en cuanto ella no nos puede oír.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué, por lo de... bueno, lo de ayer.

—¿Estás enfadada conmigo? —Frunce el ceño.

—¿Qué? No. Es que... no sé cómo me siento.

La señora Meriwether vuelve con un plato y un vaso con zumo recién exprimido y nos mira.

—Tengo que ir a mirar los *macarons*. Son muy delicados, ¿sabéis?

Cuando sale me levanto.

—Sam, espera. Ya no te besaré más. No quiero que nos peleemos.

—No es eso, créeme.

Parece aliviado.

—¿Quieres que te bese entonces?

Me pongo colorada.

—A veces me dan ganas de pegarte.

—No me da miedo una estúpida maldición.

Me vuelvo a sentar y bajo la voz hasta susurrar. No me gustaría que su madre nos oyera.

—Ya sé que no me crees, pero no estoy mintiendo. Una de mis mejores amigas se cayó por las escaleras en mi apartamento. A otra la atropelló un automóvil cuando estábamos cruzando la calle. Atraigo los desastres.

Jaxon hace caso omiso de mis advertencias.

—No habrías venido si estuvieras evitándome. Estás en mi casa en pijama.

—He venido porque tu madre me ha invitado.

Me mira como si no estuviera hablando en serio.

—De acuerdo, muy bien. —Tomo el tenedor—. ¿Y qué?

—Que te gusto. —Sonríe al tiempo que remueve los huevos en el plato.

No puedo evitar echarme a reír. «Me gustas más de lo que crees.» ¿Y si le pasa algo por mi culpa? No podría vivir con eso.

—¿Sigues queriendo tener una cita conmigo hoy en esa casa? —me pregunta.

Sonrío.

—Si lo dices de esa forma, no.

2 N. de la T.: «¿Por favor, señorita, podría hacernos una foto?». En francés, en el original.

CAPÍTULO 19

Casa negra

Estudio el mapa que he dibujado con la ubicación de la casa.

—Te digo que está en este bosque —afirma Jaxon.

Frunzo el ceño ante los enormes árboles sin querer aceptar la verdad. Yo no soy un todoterreno.

—No he traído linterna.

Suelta una carcajada.

—Es media tarde.

Los bosques me ponen nerviosa. Yo soy de ciudad.

—Si tu mapa está bien, ya sé de qué casa se trata. Al menos he oído hablar de ella. Es de ese tipo de lugares que suscitan retos entre la gente para ir en Halloween. Tiene su historia.

—Oh, eso me hace sentir mucho mejor.

—Solo es un puñado de historias de fantasmas. Nada por lo que preocuparse, nada de eso es verdad.

Él no lo sabe, pero es lo peor que podría haberme dicho.

—¿Y si nos perdemos?

—No nos vamos a perder, tengo una brújula en el teléfono móvil.

«Teléfonos móviles. Es verdad, al menos tenemos eso.»

—Pero ¿quién vive en mitad del bosque? No me parece normal.

Camino de mala gana. En cuanto nos envuelven las sombras de los árboles me estremezco.

—Aquí parece que hay un viejo sendero que va hacia la derecha. ¿Ves que ahí los arbustos son más pequeños? —Señala unos arbustos bajos a la derecha—. Además, estoy seguro de que cuando construyeron la casa no era nada raro vivir por aquí. Por entonces no había carreteras asfaltadas.

La idea de los caminos sin asfaltar me pone nerviosa. Un pájaro grazna y me agarro del brazo de Jaxon. Me toma de la mano y estoy tan consumida por los nervios que no me paro a analizar cómo me siento.

Se detiene para mirar el suelo a nuestro alrededor.

—Si el mapa está bien, creo que es en esa colina.

—Te estás fijando por dónde vamos, ¿verdad?

—¿Sabes? Resulta adorable de veras que seas capaz de pegarle un puñetazo a John en mitad del pasillo como si nada y que luego te asusten los árboles.

—No estoy asustada. —Ninguno de los dos nos creemos lo que acabo de decir.

—Entonces tal vez tendría que contarte la historia de este lugar.

Se me revuelve el estómago.

—No me importa en absoluto.

Adopta el mismo tono dramático que empleó para relatarme la historia de cómo aplastaron a Giles Corey hasta la muerte.

—Según cuenta la leyenda, una bruja anciana vivió ahí cientos de años. No era fea como las de los libros, pero tenía unos ojos mezquinos y podía matarte con una simple mirada. Comía pájaros y su casa estaba llena de cadáveres. Más que cualquier otra cosa, odiaba a la gente que estaba enamorada. En una ocasión, una pareja de jóvenes se alejó demasiado y nunca los volvieron a ver.

No sé por qué, pero eso me hace sentir mejor.

—Menuda tontería.

—Ya te lo había dicho.

—¿Y la gente se cree esa mierda?

—La gente de Salem se cree muchas cosas.

Entre los árboles aparece una casa negra de dos plantas. Las ventanas están fabricadas con diminutas hojas de vidrio y la mitad están rotas. Los árboles están pegados a las paredes laterales y hay parras en algunas partes de los muros.

Mis instintos me dicen que me dé la vuelta y vuelva a casa.

—Aquí os gustan mucho las casas negras.

—Sí. —Jaxon se rasca el cuello con la mano libre—. Qué raro, está a menos de un kilómetro y medio de la ciudad.

—¿Por qué es tan raro?

—Nunca había oído que alguien la hubiera visto. Está a kilómetro y medio, debería de ser fácil de encontrar. Incluso pensé en decirte antes de adentrarnos que era una invención, pero no quería arruinar la emoción de buscarla.

Tengo que obligar a mi cuerpo a caminar hacia la casa.

—¿Qué insinúas?

Sonríe.

—Que das buena suerte.

—Sería toda una novedad.

—¿Quieres entrar?

—No, pero me temo que debemos ir a la segunda planta para mirar por la ventana del dormitorio y encontrar el lugar de los ahorcamientos. —Me sudan las manos.

—Si quieres, puedo entrar y echar un vistazo mientras esperas aquí —me ofrece.

—Va a ser que no.

Nos acercamos a la puerta principal y Jaxon pone la mano en el picaporte. Por desgracia, puede abrir la puerta. ¿Por qué no está cerrada?

La entrada da a una enorme habitación vacía con una chimenea en un extremo como la de la biblioteca de mi casa. Apenas hay luz y me muevo con indecisión por el suelo ruidoso. Huele a hojas podridas, pero lo más extraño es que todo está demasiado limpio.

—No lo entiendo. Esta casa lleva abandonada bastante tiempo, ¿no? ¿No debería de haber pintadas, basura y esas cosas?

—A lo mejor somos los primeros en encontrarla.

No me lo creo.

—Vayamos arriba y acabemos con esto.

Hay un pasillo muy estrecho a la izquierda de la habitación y, en él, una tenue luz ilumina los

primeros peldaños de una escalera. Jaxon se adelanta y yo voy justo detrás agarrada a su mano y tratando de tranquilizarme. La escalera cruje bajo nuestros pies y, de repente, Jaxon se detiene.

—¿Qué? —le pregunto.

—Nada... un peldaño roto. Ten cuidado.

Oigo un crujido detrás de mí.

—¡Un momento! ¿Has oído eso? —pregunto al tiempo que maniobramos por la escalera rota —. ¿Los escalones crujiendo cuando estamos parados?

—Sam, es una casa vieja, hay ruidos.

No me convence. Miro cada dos segundos por encima del hombro. No sé qué espero ver, pero, sea lo que fuere, no quiero verlo.

Al llegar arriba, nos encontramos en otro pequeño pasillo. Podemos elegir entre dos puertas. Jaxon me suelta la mano y se acerca a la de la izquierda. La abre.

—Demasiado pequeña para ser la habitación del señor —digo desde el pasillo. Si no tengo que hacerlo, prefiero no entrar.

Jaxon me adelanta hasta la segunda puerta. La madera chirría cuando la abre y arrugo la nariz por el aire estancado y polvoriento. Esta es más grande que la primera habitación y tiene una cama con cuerdas rota y varios muebles desvencijados.

Jaxon sonríe con optimismo.

—Al menos solo hay una ventana, así que sabemos adónde hay que mirar.

Me acerco a los cristales destrozados con forma de diamante.

—Y también es la razón por la que está tan oscura la habitación.

—Mira. —Señala con un dedo la pared que se encuentra detrás de la cama—. Tu nombre.

Tenso los músculos. «¿Qué acaba de decir?» Me aparto de la ventana. Me acerco a él y me fijo en que las paredes están cubiertas, desde el suelo hasta el techo, de palabras borrosas bajo una capa de suciedad. Junto al dedo de Jaxon pone «Charles» y «Samantha». Se me va toda la sangre de la cara.

—No tiene gracia. Charles es el nombre de mi padre. —Ya sabía que no tenía que haber venido.

Mi acompañante hace un gesto que abarca la habitación.

—Sam, ¿has visto estas paredes? Están llenas de nombres y tonterías. Seguro que solo es una coincidencia.

—¿Y cómo explicas que nuestros nombres estén juntos?

—Por favor... Ambos son nombres muy comunes. Pensaba que te iba a hacer sentir mejor, estas son las pintadas que has echado de menos abajo.

Miro la pared más de cerca.

—No, esto parece más bien las idioteces de un loco que se ha pasado años encerrado aquí. Vamos a buscar el lugar de los ahorcamientos y nos marchamos.

Vuelvo a la ventana con la piel de gallina.

«Quiero salir de aquí.»

En el alféizar hay dibujos tallados que parecen plumas de pájaros. No puedo evitar pensar en la historia ridícula de Jaxon.

Él se acerca a mí.

—De acuerdo, no esperaba esto en absoluto —me dice cuando se asoma. Por encima de los árboles se ve una pequeña colina en la distancia, justo detrás de un Walgreens.

«¿Un Walgreens?»

—No. Ni hablar, esto es una locura.

Jaxon asiente.

—Es la única colina a la vista. Lo demás está llano. Si la carta que encontraste estaba en lo cierto y puedes ver la colina desde esta ventana, ese es el lugar.

Me inclino un poco hacia delante para ver mejor el bosque y me apoyo en el marco envejecido. Oigo el llanto de una mujer; es un lamento profundo y sobrecogedor. Me doy la vuelta. El latido de mi corazón resuena en mis oídos.

—¿Qué ha sido eso? ¿Lo has oído?

—¿El qué?

—A una mujer llorando.

Jaxon apoya la mano en mi espalda y me sobresalto. Siento claustrofobia entre estas paredes pintarrajeadas. No puedo quedarme aquí. Me dirijo a la salida sin esperar. En cuanto salgo al pasillo, la puerta que hay al fondo se cierra. Voy hacia las escaleras.

—Sam, solo es el viento —señala Jaxon, que trata de alcanzarme. Oigo cómo se ríe.

Paso saltando el escalón roto.

—Esto no está bien.

Avanzo muy rápido y estoy segura de que voy a tropezarme en cualquier momento. Atravieso la habitación de la chimenea corriendo y abro la puerta principal. Jaxon me sigue afuera, divertido. Muevo las manos delante de mí en un intento de deshacerme de la sensación que me provoca la casa.

—En serio —digo, alejándome a gran velocidad del horrible lugar—, ¿no has oído eso?

—Sam, ha sido un pájaro.

Decelero un poco y lo miro.

—Puede.

—Seguro.

—Vámonos de este bosque, es el peor sitio en el que he estado nunca —sentencio.

—Ya, estás oficialmente fuera de la investigación sobre el lugar.

CAPÍTULO 20

Anotaciones de las muertes

Jaxon y yo nos adentramos en el acceso de ladrillo rojo de mi casa cuando la última luz abandona el horizonte. Bajo el saliente de la puerta espera Elijah. «¿Habrá descubierto algo?»

—Voy a ir a la casa de Dillon en un rato. Habrá más gente. Vente —me propone Jaxon.

Me detengo a unos pasos de la puerta.

—Estará ocupada con otra cosa —comenta Elijah.

Lo miro y me repongo.

—La verdad es que tengo que levantarme temprano mañana. Vamos a Boston a ver mi padre.

Jaxon se acerca a mí.

—Entonces mañana te mando un mensaje.

—Despídete o lo haré yo por ti —continúa Elijah.

En otras circunstancias, le habría dicho adónde podría marcharse, pero acabo de hacer las paces con Jaxon y no quiero volver a parecer una loca.

—Me parece bien —respondo y me vuelvo hacia la puerta justo cuando Jaxon se inclina hacia mí.

Se queda unos segundos ahí antes de volver a su casa. Abro la puerta y la cierro antes de que Elijah me siga. De todas formas da igual, porque atraviesa la pared.

—Pero ¿qué narices pasa, Elijah? ¿Es que estás intentando dejarme en evidencia?

—¿Quién es Elijah? —pregunta Vivian, que sale a mi encuentro en el recibidor. Está de un humor particularmente bueno.

Miro la correspondencia en la mesa en un intento de actuar de forma normal.

—Has conseguido, con ingenio, ponerte en evidencia tú sola, sin ningún tipo de ayuda por mi parte —indica el espíritu.

—Nadie importante —contesto a Vivian—. Un chico del instituto.

Mi madrastra frunce el ceño.

—¿Y entonces qué haces hablando con él en casa?

—No, estaba hablando sola.

—De acuerdo. —Su mirada de preocupación se convierte en una sonrisa—. ¿Tienes hambre? He pensado que podríamos salir, para variar. Celebrar el traslado de tu padre.

—No, gracias. He comido algo con Jaxon de camino a casa.

—Como quieras.

Paso por su lado y subo a mi habitación con Elijah a mi lado.

—¡No hagas eso! —susurro y cierro la puerta al entrar en el cuarto.

—No me gusta esperar —replica con tono monótono; el pelo ondulado le enmarca las

mejillas.

—¿Y por qué no has venido a buscarme entonces?

—No tengo intención de buscarte por todo Salem.

Frunzo el entrecejo.

—Estaba investigando el lugar de los ahorcamientos. Podría habértelo pedido a ti y ahorrarme un montón de problemas si no hubieras desaparecido anoche.

—Está detrás del Walgreens.

—¡Ya lo sé! —suelto, aunque no estaba convencida hasta que lo ha confirmado.

—He llegado a esa conclusión por las anotaciones de las muertes.

—¿En serio? —La curiosidad sustituye al enfado.

Toma unas cuantas hojas de papel del asiento que hay junto a la ventana y se sienta. La letra con la que están escritas es una cursiva sofisticada. Me siento a su lado y, por un segundo, me parece que huele a la hierba del jardín recién segada.

—A primera vista, la anotación del número de fallecidos no sigue ningún patrón visible.

Habla con su típico acento anticuado. Tiene las pestañas largas, más que las mías, y las cejas con una forma perfecta. No me parece justo, tratándose de un chico, y encima de uno muerto.

—He investigado si existen causas médicas, pero no sucedió nada fuera de lo corriente durante los años de tu abuela. Ciertamente, el resto de la población de Salem nacía y moría siguiendo un índice constante normal.

—Pero entonces... ¿pasaba algo diferente en las familias de los acusados durante los juicios?

—Sé tan amable de no interrumpirme —me pide con gentileza.

«Seré tan amable de partirte tu perfecta cara.»

—Después de unos cuantos pasos en falso, tomé apuntes de la población aproximada que estaba relacionada con los juicios. Mis esfuerzos demostraron que había un aumento significativo en el número de descendientes vivos en Salem en los años en los que había más decesos. Y, lo que es más importante, se encontraban en la ciudad miembros de las familias más significativas. En los años en los que no era así, había un *statu quo*.

—¿Entonces todo esto tiene algo que ver con el número de descendientes en Salem? No te sigo.

—A ver... Las muertes parecen comenzar solo cuando se alcanza una masa crítica.

—¡Elijah! ¿Qué significa eso?

—Tienes que estudiar más, Samantha.

«Arrogante hijo de puta.»

—Al menos un descendiente de cada familia importante tiene que estar en Salem. En el momento en que están allí, empiezan las muertes.

Mis pensamientos se centran de inmediato en mi padre.

—¿Y qué pasa ahora? ¿Crees que hay descendientes de todas las familias en Salem?

—Así es.

Se me revuelve el estómago.

—¿Estás seguro?

—El mayor número hasta la fecha.

Se me queda la boca seca. Ya sé la respuesta a mi siguiente pregunta, pero, como una polilla que se acerca a una llama, me siento obligada a formularla.

—¿Se han producido muertes de descendientes?

—Siete desde que te mudaste. Solo faltaba tu linaje.

Y el bisabuelo de John fue una de ellas.

—¿Siete? A lo mejor se ha acabado ya.

—Es poco probable si lo comparas con las cifras de años anteriores. Si me preguntas, te diría que habrá muchas más.

Me cuesta respirar. Miro las hojas de papel para sacarle algo de sentido a lo que hay en ellas escrito. Pero cuando veo que el número de muertes del año anterior fue veinticinco, preferiría no haber mirado. «Por favor, que mi padre no sea una de ellas. Por favor.»

—Entonces eso significa que existe una maldición de verdad. ¿Te das cuenta? —Empiezo a moverme.

«Y hemos traído a mi padre más cerca de Salem desde Nueva York. ¿Será peor así? ¿Podríamos trasladarlo de nuevo?»

—No sabría decirte.

—¿Pero te das cuenta de que esto es más que una coincidencia?

—Es inusual, sí.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Yo ya estoy muerto.

CAPÍTULO 21

Nunca vas a estar sola

—La habitación 1027 está por ahí —nos informa la enfermera y señala el pasillo del hospital.

No espero a que acabe la frase y echo a correr. Un visitante sorprendido se aparta de mi camino en cuanto doy el primer salto. Abro la puerta de la habitación de mi padre y suelto el aire que estaba conteniendo. Tiene el rostro cubierto de tubos, pero ya estoy acostumbrada a verlo así.

Está cuidadosamente tapado con las mantas y estas son de un tono diferente de azul a las del hospital anterior. Le toco el brazo en el que tiene la vía y el monitor de pulso.

Vivian entra en la habitación y cierra la puerta.

—Casi te chocas con ese hombre.

—Mmm... —murmuro sin prestarle atención.

Me siento en la cama y tomo la mano de mi padre. Sin pararme a pensar, acaricio la cicatriz que tiene en el dedo índice. «Está igual.» Examino los mechones blancos de las sienes. Quizás un poco más delgado que la última vez que lo vi, pero no está muy distinto.

—Nos hemos mudado a Salem —le explico—. Después de todas las veces que te he pedido que me llevaras allí, estamos viviendo en la casa de la abuela. Es enorme. No puedo creer que hayas crecido en ese lugar, yo me pierdo intentando buscar el baño... Me he instalado en tu habitación, la que tenías de niño, aunque los muebles son distintos. La señora Meriwether la ha preparado para mí. Me ha contado que fuisteis muy buenos amigos de pequeños. —Me río—. Nunca me has hablado de ella. Es increíble, y cuando se pone a cocinar no para.

Me quedo mirando la palma de su mano.

—Cuando te despiertes, quizá puedas hablarme de la abuela...

Me callo de repente. El monitor conectado a su pecho empieza a emitir un pitido agudo.

—¿Por qué hace eso? —le pregunto a Vivian.

Se acerca y examina la pantalla que informa de sus constantes vitales. Sacude la cabeza.

—¿Le has quitado el monitor del dedo?

—No. —Me apresuro hasta la puerta, pero cuando llego entra una enfermera.

Le mide el pulso y presiona el botón del intercomunicador.

—Necesito a dos enfermeros en la 1027.

Me tiemblan las manos.

—¿Qué le pasa?

Entran dos hombres.

—Por favor, salid de la habitación —nos pide el primero.

—Vamos a dejar que hagan su trabajo, Sam —indica Vivian acercándose a la puerta.

—¡No, no! —grito. El latido del corazón de mi padre se ralentiza—. ¡Papá! Por favor. No

puedes... no. Por favor, papá. ¡Te necesito!

Uno de los enfermeros me sujeta antes de que llegue a la cama. El primero saca un juego de desfibriladores y le desabrocha el camión.

—Vamos —me dice el enfermero—. Voy a sacarte de aquí.

No puedo respirar. Lo intento, pero tan solo resuello. La habitación me da vueltas.

El enfermero me lleva hasta una silla que hay en el pasillo.

—Respira, Sam —me pide Vivian.

Apenas la oigo. Esto no está pasando. Mi padre no se está muriendo. Pasan unos minutos, no sé cuántos. Cierro los ojos y me esfuerzo por respirar.

Junté las rodillas y apoyé la espalda en los escalones fríos de fuera del apartamento cuando el automóvil de mi padre frenó.

—¿Sam? —No dijo el habitual adiós y gracias al chófer. Sabía por qué estaba fuera, en la oscuridad, junto a la barandilla.

Tomé algunos mechones de cabello que me colgaban por los hombros.

—Me han cortado la trenza.

Se sentó a mi lado y esbozó una sonrisa forzada.

—Eso es porque sabían lo guapa que ibas a estar con el pelo corto.

Me temblaba el labio al levantar lo que quedaba de mi larga trenza para mostrarle lo mala que era mi situación.

—Se rieron. —No puedo evitar que se me escapen las lágrimas, que me caen por las mejillas.

Me agarró del pelo y tiró de mí para levantarme.

—Vamos.

Dejó que me llevara al vestíbulo iluminado por el candelabro. Fue directo a la mesa del portero y alcanzó unas tijeras. Sin atisbo alguno de duda, cortó un buen trozo de su pelo oscuro, de la parte de delante.

Me sorprendió tanto que dejé de llorar.

—Mira, ahora estamos igual. Nunca estarás sola, Samantha. Mientras yo esté en este mundo, estaré a tu lado. ¿Qué es lo que te digo siempre?

—Cáete siete veces y levántate ocho.

—¿Y qué vas a hacer?

—Levantarme.

—Esa es mi chica. ¿Vamos a enseñarle a Vivian nuestro nuevo corte de pelo? A lo mejor ella también quiere uno.

No pude reprimir una carcajada. Imaginarme a Vivian cortándose el pelo ella misma era ridículo. Me apoyé en mi padre y él me abrazó mientras esperábamos al ascensor.

El primer enfermero sale de la habitación de mi padre y se acerca lentamente a Vivian.

—Está estable —informa y la presión que siento en el pecho disminuye—. Puede que haya tenido un ataque al corazón, pero no podremos asegurarlo hasta que lo vea el médico.

—¿Seguirá así? —pregunta ella y yo me pongo en pie.

—Por ahora, sí —responde el enfermero—. Yo esperaría un par de días antes de visitarlo de

nuevo. Lo acaban de trasladar aquí y a veces los pacientes reaccionan mal a estas situaciones tan emotivas. Necesitamos unos días para vigilarlo. Nos pondremos en contacto con usted si cambia algo.

—¿Puedo verlo? —pregunto.

—Mejor dejemos que descanse, Sam —responde Vivian—. Volveremos cuando esté más estable.

—¿Y por qué no esperamos aquí hasta que lo esté?

—Creo que lo mejor es que se vayan a casa —nos interrumpe el enfermero.

—Gracias, eso haremos —contesta Vivian.

—¿Puedo despedirme, por favor? —pido.

El enfermero no parece conforme.

—Pero rápido.

Entro corriendo en la habitación, antes de que nadie pueda objetar. Vuelve a tener los tubos en su lugar. Si no fuera por las sábanas revueltas, nadie imaginaría lo que acaba de suceder. Le doy un beso en la frente.

—Te prometo que voy a resolver este asunto —murmuro—. No voy a dejar que te pase nada. Te quiero.

El enfermero abre la puerta y retrocedo, tomándole una fotografía mental antes de marcharme.

CAPÍTULO 22

Menuda despedida

—Deberíamos trasladarlo otra vez a Nueva York —le digo a Vivian cuando llegamos a nuestra calle. Esto es lo máximo que he hablado desde que salimos del hospital.

—No digas bobadas. Ya has oído lo que ha dicho el enfermero sobre lo duro que resulta viajar a los pacientes. Sería perjudicial para él.

—No sé. No me fío de que se quede aquí. Es mejor que esté en Nueva York.

—¿Donde no podías ir a verlo?

—Iría en autobús.

Niega con la cabeza.

—Ya hablaremos de esto cuando estés más tranquila.

—Estoy tranquila —replico cuando llegamos a la entrada.

—Sam, últimamente te veo muy inquieta. Agitada, incluso. Ya sé que el traslado ha sido estresante. Puede que te convenga hablar de ello con alguien. —Aparca el automóvil y se vuelve hacia mí, apartando la muñeca enojada del volante.

—¿Te refieres a terapia?

—No duermes y afirmas ver cosas. Solo digo que habría que pensarlo. Tengo que hacer un par de recados, pero podemos hablar sobre esto cuando vuelva.

Salgo del vehículo temblando.

—No voy a ir a terapia y no estoy viendo cosas. Mi padre está en coma. Que tú puedas dormir no significa que yo también pueda.

—Eso que dices es bastante injusto.

Cierro la puerta del vehículo.

Vivian sale marcha atrás. El parachoques trasero del automóvil roza con el suelo en la cuesta de la entrada. ¿Cómo hemos llegado a esta situación? Pasamos más tiempo discutiendo que no haciéndolo. Abro la puerta lateral y mi situación me aplasta como una mano de acero.

Solo soy capaz de llegar al centro del recibidor antes de derrumbarme en el suelo. Me hago un ovillo y apoyo la frente en la madera. Me tiembla la espalda y se me saltan las lágrimas.

—¿Elijah? —lo llamo entre sollozos. Levanto la cabeza del suelo—. Ya sé que no te gusta que te convoque, pero necesito tu ayuda. Por favor.

Aparece.

—Deja que te ayude, Samantha.

—Yo no importo. —Me limpio las lágrimas con la manga—. Solo importa mi padre. No quiero que muera. Haré cualquier cosa. Ayúdame a romper la maldición.

Suspira.

—Te estoy ayudando, he hecho ese condenado trato contigo.

—Me refiero a ayuda de verdad, a que lo hagas como si te importara de verdad, como si la ayuda la necesitara Abigail.

Fija los ojos en la distancia.

—¿Y si me marcho de Salem y trasladan a mi padre de nuevo a Nueva York? Entonces no estarían todas las familias aquí.

—Hoy, mientras estabas en Boston, ha muerto un descendiente anciano mientras dormía. Me parece que no serviría de nada que te marcharas ahora.

Se me cae el alma a los pies.

—Por favor, tienes que levantarte del suelo. —Me tiende la mano y la tomo. Tiene la palma tan fría como cuando me tapó la boca con ella. Tira de mí hasta que me levanto y lleva mi mano al recodo de su brazo.

Nos dirigimos al salón y señala los sofás blancos.

—Siéntate.

—Eres la persona más mandona que he conocido nunca —me quejo, pero me dejo caer en el sillón de todas formas. Me seco el resto de lágrimas de los ojos y él recoge madera para encender un fuego.

—Soy mucho mayor que tú. Sé más cosas.

—No pareces mucho mayor.

—Eso es irrelevante.

—¿Cuántos años tenías cuando moriste?

Prende la madera y forma una pantalla alrededor del fuego.

—Dieciocho.

—Querías mucho a Abigail, ¿verdad?

Al verlo ahí, junto a la repisa de la chimenea, con la luz iluminándole el rostro, no puedo evitar pensar en lo atractivo que es.

—Sí. Nuestros padres murieron cuando yo tenía quince años y ella trece. Ocuparme de las tareas de mi padre se convirtió en mi responsabilidad. Me dediqué a cuidar de ella para que no tuviera que vivir con nuestros parientes. Estábamos todo lo unidos que dos personas pueden estarlo.

—¿Qué le pasó?

—No voy a hablar de eso, Samantha. Ya he dicho demasiado.

—No has dicho nada. Apenas sé nada de ti, excepto que quieres que me marche.

—Suficiente.

Exhalo un suspiro.

—De acuerdo, no me digas nada. ¿Vas a ayudarme?

Se sienta en uno de los sillones blancos.

—Si puedo, sí. Pero tal vez no te guste lo que voy a sugerirte.

—¿Qué va a ser?

Se acomoda con movimientos elegantes.

—No creo que puedas interrumpir el patrón tú sola.

—Pero ya tengo a Jaxon y a la señora Meriwether... y a ti. ¿A quién más necesito?

—Pienso que vas a necesitar la ayuda de los Descendientes.

—¿De esos chiflados? —Se me ensombrece el rostro—. Tienes razón, no me gusta la sugerencia.

—Ya que tales muertes no solo afectan a tu familia, considero prudente informar a las partes afectadas. Tal vez puedan prestarte ayuda con información.

—De todas las cosas que podrías haber dicho, ¿eliges decirme esto? Ahora me sentiré culpable si no se lo cuento. No lo sé, tal vez puedan ayudarme. Ni siquiera sabemos cómo empezó la maldición.

—Si existe tal maldición, imagino que empezó con los juicios.

—Bien, ¿y cuál fue la causa de los juicios de Salem? —En cuanto la pregunta abandona mis labios, me acuerdo de la respuesta que dio Lizzie en clase—. Cotton Mather, ¿no es así?

Parece como si estuviera reviviendo recuerdos desagradables.

—Fue uno de los protagonistas, pero no el único. Dame tiempo para que piense en ello.

—¿Me puedes prestar tus anotaciones sobre las muertes de los descendientes?

—Si quieres...

—Si tengo que convencer a un grupo de personas que me odian para acabar con una maldición que podría estar matando a nuestros familiares... Ni siquiera puedo decir esto sin sonar como si estuviera completamente chalada. En fin, necesito esas notas, sin ellas no tengo ninguna posibilidad con los Descendientes.

Elijah asiente y desaparece.

—Vaya despedida.

CAPÍTULO 23

Hay gente muriendo

Me acomodo en mi silla junto a Susannah en tutoría antes de que suene el timbre. Es lunes por la mañana de mi segunda semana en el instituto Salem y mi situación tan solo me ha provocado más ansiedad.

—Alice —la llamo. Puedo empezar por la más difícil.

Alice, Mary y Susannah se vuelven con sus ropas negras y sus caras sombrías. Hay algo en ellas que las hace indudablemente bellas. Si no fueran tan malas, sentiría el mismo asombro que el resto de gente.

—A ver, ya sé que me odiáis, pero sé algo importante sobre vuestras familias que tal vez queráis escuchar.

—Dudo que tengas algo que decir que yo quiera escuchar —replica Alice—. A menos que sea el sonido que emites al cerrar el pico.

—Hablar con vosotras es lo último que me apetece hacer. Pero os repito que es importante.

—¿Qué es? —pregunta Mary.

Alice le lanza una mirada asesina.

—Cállate, Mary.

—¿Y si es algo importante? Dice que es sobre nuestras familias.

Alice pone los ojos en blanco y me mira.

—Tienes treinta segundos.

«Ojalá no tuviera que ser amable contigo.»

—No puedo explicarlo en treinta segundos.

—Ya han pasado diez, te quedan veinte. —Me mira a la espera de que cuestione sus palabras.

Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para relajar mi evidente frustración.

—La forma más sencilla de decirlo es que... estamos malditos.

Mary suelta una carcajada.

—Querrás decir que tú estás maldita.

Pongo una mueca de dolor, no puedo evitarlo.

—Quiero decir nosotros, todos nosotros. Hay gente muriendo.

Mary vuelve a reír, pero Alice y Susannah no. Suena el timbre.

—Bienvenidos otro lunes —nos saluda la señora Hoxley—. Vamos a comenzar la semana. Solo hay un aviso. Este miércoles no habrá clase por el Día del Recuerdo, el inicio oficial del Mes de la Historia en Salem. —La gente se pone a hablar—. Os voy a dar un momento para que cuadréis vuestros horarios y acabéis los deberes. No podéis hablar.

La profesora observa el aula por si hay alguna discrepancia. Y, aunque yo nunca hablo, me

mira con mala cara. Me odia desde el incidente con las pastas, pues vomitó en mitad del pasillo.

Saco la agenda. No sé cómo voy a hacer que estas chicas quieran hablar conmigo lo suficiente para convencerlas. Yo también pensaría que estoy loca. Menuda pesadilla.

Susannah me pasa una notita en la que pone «EXPLÍCATE».

Me quedo mirando el trozo de papel sin saber qué escribir. Lo intento tres veces pero fracaso, no queda bien poner «he tenido un mal presentimiento y... he descubierto que están muriendo personas».

Falta un minuto para que acabe la tutoría, así que escribo «LEE ESTO» y le paso las notas escritas por Elijah. La señora Hoxley va a comentar algo, pero el timbre la interrumpe.

Las Descendientes salen sin mirarme siquiera. Por lo menos, Susannah se lleva las notas. Guardo mis cosas en la mochila y me dirijo por el pasillo a clase de Historia. Ayer no contesté a Jaxon los mensajes y quiero hablar con él antes de que empiece la clase.

Apenas atravieso la puerta con un pie cuando el señor Wardwell me dice:

—Sam, te requieren en el despacho del director.

—Pero...

—Nada de peros. Ve ahora mismo.

Miro la silla vacía de Jaxon y salgo. ¿De qué va todo esto? Susannah no le habrá dado las anotaciones a un profesor, ¿no? Me haría parecer una completa psicópata.

Cuando abro la pesada puerta de cristal del despacho del director, veo que el secretario tiene la mirada fija en un libro. Paso por su lado y tiro del pomo de una puerta en la que pone «DIRECTOR BRENNAN » en letras grandes. Veo a Vivian sentada en una silla delante de la mesa de Brennan. Me quedo helada.

—¿Papá está bien? ¿Qué ha pasado?

—Tu padre está bien. Jimmy quería tener una charla con nosotras —comenta Vivian con su voz de soy-la-persona-más-agradable-del-mundo. «Puj. ¿Acaba de llamarlo Jimmy?».

Los miro a uno y a otra y me siento al lado de mi madrastra. ¿Me he metido en líos?

—Bueno, Sam —comienza Brennan—, ya sé que te está costando adaptarte en tu primera semana en el instituto. Es perfectamente comprensible debido al estado de salud de tu padre. Pero ha llegado a mi conocimiento que el problema es peor de lo que imaginaba.

«Al menos no es por las notas que le he dado a Susannah.»

—¿Sí?

—Considero que sería conveniente que visitaras a la orientadora del centro una vez por semana durante un par de meses para que controle tu progreso —continúa.

—¿Para que controle mi progreso? ¿Es una terapia? —Le lanzo una mirada asesina a Vivian. Hay que admitir que es persistente.

—No es terapia. Es solo una cita informal. Jimmy... perdón, el director Brennan piensa que va a ser bueno para tu adaptación. Así podrás hablar de cualquier cosa que te preocupe.

—No.

—Sam. —El director Brennan se pasa una mano por el escaso cabello—. Esto no es una pregunta. Quiero que vayas al despacho de Orientación y fijes una cita con la señora Lippy antes de volver a clase.

—¿Quiere que vaya a hablar con alguien que se llama señora Lippy? Si...

—Mejor discutimos esto fuera —me interrumpe Vivian—. No se preocupe, director Brennan, yo me ocupo.

El director me mira con dureza, pero Vivian se pone en pie y sus largas piernas lo distraen.

—Ha sido un placer conocerla, Vivian. Sam, espero recibir informes de que progresas adecuadamente.

Me levanto y atravieso la sala de espera hasta el pasillo.

—Sam. —Vivian me alcanza—. Es lo mejor. Al parecer, hay muchos estudiantes que se han quejado de ti. Ya sé que suena mal, pero el director me llamó preocupado porque no encajas en el instituto. Esta es la mejor solución. Eso si quieres seguir yendo al instituto.

—Lo que tú digas.

—No me trates así, estoy intentando ayudarte.

—No puedo hablar, me está esperando la señora Lippy.

CAPÍTULO 24

La mansión Ropes

Desdoble un papelito que tenía metido en el borde de la taquilla. Pone: «NOS VEMOS EN EL JARDÍN DE LA MANSIÓN ROPES EN ESSEX A LAS 15:15. SUSANNAH». Miro el teléfono móvil. Son las 15:05. Corro entre la gente y salgo por la puerta.

Le escribo un mensaje a Jaxon para decirle que no me espere y busco la mansión Ropes en el teléfono. No está lejos. O bien planean atacarme en un jardín o creen que las notas de Elijah resultan creíbles.

A unas manzanas del instituto, paso junto a una funeraria frente a la cual hay una mujer joven intentando mantener la compostura mientras saluda a la gente. ¿A quién habrá perdido? ¿A un amigo, a su marido, a su padre? Sacudo la cabeza para librarme del pensamiento, pero miro la placa con el nombre del difunto: «PROCTOR. OTRO DESCENDIENTE MUERTO». Me muerdo el labio y sigo mi camino.

Apenas tardo unos minutos en llegar a Essex. Es una calle antigua rodeada de árboles espinosos y con aceras de ladrillo rojo. Me aproximo a la torre de una iglesia gótica y vuelvo a comprobar qué pone en mi teléfono móvil. Según el mapa, es justo aquí, pero no veo ningún jardín ni tampoco a Susannah.

Sigo la picuda verja de hierro que rodea la iglesia. En un cartel pone: PRIMERA IGLESIA DE SALEM, FUNDADA EN 1629. La verja termina y veo un enrejado de madera cubierto de parras.

«¿Acaso debería entrar?»

Miro a mi alrededor y camino por el sendero que lleva a la arcada.

Camino bajo las gruesas parras y el estrecho camino de tierra se abre a un laberinto de senderos, todos rodeados de flores. En el centro del jardín hay un reloj de sol y, alrededor de él, están Susannah, Mary y Alice.

Por su tono brusco y expresión dura, diría que están discutiendo.

—Samantha —me saluda Susannah y todas se vuelven. Con sus prendas negras y la torre gótica de fondo, desprenden un halo más intenso de lo normal.

—Llegas tarde —señala Alice.

Miro el teléfono móvil.

—Dos minutos.

—Exacto —le dice Alice a Susannah como para corroborarlo.

«¿De qué estarían hablando antes de que llegara?»

—¿Habéis leído los apuntes que os he dado?

—Sí —responde Susannah devolviéndomelos.

Alice me mira fijamente.

—¿Quién te los ha dado?

—Esa no es tu letra —añade Mary, y Alice le pellizca el brazo.

—¡Ah! —Mary aparta el brazo—. Eso duele.

—No os preocupéis por cómo los he conseguido. ¿Qué opináis?

—¿Eres incapaz de responder a una pregunta sencilla? —Alice me observa como si fuera lerda.

—Nos ha sorprendido que supieras tanto acerca de las familias de aquí —comenta Susannah.

—Sabíais lo de las muertes, ¿verdad? —intervengo tras interpretar la diplomacia en la respuesta de Susannah. ¿Por eso quería hablarme del bisabuelo de John y me dijo que tuviera cuidado en el cementerio? ¿Qué están haciendo estas chicas?

—Para mí es nuevo —responde enfurruñada Mary.

Susannah mira a Alice antes de continuar:

—Esas anotaciones contienen datos de hace décadas. ¿Cómo has averiguado todo eso?

Supongo que por eso estaban discutiendo cuando llegué. Alice y Susannah saben algo que no le han contado a Mary. Mmm. Mary se tira de los rizos mullidos y castaños y frunce el ceño. No es tan cerrada como Alice, pero tampoco tan serena como Susannah. Si hay alguna de ellas con la que se podría hablar libremente, es ella. Por eso Alice siempre le pide que se calle.

—Mary, ¿qué crees?

—Creo que tienes razón, que estamos malditas. Y, al menos yo, quiero solucionarlo. Tengo cero interés en morir o en que mi familia muera. El hermano de Lizzie...

—Mary —la interrumpe Alice—. Es suficiente.

«Así que saben que tengo razón en lo de que todas estas muertes no son una coincidencia. Gracias, Mary.»

—De acuerdo, Alice, si crees que no hay nada raro en esto, entonces me voy.

—Está escrito en letra inglesa antigua y te harían falta meses para recopilar toda esa información. Estás metida en algo, está claro, y quiero saber en qué.

—Y vosotras tres estáis en un jardín oculto sin Lizzie y sin John. Además, Mary ni siquiera sabía nada de esto hasta hoy. Vosotras estáis metidas en algo.

—No estoy para jueguecitos.

—Podrías preguntármelo amablemente y tal vez considerase contártelo —replico.

Alice me hace un corte de mangas.

Me alejo. O esa chica me acepta como una igual y trabajamos juntas en esto o me encargo de hacerlo con Elijah. No voy a aguantar sus mierdas todos los días, ya estoy harta.

—No te vayas, Samantha —me pide Susannah. Por alguna razón, a ella no soy capaz de odiarla—. Por favor, cuéntanos lo que sabes.

Me detengo.

—Deja que se vaya —dice Alice.

—A ti no te gusta tu familia, Alice, pero yo quiero a la mía. ¿Y si esas cifras son ciertas? —indica Susannah.

—Sí, Alice —añade Mary—. No quiero jugármela.

—De acuerdo, pero esto queda entre nosotras. Lizzie y John se quedan fuera por ahora. —Alice me mira—. ¿Y bien?

No es que me apetezca hablar con Lizzie y John, pero no entiendo por qué Alice los excluye. Me pregunto qué más estará ocultando. Me uno a ellas en el reloj solar. En él hay una inscripción que dice:

LAS HORAS VUELAN.

LAS FLORES NACEN Y MUEREN.

LOS DÍAS ANTIGUOS Y LAS MODAS ANTIGUAS PASAN.

EL AMOR PERMANECE.

«Y también las maldiciones.»

—Vamos a tu casa, Mary. Solo está a una manzana de aquí —sugiere Susannah.

—Ni hablar —objeta Alice antes de que Mary responda.

Me fijo en que, juntas, parecemos un maldito aquelarre. Me aclaro la garganta.

—Muy bien, esto es lo que sé: las muertes no son aleatorias, siguen un patrón, y se suceden cuando al menos un miembro de cada una de las familias importantes relacionadas con los juicios contra las brujas está en Salem. Por desgracia, ahora mismo se encuentran aquí todas las familias importantes.

Noto el asombro en la cara de Alice que, rápidamente, echa un vistazo por encima del hombro.

—Tenemos que ir a un lugar más privado a hablar de esto.

CAPÍTULO 25

No es una de los nuestros

—¿Esperas que me crea eso? —pregunta Alice al tiempo que se cruje los nudillos y se acomoda en los cojines de color vino del sofá de Mary. Su casa es mucho más acogedora que la mía, no hay nada demasiado elegante ni que se pueda romper y todo tiene un aspecto hogareño. La mesita tiene algunos arañazos y el plato en el que estaban las verduras y la salsa que nos hemos comido tiene un pequeño desportillado.

—Mira. —Me inclino hacia delante en el sillón y le paso a Alice mi teléfono móvil con un mapa de Salem—. El señor Wardwell nos contó que el sitio donde habían sido ahorcadas las brujas tenía que estar fuera de la ciudad. En aquella época, la única forma de salir de Salem era por el puente Town Bridge. Ese Walgreens está justo al otro lado de donde estaba el puente. Sin duda, sería el lugar más cercano y sencillo de escoger.

—Deberíamos de ir a mirar —comenta Mary, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y enrollándose un rizo en el dedo.

Alice examina el mapa.

—Que sea un lugar apropiado y que se vea desde esa ventana que dices que encontraste no significa que tengas razón.

—Muy bien, mira. Hay un viejo camino para carretas en el mapa justo detrás de donde está ahora el Walgreens. Y en el lugar donde todo el mundo cree que fueron los ahorcamientos no hay ningún camino para carretas, ni ningún sendero. Estuve en el sitio al que llamáis Gallows Hill y no hay forma de que llevaran carretas llenas de gente por ese lugar escarpado. Si no había un camino, no podrían haberlo hecho —explico.

Susannah y Alice comparten una mirada cómplice.

—Entonces está decidido, vamos allí —dice Susannah.

Me vienen a la mente mis experiencias recientes en el bosque.

—¿Ahora? Está oscuro.

Alice sonríe con suficiencia.

—Si te da miedo, mejor quédate aquí. Tranquila, no te vamos a echar de menos.

Me remuevo en la silla.

—Es que no sé qué vamos a descubrir mirando a la oscuridad.

—Claridad —responde Susannah y me mira—. Tu abuela creía que el lugar exacto de los ahorcamientos era importante, Samantha, porque contiene una huella del suceso. Como un recuerdo.

«No lo entiendo.»

Alice sacude la cabeza.

—Ni hablar, Susannah. No vamos a hacerlo con ella.

—Yo creo que deberíamos —replica Mary.

«En serio, ¿qué pasa?»

—¿Cómo esperamos que nos cuente lo que descubre si nosotras no la incluimos y le decimos lo que sabemos? —pregunta Susannah.

—No es una de los nuestros —insiste Alice—. No lo olvidéis.

—Es una de las descendientes de las familias —responde Mary.

—Del lado equivocado de la historia, Mary.

—Va de negro —comenta la aludida como si eso quisiera decir algo. Esboza una sonrisa. Esa chica tiene algo que la hace adorable.

—Alice, esto es muy importante. —Susannah juguetea con el borde del cojín que tiene en el regazo.

La aludida me señala con el dedo.

—Si dices una palabra de esto a Jaxon o a cualquiera del instituto, te reduciré a cenizas.

—Eh, de acuerdo —respondo. Su amenaza no tiene ningún sentido, pero suena macabra.

Mary se levanta, prácticamente dando saltitos.

—Voy a por las velas.

¿Velas? No quiero ir a ese bosque con velas. Pero si no voy, puede que acabe con esta especie de relación que estamos iniciando y que nunca vuelvan a incluirme.

Mary abre el armario que hay al lado de la puerta principal y rebusca en la parte trasera. Vuelve con una bolsa de tela y cuatro capas con capucha negras y nos da una a cada una.

«Esto es increíble. A cada minuto que pasa, mi vida se está volviendo más ridícula.»

Se abre la puerta y una mujer que es, sin ninguna duda, la madre de Mary entra con una bolsa de verduras. Tiene el pelo más rizado que su hija y lo lleva recogido en la coronilla, pero se parecen mucho en la boca y en los ojos.

—Ya veo que llego justo cuando os vais, chicas —dice al fijarse en las capas negras.

Mis instintos me instan a esconder la mía debajo del trasero. Ya me imagino la de preguntas que nos haría Vivian si se las viera en una situación similar.

Mary abraza a su madre con entusiasmo y casi le tira de las manos las verduras. Por un segundo, parece más una niña pequeña que una Descendiente gótica y reservada.

Su madre le da un beso en la coronilla.

—Vuelve pronto, cenaremos enseguida. Chicas, podéis quedaros.

—Mi madre me está esperando —responde Susannah—. Pero gracias, señora P.

—Yo me quedaré —dice Alice.

—Eso esperaba. —La señora P le guiña un ojo.

Estas chicas tienen que pasar muchísimo tiempo juntas. Yo ni siquiera me imagino cómo sería tener una rutina como esta con un grupo de amigos. Me quedo mirando a la madre de Mary de forma extraña, pues no sé si la invitación también me incluye.

—Ella es Sam. —Mary me señala y me alegro de que me presente justo en este momento.

La señora P abre mucho los ojos, seguro que sabe quién soy.

—No permitas que estas chicas te hagan ponerte a bailar desnuda bajo la luna.

Me alegra que haya alguien más que considere todo esto de las brujas una bobada, pero el hecho de que no reaccione a lo de las capas negras y ese comentario hacen que me pregunte seriamente qué harán en su tiempo libre.

Mary rompe a reír.

—Pero si es una iniciación divertida.

—Sí —coincide Susannah—, y es mejor que la del sacrificio que teníamos antes.

Alice pone los ojos en blanco. No creo que le guste que sus amigas bromeen conmigo, por muy retorcidas que sean esas bromas.

—Tendrías que verte la cara —dice Mary, sonriéndome. Le da un beso a su madre en la mejilla—. Vuelvo enseguida.

Las sigo hasta la entrada y Mary saca unas llaves.

—¿Tienes tu propio automóvil? —La neoyorkina que hay en mí se sorprende.

Alice y Susannah sonríen.

—Sí —responde Mary—. Solo tengo un permiso de aprendiz, pero Alice acaba de sacarse el carné.

No quiero saber qué nivel de inexperiencia tiene. Mary le lanza las llaves a Alice y nos subimos todas al Jeep Wrangler negro. En cuanto cierro la puerta, me abrocho el cinturón de seguridad.

—¿Habéis vivido siempre en Salem? —pregunto.

Susannah se vuelve hacia mí en el asiento.

—Siempre, durante generaciones. Hasta donde yo sé, la mayoría de los descendientes de brujas nunca se marcharon.

—Yo me voy a marchar —interviene Alice. Conduce como un taxi de la gran ciudad, de forma rápida y agresiva. Las maniobras de Vivian parecen aburridas al lado de las de ella. Gracias a Dios el Walgreens está a menos de un kilómetro.

—No puedes irte —se queja Mary haciendo pucheros—. Si te vas se va a romper el círculo.

—Es aquí —indica Alice después de detener con un chirrido el Jeep en un espacio de aparcamiento. Volamos hacia adelante por el impacto de la frenada. ¿Qué círculo? Actúan como si formaran parte de una sociedad secreta. Si es así, puede que sean más desconfiadas que yo.

El aparcamiento tiene forma de U y hay una pila de piedras y tierra de unos cuatro metros y medio detrás del edificio. Caminamos en esa dirección; Susannah y Mary cargan con mochilas llenas de patas de araña o lo que sea que lleven dentro.

—Parece que por ahí podemos subir a la colina —comenta Mary y señala el punto del aparcamiento donde la pendiente es menos pronunciada.

Alice se adelanta por el camino inclinado y la seguimos. Me agarro a un par de ramas de los árboles para no resbalar. «Definitivamente, esto no es lo mío.»

—Vamos a un lugar más apartado —sugiere Susannah.

«Mejor no.» La luz de las farolas disminuye conforme nos adentramos entre los árboles y tan solo veo a unos pocos pasos por delante. Unas ramas bajas amenazan con sacarme los ojos, o, al menos, con perturbar la diminuta sensación de seguridad que me queda. Camino con las manos por delante.

—Va a funcionar —comenta Alice cuando llegamos a un pequeño claro circular.

Miro en todas las direcciones, pero no me sitúo. El lugar está lleno de árboles y, por lo que veo, esta noche no hay luna. Mary saca una manta oscura y la ayudamos a extenderla. Es suficientemente grande para ocupar el claro.

Me siento y me pongo la capucha de la sudadera, sobre todo para minimizar mi visión periférica. Si puedo ver a Elijah, ¿significa que también puedo ver a otros fantasmas?

«Rápido, piensa en otra cosa. Gatitos, perritos, margaritas... *rudbeckias*, Abigail, fantasmas. Mierda.»

Susannah y Mary encienden velas y las colocan sobre la manta. Los árboles titilan a la luz de las llamas y las ramas parecen cobrar vida. Necesito urgentemente mirar por encima del hombro. ¿Por qué no me eché atrás cuando tuve la oportunidad? Si alguien dice «vamos a llamar a los muertos», me da igual lo tonta que parezca, saldré pitando de aquí.

Alice ata unos pequeños manojos de algo que no sé qué es... ¿hierbas? Este ritual silencioso me está matando. «¡Que alguien diga algo para que pueda salir de mi maldita cabeza!»

—¿Y qué es exac...? —comienzo.

—Ya te diré cuándo puedes hablar. Mientras tanto, silencio —me interrumpe Alice; su largo cabello rubio brilla a la luz de las velas.

—No te preocupes —me anima Susannah—. Ya lo entenderás.

Susannah enciende cuatro velas en medio de la manta y al instante quedan iluminados nuestros rostros.

«Qué incómodo.» Alice la mira y asiente.

—Yo... invoco el poder del agua. El que limpia mis dudas y calma mi espíritu. Tan solo por medio de la calma puedo ver con claridad. —Susannah termina la frase echándose agua de una pequeña botella de cristal en los dedos y salpicando las velas. Estas chisporrotean, pero no se apagan.

La chica mira a su izquierda, a Mary.

—Invoco el poder de la tierra. La que guía mis pasos y ofrece sostén a mi espíritu. Tan solo por medio del equilibrio puedo ver con claridad. —Mary toma un puñado de tierra del borde de la manta y la esparce sobre las velas.

Mira a Alice.

—Yo... invoco el poder del aire. El que eleva mis pensamientos y alivia mi espíritu. Tan solo por medio del aliento puedo ver con claridad. —Alice mueve las manos alrededor de las llamas y estas brincan en el aire.

Me miran a mí.

«¿El fuego? ¿Se supone que tengo que decir “fuego”? ¿Cuáles son las palabras?»

—Invoco... —comienzo, incómoda— Invoco el... eh, el fuego... el poder del fuego.

—El que ilumina mi camino y enciende mi espíritu. Tan solo por medio de la purificación puedo ver con claridad —continúan ellas al unísono.

Alice nos pasa a cada una uno de los ramilletes que ha hecho. Las imito y coloco el extremo del mío sobre el fuego. Alice levanta un cuenco y echamos las hierbas quemadas. Huele mucho a quemado y hay bastante humo.

—Siento lo que digo y digo lo que pienso —corean juntas—. Conoce mi deseo y bríndame claridad.

—Repite —susurra Susannah.

—Siento lo que digo... y digo lo que pienso. ¿Conoce mi deseo y bríndame claridad?

Susannah y Alice me tienden las manos y las tomo. Veo sus rostros temblar un poco por el humo, como si se tratara de una emisión de televisión que no recibe buena señal. «Un momento, ¿qué es esto?» Un instante después, sus rostros parpadean más rápido y, a continuación, se mezclan por completo con las caras de otras mujeres. Es como si viera a dos grupos de personas al mismo tiempo, a las Descendientes y a unas mujeres desconocidas de más edad.

Abro la boca, pero todo se vuelve muy negro. Incluso el sonido de las llamas cesa. Durante una décima de segundo, en la oscuridad aparece una imagen: la nuca de un chico sangrando en el suelo, su cuerpo aplastado debajo de una enorme plancha de metal.

El grito de Mary interrumpe la visión y la negrura, y de nuevo veo a las chicas tal y como son, sin las caras borrosas. Tardo un segundo en entender lo que pasa. Todas están asustadas, apagan las velas y recogen los ingredientes del hechizo.

—Vamos, Samantha —me urge Susannah, y me levanto.

Alice tira de la manta y las sigo rápidamente por entre los árboles. A cada paso que doy, soy más consciente de la oscuridad y de la perturbadora sensación de que había algo en el bosque con nosotras. Corro tan rápido que me tropiezo, caigo por la colina y aterrizo en el aparcamiento con las manos llenas de arañazos. Mary llega hasta el Jeep.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta.

Me agarro la cabeza en un intento de que desaparezcan las náuseas. La piel me late al ritmo imposible del corazón. A lo mejor esas hierbas tenían alucinógenos. ¿He estado equivocada todo este tiempo? ¿Saben hacer magia de verdad? Vaya, he visto fantasmas, esto no es tan distinto.

—No lo sé —responde Alice—. Esas caras...

Mary se quita la capa.

—Tú lo has visto, ¿no, Susannah?

—Sí.

¿Quién era ese chico aplastado? «Había mucha sangre.»

—¿Habéis...?

—Callaos todas un minuto —me interrumpe Alice.

—Quiero irme a casa —comenta Mary.

Alice saca las llaves y abre el Jeep. No tardamos en meternos dentro.

«Ojalá no hubiera venido», pienso al meterme en el asiento trasero. Veo por los espejos retrovisores que todas tenemos la misma cara de susto. Regresamos a casa en silencio.

CAPÍTULO 26

Algo en común

No he dado ni tres pasos en casa cuando Vivian me grita:

—¡Cómo llegas tan tarde sin avisar!

No me ha dado tiempo a procesar lo que he visto y los gritos de Vivian tan solo me ponen más nerviosa.

—Estás sucia, ¿dónde has estado? —Está hablando de mí, no a mí.

—Estaba con unas compañeras del instituto. —No me disculpo. Después de lo que me ha dicho hoy, no.

—¿Por qué no respondías al teléfono? Te he llamado por lo menos cinco veces.

No hacerle caso nunca es una buena opción, pero no puedo contarle lo que estaba haciendo.

—No quería hablar contigo.

Se tensa y sé que me he pasado.

—Me sorprende que tengas amigos después de lo que me ha contado el director sobre tu comportamiento. Pero las dos sabemos que no durarán mucho.

—¿En serio? ¿Tenías que decir eso? Seguro que te sientes orgullosa por haber conseguido llevarme con la orientadora. A lo mejor puedo usar mi tiempo para hablar de la mierda de madre que eres.

—Te acabas de ganar una semana sin ver a tu padre.

—¡No puedes impedir que vea a mi padre!

—Sí puedo y lo haré mientras no aprendas a comportarte.

Me dirijo a la escalera.

—No me querrías de enemiga, Samantha. No te gustaría.

No me molesto en darme la vuelta.

Abro la puerta de mi habitación y me encuentro a Elijah sentado en el asiento que hay junto a la ventana. Me mira a la cara, luego a la ropa, y se pone en pie.

—Mejor te dejo sola.

—¿Por qué habrá dicho eso? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—No sabría decirte.

—¿Por qué alguien haría eso? Es mezquino.

—Sí.

—¿Tan horrible soy? —Me tiembla el labio inferior.

Frunce el ceño.

—Si no tengo a mi padre, no tengo a nadie. Estoy totalmente sola.

Elijah se vuelve hacia la ventana sin responder. Necesito que alguien sea amable conmigo justo ahora, he tocado fondo.

—Olvídalo. De todas formas, no puedes ayudarme. —Me quito las botas llenas de barro.

Mi compañero se queda mirando por la ventana.

—Solo estaba recordando que yo tuve una conversación similar con Abigail en una ocasión.

Su comentario me sorprende.

—¿En serio? ¿Sobre qué?

—Es una larga historia.

¿Significa eso que va a contármela? No me importaría escuchar algo acerca de la vida de otra persona.

—Está bien.

Duda un instante, pero luego se da la vuelta emocionado.

—Siéntate.

Me miro las piernas.

—Tengo los *jeans* sucios. Mírame. —No me importa que lleve muerto trescientos años, es mi único amigo, aparte de Jaxon.

Me mira las piernas y, cuando ve que tengo razón, se vuelve hacia la ventana. Me quito la ropa y me pongo el pijama.

Lo observo detenidamente y me doy cuenta de que se ve mi reflejo en la hoja de cristal. ¿Estaba mirándome? Me siento con las piernas cruzadas en la cama.

—Ya puedes darte la vuelta.

Se lleva las manos a la espalda.

—Ya sabes que a Abigail le encantaban las *rudbeckias*. Las consideraba las cosas más bellas de Nueva Inglaterra y decía que éramos afortunados por tenerlas. Solía recogerlas a finales del verano y yo me las encontraba durante el resto del año prensadas en libros y diarios, incluso en mis documentos de contabilidad.

Me echo una manta en las piernas.

—Qué bonito.

Asiente.

—La cama en la que estás sentada. Tuve que hacerla para ella, además de todos los muebles de esta habitación. Fui a Ipswich para diseñarlos y le di una sorpresa en su décimo sexto cumpleaños. Tendrías que haber visto su cara cuando los vio. Acarició las flores con los dedos y se puso a llorar.

—Entonces... ¿tú pusiste el compartimento secreto en la parte trasera del armario? ¿Y también la puerta secreta en la biblioteca? Te encantaban los escondites, ¿no? —Lo que en realidad quiero preguntarle es «¿qué escondías», pero ya lo conozco un poco. Este fantasma está fuera de mi alcance, incluso sin provocarlo.

Parece que mi observación le divierte.

—Las cartas que encontraste eran cartas de amor de Abigail y un chico con el que crecimos. Tenía unos años más que ella, era compañero de clase y amigo mío. Siempre supe que había algo entre ellos, pero nunca dije nada. No quería que ella se avergonzara.

El respeto que sentía por su hermana me hace sentir abochornada por haber intentado leer las cartas.

—Un día me confió que estaba enamorada. Me pidió que le llevara una carta secreta. Acepté, pero me sentí nervioso por ella, sabía que su familia lo estaba presionando para que se casara con

la hija del gobernador. Si su amor se hacía público, tendrían que separarse. O se cuestionaría la decencia de Abigail. Enseguida me convertí en su medio de comunicación. —Mira el armario con semblante nostálgico—. El compartimento escondido lo hice para proporcionarle un lugar donde guardar sus cosas privadas.

—¿Acabaron juntos? —Las palabras de William en la carta que leí parecían pesadas.

—No —responde.

Aguardo, pero no continúa.

—Gracias por compartirlo conmigo. Cuando encontré esas cartas, supe que eran especiales. Ahora ya sé por qué.

Relaja la expresión.

—Llevo cientos de años sin hablar de ella. No me resulta del todo cómodo.

—Lo entiendo. La parte de los cientos de años, no, pero a mí tampoco me gusta compartir mis cosas. Los amigos no me duran lo suficiente. Y cuando lo hago, suelen usar la información en mi contra. Es más fácil no decir nada.

—Detesto la idea de que tengamos algo en común. —Se sienta a mi lado y, por primera vez, me parece que está bromeando.

—Ya, es terrible.

Las comisuras de su boca se mueven ligeramente dibujando una dulce sonrisa.

—¿Estás sonriendo? —pregunto.

—Por supuesto que no. —Aprieta un poco los labios.

—Cuidado, a lo mejor me creo que te gusto.

—Entonces me aseguraré de dejarte otro libro.

—U otra piedra —respondo.

La sonrisa desaparece.

—Yo no te tiré esa piedra a la ventana.

—¿De verdad? —Me quedo un instante en silencio—. ¿Y sabes quién lo hizo?

Niega con la cabeza.

—¿Has hablado hoy con los Descendientes?

De golpe recuerdo los incidentes de la noche.

—Sí, han aceptado ayudarme. Pero... hemos ido al lugar de los ahorcamientos y, eh... —«¿Y cómo lo digo?»—. Y hemos hecho un ritual, un hechizo o algo así.

Su expresión se vuelve seria.

—¿Habéis practicado brujería?

No puedo resistirme y me echo a reír. Parece una locura y, ahora que no estoy en ese bosque terrorífico, empiezo a pensar que me lo he imaginado todo.

—Supongo.

—¿Qué ha sucedido?

Su tono de voz me preocupa. Trazo el patrón del encaje de la cama con los dedos. Había pensado que, si alguien podría decir que la brujería no existe, sería él.

—Los rostros de las chicas se desdibujaron y se convirtieron en otras caras. Entonces todo se quedó negro y vi a un chico aplastado bajo una plancha de metal.

Se pone en pie.

—¿Las caras de quiénes?

—Sinceramente, no lo sé. Eran mayores.

—Tienes que regresar al lugar con las Descendientes. Quiero verlo con mis propios ojos.

—¡Ni hablar! No voy a repetirlo. He estado a punto de vomitar, estaba muy asustada.

—A menos que pienses en otro modo de ver esas caras, vamos a tener que volver a esa colina.

—Su tono sugiere que no hay forma alguna de negarme.

—Está claro que me estás ocultando algo, ¿el qué?

—Me he tomado un tiempo para leer algunos de los diarios de los descendientes de los años en los que se han producido más muertes. La mayoría no han servido para nada, eran sobre cosas mundanas. Pero había una cosa que destacaba. Con cien años de diferencia, dos individuos vieron caras como las que describes.

—¿Y qué pasó?

Arruga la frente.

—Murieron poco después.

CAPÍTULO 27

Me siento vulnerable

Observo las mesas de la cafetería. Alice, Mary y Susannah están en el sitio de siempre junto a la ventana. Ojalá les hubiera propuesto en la tutoría ir al lugar de los ahorcamientos. Si no lo hago ahora, se habrán acabado las clases y mañana es miércoles, el Día del Recuerdo. Tengo que hacerlo, aunque Alice me ponga en evidencia delante de todo el mundo.

Conforme me acerco a la mesa, la gente vuelve la cabeza en mi dirección. No he visto a nadie acercarse a ellas durante el almuerzo. Es como si me dirigiera a un trono sin invitación. Me detengo junto a la mesa redonda. Esto es mucho peor que en el jardín, aquí me siento vulnerable.

—Siéntate, Samantha —me invita Susannah.

Miro a Alice.

—Estás ahí de pie como una tonta —refunfuña.

Que alguien me llame tonta no suele inspirarme una sensación de alivio, pero, en este caso, así es. Aparto una silla y me siento.

—No sé cómo decir esto de forma que no sea tan directa. Tenemos que volver a la ubicación de los ahorcamientos.

—¿Esa es tu gran revelación? —Alice exuda confianza—. Ya lo sabemos. Iremos después de la fiesta de brujas y hechiceros de esta noche.

—Yo no estoy invitada a la fiesta. —¿Por qué he dicho tal cosa?

Todas se quedan en silencio, y es Susannah quien lo rompe:

—Ven a la fiesta e iremos después.

—Muy bien, pero esto es cosa tuya —advierte Alice a Susannah.

No sé si debería agradecerles la invitación o preguntarle a Alice cuáles son los riesgos que corro. ¿Será tal vez porque Lizzie me odia? Desde luego, Alice tampoco es muy fan mía. Además, ¿por qué le ocultan a Lizzie y a John lo de ayer? Da igual, esto es por mi padre, no para hacer amigas.

Alice interrumpe el silencio momentáneo.

—¿Has terminado o tienes alguna otra idea brillante?

—Creo que puede que otros descendientes vieran esas caras borrosas que vimos en el bosque. En otros años en los que murieron muchas personas.

Mary se mueve incómoda.

—No tienes más que buenas noticias.

—¿Lo crees o lo sabes? —me pregunta Alice.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes, Samantha? —interviene Susannah.

—No puedo explicároslo, pero hay algo que tenéis que saber. Los descendientes que vieron esas caras borrosas...

—No sé si sentir vergüenza o indignación —señala la voz de Lizzie detrás de mí. «Mierda.» ¿Qué hace en la hora del almuerzo de los alumnos de primer y segundo curso?

Alice me lanza una mirada como diciendo «es culpa tuya por intentar sentarte con nosotras». Me pongo en pie y miro a Lizzie, pero ella mira más allá, a las Descendientes. Hay como unos veinte alumnos de tercero en la cafetería, incluido Jaxon.

—Espero que sea una broma —le dice Lizzie a sus amigas.

—Si es así, el final del chiste es una mierda —contesta Alice.

Lizzie parece confundida y también yo. ¿Eso ha sido por Lizzie o por mí? Hago ademán de marcharme, pero la recién llegada me agarra del brazo y me clava las uñas.

—Puedo destrozarte si quieres —me dice antes de soltarme. Sus ojos marrón y verde me miran amenazantes.

Jaxon me observa desde una mesa al otro lado del salón y decido alejarme de ella. No quiero montar una escena en medio de la cafetería cuando la mitad del instituto está mirando.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mi amigo cuando me acerco a él. Saca un montón de comida de la mochila. Me siento a su lado.

—Nada, no te preocupes.

—No me ha parecido que no sea nada.

—Solo estaba hablando con las Descendientes y Lizzie se ha enfadado. —Intento hacer como si nada.

—Nadie habla con ellas en el almuerzo. Créeme, he visto a gente intentarlo. Se quedan con la mirada vacía hasta que se sienten tan cohibidas que se marchan.

—Me lo creo.

—¿Me vas a contar qué pasa? —Me ofrece un sándwich de mantequilla de cacahuete, plátano y miel.

—¿Estás seguro? —pregunto.

—Tengo dos.

Me río y acepto la comida.

—¿Qué hacéis aquí en nuestra hora del almuerzo?

—El profesor está enfermo y no ha aparecido el sustituto. No estabas repartiendo pastas de nuevo, ¿no? —Sonríe. ¿Sabrá que eran de la pastelería de su madre? A lo mejor Vivian no le ha dicho nada a la señora Meriwether, lo que sería todo un alivio.

Esbozo una sonrisa y muerdo el delicioso bocadillo.

—¿Sabes algo sobre una fiesta de brujas y hechiceros esta noche?

—Sí.

—¿Es todo lo que vas a decirme?

—Depende. ¿Es todo lo que vas a decirme de las Descendientes?

Sacudo la cabeza. Aunque, la verdad, no sé qué más contarle. No quiero mentirle, pero no puedo decir la verdad. Si lo hago, puedo comprometer el buen trato que estoy consiguiendo de las Descendientes y entonces no querrán volver conmigo al lugar de los ahorcamientos.

—Susannah se ha dejado la agenda en tutoría y se la estaba devolviendo. —Es una mala excusa, aunque podría ser peor.

—Me ha parecido que estabas sentada a su mesa. Como si fuerais amigas.

—Venga ya, ni en sueños. —Sí que estaba sentada. Sí que estaba siendo amable con ellas.

Pero eso no significa que seamos amigas, ¿no?

No parece convencido, pero lo deja pasar.

—Una fiesta de disfraces en la casa de Alice. Los Descendientes la organizan todos los años justo antes del Día del Recuerdo. Es una tradición.

¿Una fiesta de disfraces? ¿Organizada por los Descendientes? No es lo que yo consideraría pasar un buen rato, pero si no voy, puede que no me esperen para volver a la colina.

—¿Vas a ir?

—El disfraz de hechicero me sienta estupendamente. No estaría bien privar a la gente de eso.

—Ya, el instituto no te lo perdonaría jamás.

Me ofrece pastas de una cajita atada con un lazo. Me pregunto si podría convencer a la señora Meriwether para que me empaquetase los almuerzos.

—¿Te recojo a las nueve, nueve y media? —me pregunta.

—Eh, sí. Claro. ¿Tengo que ir disfrazada?

—Si no, no te dejarán entrar.

CAPÍTULO 28

Habías mordido a todo el mundo

Los bailes en grupo, las fiestas de disfraces y el hablar en público se encuentran entre las cosas que más embarazosas me resultan. Tengo la ropa toda tirada por ahí en mi cuarto. Ojalá no tuviera que ir a esta dichosa fiesta.

—¡Sam! ¡La puerta! —grita Vivian desde abajo.

Miro el teléfono móvil: son las 20:18.

¿Será Jaxon que llega demasiado pronto? Levanto algunas prendas, elijo unas cuantas y vuelvo a meterlas en el armario de Abigail de cualquier manera.

—¡Voy!

Bajo los dos primeros escalones antes de detenerme de golpe. Veo a Vivian hablando con Susannah en la entrada.

—Hola —saludo y ambas me miran.

—No sabía que ibais a una fiesta temática —comenta Vivian con un tono amistoso mientras bajo el resto de escalones.

Eso es porque no hemos hablado una sola palabra desde anoche. Me encojo de hombros.

—A lo mejor tengo algo en mi armario que te sirva —continúa. Este es el ejemplo perfecto de nuestra relación actual. Nos peleamos y después hacemos como si nada.

—No hace falta.

—Si cambias de opinión, dímelo —concluye y se va haciendo repiquetear los tacones por el pasillo.

Susannah lleva un bonito vestido negro con una falda hasta la rodilla y cuello alto. En el pelo se ha hecho una versión más sofisticada de su moño habitual.

—Vaya, estás fantástica. —No hay forma de que pueda igualarla.

—Gracias. —Sonríe.

—Estaba arreglándome, ¿quieres subir? —Está claro que ha venido por algo y no quiero que Vivian nos escuche a hurtadillas. Ya cree que estoy loca, así que no me faltaría más que se enterase de que estoy practicando brujería.

—Claro. Es una casa antigua preciosa. Siempre me he preguntado qué aspecto tendría por dentro.

Subimos juntas las escaleras.

—Estuve como tres días perdiéndome.

—Ya me imagino. —Se queda mirando los candelabros con la luz tenue del pasillo.

—Es aquí —digo y abro la puerta de mi dormitorio.

—Es como retroceder en el tiempo. —Repite lo que pensé exactamente cuando vi este lugar.

—¿Qué pasa? Sé que no pasabas casualmente por aquí.

—No. —Mira el bolso antiguo de seda que lleva a un lado y saca un sobre—. Esta carta se la envió tu abuela a la mía. La encontré este verano mientras ayudaba a mi madre a ordenar unas cajas viejas. Habla de las muertes misteriosas.

—¿Así que ya lo sabías? —Tenía razón con la intuición que tuve en el jardín. Había algo que ellas sabían y que no me contaban.

—Más o menos. Para serte sincera, pensaba que tu abuela estaba... bueno, desequilibrada. Fue la respuesta de la mía lo que me preocupó. Estaba en el mismo sobre, nunca la envió.

—De acuerdo —digo, confundida.

—Samantha, ¿cómo sabes que los demás descendientes también han visto las caras borrosas?

—¿Eso es lo que pone en la carta? ¿En la de tu abuela?

—Sí. Se la enseñé a Alice y estuvo de acuerdo en que pasaba algo raro. Entonces llegaste tú diciéndome que otros descendientes habían visto las caras.

Estoy empezando a entender por qué Alice no se fía de mí. También a mí me resultaría extraño que otra persona tuviera toda esta información si estuviera en su lugar.

—Mi abuela no envió la carta, así que ¿cómo lo descubriste?

—No puedo contártelo.

—Ya sé que no tienes razón alguna para confiar en nosotras, después de haber pintarrajeado tu taquilla, de haberte tirado del pelo y de todos esos rumores...

—Y la piedra —añado.

—¿La piedra?

—La piedra que tirasteis a mi ventana en la que ponía «MUERE».

Arruga sus delicados rasgos.

—No lo sabía, eso es horrible.

A lo mejor lo hicieron Lizzie y John y ella no se había enterado.

—Ya, sí. Ya ves por qué no estoy saltando de alegría por la oportunidad de confiar en vosotras.

—Lo entiendo. ¿Qué puedo hacer para que cambies de idea?

—No lo sé, supongo que, para empezar, podrías contarme por qué Lizzie la tiene tomada conmigo.

Mira hacia la ventana, lo que no logra reducir mis recelos ni tampoco me conforta.

—Es complicado.

—¿Tiene algo que ver con la razón por la que no la invitasteis a ella ni a John ese día a venir al jardín conmigo?

Toca el encaje que tiene en el cuello del vestido.

—Sí.

Espero en silencio, pero no continúa.

—Susannah, si ni siquiera me cuentas por qué está haciéndome Lizzie todas estas cosas horribles o por qué le ocultáis el hecho de que estáis quedando conmigo, ¿cómo voy a cambiar de idea y confiar en ti? —La pregunta me sale más enérgica de lo que pretendía, pero es que me siento como si me estuvieran atacando por todas partes. Y si Lizzie tiene algún plan maestro, quiero saber cuál es.

Asiente.

—Tienes razón, no deberíamos de habérselo ocultado durante tanto tiempo. Ha estado mal.

Se hace un silencio incómodo que dura unos segundos, pero no cuenta nada más.

—Bueno, pues imagino que podemos ir juntas al lugar de los ahorcamientos esta noche y después seguir caminos separados. —Decirlo en voz alta me duele. No me había dado cuenta de lo mucho que esperaba que las cosas fueran distintas.

Susannah entrelaza sus finos dedos.

—Mi hermana pequeña tiene cáncer, Samantha. Se ha pasado este último año de hospital en hospital. En un momento dado pensamos que estaba mejorando, pero, hace poco, encontraron más células malignas. Ya sabes por qué me preocupa tanto este patrón de muertes. Ambas tenemos mucho que perder.

El peso de sus palabras me pilla por sorpresa.

—Lo siento mucho. —Por eso Jaxon le habló de mi padre. Pensó que me comprendería.

—Ya no espero que confíes en mí, y menos con todo lo que ha pasado. Pero, por favor, piensa en ello. No podemos seguir caminos separados porque entonces...

No tiene que terminar para que entienda el miedo implícito en el final de esa frase. Lo sé muy bien.

—De acuerdo, lo pensaré.

Asiente.

—Te dejo para que te arregles. Puedo salir sola. —Atraviesa la puerta del dormitorio y una parte de mí desea decirle que todo saldrá bien, pero la verdad es que no tengo ni idea de si será así.

Por instinto, paseo discretamente la mirada por las fotos de mi padre que hay en el baúl.

—Voy a resolver este asunto, papá. Estoy haciendo todo lo que puedo. Me he caído siete veces y levantado ocho. —Lo cual significa que tengo que ir a esa fiesta para enterarme de qué va esto de las caras borrosas. Aunque lo único que querría sería acampar en el hospital.

Compruebo el teléfono: son las 20:39. Abro el armario y examino el desastre que guarda en su interior. En lo alto de la pila de ropa hay un vestido de encaje negro doblado

«¿Qué hace esto aquí?»

Lo desdoble con cuidado y cae elegante hasta el suelo. Es la cosa más bonita que he visto nunca.

—¿Elijah...? —No obtengo respuesta—. Gracias. Muchas gracias. —Espero, pero sigue sin responder.

Me quito los *jeans* rasgados y la camiseta. ¿Lo ha hecho porque quiere asegurarse de que voy al lugar de los ahorcamientos con las chicas? ¿O porque está mostrándose amable?

Me miro en el espejo del tocador y me siento cohibida. Me pongo un par de botas con cordones y meto el monedero dentro de una. Este detalle me hace sentir más yo.

—Qué vestido más bonito, no lo recuerdo —comenta Vivian desde la puerta.

Me doy la vuelta, pero no respondo.

—Parece antiguo —continúa.

—Puede. —Saco la americana y la dejo en la cama, evitando todo contacto visual.

—No puedes ponerte una americana de cuero con ese vestido. Y mucho menos si es de piel sintética. No queda bien.

Quiero gritarle que se marche de mi habitación, pero me temo que no me va a dejar salir si lo hago.

—Sam, ponte mi capa negra, te va muy bien. Considéralo una ofrenda de paz.

Esto es lo más cerca que ha estado Vivian nunca de disculparse.

—¿Podemos ir a ver a papá mañana?

Suspira.

—¿No se te ha ocurrido que yo también quiero verlo? Anoche solo estaba preocupada por ti. Claro que podemos ir de visita mañana.

La presión que siento en el pecho disminuye.

—De acuerdo —respondo—. Vamos a ver esa capa.

Sonríe y se va taconeando a su dormitorio, al extremo contrario de la casa. La sigo mientras habla de moda y de cómo las capas son de esta y esta época. Va directa a su habitación y, después, al armario.

No sé qué pretende con todo esto. Yo, por mi parte, me siento aliviada por la posibilidad de ver a mi padre. Le sigo la corriente mientras me habla de la moda con algún que otro «estupendo». Atisbo la esquina de una factura médica en la cómoda.

Nota mental: volver cuando no esté ella en casa.

—Toma. —Me tiende una pesada capa de seda. Es bastante bonita.

De niña, Vivian siempre me vestía como si fuera una muñeca. Lo extraño es que me gustaba. Su atención me hacía sentir especial.

Vivian se sentó en mi cama y colocó una caja negra y brillante justo delante de mí.

—¿Qué es? —pregunté, acomodándome entre los cojines.

—La única forma de averiguarlo es abriéndola.

Vivian usaba el mismo tono de voz conmigo que con los adultos. Nunca me trataba de una manera distinta solo porque fuera una niña y eso me gustaba.

Levanté la tapa y aparté el papel. Dentro había un vestido de color crema con unos adornos de cuentas.

—¡Vaya! Es como el tuyo.

—Es exactamente como el mío. He pedido que me lo hicieran a medida, ¿sabes por qué?

No podía creerme que tuviera una réplica de lo que más me gustaba del armario de Vivian. Y ya es decir, considerando el tamaño de su armario.

—¿Para mi graduación de quinto?

Asintió.

—Un vestido de los años veinte va a ir fenomenal con tu pelo corto. Cuando todos se pongan a admirar tu elección de vestuario, podrás hacerles un corte de mangas a esas chicas que te cortaron la trenza.

Solté una carcajada.

Me pongo la capa y ella me inspecciona.

—Mmm... —murmura y rebusca en un joyero. Me mete por la cabeza un collar de plata. Tiene un colgante hecho de anillas de plata entrelazadas que forman un nudo—. Mucho mejor.

Me alisa con cuidado la capa en los hombros y, de repente, siento la pesada carga de las discusiones que hemos tenido últimamente. A lo mejor he hecho mal al mantenerla al margen de lo que sucede en Salem. Si Elijah tiene razón y mi padre está en peligro, ¿no merecería saberlo? ¿Al menos una parte?

—V, te acuerdas de aquel vestido de los años veinte que encargaste para mí?

Esboza una sonrisa. Siempre le ha gustado que la llave V, y llevaba meses sin hacerlo.

—Cuando eras lista y te fiabas de mi sentido de la moda.

Suelto una carcajada.

—Sí. Ese año me asustaba ir a la graduación y encontrarme con todo el mundo. Ese vestido me facilitó mucho las cosas.

—Y no te vino mal que uno de esos gamberros se cayera cuando estaba subiendo al escenario. Sonríe.

—No, eso no me vino nada mal. Muchas gracias por todo.

Ladea suavemente la cabeza.

—De nada.

La tensión entre nosotras es más llevadera, al menos por el momento. No puedo evitar pensar en lo agradable que es la sensación.

—Estaba pensando que podríamos pasar algo más de tiempo juntas, como antes. Ya sé que últimamente las cosas están siendo extrañas... y difíciles. Todo esto me tiene abrumada.

El reloj de pie resuena abajo. Son las 21:00. Jaxon llegará en cualquier momento.

Vivian suaviza la expresión.

—¿Quieres hablar de ello?

—Sí, puede que sí. Tengo que marcharme, ¿pero podemos hablar mañana?

—En la cena, prepararé algo bueno después de visitar a tu padre.

—Trato hecho. —Si fuéramos de las que abrazan, lo haríamos ahora mismo. Pero como no lo somos, yo sonrío, ella asiente y me dirijo corriendo por el pasillo a mi habitación.

Me miro en el espejo del tocador. Estoy demasiado arreglada para ir disfrazada de bruja. Me vendría bien pintura verde en la cara. Un momento, me voy a pintar una verruga, al menos me dará un aspecto algo más de bruja. Me dibujo un punto en medio de la mejilla con el lápiz de ojos. «Mejor.»

—Sam, ¡ha llegado Jaxon! —grita Vivian.

Apago la luz y salgo al pasillo. Me detengo en lo alto de las escaleras y miro a mi amigo desde arriba. Él me sonrío. Bajo con cuidado de no pisarme el vestido. Al llegar abajo, me doy la vuelta y lo miro.

—¿Qué? —pregunto tras unos segundos de silencio.

—Estás preciosa.

Las mejillas me arden.

—Gracias.

—Me gusta ese lunar a lo Marilyn Monroe.

—¿Qué? No, es una verruga —contesto y él suelta una carcajada.

Cruzamos el recibidor y Jaxon abre la puerta para que yo pase. Lleva un chaleco negro con botones dorados, pantalones negros y un abrigo largo negro.

—Tengo que admitir que estoy impresionada.

—¿De verdad? ¿Por qué? ¿Porque te abra la puerta? ¿O... porque tenía razón sobre lo bien que me sienta el disfraz de hechicero? —Se da media vuelta en dirección a la entrada de su casa y me ofrece amablemente la mano. Se la tomo.

Sacudo la cabeza.

—Con tu disfraz, tonto.

Abre la puerta del copiloto de una camioneta y me ayuda a entrar.

—Se celebran muchas fiestas de disfraces por aquí. Si fuera tú, me iría preparando. —Rodea

el vehículo.

—Seguro que no tengo que preocuparme por ello. Dudo que esté entre los primeros nombres de la lista de invitados de nadie. ¿Te ha prestado tu madre la camioneta?

—Es mía. —Arranca el motor y da marcha atrás por la entrada.

Ahora que lo pienso, me había fijado en que la señora Meriwether tenía dos camionetas en la entrada y me preguntaba por qué.

—¿Y entonces por qué no vas al instituto en ella?

Sonríe.

—Porque mi madre me sorprendió haciendo trompos una noche con mis amigos. La he convencido de que me deje conducir porque llevarías tacones.

—¿Y por qué pensabas que los llevaría?

—Un presentimiento.

—Pues no los llevo.

—Vaya. —Su sonrisa se hace más amplia.

—Eres lo peor —replico, sonriendo.

—Te refieres a que soy genialoso porque no tienes que ir caminando con el vestido.

—«Genialoso» no es una palabra.

—Ahora sí. —Rebusca en la guantera llena de trastos y saca una cajita—. Por cierto, mi madre me ha dado esto para ti. —La deja en mi regazo.

Es una diminuta caja rosa de pastas de su pastelería atada con lazos negros y dorados. Le quito los lazos y abro la tapa. Dentro hay un ramo de violetas negras y moradas con azúcar brillante.

—Es un ramillete —me explica cuando pasamos junto a una enorme casa con columnas blancas y luces blancas. En cada ventana hay una vela. Tiene que ser la de Alice. Jaxon aparca en el primer sitio libre que ve en la calle, que está abarrotada.

—Nadie me había regalado un ramillete antes —indico con un tono de voz más bajo de lo normal al tiempo que saco el delicado arreglo de flores de la caja.

Jaxon se vuelve hacia mí y me lo quita de las manos.

—Dice que es comestible, así que, cuando termine la fiesta, te lo puedes comer. —Lo sujeta con cuidado a mi vestido—. Le he dicho que esto no era un baile, pero ya la conoces, a veces no hay forma de decirle que no.

Le sonrío.

—Oh, vaya... Es precioso. —A lo mejor esta fiesta no está tan mal después de todo.

—Deja que te abra la puerta.

Pero antes de que llegue a mi lado de la camioneta, la abro yo misma. Piso con indecisión en la acera irregular para no engancharme el vestido con nada.

Mi acompañante se ríe.

—Sam, eres la chica más cabezona que he conocido nunca.

—Pues piensa que esta soy yo de buen humor.

Coloca las manos en mi cintura y me acerca hacia sí. Su olor silvestre me envuelve.

—Qué suerte que la cabezonería me parezca sexi. —Tiene la cara a milímetros de la mía.

Me inclino hacia delante y meto, sin querer, la bota en una de las grietas de la acera. Doy un paso para evitar caerme.

—¿También te gustan las chicas que se tropiezan incluso cuando están quietas? —pregunto. «¿Esta es la vez que más cerca está de besarme desde lo del bosque y me tropiezo?»

Se ríe y me toma de la mano. Cruzamos el patio en dirección a la puerta.

—Bienvenidos a la residencia de los Parker —nos dice un mayordomo en la entrada—. ¿Puedo guardarles los abrigos? —Le doy la capa.

Se me cae el alma a los pies cuando descubro que esta fiesta es como las impresionantes cenas de Vivian. Es una fiesta de instituto, ¿por qué es todo tan elegante? Todos nos miran con desdén.

—Vamos a por algo de beber.

—Claro —responde Jaxon.

—¡Eh! —nos llama una voz familiar cuando nos dirigimos a una mesa perfectamente decorada con detalles otoñales. Es Dillon, y está con la chica guapa de nuestra clase de Historia, esa que se pasa el rato flirteando con Jaxon.

—¿Qué tal? —lo saluda Jaxon. Hace un gesto a Dillon con la cabeza y le da un abrazo a la chica. Va vestida con un corsé acordonado y una falda negra ceñida y corta. No entiendo esto de disfrazarse como si fueras casi desnuda. Dillon, por su parte, se ha puesto todas las prendas negras que tiene sin ningún sentido. Si no estuviera afeitado y peinado, parecería un vagabundo.

—Ya conoces a Dillon, ¿no?, y ella es Niki. —Jaxon los señala a ambos—. Ella es Sam.

—Encantada de conocerte —le digo a Niki, pero ella tiene la atención puesta en Jaxon. «Esto va a ser divertido.» Miro a las personas disfrazadas, que murmuran y nos miran con desdén.

Dillon nos ofrece una sidra de manzana caliente de la mesa y saca una botella. Echa un chorro en los vasos y se la guarda entre sus múltiples capas.

—Tenemos a una Mather de verdad en una fiesta llena de brujas. ¡Brindo por eso! —Levanta el vaso.

Es un poco lelo, pero me gusta. Doy un trago generoso a mi sidra; está deliciosa.

—Tú brindas por cualquier cosa —dice Jaxon.

Niki me mira por primera vez.

—Tienes algo en la cara.

Tardo un segundo en darme cuenta de a qué se refiere.

—Es una verruga.

—Ah. —Sueno recelosa.

Examino disimuladamente a la gente, aunque no veo a los Descendientes. Es extraño, pero en ese momento me doy cuenta de que también estoy buscando a Elijah.

—Así me gusta —comenta Dillon cuando tomo un trago de la bebida, y me fijo en que casi me la he acabado—. Después nos tomamos unos chupitos, Sam.

Ya me estoy empezando a marear un poco.

—O no —replica Jaxon—. Voy a enseñarle esto. Luego nos vemos, chicos.

—De acuerdo, amigo —responde Dillon.

Niki no dice nada, pero se nota que está decepcionada.

—¡Samantha! —grita Dillon cuando nos alejamos—. ¡Le gustas!

Me ruborizo. Seguro que Niki quiere matarme.

—¡Cállate, tú! —le grita Jaxon por encima del hombro.

—¡No le rompas el corazón! —grita de nuevo él, pero ya estamos abriéndonos paso entre la multitud.

Jaxon esboza una sonrisita.

—No hagas caso a ese payaso, está bebido.

—¿Así que les hablas de mí a tus amigos?

—A lo mejooor he dicho algo sobre que me gustas. —Se pone colorado. Entramos en una salita formal decorada con un montón de velas negras.

—Me cuesta creer que le gustes a alguien —replica Lizzie desde el sofá y me paro en seco—. Vete.

«Por favor, ahora no.» No puedo marcharme hasta que las chicas y yo tengamos un plan.

—Cállate, Lizzie. Esta no es tu casa —replica Jaxon.

La chica se levanta. El vestido ajustado le llega al suelo. Tiene un cuello de encaje que se alza en el aire por debajo de su cabeza y que le otorga un aspecto aún más terrorífico.

—Es mi fiesta, Jaxon. ¿Por qué no te apartas y me dejas que hable con ella? A menos que quieras que hablemos de la loca de tu madre.

«¿La señora Meriwether?» Eso ha sido una mezquindad. Por primera vez desde que lo conozco, Jaxon se enfada de verdad. Si Lizzie fuera un chico, estoy segura de que le pegaría un puñetazo.

Pero antes de que mi amigo tenga tiempo de responder, John lo interrumpe.

—¿Qué narices? —Estira los brazos para que los vea Lizzie. Tiene las manos cubiertas de un sarpullido rojo.

Nos quedamos mirando.

—Parecen marcas de mordidas —dice sin estar muy seguro. Una chica grita y nos damos la vuelta. Tiene las mismas marcas en la cara. Siento miedo en el estómago.

Lizzie me señala.

—¿Lo has hecho tú? Nadie se ha olvidado de la treta de las pastas. —Habla en voz alta y la gente que hay a unos cinco metros empieza a murmurar.

Miro a Jaxon, avergonzada, pero él se está mirando las manos, que también están cubiertas de marcas. Oh, no.

Lizzie se muerde el lateral de la boca. Intento pensar en una posible excusa, pero no puedo. Ojalá no hubiera bebido. Doy un paso atrás. Lizzie sonrío y murmura algo entre dientes.

Susannah, que no sabía que estaba en la misma habitación que nosotros, interviene:

—Lizzie, no.

¿Me está defendiendo?

—Lárgate, Susannah. Ya me encargo yo de este problema, porque está claro que tú no puedes.

Susannah le agarra el brazo.

—No, Lizzie. Yo quiero que esté aquí.

A la aludida se le borra la sonrisa que tenía en la cara, ahora no se ve en ella más que rabia.

—¡Tú, descarada! ¡No tienes sentido de la lealtad!

No sé qué es lo que planeaba hacer, pero estoy bastante segura de que Susannah acaba de salvarme.

—No tienes por qué hacer esto, Susannah —señalo, sintiéndome mal por que Lizzie centre su rabia en ella.

Lizzie me mira y me lanza la bebida a la cara. Voy a apartarme, pero no soy lo suficientemente rápida y la sidra me cae en el pelo y la mejilla. Miro a Jaxon, pero él está examinando a la gente histérica y no presta atención a las Descendientes. El sarpullido que tiene ha empeorado y la casa es un caos. Todo el mundo grita.

Lizzie se acerca a Susannah, que retrocede. La primera levanta la mano y su amiga abre mucho los ojos. Los vasos se estrellan contra el suelo y la gente empieza a correr.

—Sam, vámonos de aquí —me pide Jaxon.

—No puedo dejar a Susannah así. —Pero la verdad es que no puedo irme. Tengo que ir al lugar de los ahorcamientos.

—Se las arreglará sola.

Miro a la pobre chica, a quien Lizzie ha arrinconado contra la pared. Alice se abre paso entre un grupo de gente que chilla para llegar hasta ella. Me aparto de Jaxon y me acerco a las chicas, pero él me agarra del brazo.

—Espera, tengo que decirles una cosa —señalo.

—No, tienes que salir de aquí ahora mismo.

Alice aparta a Lizzie de Susannah de un empujón.

—¡Alice! —grito, pero no me oye.

—Sam, la gente cree que has sido tú —indica Jaxon.

Me quedo quieta y me fijo en que soy la única que no tiene marcas de mordidas. Jaxon tiene razón, todos murmuran mi nombre.

—Tengo que decirles una cosa. —Trato de abrimme paso entre las chicas histéricas.

—Vete, Samantha —me pide Elijah, que aparece a mi lado—. Esto no es seguro.

Alice y Lizzie se están gritando la una a la otra y Jaxon me tira del brazo.

—Yo seguiré a las Descendientes —me informa Elijah.

Hay más gente dándose empujones a mi alrededor. El espacio entre las Descendientes y yo aumenta.

—¡Lo has hecho tú! —me grita una chica a la que no he visto nunca. Arremete contra mí con las manos marcadas. Falla, pero consigue quitarme el ramillete. Dejo de resistirme y corro.

Las mesas están tiradas y el suelo está lleno de cristales rotos. Jaxon y yo nos movemos rápido por el salón, llegamos a la cocina y salimos por la puerta. Esquiva a una chica que está llorando en el suelo.

—Jaxon, lo tienes por el cuello —le digo cuando rodeamos la casa hasta el patio principal. Me sostengo el vestido con la mano para no tropezar—. El sarpullido.

—¡Ahí está! —grita un chico que va conmigo a tutoría y me señala.

Un grupo de gente se vuelve hacia mí. Jaxon y yo corremos hasta la camioneta. Me cuesta respirar. Alguien grita mi nombre cuando entramos. Jaxon gira la llave al tiempo que el chico da un golpe en mi ventanilla con el lateral del puño. Le doy al botón del seguro y la camioneta se aleja chirriando.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto. No sé cómo asimilarlo.

—Nunca había visto nada igual.

Miro las marcas de mordidas en su cuello mientras conduce.

—¿Te duele? ¿El sarpullido?

—No, es solo que es asqueroso.

—Venga, Jaxon, la gente estaba gritando y tirándose al suelo, no puede ser que no duela.

—De acuerdo, supongo que escuece un poco.

—O mucho.

—No sé cómo no te ha salido a ti.

—Te juro que no lo he provocado yo —digo, tocando el lugar donde debía estar el ramillete.

—Qué raro, había pensado que habías mordido a todo el mundo en la fiesta.

Sonrío, a pesar de lo agobiada que estoy. Aun así, no estoy segura de que no haya sido culpa mía. ¿Y si es por la maldición? Nos quedamos en silencio un rato.

Jaxon accede a la entrada de su casa y aparca. Ambos salimos tan rápido como podemos. Parece que quisiéramos alejarnos de la experiencia que acabamos de vivir.

Levanta las manos y veo que las marcas rojas tienen un aspecto menos agresivo.

—Es muy raro que a ti no te hayan salido. A ver, me alegro.

—Ya te he dicho que los que están a mi alrededor suelen salir malparados. —Aunque lo intento, no puedo disimular el sentimiento de culpa que tengo.

—No vayas a empezar otra vez con la cantinela de que me mantenga alejado de ti.

No puedo quedarme, tengo que ir a cambiarme y esperar a ver qué me tiene que decir Elijah de las Descendientes Aún hay una posibilidad de que vayamos al bosque.

—Tengo que irme.

—Sam...

—No es por eso. Es solo que tengo que irme.

Pasan unos segundos.

—De acuerdo. —Jaxon se da la vuelta y camina hacia su casa.

Se me encoge el corazón. Quiero darle las gracias, no puedo imaginarme lo que me habrían hecho si no me hubiera presionado tanto para que nos marcháramos. Pero, en lugar de hacerlo, me quedo mirando cómo se aleja.

Me vuelvo hacia mi casa y veo a Vivian en la puerta.

—¿Y mi capa?

Me quito el collar y se lo doy.

—Me la he dejado. —Camino hacia las escaleras.

—Menuda actitud, Sam.

CAPÍTULO 29

Puritano rebelde

Me paso las manos por el pelo húmedo para asegurarme de que no queda sidra. Cierro la puerta de la habitación con cerrojo y alcanzo el teléfono. Nada. Lo del sarpullido no ha podido ser una casualidad. O alguien me ha tendido una trampa, o lo he hecho yo, no sé cómo.

Elijah aparece delante de mí.

—Qué bien, ya has llegado. —Alcanzo las botas—. Voy a por la cazadora y nos vamos.

—No vas a ir al bosque esta noche, Samantha. Al menos no con las Descendientes.

—Pero ¿qué dices? ¡Tenemos que ir! No sabemos cuánto tiempo nos queda —digo a gritos.

—La policía está en casa de Alice y además son muchos los padres que han acudido allí. Mucha gente te culpa de lo sucedido. Ya están bastante nerviosos por todas las muertes recientes en Salem, esto solo empeora las cosas. No piensan con claridad.

El vehículo fúnebre que vi con Jaxon, las rosas moradas junto a la farola, la mujer en el funeral y el bisabuelo de John... todo ello inunda mis pensamientos.

—No sería apropiado volver ahí. Ya irás mañana.

—Pero mi padre... —Me tiembla la voz.

—Cálmate. No resolverás nada si no tienes la mente despejada.

Inspiro profundamente y reprimo las ganas de llorar. Elijah me toma de la mano.

—Yo te ayudaré, Samantha. En todo lo que pueda.

Sus ojos grises son amables. Aparto las manos y lo abrazo. Entierro la cara en su pecho. Se queda quieto un instante, y, poco a poco, me devuelve el abrazo. Huele un poco a leña y a chimenea.

—¿Te quedas un rato?

—Si es lo que quieres.

—¿Me hablas de Abigail? —Me gustaría hablar de otra cosa que no fuera el miedo que siento.

—Sí —responde en mi pelo mojado, con la mejilla apoyada en mi cabeza—. ¿Qué te gustaría saber?

Me gustaría saber qué le pasó, pero hay otra cosa mucho mejor que puedo preguntar.

—¿Quién pintó el cuadro de abajo?

—Yo.

Me aparto para mirarlo y me fijo en que tiene una diminuta peca en el labio inferior.

—¿Eres pintor?

Sonríe con la mirada.

—No había pintores puritanos. La pintura era una actividad ociosa y cualquier tipo de ocio era reprobado.

—¿Entonces?

Aparta los brazos de mí.

—Empecé a hacerle dibujos a Abigail cuando era pequeña. Después murieron nuestros padres y ella dejó de hablar durante bastante tiempo. Busqué formas de hacerla feliz.

Me siento en la cama y ahueco las almohadas.

—Esa pintura es preciosa, nadie hace algo así en el primer intento.

Parece avergonzado.

—Tenía mucho tiempo libre por las tardes. Y no había mucho que hacer por entonces. Practicaba. No había deportes, ni bailes, ni música. La gente pensaba que incitaban a la apatía y al pecado. Pobre Abigail. Le encantaba inventar canciones, pero solo podía hacerlo en casa.

Le hago un gesto para que se siente a mi lado y, tras dudar un instante, lo hace.

—He visto dibujos de esa época, todo el mundo llevaba sombrero y vestidos negros bastante feos. ¿De dónde sacó el vestido azul de seda del retrato?

—Un mercader del puerto hacía frecuentes viajes a Europa. También conseguí de ese modo las pinturas, los lienzos y las velas extra para pintar.

—¿Así que eras un puritano rebelde?

—Ganarse ese título requiere un esfuerzo mínimo. Con reírse demasiado alto bastaba.

Sonríó.

—¿Alguien descubrió lo que hacías?

—Una persona, sí.

—¿Quién?

—Mi prometida.

Abro mucho los ojos.

—¿Estabas comprometido?

Aparta la mirada un momento y la felicidad que albergaba su expresión desaparece.

—¿Qué? —pregunto con la esperanza de que me deje indagar al menos un poco.

—Te he contado que mi hermana estaba enamorada de William. Era feliz, Samantha. Nunca he visto a nadie tan feliz. También te he contado que la familia de William quería casarlo con la hija del gobernador. Eran personas estúpidas, pretenciosas. William, no obstante, le aseguró a Abigail que no había nada de lo que preocuparse.

Revivir todos esos recuerdos hace que su mirada se torne pesada y que su voz desprenda cierto cansancio.

—Todo esto sucedió en la misma época que la gente empezó a obsesionarse con la brujería. Como ya sabes, la histeria aumentó y arrastró a mucha gente. Llegado el mes de julio, Salem era una localidad llena de peligro y de mentira. La gente miraba con desconfianza a sus vecinos y amigos cercanos. Me preocupaba la seguridad de Abigail, así que conseguí un pasaje en un barco con rumbo a Europa, pero se negó a abandonar a William.

Se me encoge el corazón.

—Por favor, dime que no la acusaron.

—Durante los meses siguientes, hubo rumores sobre ella, acerca de que le cantaba al demonio. William acudió a mí, nervioso por los cuchicheos. Le rogué que se fugara con ella y que se la llevara antes de que la acusaran formalmente. Pero su madre había enfermado y no quería dejar a su familia. Con el tiempo, los rumores aumentaron. Aparecieron unos oficiales en nuestra casa y la interrogaron.

—Estarías asustadísimo.

—Creía que me moría. Pero mi dulce hermana se mostró tranquila. Estaba segura de que el bien prevalecería. Después, no sé cómo, salió a relucir su relación con William y él dejó de hablarle. Lo negó todo.

—¿La abandonó? —pregunto alzando la voz.

—Fui a hablar con él. Me dijo que la tensión era perjudicial para su madre y que no podía atar a su familia a una huérfana sospechosa de practicar brujería. Y que tenía que proteger su buen nombre. Me dieron ganas de matarlo, pero sabía que si hacía algo, sería peor para mi hermana. Ya estaba pasándolo suficientemente mal. Primero, la ciudad se volvía en su contra, y después William. Dejó de comer y de hablar, se quedaba en su habitación, dibujando *rudbeckias*. Vinieron los médicos, pero no dieron con la solución, así que me dedicaba a sentarme junto a la cama y la miraba día tras día. Y después volvieron los oficiales. —Hace una pausa y respira hondo—. Iban a arrestarla, Samantha. Pensaban hacerlo, pero los disuadí contándoles lo enferma que estaba. Les dije que, si se la llevaban y moría por su falta de tacto, arderían en el infierno. Todos sabían que mi hermana no haría daño a nadie. Nunca le conté esto a ella.

«Menudo peso tiene que soportar.»

—¿Fue al menos William a visitarla?

—No. —Aprieta los puños—. Aunque ella no abandonó la esperanza, no hasta que recibimos noticias. Se había comprometido.

—¿Con la hija del gobernador?

—Sí. Cuando mi hermana se enteró, dio un grito. Dos semanas más tarde murió con el corazón roto.

—Yo lo habría matado —señalo.

—Al principio me sentía disgustado. Pero más que castigo, quería respuestas. No pasó mucho tiempo hasta que los rumores me llevaron hasta mi prometida. La peor traición de mi vida. Le había contado cosas que condujeron a mi hermana a la muerte. Me enfrenté a ella y lo admitió. Me confesó que estaba celosa de mi relación con Abigail y que nunca quiso que las cosas empeoraran de tal forma. Después de eso, me sentí furioso con todo el mundo. Sobre todo conmigo mismo.

Se me rompe el corazón. No sé si yo podría soportar algo así.

—¿Cómo lo superaste?

Su mirada parece poseída.

—Me colgué del balcón del almacén de la ciudad en mitad de la noche. Los vecinos encontraron mi cuerpo con una nota en la que ponía «el mayor mal de todos es separar a la gente que se quiere. Os culpo a todos vosotros».

Me llevo la mano a la boca.

—Nunca había oído esa historia.

—Eso es porque nadie quiere recordarla.

No me extraña que tenga el corazón destrozado y esté furioso. Yo también lo estaría.

—¿Qué puedo hacer?

—Puedes salvar a tu padre. Yo fracasé al proteger a Abigail y nunca me lo he perdonado.

Ojalá pudiera hacer que su tristeza desapareciera. Es injusto que tenga que pasar por todo esto. Deslizo los dedos entre los suyos con cuidado. Alza la mirada de mi mano a mi rostro.

—Samantha. —Nuestras miradas se cruzan. Su expresión se suaviza un instante y me dan ganas de acercarlo a mí, pero me suelta la mano y camina hasta la ventana.

La presión que sentía en el cuerpo se disipa y me miro las manos. ¿Por qué siento esta conexión tan fuerte? ¿Y por qué estoy tan avergonzada?

—¿Por qué me trajiste ese vestido anoche?

—Entendí que necesitabas imperiosamente ayuda.

—¿Me estabas espiando?

No responde, simplemente se queda mirando por la ventana.

—Gracias, de verdad. Es una de las cosas más bonitas que ha hecho nadie por mí.

Esboza una sonrisa casi imperceptible.

—Sí, te quedaba bien.

Siento calor en el cuerpo por el cumplido. Me vibra el teléfono, es un mensaje de Jaxon. «El sarpullido está mejor. Que duermas bien y no dejes que te muerdan los zombis.»

Elijah desaparece.

CAPÍTULO 30

Te veo

Las ramas crujen bajo mis pies mientras corro entre los árboles oscuros. Justo delante de mí hay un hombre en un claro de luz. Una rama me araña la mejilla. Me llevo la mano a la cara, pero no me detengo. Tengo que llegar hasta él. Es joven, puede que esté al final de la veintena, y lleva ropa anticuada. Tiene los dedos entrelazados a la espalda, igual que Elijah.

Alza la cabeza cuando llego al claro y sigo su mirada. Hay gente sentada en una rama grande y, por debajo, cuelga una cuerda. Intento gritar, pero el sonido sale ahogado.

Me incorporo gritando, sudada. El teléfono móvil indica las 7:27.

Salgo de la cama e intento librarme de la ansiedad que me ha provocado el sueño mientras me dirijo al pasillo.

Es miércoles y hoy no hay clase. Voy directa a la habitación de Vivian con la esperanza de que esté despierta y podamos ir a Boston. La puerta está entreabierta y empujo. La cama está hecha y no la oigo en el baño. Veo la factura médica en la cómoda. Solo una ojeada rápida.

Con cuidado, levanto los papeles que hay encima. Pone «INFORMACIÓN DEL TRATAMIENTO. ESTO NO ES UNA FACTURA». Supongo que es información sobre lo que cubre el seguro de papá. Hay columnas con números. La cifra es elevada, muchos miles de dólares. Miro la deducción y las columnas de copago. Son todo ceros. Paso la página y encuentro lo mismo. Miro la última página de arriba abajo, donde está el total. Pone «RESPONSABILIDAD DEL PACIENTE (CANTIDAD QUE HA PAGADO O QUE DEBE): \$0». La enviaron hace menos de dos semanas. El corazón me late fuerte cuando dejo los papeles tal y como estaban.

¿Qué significa esto exactamente? ¿Que Vivian me ha estado mintiendo todo este tiempo al decirme que las facturas médicas de mi padre eran muy elevadas? Siento miedo con solo pensarlo. No porque me haya mentido, sino por la magnitud del engaño.

Voy hacia la escalera y me aferro a la barandilla. A menos que haya algo que no sepa, no había razón alguna para vender el apartamento de Nueva York. ¿Por qué hacerlo? Por dinero. Pero mi padre lleva una buena vida. ¿Es que quiere más dinero? Esa es la única respuesta que se me ocurre. ¿Entonces qué? ¿Está esperando a que mi padre muera para quedarse con la herencia? Me siento fatal. ¿Cómo puede hacer esto?

—Parece que has visto un fantasma —me dice desde abajo.

Me da miedo mirarla, no sé qué voy a decirle. No me puedo creer que estuviera a punto de abrirle mi corazón anoche.

—He tenido una pesadilla.

—Acabo de llamar al hospital y el médico dice que tu padre tiene varias pruebas esta tarde. Creo que deberíamos atrasar la visita al fin de semana.

Ahora sí la miro. Ansío decirle que no tiene derecho a hablar siquiera de papá.

Frunce el ceño.

—Ya sé que estás decepcionada, pero no te enfades conmigo. Yo no he fechado esas pruebas.

Paso por su lado sin decir una palabra y voy directa a la cocina. Mi reacción normal habría sido gritar, pero no puedo. ¿Y si está esperando de verdad a que muera para quedarse con su dinero y ahora le grito y ella hace alguna locura? Tiene control sobre su tratamiento médico. No debo olvidarlo, no puede saber que he visto esos papeles.

Remuevo el café sin apenas mirarlo. Tengo que solucionar lo de la maldición. Es la única forma de ayudar a mi padre, la única posibilidad de que despierte. Es una tarea complicada, pero tengo que tener confianza.

—¿Va todo bien? —me pregunta Elijah con su perfecto acento.

—¿Cómo funciona eso de ser un espíritu? —pregunto a mi vez sin responder a su cuestión. Doy un sorbo al café.

—No sé a qué te refieres.

—Me dijiste que estuviste siguiéndome cuando llegué. ¿A qué te referías?

—Si sé dónde te encuentras y me concentro en ti en ese lugar, puedo verte. Es como tener una ventana a tu mundo, algo similar a tu televisión. Si sabes qué canal poner y a qué hora sintonizarlo, puedes ver el espectáculo.

Eso explica por qué sabía que corría peligro en la fiesta.

—¿Y si no sabes dónde estoy?

—Entonces tengo que buscarte. Puedo tardar un buen rato.

—¿Y las cosas físicas? Si me traes, por ejemplo, una taza de café ¿pueden verlo los demás?

—Eso es más complejo. Puedo hacer desaparecer cosas pequeñas. Las grandes no. Es similar a la fuerza física. Soy suficientemente fuerte como para levantar algunas cosas, pero otras no puedo moverlas. Y en cuanto a parpadear, el hecho de aparecer y desaparecer... mover objetos físicos de un lado a otro es todavía más difícil. Requiere mucha práctica y concentración.

—¿Y conmigo? ¿Qué pasaría si me levantas?

Parece divertido.

—Parecería que flotases. No tengo la habilidad de hacer desaparecer seres vivos, solo objetos inanimados.

—No sé si entiendo esas reglas.

—Lo harás.

—¿Puedes hacerme un favor? —pregunto.

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en decir esa frase. Ya he recuperado la capa.

—¡Vaya! Gracias. —Me siento avergonzada por lo fácil que resulta saber lo que pienso—. ¿Y podrías ir a echar un vistazo a mi padre? Vivian me ha dicho que hoy tiene algunas pruebas, pero no sé si creerla. Ya me había ilusionado con ir a verlo.

—Sí, están haciéndole pruebas hoy.

Me desplomo en una silla junto a la pequeña mesa que hay al lado de la ventana.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te has concentrado en él o algo así? —Si sabe dónde está mi padre, ¿significa que me observó cuando fui al hospital?

—No, he ido a verlo esta mañana.

¿Ha ido a ver a mi padre?

—¿Cómo estaba?

—En el hospital lo están atendiendo bien.

Me intento relajar. Tengo la necesidad de verlo, pero me alegra saber que está bien. Y pensar en ir al hospital con Vivian me parece una idea horrible. No podría mirarla mientras finge que le importa.

«Si no puedo ir al hospital...»

—Tenemos que investigar más acerca de la maldición y lo que sucedió anoche.

—Enterarnos de lo que pasó anoche puede llevarnos un tiempo. La gente se está recuperando todavía.

—¿Les salió a todos los Descendientes el sarpullido?

—Sí, y a Susannah peor que a los demás.

—¿Así que es verdad que fui la única a la que no le afectó?

—Eso me temo.

Tenía la esperanza de que no fuera así. Exhalo un suspiro.

—He pasado la noche ocupado con las investigaciones de tu abuela, aunque no he terminado aún.

—Yo te ayudo. —Me levanto y me dirijo a la puerta. Agradezco que no pueda dormir y que tenga la posibilidad de ocuparse de esto por las noches. Ya siento bastante presión por no poder arreglarlo de inmediato y al pensar que en cualquier momento mi mundo pueda desmoronarse.

No parpadea, o como quiera que lo llame, esta vez. En lugar de eso, camina a mi lado por la casa en dirección a la biblioteca.

—¿Por qué soy la única que te ve? ¿Porque prefieres que los demás no sepan que andas por aquí? —pregunto con tono silencioso. Me gusta esa idea.

Cierra la puerta de la biblioteca cuando entramos.

—Yo no tengo nada que ver con el hecho de que tú me veas.

«Se acabó mi teoría.»

—¿Y entonces por qué te veo?

—No sabría decirte.

Tiro del gancho de la chimenea y pasamos al estrecho pasillo.

—Pero estás muerto.

—Ya lo sé.

—¿No deberías de saber estas cosas?

Suelta una carcajada.

—Sé poco más que cuando estaba vivo. Únicamente me muevo más rápido.

La idea de que la muerte esclarece las cosas es mentira.

—¿Has conocido a otras personas que pudieran verte?

—Sí, a unas cuantas. No muchas.

Cuando llego arriba, me doy cuenta de que Elijah ha ordenado los libros en montones. Ya no hay polvo. ¿Los espíritus limpian?

No sé si quiero formular la siguiente pregunta, pero la curiosidad me puede.

—Si te veo a ti, ¿puedo ver a otros espíritus?

—Sí.

Visitar cementerios acaba de colarse en lo más alto de mi lista de cosas que no volveré a hacer. ¿He estado todo este tiempo viendo espíritus y pensando que eran personas vivas?

—¿Qué pone en esos libros? —Mejor pensar en algo más alegre, como maldiciones, por

ejemplo.

—La mayoría son sobre los juicios y los Mather. Yo me marché de Salem antes de que los juicios concluyeran, tenía que documentarme.

—¿Por qué te fuiste de Salem?

—Nadie se quita la vida porque sea feliz en el lugar donde vive.

De acuerdo, eso tiene sentido. Ya me imagino la sorpresa cuando murió y se encontró de vuelta en Salem durante un tiempo indefinido. Yo también me habría ido. Y ahora está de regreso, investigando los juicios. Supongo que no puedes eludir tu vida, ni siquiera una vez muerto.

CAPÍTULO 31

Amor y flechas

Llego a la última página del cuaderno de mi abuela.

—En este tampoco hay nada nuevo —le digo a Elijah, que tiene un montón de diarios procedentes de colecciones antiguas y desvanes de otra gente.

—La investigación no arroja resultados instantáneos y tiene que llevarse a cabo por partes. Las prisas no son buenas consejeras. La perspectiva afectará a tu percepción y pasarás algo por alto.

Es más fácil decirlo que hacerlo cuando la vida de mi padre está en peligro.

—¿Y la señora Meriwether? Ella conocía muy bien a mi abuela. Mejor que nadie. A lo mejor hay algo que mi abuela no anotó. Algo que ella sepa.

—Quizá. No obstante, si hablas con ella solo obtendrás resultados si eres directa.

—¿Me escuchaste cuando fui a su casa el otro día?

Me mira con desaprobación. «Lo que faltaba.» Eso significa que me oyó hablar con Jaxon. Qué vergüenza. Ya resulta suficientemente raro sin un chico atractivo y muerto escuchándolo todo. No volveré a decir nada más.

Vuelvo a repasar el diario que ya he leído para ver si he pasado algo por alto.

—¿Crees que los dibujos de mi abuela pueden tener alguna importancia? Están en los márgenes y no menciona nada sobre ellos.

—Quizá. Déjame ver.

Le paso el cuaderno. Lo estudia y frunce el ceño.

—¿Hay más?

—Sí, pero todos son versiones similares de una mujer con el pelo largo y ondulado vista desde atrás.

Pasa las páginas del cuaderno.

—¿En ninguno aparece el rostro?

—No, ¿por qué?

—Deberías preguntárselo a la señora Meriwether.

—¿Pasa algo?

—Es mejor preguntar demasiado que quedarse corto.

Estoy de acuerdo, pero me da la sensación de que está omitiendo algún detalle.

—De acuerdo, voy para allá.

Asiente y continúa leyendo. Me recojo el pelo en una coleta mientras camino por el pasadizo. Cuando entro en la biblioteca, veo que hay poca luz en la calle. Tengo que ir a buscar a las Descendientes en cuanto se ponga el sol.

—Aquí estás, ¿dónde has pasado todo el día? —me pregunta Vivian cuando atravieso la puerta.

—Aquí.

—Te he estado buscando antes y no te he encontrado.

Oí que me llamaba, pero no tenía ganas de responder.

—A lo mejor estaba dando un paseo.

Me mira con recelo.

—A lo mejor.

—Voy a la casa de al lado.

—De acuerdo. —Comprueba su reloj de oro—. Vuelve sobre las siete para la cena. He pedido una cantidad ingente de comida francesa.

—Oh. —La palabra se me atraganta en la garganta. Una imagen de ella cuando era más joven haciéndome aquella foto en la cafetería parisina me atraviesa la mente. Desde que mi padre y yo la conocimos, la cocina francesa ha sido especial para los tres, algo solo nuestro. Siempre la tomamos en noches especiales, como cuando mi padre volvía a casa después de un largo viaje o cuando caía la primera nevada.

—Ya sé que estás triste por no haber visto hoy a tu padre. He pensado que esto podría alegrarte. Y podemos tener esa charla. Te vas a desmayar cuando veas la de postres que he pedido.

Me duele verla tan simpática después de haber encontrado esa factura esta mañana.

—Tengo que irme —digo, tragándome la tristeza.

Salgo por la puerta y me dirijo al porche de la señora Meriwether, esforzándome por apartar a Vivian de mi mente. Levanto la mano para llamar, pero Jaxon sale por la puerta.

—Hola, no sabía que estuvieras en casa. Fui antes, pero no me respondió nadie.

—Ah, ¿sí? No oiría la puerta. ¿Está tu madre?

—Y yo que me había emocionado pensando que venías a buscarme.

Sonrío.

—Me gustaría hacerle unas preguntas acerca de unas cosas de mi abuela que he encontrado.

—Voy a verla. Está en la feria del Día del Recuerdo, en la plaza principal de Salem. La pastelería tiene un puesto callejero. Ven conmigo.

—No sé... —Miro al sol, apenas ya visible. Tengo que ir a buscar a las Descendientes.

—Sam, es tu primer otoño en Salem. La feria no vendrá de nuevo hasta el año que viene.

—Eh... Se suponía que tenía algo que hacer con Susannah.

—Ella está allí. La vi aparecer justo antes de venir a por cordel para las cajas de pastas de mi madre. Venga, toda la ciudad está allí. Será divertido.

Me relajo un poco. Esto me ahorra tener que ir a las casas de las Descendientes. Quién sabe lo que pensarán de mí sus padres después de lo de anoche.

—Vamos.

Caminamos juntos por la acera.

—Si eres amable conmigo, quizá te dé alguno de los famosos buñuelos de mi madre.

—Y si tú lo eres conmigo, me abstendré de volver a provocarte ese sarpullido de zombi de nuevo.

Compartimos una mirada cómplice.

—Me alegra que hayas recuperado el sentido del humor después de tanto pesimismo.

Sigo teniendo presente todo ese pesimismo, pero no me parece justo tomarla con Jaxon.

—Eres bastante mona para ser una bruja.

Está bromeando, pero su comentario me hace recordar todas estas cosas raras que me han estado pasando últimamente.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que el sarpullido sea cosa de brujería?

Suelta una carcajada.

—Indudablemente. Una teoría convincente, al mismo nivel que la de las hadas y los fantasmas. No podía haberme dado una respuesta peor.

—Espero que no te importe que te pregunte, pero ¿por qué dijo Lizzie que tu madre estaba loca?

Mi amigo tensa la mandíbula.

—Mi madre pasó una mala época cuando murió mi padre. Entró en una profunda depresión y, durante un tiempo, siguió hablando con él. Ni siquiera le importaba que la oyesen. Y también pasaron otras cosas. Pero lo más difícil fue que la gente pensaba que había perdido la cordura. Incluso dejaron de ir a su pastelería durante un tiempo. Pasaron un par de años hasta que todo volvió a la normalidad. Casi perdemos la casa. Y Lizzie fue la que instigó los rumores; tampoco era muy fan de tu abuela.

Ya me doy cuenta de que mucha gente no lo era.

—Vaya, Jaxon, no sé qué decir. —Ahora entiendo por qué es tan simpático a pesar de que el resto de gente me odie. Sabe lo que se siente cuando se extienden rumores horribles sobre tu familia—. Mataría a Lizzie por haberte dicho eso.

Su sonrisita regresa.

—Espero no cruzarme en tu camino.

Nos aproximamos a la feria, situada en un enorme parque en el centro de la ciudad lleno de gente y de luces. Suena música y el aire está empapado del aroma de la comida. El murmullo de conversaciones alegres se oye por doquier.

Jaxon me guía entre la gente hasta el puesto de su madre.

—Hola, mamá. Mira a quién me he encontrado en nuestro porche. Quería hablar contigo.

—¡Oh, Samantha! Qué sorpresa más agradable. Toma un buñuelo.

No puedo resistirme cuando me pone delante un plato lleno de buñuelos fritos cubiertos de azúcar glas.

—Mamá, acabas de echar por tierra mi estrategia.

Nos mira a uno y a otra.

—Samantha no es tonta. Vas a tener que esforzarte más que trapicheando con mis buñuelos, Jaxon. —Me río. Qué bien lo conoce—. Y bien, mi querida niña, ¿por qué querías verme?

Atisba la duda en mi rostro.

—Jaxon, haz algo de provecho y ayuda aquí mientras Samantha y yo hablamos.

Mi amigo se acerca al puesto y yo me sacudo el azúcar glas de la camiseta antes de empezar.

—Ya sé que es una pregunta extraña, pero he estado mirando algunas cosas de mi abuela y me he fijado en que hacía dibujos de una mujer con el pelo oscuro y ondulado en sus cuadernos. ¿Sabe algo de ella?

La alegría se evapora de su rostro.

—Charlotte tenía muchas pesadillas, la pobre. Sobre todo, cuando se acercaba el final. Esa mujer aparecía en la mayoría. Nunca le vio la cara, pero solía llamarla «la mujer cuervo» porque siempre había cuervos con ella.

Me detengo a medio bocado. En mi sueño de esta mañana aparecía un cuervo.

—Creía que la mujer estaba conectada con la maldición de los Mather que sospecho que conoces, ya que has estado leyendo los diarios de Charlotte. —Alza las cejas.

Acaba de ahorrarme mi siguiente pregunta rara.

—¿Cree que hay una maldición?

La señora Meriwether aprieta los labios.

—No lo sé, pero Charlotte lo creía, aunque nunca descubrió qué significaba. Tu abuela era muy especial para mí, como ya te he dicho. A veces haces cosas solo porque crees en una persona y no porque creas en lo que los demás creen.

Imagino que la idea de la maldición va un poco más allá. Me alegra que mi abuela tuviera a la señora Meriwether.

—Tiene sentido. Gracias.

—Para lo que necesites. Supongo que querrás disfrutar de esta agradable feria. ¡Jaxon!

A su hijo no le hace falta que lo llamen dos veces; vuelve corriendo.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Asiento y él me empuja entre la multitud. ¿Es posible que haya alguna conexión entre mi sueño y la mujer cuervo? Me gustaría preguntarle a Elijah. Busco a los Descendientes entre la gente, pero no hay suerte. Eso sí, recibo a cambio unas cuantas miradas reprobatorias.

—¿Baloncesto? —me pregunta Jaxon cuando nos acercamos a uno de los juegos de la feria en los que tienes que encestar en un arco que es un milímetro más grande que la propia pelota.

Una señora camina a nuestro lado sujeta del brazo de su marido.

—Tengo un mal presentimiento. Ha habido muchos accidentes y muertes últimamente. No es muy normal —comenta.

Siguen caminando y el ruido de la feria los engulle.

—¿Podemos buscar antes a Susannah? —pregunto con más prisa de la que tenía antes.

—Sam, a menos que haya algún problema urgente, insisto en que te diviertas un poco.

Necesito algo rápido si no quiero tener que explicarle lo que pasa.

—¿Tiro con arco? —pregunto cuando nos acercamos a unas dianas alineadas contra unas balas de heno.

—Por supuestísimo.

Nos detenemos en uno de los puestos y esperamos al chico de los arcos.

—Con una condición —añado con la esperanza de que no me diga que no—. Si gano, me ayudas a buscar a Susannah. Si pierdo, tú eliges el siguiente juego.

—Trato hecho. —Su sonrisa se amplía. Al ver que no desaparece, me siento incómoda.

—¿Qué?

—Tienes azúcar en la cara.

—¡Qué! ¿Por qué no me lo habías dicho?

Me agarra la mano antes de que me la pueda limpiar.

—Déjalo.

—¿Estás loco? No voy a dejar ese azúcar ahí.

—Es adorable.

—No lo es. —Intento parecer molesta, pero no lo consigo.

Se inclina y me limpia el azúcar con un beso. La piel me arde en el sitio donde ha posado los labios.

—¿Estás intentando distraerme para que no te machaque en el tiro con arco? —pregunto.

Deposita un beso en mis labios y todos los sensores de mi cuerpo se activan al mismo tiempo.

—No hay nada como el amor juvenil y las flechas —comenta el hombre robusto con una espesa barba que sostiene nuestros dos arcos.

Nos apartamos. Estoy segura de que me he sonrojado.

El hombre se ríe entre dientes.

—¿Cuántas flechas queréis?

—Tres cada uno —respondo.

Saco el monedero y le doy el dinero. Jaxon abre la boca para protestar cuando tomamos los arcos.

—Mi reto, mi regalo.

—¿Ya habéis tirado antes? —pregunta el hombre.

—No —responde Jaxon y yo niego con la cabeza. «Bien.» Al menos estamos al mismo nivel y tengo oportunidades. No había forma de que le ganara en ese juego de encestar.

—Tenéis que sujetar el arco por aquí. Así. El brazo recto, firme. Poned la flecha en la marca. Tensáis la cuerda hasta la barbilla, pero sin tocar la flecha, porque, si no, no irá al sitio que queráis. ¿Entendido? —Asentimos. Suelta una flecha y esta se clava en una pequeña «x» que hay en la pared, detrás de la diana.

—Gracias —dice Jaxon, y el hombre retrocede.

—Tú primero —indico.

Mi amigo se acerca a la barricada de heno y se pone en la posición que el hombre de la barba nos ha indicado. Suelta una flecha que se clava en el aro de debajo de la diana. Su segundo tiro se clava en la misma zona, pero un poco a la izquierda. El tercero aterriza en el pequeño aro que hay alrededor del centro. «Mecachis.»

—Parece que me va a tocar elegir el siguiente juego —fanfarronea—. Estoy pensando en el concurso de comer pasteles.

—Calla. —Me aproximo a la barricada. En el primer intento, agarro la flecha y, para mi disgusto, cae tambaleándose al suelo a medio metro de la diana. Jaxon se ríe entre dientes. Por suerte, la segunda aterriza en el aro de en medio.

—¿Nervioso? —pregunto.

—Para nada.

Apunto y me tiembla el brazo. Cuando suelto la última flecha, aparece Elijah y esta le atraviesa el cuerpo. Grito y me tambaleo hacia atrás, chocando contra Jaxon. Me envuelve con los brazos y el instructor me quita el arco. Jaxon me sujeta con fuerza.

—Tengo que admitir que ha sido una de las estrategias más teatrales que he visto, pero, considerando que acabas de dar en el blanco, no puedo decir mucho más. De hecho, creo que me has timado.

Mi ritmo cardiaco disminuye cuando me doy cuenta de que he ganado y de que todo está bien. ¿Qué ha sido esto, una broma? Elijah parece demasiado contento como para que haya sido un accidente. «Menudo humor más negro.» Está muerto, sí, pero, ¡venga ya! De repente me doy cuenta de que Jaxon me rodea con el brazo y me aparto. No debería de importarme que lo viera Elijah, pero pensar en ello me incomoda.

Antes de que me dé tiempo a regodearme por mi victoria, aparecen Susannah, Mary y Alice.

—Vamos —me dice Alice. No podría sentirme más feliz de verla.

La sonrisa de Jaxon desaparece.

—Qué simpática.

—No tengo tiempo para charlas.

Odio admitirlo, pero Alice tiene razón, a pesar de que su comportamiento es una mierda. Me vuelvo hacia Jaxon. Está a punto de responder, pero poso la mano en su pecho.

—Está bien, después te llamo.

—No te entiendo, Sam. ¿Por qué haces lo que Alice te dice?

—Porque es menos idiota que la mayoría —responde Alice.

—Yo creo... —le digo a mi amigo— que eso ha sido un cumplido.

Jaxon sacude la cabeza.

—¿Qué es tan importante?

—Tengo que irme. —Me acerco a las Descendientes.

Parece decepcionado.

—Dices mucho eso.

Antes de que pueda disculparme, Mary me toma del brazo y me empuja entre la gente.

—Por favor, tenemos que irnos ya, mis padres solo me dejan salir unas pocas horas.

—Y hemos perdido media hora yendo a tu casa a buscarte. Nadie habría imaginado que te dejarías ver en público —dice Alice mientras nos aproximamos al límite de la plaza.

—¿En serio me culpa todo el mundo por lo del sarpullido?

Susannah asiente.

—Le dije a la policía que no había sido culpa tuya, pero circulan muchos rumores. —Espero que Lizzie se portara muy mal con ella anoche.

Alice saca las llaves de Mary y abre el Jeep.

—Lo irónico de todo esto es que la gente te llama bruja a ti. Seguro que Cotton se está retorciendo en su tumba.

Me reiría si no fuera porque todo esto es una mierda.

—¿Se os ocurre algo que pueda explicar lo que sucedió?

—La casa de Alice era una ruina, pero nada fuera de lo normal. Si quieres saber mi opinión, fue un hechizo —comenta Mary—. La forma en la que apareció y desapareció tan rápido es escalofriante.

—Bobadas. ¿A quién conoces que pueda lanzar un hechizo tan potente? —pregunta Alice.

—Bueno, Lizzie...

—No. —Alice efectúa un giro con el vehículo.

Se me cae el alma a los pies. No me gusta la idea de que alguien sea capaz de mover una varita y aparezca un sarpullido en la gente. Me resulta inquietante. Y hablando de eso, ¿dónde está Elijah?

—Un momento, ¿entonces Lizzie puede o no puede hacer magia?

—Bueno —dice Susannah—, no es que no pueda. Todos somos un poco propensos. Pero yo creo que fue la maldición la que lo provocó.

No me reconforta saber que hay alguien que me la tiene jurada y que es propensa a la magia.

—¿Y si fue la maldición por qué a mí no me afectó?

—Esa es la parte que no sabemos —responde Mary.

Susannah se pellizca el labio inferior.

—Pero lo averiguaremos.

Ya sé que es una suerte que me hablen, pero Lizzie tiene algo que me asusta.

—¿Por qué Lizzie y John no están con vosotras?

—Porque Lizzie... —empieza Mary.

—Te odia —la interrumpe Alice.

Susannah se vuelve hacia mí.

—Lizzie cree que eres responsable de algunas cosas que han pasado en Salem. Las asocia a tu llegada.

—Y está saliendo con John, así que ahí lo tienes —dice Mary, metiéndose en la conversación.

Bueno, Lizzie no está del todo equivocada. Y no me sorprende que estén juntos, yo misma lo hubiera descubierto si no estuviera tan preocupada por la maldición y por mi padre.

—¿Y por eso me ha estado siguiendo?

—Muy bien. Se acabó —replica Alice, y Susannah interrumpe el contacto visual.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa?

Alice frena en el aparcamiento del Walgreens.

—¿No te basta con ese sarpullido?

Ver los árboles oscuros y recordar el sueño que he tenido me pone enferma.

—Ya sabéis a qué me refiero.

Mary me pasa una capa con capucha y me la pongo.

CAPÍTULO 32

Las marcas de brujería

Alice es la primera en adentrarse en la pendiente y la seguimos. Nos envuelve un silencio cargado de secretos. Intento olvidarme de lo que me rodea, pero conforme disminuye la luz del aparcamiento en el frondoso bosque, la ansiedad trata de hacerse con el control.

Se me engancha la capa en una rama y me detengo. Las demás chicas siguen avanzando. Tiro de la capa, pero está enredada. En la oscuridad, todo tiene el mismo aspecto: borroso, sombras encorvadas, negro sobre negro.

—¡Esperad! —les grito a las Descendientes y la voz me sale rota.

El viento aúlla entre los árboles y suena similar al lamento de la mujer que oí en esa casa horrible. Tiro con fuerza de la rama en la que está enganchada la capa y el tronco rugoso me araña la palma.

—Estoy aquí, Samantha —me dice Elijah.

Tomo aire y me llevo la mano a la frente para tranquilizarme. Las piernas me tiemblan pero se vuelven más estables cuando Elijah desengancha la capa de la rama. Lo tomo de la mano con fuerza, tal vez demasiado fuerte. No dice nada y curva sus dedos fríos entre los míos. Cuando alcanzamos a las chicas, empiezan a caminar de nuevo.

Llegamos al pequeño claro y Mary saca la manta. Me sorprende que Alice haya encontrado el mismo lugar por segunda vez, no sé si yo habría sido capaz. Las chicas quitan las hierbas.

—Esto resiste a todas las marcas de brujería —comenta Elijah, soltándome la mano. Estoy a punto de responder, pero me reprimo.

Susannah enciende las velas y yo busco entre los árboles una cuerda. Ojalá pudiera borrar ese sueño de mi mente. A la luz de la vela, Mary se ve tan nerviosa como yo, Susannah parece alerta y Alice no tiene aspecto de estar preocupada. No entiendo a esta chica.

Susannah empieza con las palabras del... ¿cántico? La expectativa se cierne intensamente sobre nosotras como una nube antes de un aguacero.

—Invoco el poder del fuego —pronuncio cuando llega mi turno. Elijah alza una ceja.

—El que ilumina mi camino y enciende mi espíritu. Tan solo por medio de la purificación puedo ver con claridad —continúan ellas.

Encendemos los ramilletes de hierbas y los echamos en el cuenco de madera.

—Siento lo que digo y digo lo que pienso. Conoce mi deseo y bríndame claridad —dicen despacio para que pueda seguirlas. El fuerte olor a hierbas quemadas empapa el aire a nuestro alrededor.

Nos tomamos de la mano y se me tensan los músculos. Durante un momento no pasa nada, pero entonces, al igual que la otra vez, sus rostros empiezan a parpadear... despacio y débilmente al

principio, y después se convierten en un borrón frenético.

Queda una capa extraña y etérea de cada una de las chicas, como si otras personas compartieran el mismo espacio físico que ellas. Los rostros parpadeantes son de las mismas mujeres mayores y hay algo desesperadamente triste en ellas.

La mujer que ahora ocupa el rostro de Mary mira a su alrededor y fija su mirada en mí.

—¿Sabes? Estos árboles fueron robinias en un tiempo. Estos son nuevos —dice.

—El agua solía llegar hasta esta colina —comenta la mujer que comparte cuerpo con Susannah, también volviéndose hacia mí—. Se llamaba Bickford's Pond. Así fue cómo Benjamin Nurse vino a recuperar el cuerpo de su madre muerta.

—De la grieta donde tiraban nuestros cadáveres —interviene la de Alice con una dureza que me recuerda a su equivalente más joven. Sigo con la mirada su dedo hacia unas rocas apenas visibles que caen abruptamente.

La piel se me queda helada y me empiezan a sudar las manos.

«¿Qué es esto?»

—Diecinueve de julio, 1692. Yo estaba en el primer grupo para la horca —continúa la Susannah mayor.

No estoy viendo esto, ¿verdad? «Estas mujeres... no sé cómo tomármelo.» El corazón me martillea en el pecho. Intento levantarme para acabar con la visión o lo que quiera que sea esto, pero mi cuerpo no responde. No puedo ni levantar un dedo.

—La primera vez que entré en ese tribunal —la Susannah mayor dice «tribunal» con gran disgusto— las jovencitas se volvieron locas. Una de ellas incluso me arrojó un guante.

¿Están usando las Descendientes un hechizo conmigo?

La versión mayor de Susannah frunce el ceño en su rostro arrugado.

—Me reí de ellas. Supe de inmediato, por el asombro del magistrado, que había juzgado erróneamente la situación. «¿Se ríe de esto?», me preguntó. «Bien puedo hacerlo de esta locura», fue lo que le respondí. Pero el magistrado estaba serio. «¿Es una locura? ¿Lastimar a las personas?», me preguntó.

Declaré entonces: «nunca he lastimado a un hombre, una mujer o un niño». Incluso recité pasajes de la Biblia para demostrar mi fe. Pero ellos solo clamaban que los sirvientes del demonio podían parecer inocentes. —Suspira.

—Lo peor fue la cárcel —retoma el relato la mujer que ocupa el cuerpo de Mary, temblando por el recuerdo.

—No —replica la de Alice—. Lo peor fue que se nos negó un abogado y nos sentenciaron a muerte porque los niños decían que tenían visiones en las que los lastimábamos. Cuando a esa niña le dio un ataque en la sala y me acusó de haberlo causado, le respondí claramente.

Los rostros de las mujeres parpadean. Mary jadea y resuella, rompiendo el círculo. La tensión de mi cuerpo se rompe como el hielo al caer contra hormigón y me llevo las manos al pecho para apartarme la ropa con el fin de buscar más aire.

—Parecía que me hubieran succionado la vida —explica Mary entre jadeos.

—Estábamos descubriendo algo importante —comenta Susannah, que se inclina hacia delante y apoya las manos en el suelo.

—Tendríamos que intentar continuar —afirma Alice.

Mary niega con la cabeza.

—Ni hablar. ¡Ha sido horrible! ¿Y para qué? ¿Por unas historias que ya conocemos?

¿Conocen estas historias?

—No sabíamos nada de los árboles ni del agua —insiste Susannah con la respiración entrecortada.

Elijah se arrodilla a mi lado.

—Tú tenías el aspecto de Cotton Mather.

El corazón me da un vuelco.

—¡Cotton!

Alice no pierde la ocasión de preguntar:

—¿Cómo sabes que tenías aspecto de hombre?

—No lo sabía, era una suposición.

—Tonterías, has sido la única que no ha hablado.

Mary, que está recuperando el aliento, se lleva las rodillas al pecho.

—Mejor hablamos en el automóvil.

—No voy a irme hasta que Sam nos cuente la verdad.

De repente caigo en que la otra vez debieron de darse cuenta de que mi rostro se mezcló con el de Cotton y no dijeron nada. ¿A qué están jugando?

—¿Sabéis qué? Basta. Se acabó responder a vuestras preguntas. Sabíais que yo tenía la apariencia de Cotton por la otra vez que estuvimos aquí.

Alice recupera el aliento.

—Pues ya lo sabes tú también.

La confirmación de que me lo ocultaron me molesta. Miro fijamente a Susannah.

—¿Y tú querías que confiara en ti?

Alice también mira a Susannah.

—¿Es que has hablado con ella sin nosotras? —le pregunta sorprendida—. Lizzie tenía razón, has sido desleal.

«De acuerdo, me he perdido.»

La aludida entrelaza los dedos en su regazo.

—Te dije que creía que era mala idea no contarle a Samantha todo lo que sabemos. Crees que estamos siendo precavidas, pero lo que estamos haciendo es dejar fuera a una persona que puede ayudarnos.

—O hacernos daño —inquire Alice.

—Seguro que podemos solucionar esto en el Jeep —interviene Mary de nuevo.

Alice y Mary se vuelven hacia ella.

—¡No! —exclaman al unísono.

Me siento mal por Mary. Que Elijah esté aquí es la única razón que me impide salir corriendo de este bosque. E incluso con él a mi lado, no paro de mirar la oscuridad con desconfianza.

—Me parece que estás cometiendo un error con Samantha y la gente puede morir por ello. Mi hermana podría morir por ello —señala Susannah.

Alice toma aliento.

—¿Y si estás equivocada?

—Entonces seré yo la responsable.

—Lizzie no va a perdonarte.

Susannah asiente.

—Lo sé.

Elijah se pasea a mi lado.

—De acuerdo —claudica Alice y le hace un gesto a Susannah.

—Alice lee los huesos del mismo modo que algunas personas leen las cartas del Tarot — explica Susannah como si estuviera hablando de algo siquiera casi normal—. Y hace unos cuatro meses se enteró por una lectura de que estaba a punto de pasar algo muy malo.

—Mi padre cayó en coma hace cuatro meses —digo sin pensar.

Alice y Susannah intercambian una mirada.

—Las lecturas que hizo después mostraban tristeza y pérdida, y la misma advertencia de que iba a pasar algo malo.

Mary se abraza las rodillas con más fuerza.

—Sus lecturas siempre se cumplen.

Alice asiente.

—Y entonces apareciste tú. Y en todas las lecturas desde entonces has salido tú.

—Un momento, ¿a qué te refieres con que he salido yo? —Mi yo práctico se resiste a creer todo esto. Huesos y hechizos y fantasmas. Quiero volver a la vida sencilla de siempre.

—Solo tu nombre —responde Alice—. Una y otra vez.

Ya no me parece tan extraña la reacción que tuvieron al verme en el instituto el primer día.

—Lizzie y yo creemos que significa que tú eres eso malo que iba a pasar, pero Susannah no lo tiene tan claro.

—¿Y por eso Lizzie me acosa?

—Lizzie se ha visto muy afectada por esta horrible sucesión de acontecimientos —contesta Susannah—. Y te culpa. Si supiera que estamos hablando contigo, podría hacer algo.

Preguntaría por qué está Lizzie tan afectada, pero sé que Alice acabaría con la conversación.

—¿Hacer qué?

—Un hechizo —indica Mary.

Elijah se pone rígido a mi lado.

—Tienes que entender todas estas cosas extrañas que han estado pasando en la ciudad — señala Susannah antes de que Mary pueda continuar—. No se trata solo de las muertes de los Descendientes. El tío de Alice tiene una cafetería y cuando fue a abrir ayer, había una horca en cada mesa. No había señales de que hubieran intentado robar, tan solo horcas.

—¿En The Brew? —pregunto.

—No deberías saberlo —se queja Alice—. Tan solo lo saben algunas personas.

Todos me miran, incluso Elijah.

—El otro día fui y en mi café había una mancha con la forma exacta de una horca. Pensé que a lo mejor la chica que trabajaba allí me estaba gastando una broma pesada. —Empiezo a lamentar la reacción que tuve.

—¿Ves? Incluso cuando contamos con información, tú también te enteras justo después. Las caras borrosas, Cotton, el patrón de las muertes —dice Susannah.

Todas aguardan a que diga algo.

Miro a Elijah.

—Deja los detalles personales de mi vida fuera de esto —me dice. No parece molesto, tan solo resuelto.

—Yo... veo espíritus. Bueno, uno al menos. —Ninguna reacciona y me pregunto si me han escuchado.

—Lo sabía —exclama Susannah.

—Eres una bruja —indica Mary.

—No soy una bruja.

—¿Y ese fantasma está ahora aquí? —Alice parece escéptica.

—Sí.

—Demuéstralo.

—No. —No necesito mirar a Elijah para saber que no va a hacer ningún truco de magia.

Alice alza una ceja y Mary mira hacia los árboles nerviosa en busca de Elijah.

—¿Podemos irnos, por favor? Tengo que volver a casa.

Alice se levanta como respuesta y Mary se alza corriendo, como si no pudiera ir más rápido. Aún me quedan muchas preguntas que hacer, y algunas parten de mi preocupación por que yo sea la causa de estas cosas horribles que están pasando. ¿A lo mejor la maldición es parte de mí?

Apagamos las velas y lo metemos todo en las mochilas de Mary y Susannah. El bosque se torna aún más oscuro.

Alice se vuelve hacia mí.

—Si estás mintiéndonos con lo del fantasma y descubro que estás involucrada en esas muertas, no te van a gustar las consecuencias.

—Tengo tanto que perder como vosotras si no solucionamos esto. —Veo que acepta mi respuesta, pues se vuelve y camina entre los árboles sin decir nada más. Alice —la llamo y se detiene. Su cabeza rubia es lo que más se ve en la negrura—. La visión que acabamos de tener. ¿Qué dijo Alice Parker cuando la chica la acusó de brujería? —Mary ha dicho que ya conocían estas historias, pero yo no. Y ya se estén burlando de mí o no, esas mujeres trataban de contarnos algo.

Alice se vuelve.

—En respuesta a las acusaciones, dijo: «Que Dios abra la tierra y me engulla justo ahora si una sola palabra de esto es verdad».

CAPÍTULO 33

Enfadada, no triste

—**E**ntra —dice Vivian con voz afilada.

Miro el reloj del abuelo que hay en el vestíbulo antes de pasar al salón. Son las 21:27. Sé que me he perdido la cena, pero apenas puedo mirarla sin sentir deseos de llorar y gritar al mismo tiempo.

—Discúlpate y consideraré no castigarte.

Debería hacerlo y marcharme.

—No. —«Mejor discúlpate tú. No te importa nada mi padre... ni nuestra familia.»

Suelta la copa de vino y se pone en pie.

—No te arrepientes en absoluto, ¿verdad?

—Samantha, déjalo —me pide Elijah, que está junto a un montón de botellas de vino vacías.

—A lo mejor deberías de preocuparte por visitar a mi padre en lugar de recorrerte la ciudad para pasar todo el rato de compras y emborracharte, ¿no crees?

Me mira con los ojos entrecerrados. Conozco esa mirada. Hemos llegado al punto de no retorno.

—Pareces excesivamente sociable para alguien que dice que tan solo quiere estar al lado de su padre.

—No tienes ni idea de lo que he estado haciendo.

—¿Te he molestado, *mon chou*? —se burla de mí usando el apelativo por el que me llamaba mi padre cuando era pequeña. Significa «pastelito mío».

Aprieto los dedos en puños.

—Que te jodan.

Vivian me da una bofetada tan fuerte y tan rápida que todo se queda negro un segundo. Levanto la barbilla y la miro desconcertada. No me masajeo la cara a pesar de lo mucho que me duele. Me dan ganas de decirle que he encontrado el documento del seguro y llamarla de todo menos bonita, pero antes de que yo pueda abrir la boca su copa de vino se estampa en el suelo.

Se sobresalta.

—Estás castigada. —Centra su atención en el cristal roto.

Elijah, que seguro que ha sido el causante de esto, me toca el brazo con delicadeza.

—No le concedas la satisfacción de verte enfadada.

Asiento y me dirijo a mi dormitorio con él a mi lado. Me tiembla todo el cuerpo. Cierro la puerta de un portazo y echo el seguro. Me quedo ahí de pie, furiosa. Elijah me levanta la barbilla y me limpia una lágrima con el pulgar helado.

—No. Yo no estoy enfadada, solo triste —digo con voz apagada, mirando al suelo.

—No necesito explicaciones.

Se lo agradezco. No quiero hablar de cómo me siento, lo que quiero es que vuelva mi padre.

—Te traeré hielo. —Sale de la habitación con un parpadeo.

—No llores —me digo a mí misma y me doy toquitos con las mangas de la sudadera negra.

Respiro profundamente y Elijah aparece con una bolsa pequeña con hielo. Se la quito.

—Gracias.

Asiente.

—¿Puedo ofrecerte té?

La formalidad de su pregunta me sorprende.

—Pues sí, me apetece un poco de té. ¿Lo tomarás tú también?

—Por supuesto.

Desaparece y me quito las botas. Doy vueltas con la bolsa de hielo, intentando apartar a Vivian de mis pensamientos y decidir qué hacer a continuación. «¿Qué significa que la cara de Cotton se mezclara con la mía?» No me gusta nada estar conectada a él. Y, si lo estoy, ¿significa que está atrapado aquí como Elijah? O, peor, ¿qué está atrapado dentro de mí?

Elijah aparece con una bandeja grande con té. Del brazo le cuelga una cesta de mimbre y lleva una alfombra sobre el hombro. Por primera vez, parece indeciso.

—¿Puedes sostener la bandeja un momento, Samantha? —Seguro que se sonrojaría si tuviera sangre.

Me aparto la bolsa de hielo de la cara y tomo la bandeja.

—¿Qué es todo esto?

Desdobra la alfombra y la extiende en el suelo.

—Un picnic en la habitación.

Casi se me cae la bandeja. «¿Por qué hace esto?»

Me la quita y la deja en medio de la alfombra. Me tiende la mano y cuando nuestros dedos se tocan, me siento más animada. Mi temperatura corporal sube de golpe e interrumpo el contacto visual. Nos sentamos. Abre la cesta y saca unas viandas que parecen deliciosas.

—¿De dónde has sacado todo esto? —pregunto, aún nerviosa.

—El té y los *scones* son de Londres. Los sándwiches y las pastas, de París. Y la crema Devonshire, de Devonshire.

¿Ha viajado por toda Europa para traerme comida? ¿Y cómo ha podido hacerlo ahora?

—Es el mejor regalo para animarme que me han hecho nunca.

Sonríe y toda su indecisión se esfuma. Es una sonrisa de verdad. La primera que le he visto. «¡Le salen hoyuelos!» Me dan ganas de tocárselos. Tengo que cambiar de tema antes de ponerme en evidencia.

—¿Crees que Cotton está atrapado dentro de mí?

Me ofrece un sándwich.

—Algo así se me había ocurrido.

Hago una mueca.

—Me dan ganas de echar la pota.³

—Por favor, no hables así mientras comemos.

Suelto una carcajada. Su humor siempre me sorprende. Me pregunto cómo sería antes de que muriera Abigail.

—Lo cierto es que después de lo de esta noche, siento que apenas sé nada de Cotton.

—Bueno, yo sé que nació en 1663 en el seno de una prominente familia de ministros y siguió

el mismo camino. Era un hombre prolífico y escribió cerca de cuatrocientos libros y panfletos.

Miro la pila de libros que he traído del estudio secreto de mi abuela. Uno de ellos lo ha escrito Cotton. Leeré ese el primero.

—En los cuadernos de mi abuela pone que mantenía una relación difícil con su padre. Y que su necesidad de impresionarlo pudo llevarlo a hacer las cosas que hizo.

—Increase Mather era una figura influyente en la comunidad puritana. Cotton estaba decidido a igualar su éxito, pero Increase no estaba de acuerdo con que se usaran en los juicios pruebas espectrales, los testimonios en los que la gente afirmaba que el espectro o el espíritu de la bruja intentaba hacerle daño.

Le miro los labios al hablar.

«¿Los tendrá tan fríos como las manos?»

—En clase de Historia hemos estudiado que desnudaban a las brujas para buscarles los pezones. Por cierto, menuda palabra más asquerosa. Algo de lo que «el familiar de un demonio», creo que el profesor lo llamó así, pudiera succionar. Y clavaban a las brujas alfileres, ¿no? ¿Para ver si los sentían? Es de locos.

—Exacto. A menudo mostraban marcas de mordiscos como prueba. O perdían los nervios en presencia de una bruja.

De repente el sarcullido no me resulta tan extraño.

—¿Y cómo podían creerse esas acusaciones?

Parece pensativo mientras mastica.

—Eran muy convincentes. Mi prometida fue una de las principales deladoras.

—¿Y cómo te sentiste?

—Al principio pensé que se trataba de una enfermedad de verdad. Estaba terriblemente preocupado por ella. Se quedaba rígida y dejaba de hablar o de repente se asustaba por ver algo que no estaba ahí. Pasé muchas horas en vela caminando por los pasillos decidido a encontrar una solución médica.

—¿Y tan solo estaba celosa por tu relación con Abigail? —Debió de sentirse tan traicionado.

—Sí, ahí es donde empezó, sí. Después vinieron los insultos y los rencores familiares. El poder la consumía. Y sus acusaciones le costaron la vida a personas buenas. Cuando me marché, era tan solo la sombra de la chica a la que había amado. Gris y deformada.

Parece una versión más aterradora de mi situación en el instituto.

—¿Cómo podían acusarse unos a otros así como así? Es muy cruel.

—Ella lo hacía para sentirse importante. La gente se salía con la suya porque nadie defendía a los acusados. Los primeros fueron un inválido, una indigente y un sirviente. ¿Quién iba a salir en su defensa?

«Pobre gente.»

—No es muy distinto a tu situación. ¿Crees que los Descendientes te atormentarían si no contasen con el consentimiento de los demás alumnos y profesores?

—Tampoco es que estén de acuerdo exactamente. Guardan silencio sin más —respondo.

—El silencio de un grupo puede ser una sentencia a muerte. En Salem lo fue —señala.

—Pero esas acusaciones llegaron a los tribunales.

Elijah asiente.

—Los tribunales eran diferentes antes. Las brujas acusadas no tenían forma de defenderse.

«Suenan fatal.»

—Así que cuando ibas a juicio, te juzgaban culpable.

—Entrabas por la puerta y salías colgada del árbol más cercano.

—¿Y qué papel desempeñó Cotton exactamente?

—Es complicado. Escribió un libro sobre un caso de brujería en Boston. En aquella época, había poco material de lectura y el libro de Cotton parecía una revista de cotilleos. Como imaginarás, se hizo muy popular. Cuando en Salem cundió el pánico debido a la brujería, los aquejados exponían los mismos síntomas que se describían en aquel libro. Había un ejemplar en sus estanterías.

—¡Vaya! Así que, sin saberlo, escribió toda una guía muy completa para acusar a brujas. —Tal vez la respuesta de Lizzie en clase no estuviera tan lejos de la realidad.

—Tienes que entender también que esa sociedad puritana era tremendamente austera. Todo el mundo trabajaba y rezaba, nada más.

Sacudo la cabeza.

—Y cuando comenzaron las acusaciones, ¿fue como en los programas de televisión? ¿Todo el mundo se obsesionó?

—Se obsesionaron por completo. Sucedió más rápido de lo que se podría imaginar —explica, y hace una pausa—. En la vida puedes imaginar cuándo sucederá algo impredecible. —Aparta la mirada y levanta la tetera china—. ¿Cómo tomas el té?

—Leche y azúcar, por favor. —Mis palabras parecen curiosamente correctas—. Elijah, ¿por qué regresaste a Salem?

—La verdad... Echaba de menos a Abigail. Quería ver algo que me recordara a ella.

—¿Pero no te volviste a ir?

—No.

—¿Por qué no?

—Inquilinos problemáticos. —Esboza una leve sonrisa.

—¿Aún quieres que me vaya? —pregunto temiendo su respuesta.

Se lo piensa un momento y regresa el nerviosismo que le hace parecer un chiquillo.

—Samantha, eres la persona más valiente que he conocido en trescientos años.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Cargo con demasiado peso y a nadie parece importarle. Que alguien lo reconozca resulta apabullante.

—Es todo un honor haberte conocido —continúa—. Ojalá Abigail pudiera tener el mismo placer.

Me limpio una lágrima y él esboza una sonrisa.

—Tengo que recordar adularte más a menudo para que te acostumbres a ello, ¿no te parece?

Tiene razón. Nadie me ha adulado nunca excepto mi padre. Me quedo mirándole y vuelve la agitación de mi corazón. ¿Por qué me siento así? Y, más importante aún, ¿por qué no puedo respirar?

Desliza la mano sobre la mía y me la levanta. Con cuidado, me besa los dedos con unos labios casi templados. Se me pone la piel de todo el cuerpo de gallina, en el buen sentido. El teléfono móvil vibra en el bolsillo. Me sobresalto y recupero la mano. Sin saber cómo voy a recobrar la compostura, saco el teléfono. Es Jaxon.

Oigo un grito ahogado abajo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—No sabría decirte. Puede que haya descubierto una mancha de vino en la parte de atrás de su vestido. Me pregunto cómo reaccionará cuando se ponga su nuevo par de zapatos.

—¿Sam? —me llama una voz ahogada y ambos miramos el teléfono. Me muerdo el labio. Le

he dado a responder.

Una sensación de culpa me embarga por completo; culpa por haber interrumpido nuestro pícnic y culpa por haber valorado la opción de no responder a la llamada de Jaxon.

—Hola, Jaxon —lo saludo y miro a Elijah.

Este asiente y desaparece.

3 N. de la T.: Vomitar.

CAPÍTULO 34

Ya es demasiado tarde

Tengo las manos entrelazadas en el regazo. Las mangas del vestido negro me cubren las muñecas y me pican los brazos. Odio la lana.

—¡Debería demostrarse que es brujería! —exclama una voz en el púlpito de una iglesia antigua.

Es el hombre del bosque. Parece demasiado joven para tener esa voz.

—Tal cosa es negada por muchos... Su principal argumento es que nunca vieron bruja alguna, y por tanto no las hay. Como si usted o yo dijéramos que no nos encontramos con ladrones en la calle, y por tanto no ha habido robo.

Miro a un lado y a otro para comprobar si alguien más cree que esto es una locura. El banco de la iglesia está lleno de gente que lleva la misma ropa de mierda que yo, y también sombreros.

—¿Qué diablos? —prorrumpo.

Todas las miradas se vuelven hacia mí.

—No llame a cosas que no desea —dice el hombre con los ojos fijos en los míos.

Da unos cuantos pasos en mi dirección. Paso junto a la gente del banco y retrocedo por el pasillo. Una cuerda me roza el hombro. Me aparto y alzo la mirada. Del techo cuelga una horca. Cuando vuelvo a mirar al hombre, lo veo a tan solo a unos centímetros de mi cara.

Abro los ojos y me tengo que agarrar a los laterales de la mesa.

—Me complace que te unas a nosotros —me dice la señora Hoxley con los labios apretados como los de un pez enfadado.

A mi izquierda, Susannah parece preocupada. «El instituto. De acuerdo, es jueves por la mañana.» Me restriego los ojos.

—Lo siento —me disculpo y miro el libro de Cotton Mather que tengo en la mesa. No recuerdo haberlo sacado de la mochila. Está claro que no duermo lo suficiente.

—Como estaba diciendo, los que estáis participando en la reconstrucción histórica tenéis que presentaros en el auditorio a primera hora. El señor Wardwell y la señorita Edelson me han pedido que os lo recuerde. Será así los jueves de las dos próximas semanas.

«No son muy buenas noticias.»

Entra una brisa por la ventana agrietada que trae un olor fresco a otoño. Suena el timbre.

Me vuelvo a restregar los ojos y me pongo la cazadora. Los Descendientes han salido del aula sin decirme nada. Se acabó la cordialidad.

Salgo al pasillo y camino a paso lento hacia el auditorio. En cuanto los demás me ven, reculan,

como si no quisieran ni tocarme.

«Maldito sarpullido.»

—Sam —me llama la señora Lippy, que me saluda desde la puerta del auditorio. El pelo le cae sin gracia alrededor de la cara y tiene los dientes manchados de pintalabios.

«Oh, no.»

—¿Va todo bien?

—Estupendo, pero necesito que vengas a mi despacho hoy después de clase.

—Creía que nuestra cita era el lunes. —No tengo tiempo para esto.

—Yo también, pero he recibido algunas llamadas y no todas agradables. —Se pone derecho el broche con forma de pato—. Los padres están preocupados. Como todos. Algunos más que otros.

«Pues qué bien.» Esto solo va a empeorar las cosas. ¿Qué pasará la próxima vez que llamen a Vivian del despacho del director? Si mi madrastra estaba en lo cierto, podrían expulsarme. Y según está nuestra relación últimamente, no me sorprendería que ella lo permitiera.

Suena el timbre.

—De acuerdo, tengo que ir a clase.

Abro la pesada puerta y recorro el largo pasillo central hasta el señor Wardwell.

—Llegas tarde —me informa impaciente, y me pasa lo que parece una obra de teatro.

Ya están todos en el escenario. Y, contando la clase de la señorita Edelson, hay el doble de gente para presenciar cómo recito mis líneas tartamudeando. Se me queda la boca seca.

Recibo algunas miradas bastante desagradables. Menos la de Jaxon, claro. Subo las escaleras y me pongo a su lado en el escenario. Él me sonríe.

—Lo que os he entregado tiene toda la obra con las directrices del escenario. Me gustaría que la leyéramos en voz alta. Así, si hay alguna pregunta, podremos resolverla de inmediato —explica el señor Wardwell con un tono tan entusiasta que sugiere que seguramente él sea el guionista.

La señorita Edelson se pone a su lado. No muy lejos de donde estamos Jaxon y yo, Alice, Mary y Susannah se encuentran junto a Lizzie y John. No sabía que estuvieran en la clase de la señorita Edelson, pero seguro que ellos sí sabían que yo estaba en la del señor Wardwell. ¿Por eso salieron de la tutoría sin decirme nada? ¿Porque no querían venir conmigo? Me muerdo el labio. Alice y Lizzie parecen discutir sobre algo, pero lo hacen en voz tan baja que no entiendo lo que dicen.

—Los que no participéis en la escena que se esté leyendo, podéis quedaros junto al telón y esperad vuestro turno —indica la señorita Edelson con voz chillona—. Los baños están detrás; si alguien necesita usarlos, adelante, pero no retraséis ninguna escena.

Me tiemblan las manos mientras hojeo las primeras páginas en busca del nombre de Cotton. No está.

—¿Tú quién eres? —le pregunto a Jaxon.

—El reverendo Parris. Soy el primero —responde con un entusiasmo bastante fingido.

Me compadezco de él, a pesar de que está bastante tranquilo. Nos colocamos junto al telón y Jaxon y otros tantos se quedan en el centro del escenario. Hay tres metros de distancia entre la siguiente persona y yo. Qué injusto. Me tratan como si tuviera lepra y eso que fui la única a la que no le salió el sarpullido.

En mi visión periférica veo a Lizzie mirándome. No me puedo resistir y le devuelvo la mirada. Tiene la muñeca Mather a un lado, con algo que parece pelo envolviéndole el cuello. Supongo que será pelo mío. Las demás chicas no parecen fijarse, o tal vez no les importa. Quizá lo que me contó Susannah anoche fue simplemente para sonsacarme. Se me tensa el estómago y me vuelvo

hacia el baño.

Me cuelo por un lateral del telón que está abierto y salgo directamente al *backstage*. Hay poca luz y huele como un desván. Hay unas poleas que sirven para subir y bajar las cortinas y unas estanterías de metal grandes. Me dirijo al pasillo por la esquina de la derecha.

Una mano cálida me tapa la boca y me tira de la cabeza hasta apoyarla en un pecho masculino. Forcejeo, pero me agarra con fuerza.

—Qué fácil es hacerte daño —me susurra la voz de John al oído tirándome del cuello—. No deberías haber venido a Salem, Mather. Lo sabemos todo sobre ti. Te debo una por lo del sarpullido. Y en cuanto a Lizzie...

Le estampo el codo en las costillas. Gruñe y relaja la mano que me ha puesto en la boca, así que le muerdo con fuerza. Durante un instante antes de que reaccione, me preocupa que no le afecte. Me pone el brazo por encima de las costillas y casi no puedo respirar. Sigo mordiéndole la mano con fuerza.

De golpe me libera y salgo disparada para alejarme de él. Bajo la tenue luz, me tropiezo contra las poleas. Me engancha en las cuerdas y, en un intento de soltarme, me agarro a una para no caerme.

Justo antes de volverme hacia John con miedo de que vuelva a abalanzarse sobre mí, todo se vuelve negro. Miro nerviosa a mi alrededor, pero no veo nada. Lo único que atisbo es la cuerda en mi mano, eso y nada más.

El pánico me perfora la piel. De la parte alta de la cuerda cuelga el cuerpo de una chica. Da pequeñas vueltas lentamente en mi dirección, pero el pelo le cubre el rostro.

Después de unos pocos segundos que se hacen eternos, suelto la cuerda. En el momento en que lo hago, la negrura se disipa y vuelvo a ver el *backstage*.

No obstante, lo que me encuentro es igual de espantoso que la imagen de la chica colgada. Una de las enormes estanterías de metal está en el suelo con todas las cosas desparramadas alrededor. Debajo de la estantería está John bocabajo y de la cabeza le sale sangre.

Me quedo congelada. Es la visión que tuve en el bosque con las Descendientes.

Los estudiantes vienen corriendo hasta donde estamos y todo el mundo empieza a gritar. El señor Wardwell se abre paso entre la gente.

—Señorita Edelson, ¡llame a emergencias! —grita. Y después se dirige a una pareja de alumnos asustados—. ¡Ayudadme a levantar la estantería!

Se necesitan cinco personas para levantarla y Jaxon es una de ellas. Entretanto, la sangre forma un charco alrededor de la cabeza de John. Lizzie grita y corre a su lado. Susannah, Mary y Alice la consuelan. No entiendo lo que le dicen.

—¡Moveos todos! —grita la señorita Edelson. Algunos estudiantes retroceden y las Descendientes alejan a Lizzie de John.

—Sam. ¡Samantha! —Jaxon viene hasta mí.

La señorita Edelson intenta alejar a los estudiantes traumatizados del *backstage*. Veo borroso. Pasa el tiempo, pero no sabría decir cuánto. Alguien llora. Llegan más profesores y Brennan está con ellos.

Y después llegan los servicios de emergencias.

—No tiene pulso —dice alguien. Jaxon se pone entre el cuerpo de John y el mío, bloqueándome la visión de la sangre. Parpadeo.

Mi amigo me toma de la mano y me empuja con cuidado. Muevo los pies. Me pregunta si estoy bien, pero la boca no me responde. No paro de pensar en la visión que tuve en el bosque. Ni

siquiera intenté descubrir quién era el que aparecía. Ya es demasiado tarde.

¿Cuántos segundos han pasado desde que he visto la visión de la chica ahorcada? No he oído caerse la estantería. De lo único que estoy segura es de que tengo que descubrir quién era la muchacha y de que tengo que contarle a las Descendientes lo que he visto.

Levanto la cabeza y las busco en la sala, fijándome, por fin, en el caos que se ha formado. Estoy sentada en una silla delante del auditorio. ¿Cuándo me he sentado?

—Creo que está en *shock* —le explica Jaxon a un policía con un poblado bigote gris que está sentado a mi lado.

—¿Me oyes, Sam? —me pregunta el policía con voz ronca.

Lo miro a los ojos.

—Sí. —Jaxon parece aliviado.

—¿Te sientes capaz de responder a unas preguntas sobre lo que ha sucedido hoy?

—Creo que sí —respondo.

—Soy el comandante Bradbury. Lo haremos despacio y con tranquilidad. Si necesitas un descanso, dímelo.

Jaxon se sienta a mi otro lado.

—De acuerdo. —La sala está llena de policías y también están interrogando a otros estudiantes.

—Si lo he entendido bien, eras la única persona que estaba en el *backstage* con John cuando se ha caído la estantería. ¿Quieres contarme qué recuerdas? —Se lame el pulgar y pasa la página del cuaderno.

—Salí al *backstage* para ir al baño. —Me tiembla la voz—. Sentí una mano en la boca y otra en el vientre. —Jaxon se tensa—. Me susurró al oído: «Qué fácil es hacerte daño». Pero conseguí darle un codazo en las costillas y le mordí la mano. Entonces me soltó, y yo me tropecé hacia delante y me enredé en las cuerdas. Así sucedió.

Bradbury frunce el ceño.

—¿Me estás diciendo que el joven te atacó?

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos? ¿Habías tenido algún encontronazo con él con anterioridad? —me pregunta.

Dudo.

—Bueno, no exactamente. No le gusto.

—¿Te había atacado antes?

—No. —No puedo contarle lo de la taquilla ni lo de la piedra porque no tengo pruebas.

—¿Y cómo se cayó la estantería? —pregunta.

—No lo sé. Me desmayé cuando me caí. —La chica ahorcada—. Y después lo vi ahí tirado.

—No pareces tan fuerte como para tirar una de esas estanterías... Harían falta dos oficiales corpulentos para empujar una. Tuvo que pasar algo más. ¿Oíste algo o viste a alguien?

¿Ha comprobado las estanterías? Debo de llevar ya un buen rato aquí sentada.

—No, me desmayé.

—Bueno. Lo más seguro es que fuera por el impacto. Es algo común. —Está esforzándose por mostrarse amable—. Si recuerdas algo más, aunque sea dentro de unos días, quiero que me llames, ¿de acuerdo? —Me tiende una tarjeta de visita—. Posiblemente tengamos que llevarte a la comisaría para que hagas una declaración más formal.

—De acuerdo —respondo. Examinó la tarjeta con el logo de una bruja y me la meto en el

bolsillo.

Bradbury se levanta y me da un apretón en el hombro.

—Sam, ¿te atacó? —Jaxon parece contrariado.

—Ha muerto, ¿no? —Ya sé la respuesta y el peso es mayor del que puedo soportar.

Jaxon asiente.

—Voy a llamar a mi madre para que venga a recogernos.

Examino de nuevo la sala.

—¿Dónde están las Descendientes? Tengo que contarles una cosa.

—Se han ido. Lizzie estaba histérica.

No puedo permitir que la visión o lo que fuera eso se me olvide. La última vez lo hice y ha muerto una persona. La siguiente será una chica, posiblemente alguien a quien conozca. Tengo que buscar a Elijah.

Me levanto y Jaxon se levanta conmigo. Siento las piernas debilitadas y la cabeza me da vueltas. Busco el apoyo de Jaxon y siento su mano en el brazo antes de que todo se vuelva borroso.

CAPÍTULO 35

Vi su muerte

—Aquí estás —indica la señora Meriwether poniéndome una toalla fresca en la frente.

La miro con los ojos entornados. A juzgar por el sofá de rayas azules y blancas y los barcos de las paredes, entiendo que estoy en su salón. Jaxon da vueltas a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —pregunto justo antes de que los acontecimientos de la tarde me vuelvan a la mente. Me enderezo y la toalla húmeda me cae en el regazo. Recuerdo venir aquí después de clase, pero no me acuerdo de haberme quedado dormida. ¿Cuánto tiempo llevo fuera de combate? —. Tengo que irme.

—Tranquila. —La señora Meriwether recupera la toalla—. Vivian sabe que estás aquí. Llevas un rato dormida, debes de estar muerta de hambre. Te he preparado sopa.

Quiero quejarme, pero estoy mareada. No he comido nada durante todo el día.

La señora Meriwether va a la cocina y Jaxon se sienta a mi lado. Me toca la frente.

—¿Cómo estás?

—Bien, o eso creo. Siento haberme desmayado. Yo... Me siento como una estúpida.

Su mirada es amable.

—Para nada, ha sido como en las películas. Te desplomaste en mis brazos y te llevé a la enfermería.

—Ya, así terminan todas las películas románticas. El chico lleva a la chica a la enfermería del instituto.

Se ríe y la señora Meriwether vuelve con una bandeja con comida que huele deliciosa. La deja en mi regazo. Sopa de verduras y maíz, pan de maíz caliente con mantequilla, zumo de naranja recién exprimido y un petisú.

—Vivian estará fuera de casa un rato. —Entiendo por su expresión que no le parece nada bien —. Así que, por favor, quédate todo el tiempo que desees.

Sonrío cuando sale.

—¿Alguna novedad sobre lo que ha pasado hoy? —pregunto entre cucharada y cucharada de sopa.

—No. —Parece incómodo y me imagino por qué.

—Me están echando la culpa, ¿no? —No responde—. Me siento fatal. Creo que podría haberlo evitado.

Niega con la cabeza.

—No había forma de que evitaras eso. Te atacó.

—No conoces toda la historia.

Se le tensan los músculos de alrededor de los ojos

—¿Qué quieres decir?

Hago una pausa, valorando cómo explicárselo.

—Vas a pensar que estoy loca.

—Sam, inténtalo y confía en mí. Aunque sea un poquito. Yo no soy tu enemigo. —Es increíblemente difícil resistirse cuando no actúa de forma pretenciosa.

Suspiro.

—De acuerdo... —«¿Cómo empiezo?»—. Vi su muerte hace unos días. Solo que no le vi la cara.

Jaxon parece confundido.

—¿A qué te refieres con que viste su muerte?

Busco las respuestas en el pan de maíz.

—A algo así como una visión.

—¿Un sueño? —Se muestra escéptico.

«No debería de haber abierto la boca.»

—Una visión. Todo se quedó negro y vi a un chico aplastado bajo una plancha de metal. Un momento, ¿qué día es hoy?

Jaxon lo piensa un segundo.

—19 de septiembre.

Suelto la cuchara.

—Hoy es justo el día que aplastaron a Giles Corey hasta que murió. —Estuve leyendo sobre ello cuando Jaxon me llevó a aquella cárcel. Mis pensamientos cambian de rumbo un instante. Tengo que buscar a Elijah.

—Sam, tal vez deberías de tumbarte.

Levanto la bandeja de mi regazo.

—Estoy bien. Solo estoy intentando contarte que vi a John morir en una visión. Puedes elegir no creerme, pero tengo que irme ahora mismo.

—Pareces... bueno, bastante estresada. Puede que sigas en *shock*. —Con «estresada» quiere decir loca.

Alcanzo mi mochila y paso junto a él. Me agarra del brazo.

—Jaxon, no puedo dejar que nadie más muera. —Estoy enfadada conmigo misma por haber bajado la guardia.

«Cree que estoy chiflada.»

—No has dejado que muera nadie. Ha sido un accidente. Ya has oído a Bradbury, es imposible que movieras esa estantería.

—No me refiero a eso. No puedo explicártelo, porque no me creerías. —Aparto su mano de mi brazo y trato de esquivar su mirada.

—Que no crea en visiones no significa que no crea en ti. Yo también me pondría como loco si viera a alguien morir aplastado delante de mis narices. —Me sigue hasta la puerta.

El sol casi se ha puesto cuando salgo. La palabra «aplastado» me saca de quicio. Giles Corey y John han muerto aplastados. ¿Quién será el siguiente?

—Dale las gracias a tu madre de mi parte.

Jaxon sigue caminando detrás de mí.

—¿Puedo ayudarte?

Quiero ayuda, pero si le incomodan las visiones, no puedo contarle el resto. Una parte de mí desearía que me creyese.

—¿Por qué no entras, te tumbas y hablamos cuando hayas descansado un poco?

—No —respondo—. No necesito que me digan lo que tengo que hacer, está muriendo gente. Parece herido.

—Eso no es justo, Sam.

—Ahora nada es justo. Todo es una mierda.

Camino hacia mi casa y cierro la puerta cuando entro.

—¡Elijah! —grito.

—Samantha —me dice con tono preocupado desde el vestíbulo. Debo de parecer tan deshecha como me siento.

—¿Cómo está mi padre?

—Bien.

Asiento.

—¿Has visto lo que pasado? ¿A John?

—No, estaba haciendo unas búsquedas. He oído algo mientras descansabas.

Me paseo por el vestíbulo.

—John es el chico que vi en mi visión. Y cuando ha muerto, he tenido otra visión, o lo que sea. ¿Me estoy volviendo loca?

—¿Has tenido una visión sin hacer un ritual?

—Sí, bueno... —Me acuerdo del sueño—. Me quedé frita en la clase de tutoría y soñé con un hombre que daba un sermón sobre brujería. Estaba haciendo una comparación, diciendo cómo la gente da por hecho que no existen brujas porque nunca han visto a ninguna. ¿Pensaríais que no existen los ladrones solo porque nadie os ha robado nunca nada? O algo...

—¿Dónde está tu copia de *Providencias memorables en relación con brujerías y posesiones*, de Cotton Mather? —me interrumpe.

—Aquí. —Busco en mi mochila—. ¿Qué pasa?

Elijah echa un vistazo a las páginas y señala un párrafo. Lo leo y un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Esas son las palabras exactas de mi sueño. Pero no he llegado a leer esto, nunca he visto este párrafo. —El de mi sueño era Cotton de joven. No lo había reconocido—. Esto significa que no ha sido exactamente un sueño, ¿no?

—Diría que no. Cuéntame qué sucedía.

—Estábamos en una iglesia, en una especie de sala sencilla con bancos de madera. Yo estaba asustada y retrocedí. Una cuerda me rozó el hombro, alcé la mirada y vi una horca por encima de mi cabeza. Después me desperté. —Saber que no ha sido una fantasía que ha inventado mi cerebro hace que contarle se convierta en un horror.

—¿Y qué relación guarda eso con la muerte de John?

—John me agarró y me caí entre las cuerdas que hay detrás del escenario. —Elijah endurece la expresión. Está claro que desconocía mi versión de los hechos—. Se volvió todo negro y no veía nada excepto la cuerda a la que me agarré. Después vi una horca encima de mi cabeza, como en el sueño, solo que esta vez había una chica colgando de ella. No sé quién era porque el pelo le tapaba el rostro.

—Tenemos que descubrirlo. —Su tono confirma mis temores.

—Si podemos evitarlo, quizá es un paso para romper la maldición.

Elijah asiente.

—¿Cotton está intentando avisarme o asustarme? —La idea de dormir me parece ahora

aterradora—. Si pudiera hablar con él como lo hago contigo, sin que la situación fuera tan horrible.

—Estoy seguro de que su espíritu no está aquí de la misma forma en que lo está el mío. No ha habido situación alguna en la que mi rostro se mezcle con el de otra persona como los vuestros. Él es parte de ti, está vinculado a ti.

Me dan ganas de vomitar.

—¿Y ahora qué? Intentar dormir y esperar a que... Mierda, tengo que invocarlo. —No es una pregunta. ¿Cómo he llegado a este punto en mi vida en que veo cosas que no están ahí mientras estoy despierta y veo cosas que podrían estar ahí mientras duermo?

—No creo que las Descendientes te ayuden en esta ocasión. La ciudad está alborotada por la muerte de John. Ha habido demasiados accidentes mortales desde que llegaste y la gente busca explicaciones. Se está usando la palabra «asesinato» como si tal cosa y las familias de las Descendientes desconfían de ti. No pierden a sus hijos de vista.

Capto la verdad que hay en sus palabras. Yo tampoco perdería de vista a mis hijos. He estado presente de forma inexplicable y notoria en lo relacionado con el sarpullido y la muerte de John... y, ahora que lo pienso, también en lo que respecta a las horcas de la cafetería.

—De acuerdo, supongo que tendré que intentarlo sin ellas. ¿Crees que puedo hacerlo en otro lugar que no sea ese bosque?

Se queda pensativo.

—Entonces... ¿sería correcto afirmar que cada vez que se ha aparecido estabas asustada?

No me gusta el cariz que está tomando la conversación.

—Sí.

—También estabas en el bosque en el que colgaron a las brujas, un lugar relacionado personalmente con él —continúa.

—¿Así que tengo que ir a un lugar que dé miedo y que esté relacionado personalmente con él?

—En ocasiones, las circunstancias o emociones extremas pueden romper la barrera entre los vivos y los muertos. —Pienso en la historia que me contó Jaxon de su madre hablando con su padre muerto.

Tiene sentido. La mayor parte del tiempo que llevo en Salem, he estado bajo presión.

—La tumba de su hermano Nathanael está en el cementerio viejo. —En cuanto salen de mi boca, me arrepiento de mis palabras.

—Interesante. Nathanael era su hermano pequeño. Y ya sabes lo importante que era para Cotton la reputación. Nathanael era mejor que Cotton en los estudios y fue a Harvard a una edad temprana. Me aventuraría a suponer que Cotton tenía sentimientos encontrados con respecto a ello. El año después de su muerte, Cotton escribió *Providencias memorables*.

—¿Entonces qué? ¿Se supone que tengo que provocarlo para que aparezca? Cada vez me gusta menos la idea.

—Conmigo funcionó cuando leíste las cartas de Abigail.

—Estupendo, voy a por una linterna. —«No pienso cometer ese error de nuevo.»

CAPÍTULO 36

Recurro al sarcasmo

—¿Suelen venir los muertos a los cementerios? —pregunto a Elijah cuando traspaso la puerta de hierro y me adentro en el cementerio viejo.

—¿Me estás preguntado si los espíritus pasan su tiempo libre deambulando por los cementerios solo para asustar a alguien?

—De acuerdo, ya lo entiendo. —Enciendo la linterna e intento no tropezar con ninguna lápida

—. ¿Dónde estás enterrado tú?

Se queda un momento callado.

—Mi cuerpo desapareció.

Abro mucho los ojos.

—¿A qué te refieres con que desapareció?

—No tendría que contártelo, no tienes que preocuparte por esto, pero creo que lo desenterraron. —Parece más tranquilo de lo que lo estoy yo, y eso que es su cuerpo.

—¡Desenterrado! ¿Quién haría algo así?

—A lo mejor unos ladrones de tumbas.

Me estremezco. Antes de poder evitarlo, me hago una imagen mental. Ilumino con la linterna la lápida de Nathanael Mather en un rincón del cementerio, debajo de un árbol grande. Prefiero hablar de Cotton que de esto.

—Así que este es el extraordinario hermano de Cotton.

Asiente. Saco una pequeña manta de la mochila y la pongo al lado de la lápida. Me hormiguea la piel. Enciendo una vela y la luz titila sobre la lápida, que tiene un cráneo con alas. Si alguien me tocara el hombro justo ahora, saltaría en el aire tan alto como un personaje de dibujos animados.

—Si te acuerdas, podrías probar con el hechizo que usaste con las Descendientes.

De alguna manera, me asusta más que esto funcione a que no lo haga. Cierro los ojos.

—Cotton... no sé si puedes oírme, o si estás vinculado a mí, pero necesito saber algunas cosas. En concreto, quién era la chica ahorcada. —Hablo despacio, sin saber con seguridad qué palabras emplear. Echo un vistazo a Elijah, que asiente.

Respiro profundamente. «Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Va a seguir muriendo gente. Mi padre podría estar entre esa gente.»

—Cotton, necesito que me muestres el rostro de la chica ahorcada. Muéstrame algo para que lo evite. Algo que entienda. —Espero. Muéstrame lo que sabes de esta maldición. Siento lo que digo. Digo lo que pienso. Conoce mi deseo y bríndame claridad. —Durante un segundo, todo se queda estático. El viento deja de susurrar entre las hojas y todo mi cuerpo vibra. Después, nada.

«Mierda.»

—Escucha, ministro, sé que ansiabas la aprobación de tu padre. Debió de fastidiarte mucho que tu hermano resultara ser más inteligente que tú. El año después de su muerte, escribiste tu libro. Y ahora te quedas de brazos cruzados mientras la gente hace circular mentiras en Salem, encantado con tu fama. Es repugnante. —Mi cuerpo vibra de nuevo y me quedo sin aire en los pulmones.

Una fuerza me lanza hacia atrás de una sacudida y abro los ojos. El cementerio ya no está y me encuentro en el bosque. Es diferente ahora que cuando estuve con las Descendientes. Los árboles son más grandes, más salvajes. Distingo a una muchedumbre en un claro y me abro paso hacia allí, tropezándome con las ramas. Una voz masculina recita lentamente una oración.

Al acercarme al borde del claro, puedo ver que la voz pertenece a un hombre que tiene una cuerda alrededor del cuello. Un joven Cotton está a lomos de un caballo al frente de la multitud. Empujo a la gente para poder pasar, pero todos se comportan como si no estuviera allí. Cotton grita a los espectadores.

—Incluso la más retorcida de las criaturas puede aparentar ser inocente. No dejéis que las palabras de este hombre os embauquen. Debéis juzgarlo por sus acciones. Y ahora os pregunto: ¿es culpable?

La multitud ruge asintiendo y la carretilla sale rodando. El hombre cae, y forcejea con la cuerda. Empujo con más ímpetu a los espectadores. En el momento en que puedo pasar, la gente desaparece. No hay nadie aparte de Cotton y el ahorcado.

No puedo apartar los ojos de la cuerda. Mientras observo, el hombre se transforma en la chica que vi en el instituto, con el pelo ocultándole el rostro. Vuelve su mirada frenética hacia mí y el pelo se le mueve. Es Susannah. Cotton desmonta del caballo delante de mí. Intento pasar por su lado, pero me bloquea el paso.

—¡Susannah! —grito mientras ella se asfixia.

Mi antepasado me agarra por el cuello y su fuerte mano me impide hablar.

—Estás detrás del caballo, pero te centras en las cosas equivocadas —señala. Aumenta la presión en mi cuello.

Empiezo a perder la consciencia y no puedo aferrarme a la visión. Intento apartarle la mano, pero no sirve de nada. Abro los ojos y me encuentro a Elijah zarandeándome.

—¡Respira, Samantha!

—Susa... Susannah —consigo decir entre jadeos—. Era Susannah la que se estaba ahorcando. —Me pongo de pie resollando—. Tenemos que ir a su casa, ¿sabes dónde está?

—Sí. ¿Qué has visto exactamente?

Necesito salir del cementerio urgentemente. Recojo mis cosas y camino tan rápido como me lo permite el cuerpo. Le hablo de la oración del hombre y de la gente mientras salimos a la calle. Le intento describir todos los detalles y palabras que recuerdo. Le interesa en particular el rostro del hombre de la carreta.

—George Burroughs —resuelve mientras caminamos—. Fue el único ministro condenado por brujería. Lo acusaron de ser el líder de todas las brujas de Salem. La gente decía que pronunció una oración antes de que lo colgaran. Se supone que las brujas no podían hacer eso.

Me tropiezo en la calle llena de baches.

—La gente parecía afectada. Hasta que Cotton los convenció de que era culpable. ¿Entonces esto pasó de verdad en los juicios?

—No lo sé. Tengo que localizar el origen de la historia.

—¿Qué crees que quería decir con que me estoy centrando en las cosas equivocadas? —pregunto.

—Probablemente eso. Pero tal afirmación hace que me pregunte cuáles son las correctas. —Se detiene—. La casa de Susannah. —Señala una pequeña pasarela de piedra que da a una puerta verde.

Me acerco a la escalera de entrada. ¿Por qué estaba Cotton tan enfadado? ¿Por lo que dije de él o porque se me está escapando algo? Levanto la mano para llamar, pero la puerta se abre antes de que toque la madera. Al otro lado está Susannah y parece preocupada.

—Susa...

—Shhh. Baja la voz —me advierte—. No es un buen momento, Samantha. —Tiene los ojos hinchados de llorar.

—Ya lo sé. Lo siento. No habría venido, pero es importante. ¿Te acuerdas de cuando fuimos la primera vez al bosque?

Asiente y mira por encima de su hombro.

—El chico que vimos aplastado debajo de la plancha de metal tiene que ser John.

—Yo no vi a nadie aplastado. —Su expresión se vuelve más ceñuda.

Un momento, ¿ella no lo vio? Si hablamos de ello. Bueno, en realidad no, Alice les dijo que se callaran y entonces solo hablamos de las caras borrosas. Di por hecho que ellas también lo habían visto.

—Oh, vaya. Bueno, yo sí lo vi. No sabía qué significaba hasta después de que muriera John.

—¿Por qué no dijiste nada? Podríamos haberlo evitado —espeta subiendo la voz.

Su madre aparece en la puerta justo cuando termina la frase.

—Susannah, nada de visitas. —Parece que sabe quién soy.

—De verdad, no sabía que pasaría. Te lo juro. No sabía que se trataba de John —aclaro antes de que su madre la aparte—. Pero he tenido otra visión...

La madre de Susannah se enfada mucho cuando menciono el nombre de John.

—¡Fuera de mi propiedad o llamo a la policía!

Tengo que contárselo.

—Por favor, Susannah, tienes que escucharme. Te he visto ahorcada en mi visión, ¡creo que eres la siguiente! —grito. La puerta se cierra en mis narices.

Ha ido muy mal.

—Soy una idiota.

Elijah me sigue a mi casa.

—Le has dicho la verdad. Nunca te lo habrías perdonado si no la hubieras avisado. —Intenta ser amable, pero ambos sabemos que la he cagado.

—Dudo que su madre la deje acercarse a mí ahora.

—Eso es verdad.

—Bueno, mañana intentaré explicárselo en el instituto. —Suspiro—. ¿Crees que se ha creído lo de la visión?

—No sabría decirte. Creo que es mejor que se lo expliques cuando estés más calmada.

Estoy de acuerdo.

—Elijah, ¿qué se me está escapando? ¿Qué es eso en lo que no me estoy centrando que ha mencionado Cotton? Tenemos que buscar la historia de George Burroughs por si hay alguna pista.

—Sí.

—La antepasada de Susannah recitó oraciones igual que Burroughs, ¿no? Además, me dijiste

que fue ella la que peor se puso con el sarpullido, ¿verdad? Y ahora la veo ahorcada. Tiene que estar relacionado.

Elijah se queda callado un instante.

—Indagaré un poco.

—¡Estupendo! —Ahora hay que buscarle el sentido al pasaje que citó Cotton en mi sueño. Dijo que la gente no cree en brujas simplemente porque nunca han visto a ninguna. ¿Querría decir que en realidad no creo en las cosas que no veo?

Seguimos hacia mi casa, inmersos en nuestros pensamientos. Si eso es lo que está diciéndome, entonces tengo que dejar el escepticismo a un lado y aceptar estas rarezas. Resistirme no me ha llevado a ninguna parte. Mi padre siempre dice que no puedes elegir lo que sucede en el mundo, solo cómo reaccionar ante ello.

No me queda mucho tiempo. Si Cotton está vinculado a mí, la respuesta también está aquí. Debería ser capaz de descubrir lo que sabe. Abro la puerta de casa y la cierro detrás de mí.

—Acabo de colgarle a la madre de Susannah —me informa Vivian, moviendo el teléfono en la mano—. Me ha dicho que has amenazado a su hija. ¿En qué estabas pensando, Sam? Después de lo que ha pasado hoy.

No lo reconozco y ella no intenta detenerme cuando subo las escaleras. No hago caso del comentario de Vivian y cierro la puerta de mi habitación. En Nueva York la parte de la socialización nunca resultó fácil. En ocasiones le suplicaba a mi padre que me cambiara de colegio. Pero esta es de lejos la peor situación en la que me he visto.

Me quito la cazadora y me tiro en la cama.

—Estoy asustada, Elijah. Me da miedo no solucionar esto a tiempo. No ser lo suficientemente fuerte. Mañana es viernes, hará cuatro días desde que vimos las caras borrosas por primera vez, y no siento que esté mucho más cerca de resolver la maldición.

—Quiero enseñarte algo, a lo mejor te ayuda.

—¿Qué?

—No estuve seguro hasta ayer.

Me incorporo.

—¿Seguro de qué?

Se dirige al armario y saca las cartas de Abigail del hueco de arriba. Saca una del montón. Me animo un poco.

—¿Una de las cargas de Abigail? —«Han estado todo este tiempo en mi habitación.»

Elijah se sienta en la cama.

—Esta no es de William. Esta me la escribió a mí. La encontré la mañana que murió.

Tomo el sobre que me ofrece y lo acaricio suavemente con la punta de los dedos. Está amarilleada por el tiempo y tiene su nombre escrito con una bonita caligrafía en la parte frontal. Huele igual que los libros viejos, un reconfortante aroma a humedad.

Con mucho cuidado, saco el pesado papel. Los pliegues del centro me hacen pensar que la han doblado y desdoblado muchas veces. Hay una *rudbeckia* negra dibujada en la esquina.

Mi queridísimo Elijah:

Soy muy consciente de la profunda tristeza que albergas y lo lamento muchísimo. No deseo que te inquietes por mí.

Por favor, comprende que no ha sido solo por William por quien me he sentido afligida estos días. Él ha abierto una grieta en mi corazón, pero ha sido todo lo que acontece con esas familias lo que lo ha quebrado. Esos hombres y mujeres alejados de las personas a las que aman y que, a su vez, los aman a ellos. Es el mayor mal de todos, separar a la gente que se quiere. Me siento apesadumbrada por todos nosotros. Su miedo los ha alejado de la compasión.

Más importante que nada es que no deseo que pienses que podías haberme salvado, porque no podías. Es mi hora. No hay nada que pudieras haber hecho para alterar esto. Cambia el mundo, mi querido hermano. Te necesita, igual que yo te he necesitado todos estos años. Pasará mucho tiempo hasta que lo entiendas, pero, por favor, deja que me marche ahora con amor.

Cuando aparezca el cambio, traerá paz. No se doblegará a tu voluntad; tendrás que doblegarte tú. Ofrécele tu ayuda.

Con amor y deseando que te encuentres bien,

Abigail

La leo despacio, esforzándome por entender la letra complicada y la estructura de las frases.

—Era maravillosa, ¿verdad?

—Más de lo que puedas imaginar.

Me quedo mirando la carta, pensando en cómo se sentiría al leerla. Se me rompe el corazón por él.

—Pasé un tiempo reflexionando sobre el último párrafo —comenta—. Se refiere a ti.

Me mira con tanta atención que casi me olvido de cómo se habla.

—¿Qué quieres decir?

—Que estábamos destinados a conocernos. Me refiero a que tú eres el cambio, Samantha.

No estoy muy convencida, pero quiero estarlo.

—Escribió esto hace trescientos años.

—Mi hermana era especial, como tú. No veía espíritus, pero tenía premoniciones. Nuestros padres le prohibieron hablar de ello, pero te aseguro que siempre acertaba, Samantha.

«¿De verdad estaba destinada a conocer a Elijah?»

—¿Qué te hace pensar que se refiere a mí? No soy un cambio, ni siquiera he cambiado mi propia situación.

—Me has cambiado a mí.

—¿Cómo podría cambiarte? Eres muy obstinado.

Esboza una sonrisa.

—Por favor... Eres la primera persona con la que he querido hablar en tres siglos.

«Me encantaría que fuera verdad.»

—Y pienso que puedes romper esta maldición, que puedes cambiar tu destino y el de las Descendientes. Eres la verdadera razón por la que he regresado a Salem. Te he estado buscando sin saberlo.

No sé si Abigail se refería a mí cuando escribió la carta de despedida. No sé cómo ser un cambio, ni siquiera sé, en ocasiones, cómo mantener una conversación civilizada. Pero quiero romper la maldición más que ninguna otra cosa que haya deseado en mi vida.

Abrumada como estoy, recorro al sarcasmo.

—Abigail tenía razón en una cosa, está claro que soy lo que todo el mundo calificaría como paz.

Echo una rápida mirada a la fotografía de mi padre. «Te prometo que, si hay alguna forma de parar esto, lo haré. Cueste lo que cueste, por muy excéntrico que parezca.»

—Tienes más poder del que imaginas, Samantha. Tan solo tienes que ser lo suficientemente valiente para darte cuenta.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Lo único que tienes que hacer tú es doblegarte a mi voluntad.

Sonríe y vuelven a salirle los hoyuelos.

—No te adelantes.

Ahora sonrío yo.

—Es que esa ha sido mi parte favorita.

CAPÍTULO 37

Así se cuelga a una bruja

Salgo al fresco de la mañana y cierro la puerta, feliz de evitar una conversación incómoda con Vivian sobre si me lleva al instituto en automóvil.

No es la vez que más tiempo hemos pasado sin hablar, pero es la peor pelea que hemos tenido. Ni siquiera se trata de una pelea, sino de algo más. Es como si mi mundo se hubiera hundido. Hasta donde puedo recordar, mi padre y Vivian siempre han sido las únicas personas que he tenido.

Apenas puedo mantener abiertos los ojos cuando giro la llave en la cerradura. He dormido tres horas y me encuentro mal por la modorra. Me doy la vuelta y estoy a punto de chocarme contra el pecho de un hombre. Suelto un grito y levanto la mirada; me encuentro con la cara de preocupación de Jaxon.

Después de lo mucho que me he esforzado por salir en silencio, ahora estoy gritando.

—¡No hagas eso! —Camino rápido en dirección al instituto.

—Lo siento, no pretendía asustarte. —Jaxon me quita la mochila del hombro, pero estoy demasiado cansada para protestar—. Había pensado en ir contigo.

Otras veces me ha acompañado a casa, pero nunca al instituto.

—¿Estás verificando si estoy bien?

—Puede. —No me mira. Nunca he visto a Jaxon mostrarse inseguro y no me parece algo natural.

Probablemente piense que sigo hecha una mierda por lo de ayer. Y así es, pero su forma de tratarme, como si estuviera loca, me recuerda al desastre de situación que estoy viviendo y eso me pone más nerviosa.

—No te necesito.

Iguala mi ritmo y se aparta el pelo de la cara.

—Sam, me gustaría hablar...

—Los enfermos necesitan que alguien se ocupe de comprobar si están bien. Pero yo no estoy enferma. —Sea lo que fuere de lo que quiera hablar, no sé si podría soportarlo justo ahora. No estoy en mi mejor momento.

—Viste a una persona morir delante de ti. Así que tampoco creo que estés muy bien, la verdad. —El tono con el que lo dice es serio y me pongo tensa.

Durante toda mi vida, la gente me ha dicho que no soy normal y que necesito ayuda, y que ahora Jaxon haga lo mismo realmente me hace sentir que me ahogo.

—No quiero hablar ahora, Jaxon.

—¿Por qué? ¿Porque no te he dicho que creo que tuviste una visión sobre John? ¿O que creo

que va a morir más gente?

Me arden las mejillas y aprieto el paso. Menos mal. Ya casi hemos llegado al instituto.

—No quiero tener que defenderme contigo. Ya lo he hecho con el resto del mundo. —Le quito mi mochila y él alcanza la tira antes de que pueda echármela al hombro.

Busca mi cara.

—¿Desde cuándo has tenido que defenderte cuando hablas conmigo? Lo único que quiero es que me hables. Quiero...

—Suelta. —Tiro de la mochila y aprieto los labios. Asiento y él suelta la tira. Atravieso la puerta del centro, pero él no me sigue. En cuanto estoy dentro, me arrepiento de lo que he dicho. Sí que quiero hablar con Jaxon, pero ¿cómo voy a contarle lo de Elijah y la maldición? Nunca me creería.

En el pasillo, los alumnos que han llegado a primera hora me reciben con miradas desagradables. Me insultan lo suficientemente alto como para que lo oiga. Aprieto la mandíbula y reprimo las lágrimas.

Cuando doblo la esquina, se abre una puerta. Veo la cara angulosa de Elijah en la sombra. Me acerco y entro. La puerta se cierra. Está oscuro y me doy en el pie con algo duro. Me agarro a Elijah y él le da al interruptor de la luz.

Se trata de un armario con cosas de la limpieza y apenas hay espacio para los dos. Nuestros pechos solo están separados por unos pocos centímetros.

Nos quedamos en silencio un instante. Las sombras se proyectan en sus mejillas y tiene los labios ligeramente separados. Me sobreviene el imperioso deseo de acercarme más a ellos. Me inclino adelante sin ser consciente de lo que hago.

—¿Cómo se encuentra mi padre? —pregunto, echándome un poco hacia atrás.

—Lo están cuidando bien.

Me alegro.

—¿Has descubierto algo... o te gustan los armarios de la limpieza?

Una pequeña sonrisa se forma en sus labios.

—He encontrado la historia de Cotton en el ahorcamiento de George Burroughs. Cotton escribió otro libro de hechicería después de los juicios titulado *Las maravillas del mundo invisible*.

Si apenas entiendo *Providencias memorables*.

—Después, un hombre llamado Robert Calef escribió un libro con el título *Más maravillas del mundo invisible*. En este se narraba la historia de lo que viste en la visión.

—¿Por qué era el título de Calef como el de Cotton? —pregunto; me doy cuenta de que todavía estoy agarrada a su brazo, pero no me preocupo por soltarme, parece tan sólido y vivo.

—El mismo Robert Calef hizo un comentario sobre los juicios de Salem. Tenía muchas cosas desagradables que decir de Cotton.

—Entonces... ¿Calef era enemigo de Cotton? ¿Y se procuró fama destruyendo la reputación de mi antepasado? —Oigo el bullicio de la gente fuera, pero no me importa—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que la historia de Cotton y Burroughs no sea cierta? ¿Por qué me iba a enseñar el relato que contó un hombre para hacerlo quedar mal?

—No sabría decirte. Cotton escribió en su diario que no creía que se publicara nunca el libro de Calef. Y si se publicaba, que nadie lo tomaría en serio. Repíteme qué dijo sobre Burroughs después de que este pronunciara la oración.

—Algo sobre que la gente malvada puede fingir ser buena y también que no se dejaran

engañar. —Muevo los pies en el pequeño espacio entre los cubos y rozo mi cuerpo contra el de Elijah un instante. Me agarra de la cintura para que recupere el equilibrio y me da un vuelco al corazón, como si cayera de una montaña demasiado rápido.

Me suelta.

—Parece una metáfora. A lo mejor se refería a alguien que parece bueno, pero no lo es.

—De hecho, si tenemos en cuenta toda la historia de Calef, tiene que ser alguien que está propagando una historia sobre mí y finge ser bueno, pero que en realidad no lo es. ¿Lizzie? Se ha estado comportando fatal conmigo, pero en el instituto todos creen que es maravillosa.

—¿O alguna de las otras Descendientes? —propone.

Me da una punzada en el corazón al pensar en que Mary, Alice o Susannah pudieran ser en secreto mis enemigas.

«Susannah, no. Cualquiera menos ella.»

—¿Has podido informarte sobre la causa del sarpullido?

—No, pero ahora es el momento perfecto. Las casas están vacías.

Suena el primer timbre y me aferro a su camiseta. No quiero salir de aquí, quiero quedarme en este armario con olor a limón junto a Elijah. Él conoce todas las cosas extrañas que me están pasando y no cree que esté loca; él cree que soy especial. Siento un repentino calor extenderse por mi cuerpo como una llama en una madera seca.

Elijah levanta las manos y me sostiene la cara. Sus dedos son suaves y me aparta el pelo.

—Estoy aquí, contigo. Y me quedaré todo el tiempo que haga falta. No estás sola.

El consuelo de sus palabras me envuelve como un abrazo. Me acerca la cara a la suya y me da un beso en la frente. Antes de que pueda decir nada, desaparece con un parpadeo. Me quedo agarrada al aire, donde estaba su camiseta, y con la sensación de su ausencia. Apago la luz y salgo a un mar de gente.

Corro hasta el aula de tutoría y, cuando abro la puerta, la hostilidad se palpa en el ambiente. Los pupitres de las Descendientes están vacíos. Me siento en mi sitio de siempre. Detrás de mí, la gente habla en susurros de la muerte de John. Suena el timbre.

La señora Hoxley no tiene que mandar callar, la clase se queda en silencio.

—Esta tarde habrá una reunión especial y tendremos la oportunidad de hablar de la tragedia de ayer. Si alguien siente que necesita hablar de ello de forma individual, por favor, que me lo diga para que le dé un permiso para ir al despacho de la orientadora.

Me llevo las manos a la frente. Siento una mezcla de cansancio y ansiedad cuando el pelo me cae alrededor de la cara. Estoy segura de que Alice y Mary ya saben lo de mi metedura de pata en la casa de Susannah. No tenía ni idea de que no habían tenido la visión de John. El hecho de habérselo contado después de lo que le ha pasado a su amigo resulta sospechoso. Alice ya desconfía de mí y cree que soy la causa de todo esto. Ojalá pudiera explicarme. No sabemos cuánto tiempo nos queda hasta que Susannah... Ni siquiera puedo pensar en ello. No voy a dejar que a ella le pase lo mismo.

Suena el timbre. Abro los ojos y siento la cabeza pesada. Cuando salgo, un chico se choca conmigo. Me tambaleo, pero él no se da la vuelta. «Qué día fantástico el de hoy.» No me sorprendería que me lincharan en esa reunión. Me ruge el estómago por los nervios.

Entro en el aula de Historia y pillo a Jaxon mirándome. Me siento fatal, pero ni siquiera sé qué decirle. Lizzie tampoco está en su sitio. ¿Estarán todas las Descendientes juntas? ¿Le habrá contado Susannah a Lizzie lo de mi visita a su casa? Espero que no. Porque si es así, las cosas van a empeorar.

Suena el timbre.

—No sé si hay alguna forma buena de empezar hoy —comienza el señor Wardwell y procede a dar la lección. Miro por la ventana sin escuchar lo que dice.

Lo que me ha contado esta mañana Elijah sobre tener un enemigo me reconcome. Era una advertencia. Cotton estaba furioso cuando dijo que me estaba centrando en las cosas equivocadas.

Elijah aparece con un parpadeo y me sobresalto. Jaxon se da cuenta.

—He encontrado algo que vas a querer ver —me dice el espíritu.

Levanto la mano, pero el señor Wardwell no me dice nada. Veo que no tiene en su mesa el pase para el baño. Continúa unos segundos más mientras mi mano está en el aire.

—¿Sí, Sam? —Parece molesto.

¿Me lo estoy imaginando o es que es un capullo de verdad? ¿Creerá también él que tuve algo que ver con la muerte de John? A lo mejor Jaxon estaba equivocado y Wardwell es un descendiente.

—¿Puede darme un pase para el despacho de la orientadora? —No tengo ganas de ver a la señora Lippy, pero a esto no puede negarse.

—Ve. —Mueve la mano en dirección a la puerta.

Alcanzo la mochila. Cuando paso junto a una de las chicas de la primera fila, esta me dice:

—No vuelvas.

Me froto la cara cuando salgo al pasillo.

—¿Qué has encontrado?

Elijah me pasa un papel pequeño. Lo desenvuelvo con cuidado. Tiene símbolos escritos con tinta negra y algunos manchados con algún tipo de líquido.

—¿Qué es esto?

—Es un pergamino y esos símbolos son de un hechizo.

Abro la boca para discutir la autenticidad de esto y me acuerdo de la promesa que le hice anoche a mi padre de que no iba a resistirme a creer en este tipo de cosas.

—¿Dónde estaba?

—No lo creerás. Escondido con astucia en un volante del vestido que llevaba Susannah en la fiesta.

—Entonces es probable que esto fuera la causa del sarpullido, ya que Susannah se llevó la peor parte, ¿no? —En todo momento he creído que el sarpullido se manifestó solo, como una señal del apocalipsis o algo así—. Esto no explica por qué a mí no me salió como a todo el mundo.

—Ves espíritus y tienes visiones. Eres muchas cosas, pero normal no es una de ellas.

A lo mejor Cotton se refería a esto con su advertencia.

—Si Lizzie pretendía tenderme una trampa, que a mí no me saliera el sarpullido era la forma perfecta de hacerlo. —«O Alice.» Madre mía, espero que no fuera ella.

Una de las aulas que tengo al lado se abre y avanzamos en dirección al despacho de la señora Lippy.

Debería de enseñarle esto a las Descendientes. Susannah entendería que alguien lo había planeado y las pistas la llevarían a Lizzie. ¿Quién más sabe brujería aparte de ellas?

—¡Oh, no! Susannah vino a mi casa antes de la fiesta. Eso me convierte en la principal sospechosa.

—Ya he pensado en ello.

—¿Hay alguna forma de demostrar quién escribió esto?

—No que yo sepa.

Me quedo mirando fijamente el papel que ha sido el posible causante de todo este lío.

—¿Me lo puedo quedar?

—Claro —responde al llegar al despacho de la orientadora.

Mi mala suerte alcanza todo su esplendor y la señora Lippy sale del despacho.

—Me había parecido oír una voz en el pasillo. Estás de suerte, Sam, ahora estoy libre.

Miro una última vez a Elijah antes de que desaparezca y entro en el despacho. Me meto el hechizo en el monedero y veo la tarjeta que me dio el comandante Bradbury cuando me interrogó.

—Me alegra que hayas venido. Has hecho bien.

Esperaba que este lugar estuviera lleno de gente y tuviera que esperar el resto de la hora de clase en la sala de espera. Me siento en la silla.

—Imagino que has venido por el trágico suceso.

Asiento.

—No sé muy bien qué pensar.

—¿Eras amiga de John?

—Estaba en mi clase.

—¿Cómo te sentiste cuando lo viste? Tú lo encontraste, ¿correcto? —Si sabe eso, todo el instituto sabe que yo era la única que estaba con él cuando murió.

Exhalo un suspiro.

—¿Sinceramente? Anestesiada. No podía moverme.

—¿Y cuando la anestesia se pasó?

Me quedo un instante en silencio.

—Sentí culpa.

Suelta el aliento, como si se sintiera realmente aliviada porque estamos avanzando.

—Me sentí como si hubiera podido evitarlo. —Odiaba a John, pero no quería que muriera.

—En retrospectiva, se ve de otra manera, Sam. Tal vez te sirva de ayuda que hablemos de los hechos que tienen que ver con este incidente. A ver si podemos encontrar la raíz del problema. — Saca una hoja llena de notas—. ¿Has participado en alguna pelea últimamente?

—¿En peleas? No.

—¿Has tocado a alguien y poco después te has enterado de que estaba enfermo?

Se acabó mi arranque de sinceridad.

—No.

—Y dime: ¿has saboteado a propósito la nota de alguien durante un examen?

—Creo que no la entiendo. —Así que esta es la lista de quejas que quería tratar ayer la señora Lippy.

—¿Has deseado alguna vez el mal de alguien con la mirada?

Esto es lo más ridículo que he oído en mi vida.

—¿La gente viene aquí a contarle esas locuras sobre mí? ¿O sus padres? —Elijah tenía razón. Todo el instituto quiere vilipendiar-me. Quizá no me ataquen abiertamente, pero el resultado es el mismo.

—Bueno... Puede que algunas sean más exageradas que otras —admite—, pero no es posible que toda esta gente esté equivocada. Creo que, si acabamos con este patrón de comportamiento que parece seguir con el resto de estudiantes, podemos avanzar.

¿Acabar con el patrón? Pero si no... Un momento, a lo mejor sí que puedo acabar con el patrón que sigo con ellos. En esta maldición todo parece seguir un patrón. Si puedo romper un

eslabón de la cadena, a lo mejor sirve de algo. Elijah hizo una comparación de mi situación social aquí con los juicios.

—¿Sam?

—Lo siento, señora Lippy. Creo que me ha servido de ayuda para descubrir una cosa.

Sonríe ampliamente.

—Es mi trabajo.

Necesito tiempo para pensar en esto.

—¿Hay algún lugar donde me pueda sentar un rato a solas? ¿Una clase vacía o algo así?

—Esa no es la política del centro exactamente.

—Me ha dado mucho en lo que pensar. Me temo que, si vuelvo a clase, voy a perder todo este progreso que hemos logrado.

La orientadora vacila.

—¿Estás segura de que no podemos hablar de ello?

—Créame, necesito pensar en privado primero. Después puedo compartirlo con usted.

Asiente y empieza a rellenar un papel.

—Esto es para el aula uno veintisiete. Normalmente está cerrada a esta hora. —Me tiende el pase—. Tienes media hora.

—¡Muchas gracias! —Le sonrío y parece complacida. Tomo la mochila y salgo del despacho.

Cuanto voy por la mitad del pasillo, empiezo a susurrar el nombre de Elijah. Abro la puerta del aula vacía y me lo encuentro justo delante.

—¿Estabas susurrando?

—Lo siento —respondo—. Es que no sé de qué otra forma ponerme en contacto contigo.

Relaja la expresión.

—No me importa que me llames.

—¿Cómo sabes que te estoy llamando si no estás mirándome?

—Aún no lo he averiguado ni yo. Creo que está relacionado con la cantidad de tiempo que me centro en ti. Debo de estar sintonizado contigo. Te oigo cuando dices mi nombre. Los nombres poseen poder.

Me gusta que esté sintonizado conmigo.

—Creo que he descubierto algo mientras hablaba con la señora Lippy. ¿Sabías que la gente se está quejando de que fastidio sus notas y que hago que se pongan enfermos con la mirada y un montón de sinsentidos más?

—Esas cosas exactamente no. Pero algo sabía, sí.

—¿Recuerdas que me dijiste que mi situación es como la de las brujas acusadas en 1600? ¿Y que el silencio es una sentencia a muerte? —Asiente—. Creo que mi situación está más relacionada con esto de lo que pensaba. Puede que todo sea parte de un patrón más amplio.

—Complicado.

—Las muertes siguen un patrón. Eso lo sabíamos. Y hemos descubierto que solo suceden cuando los descendientes de las familias más significativas de los juicios están en Salem al mismo tiempo. ¿Y si el patrón es más complejo de lo que imaginábamos? ¿Y si se están reproduciendo los juicios originales? Como si pasara lo mismo, pero de una forma distinta. En este caso, se me acusa a mí de bruja y todos los demás se ponen a la cola para acabar conmigo, al menos metafóricamente hablando.

Ladea la cabeza.

—En efecto. Tiene más lógica que nada de lo que hayamos descubierto hasta ahora.

—¿Verdad? —Estoy tan emocionada que al instante el cansancio se esfuma—. Vamos a revisar las causas principales de los juicios. A lo mejor, si evitamos que algunas de esas cosas sucedan, podemos romper la maldición... o, al menos, ralentizarla. —Saco un recorte de papel y empiezo a tomar notas—. Para empezar, el libro de Cotton.

—Para empezar, tenemos que ir más atrás. La brujería era un delito común en esa época. En unos pocos cientos de años se produjeron más de ochenta mil ejecuciones por brujería en Europa. Y antes de los juicios de Salem, se ejecutó a unas quince personas en Nueva Inglaterra.

Pongo una mueca.

—Así que la gente aceptaba la brujería como algo real.

—Sí. Eso mismo. Y, como ya te he contado, la bahía de Massachusetts era una comunidad puritana. Los líderes políticos eran miembros de las iglesias puritanas y les hacían consultas frecuentes a sus ministros. Los puritanos eran calvinistas y, excepto los aprobados, todos los demás rituales estaban asociados al paganismo.

Lo apunto rápidamente en el cuaderno.

—Básicamente, cualquier cosa que se saliera de la norma era tratado como algo malo.

Elijah asiente.

—Además, Salem era un lugar conflictivo. Los habitantes se peleaban por las tierras y por asuntos relacionados con la iglesia. Casi todos podían elaborar una lista de quejas sobre sus vecinos.

En resumen, como en el instituto.

—Seguro que en cuanto empezaron a surgir acusaciones, se extendieron como el fuego.

—Así es. Lo que dijiste sobre el libro de Cotton es cierto. Proporcionó información a la gente que necesitaba presentar acusaciones creíbles. —Parece pesaroso.

—Realmente el ambiente perfecto para que las cosas se fueran de madre. —Guardo silencio un momento—. Como mi situación aquí. Los estudiantes suelen tirarse al cuello de la persona que es simplemente diferente. Y una vez que comienza la guerra, esta empeora hasta que alguien pierde.

Elijah frunce el ceño.

—Supongo que las acusaciones por brujería no han desaparecido, tan solo se han transformado.

Esperaba tener que encargarme de una tarea más clara.

—¿Cómo voy a cambiar todo un sistema? ¿Algo que lleva pasando desde siempre?

Elijah sonríe al oír la palabra «cambiar».

—Quería que entendieras el contexto de las acusaciones contra las brujas. Podemos tratar el asunto de forma más específica, examinar qué es necesario para condenar a una bruja.

—De acuerdo. —Esa idea me hace sentir más cómoda—. Cuéntame lo que pasó en los juicios y yo buscaré los equivalentes en mi situación actual.

Escribo en el cuaderno:

Así se cuelga a una bruja

—Para empezar, se necesita una comunidad atemorizada —me explica—. Además de lo que ya te he dicho sobre los ciudadanos, las batallas de los franceses y los indios dejaron a los habitantes de Nueva Inglaterra particularmente asustados. Había personas en Salem a las que habían atacado, que habían perdido a sus seres queridos o que eran refugiados. Tenían miedo y siempre estaban esperando que pasara algo malo. Querían algo que explicara sus pérdidas y temores.

—Como las muertes misteriosas y las cosas extrañas que están sucediendo en Salem. Alice dijo que estaban buscando una explicación.

Elijah asiente.

—Y un grupo selecto se encargó de efectuar las acusaciones.

—Los Descendientes.

—Cuando ese grupo decidía ponerse en contra de una bruja, nadie podía salir en la defensa de esa persona. Les daba miedo que también los acusaran si decían algo.

—Todo el instituto teme hacer frente a las Descendientes, sobre todo a Lizzie. Puede que toda la ciudad. —Conectar estos puntos está resultando demasiado sencillo. No me gusta.

—Las quejas sobre la bruja crecían a menudo. Se unían a ellas más ciudadanos y reforzaban la idea de que esa persona tenía algo raro.

—Las quejas que me ha leído la señora Lippy...

Mi compañero asiente.

—Las pruebas se presentaban en forma de daños físicos y visiones, y llegaban al extremo de culpar a esa persona incluso de asesinatos.

—El sarpullido y la muerte de John. —Qué macabro.

—Los magistrados y la comunidad revisaban las pruebas en el juicio. Cuando todos coincidían en que las pruebas eran suficientes, se sentenciaba a la bruja a morir ahorcada.

El corazón me martillea en el pecho. No pueden colgarme, ¿no? Aunque esto sea una metáfora, la idea es horrible e inquietante. Pienso en el dibujo en la tierra de Gallows Hill Park y en la horca en el café.

—Para esta no tengo nada.

Así se cuelga a una bruja

<i>Juicios de brujas</i>	<i>Ahora</i>
<i>1. Comunidad asustada (batallas franceses/indios).</i>	<i>Muertes de descendientes en Salem.</i>
<i>2. Convicción de un grupo selecto (al que nadie se enfrentaba).</i>	<i>Los Descendientes.</i>
<i>3. Aumento de quejas sobre la bruja acusada para reforzar que algo le pasa a esa persona.</i>	<i>Lo que los padres y los estudiantes le están contando a la señora Lippy y a Brennan.</i>
<i>4. Pruebas de brujería (visiones,</i>	<i>El sarpullido. Muerte de John.</i>

asesinato, etc.).

5. *Pruebas revisadas en el juicio.*

???

6. *Condena a la horca.*

—No sé cuál sería el equivalente de ir a juicio —comento—. Además, la mayoría de estas cosas ya han sucedido. No puedo evitarlas. ¿Era posible librarse de la sentencia a muerte?

—En ocasiones, sí. Pero para lograrlo la persona afectada necesitaba un gran apoyo y una forma de hacerse oír. Te hará falta un público y tendrás que ser convincente.

Se me cae el alma a los pies y casi la siento en los mismos dedos.

—¿Un discurso?

—Sí, supongo que sí. —Se queda callado e intuyo qué va a decir a continuación—. Además, nuestros juicios no eran tan formales como imaginarás. Eran más bien... un acontecimiento social. ¿Habrá una reunión en el instituto para hablar de la muerte de John?

Me miro las manos, que han dejado de tomar notas.

—Sí, hoy hay una reunión.

—La providencia.

—Siempre te pones en lo peor.

CAPÍTULO 38

Razones para no gustarme

Sujeto el papel que he escrito con letra cutre y me siento en la última fila del auditorio. La gente habla en voz baja, pero se respira energía.

El director Brennan se aclara la garganta en el podio.

—Como ya sabéis todos, uno de nuestros estudiantes murió trágicamente ayer.

Desintonizo su canal y me concentro en mi discurso. Me tiemblan las manos y el papel cruje. «Que no me desmaye», aunque, por alguna razón estúpida, me ha pasado ya dos veces desde que llegué a Salem. «Y que nadie me tire nada.»

—Samantha, si no tienes cuidado se va a romper —me advierte Elijah. Miro mi puño aferrado al papel.

Observo las nuca de los alumnos y, de forma involuntaria, me pongo a contarlos. Cuando llego a quinientos, me empiezan a dar arcadas.

Elijah parece tranquilo, pero, por la suave arruga que tiene en el entrecejo, intuyo que está preocupado.

—Si tienes que regurgitar la comida, te sugiero que lo hagas antes del discurso.

—No he comido nada hoy.

Alza la ceja.

—Supongo que eso es una ventaja.

No puedo menos que coincidir con él.

—Ahora me gustaría ceder el micrófono a algunos de los mejores amigos de John —dice Brennan, dando por concluida su intervención.

Las Descendientes suben al escenario con vestidos largos negros; casi parece que flotan. Lizzie lleva un ramo de rosas de un morado tan oscuro que parecen negras desde la distancia. Lo deja al lado de la fotografía de John que hay en el escenario.

«¡Esas rosas!»

Son del mismo tipo que las que vi en la farola en la ciudad. Mi mente se acelera. ¿Serían también de ella? Susannah mencionó que Lizzie estaba más afectada que la mayoría y que me echaba a mí la culpa. ¿Le ha pasado algo a alguien querido para ella?

La Descendiente sube al podio con sus tres amigas detrás de ella.

—No puedo pronunciar un discurso escrupulosamente preparado sobre lo especial que era John o la buena vida que llevó hasta ayer. Todos lo conocíais. Ya lo sabéis. —Su apariencia es imponente—. Y tampoco voy a haceros reír, ni llorar; ni siquiera voy a contaros cómo me siento sin él. Mis sentimientos están claros. Puedo resumirlos en una palabra: enfado.

Las Descendientes, detrás de ella, se miran entre ellas. Supongo que no está hablando de lo

que ellas esperaban.

—No debería de haber muerto. No fue un accidente. Y la parte responsable debe pagar por ello. Todos sabemos quién es: Samantha Mather.

El sudor me empapa la frente y me encojo en la silla todo lo que puedo. Las náuseas me recorren el cuerpo y mi visión periférica parpadea como si se tratara de *flashes* de cámara.

—Susannah estaba presente cuando Samantha intentó atacarlo en el pasillo. Yo estaba cuando lo amenazó en clase. Y Jaxon vio las marcas de mordeduras en su mano sin vida.

Casi se me detiene el corazón cuando oigo el nombre de Jaxon. ¿Les ha hablado de mí a las Descendientes? Él era el único que estaba delante cuando le conté a Bradbury que le mordí la mano a John. ¿Ha estado engañándome todo este tiempo? La traición me apuñala el pecho y lo único que quiero es salir corriendo. La sorpresa se propaga entre la gente, que empieza a murmurar. Muchos se dan la vuelta y me buscan. Elijah está que echa humo. Esta es mi condena. Brennan se levanta como si fuera a decir algo.

—Eso es todo lo que tenemos que decir. —Lizzie se baja del podio. Susannah duda un instante delante del micrófono, pero Lizzie la agarra del brazo. Las Descendientes la siguen y bajan del escenario. Las ha convencido de que tengo algo que ver con la muerte de John. Y Jaxon... me dan ganas de llorar.

Brennan, nervioso, se acerca al micrófono.

—Eh... Solo me gustaría decir que el informe policial indica que la muerte de John ha sido probablemente un accidente, como ya he dicho. Ahora me gustaría presentar al doctor Myers, un terapeuta especializado en el duelo cuando perdemos a alguien.

El doctor Myers se acerca al micrófono.

—A lo mejor esto no es buena idea —sugiero.

—Samantha, no te vas a echar atrás. O subes ahí o tu juicio habrá terminado. Lizzie habrá vencido.

—¿Y cómo voy a hacer cambiar de idea a la gente después de esto?

—Tan solo tienes que sembrar la duda. Hacer que se cuestionen su desagrado por ti. Eso bastará para concedernos algo de tiempo. Esta es tu oportunidad, no la desaproveches.

Tomo aliento. Tengo que concentrarme en por qué quiero romper la maldición. Por mi padre... y ahora también por Susannah. La he visto dudar en el escenario, no está de acuerdo con Lizzie... al menos no por completo. Necesito todo el apoyo que pueda conseguir.

Me tiembla todo el cuerpo cuando me levanto. Por suerte, todo el mundo mira al doctor Myers. Me aprieto contra la pared y camino hacia la parte delantera del auditorio. No miro a nadie porque no puedo soportar lo que voy a ver. Subo las escaleras hasta el escenario.

—Mantente firme, Samantha —me dice Elijah.

El terapeuta parece confundido cuando me acerco al podio.

—Tengo algo que decir —comento en voz baja.

Brennan hace ademán de subir, pero Myers lo detiene con un rápido gesto de mano. Para mi sorpresa, el terapeuta deja de nuevo el micrófono en el podio y se aparta. No sé si me alegra o preferiría que me lo hubiera impedido.

Coloco el discurso arrugado en el podio. Es extraño, pero la sala se ha quedado en silencio. Nadie se mueve y no miro a la gente. No puedo. Me concentro simplemente en la hoja de papel y me esfuerzo para que la voz me salga con decisión.

—Yo... Bueno... ya sé que... no os he causado una buena impresión a la mayoría. Algunos de vosotros... bueno, tenéis razones de peso para que yo no os guste.

La gente empieza a susurrar y la orientadora manda callar.
—¡Fuera del escenario! —grita alguien, y algunos me abuchean.
Estoy empeorando las cosas.
—Muchos... —Los abucheos aumentan.
—¡Asesina! —grita Lizzie, y el resto la corea.

Levanto la cabeza y miro a mi audiencia por primera vez. Me devuelven la mirada unos rostros enfadados. Me aclaro la garganta y Brennan y el doctor Myers intentan calmar a los estudiantes hostiles. Estiro el discurso con la esperanza de que la gente deje de abuchearme un instante para poder pronunciar las palabras.

Hago un movimiento torpe y tiro el papel del podio, que cae por el borde del escenario. Elijah lo atrapa justo en el aire. Tardo un segundo en darme cuenta de que el auditorio se ha quedado en silencio. Muy despacio, Elijah levanta el papel. Todo el mundo se queda mirando cómo flota en el aire. Lo alcanzo, pero ponerme a leer el discurso me parece ahora una tontería. ¿Cómo voy a hacer como si nada raro acabara de pasar?

Miro al auditorio como si estuviera mirando una herida fea. Cuento con la atención de las Descendientes. Bien. Echo un vistazo de reojo a Jaxon, pero no lo miro directamente. Doblo el discurso y me lo meto en el bolsillo trasero.

—No soy perfecta, estoy muy lejos de serlo. Soy rara. A mi alrededor pasan cosas de lo más extraño todo el tiempo. No sé por qué y puede que nunca lo sepa. Pero puedo explicar lo de la hoja de papel. Ha sido un espíritu. Soy incapaz de hacer amigos en el instituto, pero entre los muertos sí puedo. Al menos tengo eso. —Oigo unas cuantas risitas nerviosas que terminan tan abruptamente como han empezado—. Y estoy bastante segura de por qué ha muerto John, aunque no sé cómo ha sucedido. —La tensión es palpable en la sala, miro alrededor y respiro hondo—. No obstante, para explicarlo, necesito retroceder un poco en el tiempo. Desde que se celebraron los juicios de Salem, ha habido tres ocasiones en las que han muerto varios descendientes. Mi amigo el espíritu me ha ayudado a descubrir que esas muertes siguen un patrón. Las familias más importantes de los juicios tienen que estar en Salem al mismo tiempo. Hasta hace unas semanas, la familia Mather era la única que faltaba y, como seguramente hayáis notado, cuando llegué, empezó a morir gente.

Para mi sorpresa, no actúan como si esto fuera lo más ridículo que hubieran escuchado nunca. Echo una mirada rápida a Jaxon y veo que se lleva las manos a la cabeza. Me tiemblan los labios.

—Decís que estoy maldita, y realmente lo estoy. Y también las Descendientes, sus familias y, posiblemente, toda esta ciudad. —La verdad es que pronunciar estas palabras me hace sentir bien, más ligera. Llevo mucho tiempo huyendo de ellas—. Estoy intentando ocuparme de ello, pero no creo que pueda yo sola. No os pido que seáis mis amigos, os pido que dejéis de odiarme el tiempo suficiente para que pueda arreglar esto. —Empiezan a susurrar—. Supongo que eso es todo. Gracias por escucharme.

Cuando me aparto del podio, una chica grita:

—¡Demuestra que ves fantasmas!

«Otra vez esto, no, por favor.»

La sala se queda a la espera de mi respuesta.

—No.

Pero cuando la palabra sale de mi boca, Elijah me levanta agarrándome por la cadera. La audiencia estalla en exclamaciones de asombro. Nadie intenta controlar la situación. Miro a Susannah y Elijah me vuelve a dejar en el suelo. Esta asiente al tiempo que Alice y Lizzie discuten

al otro lado de Mary, que tiene mala cara.

No me vuelvo a sentar en el auditorio. Miro en dirección a Jaxon, pero no sigue en su asiento. Atravieso las pesadas puertas dobles y salgo del instituto.

CAPÍTULO 39

Un cuervo y una horca

La mesa junto a la que se encuentra Elijah está llena de libros y transcripciones antiguas de los juicios. Me siento. En la sala de referencia de la biblioteca pública hay un ambiente tan sofocante como siempre, pero al menos tenemos privacidad.

Señalo el libro que estoy leyendo.

—Aquí dice que Cotton tenía prejuicios contra Burroughs por sus creencias poco ortodoxas. Hasta donde yo sé, el ahorcamiento de Burroughs fue el único al que asistió, aunque aún no he leído la transcripción del juicio.

Elijah asiente.

—Me acuerdo de Burroughs. Tuvo un desafortunado incidente con la familia de mi prometida. Les debía dinero y, aunque acabó pagándoselo, mi prometida se había enterado de los cotilleos que había sobre él. Cuando empezó a lanzarlos ella, fue para culparlo por brujería. Lo acusaron de ser el líder de las brujas porque era un ministro.

Debe de ser extraño para él investigar a todas estas personas a las que su prometida acusó.

—No sé cómo relacionar todas estas cosas. Estoy hecha un lío, pero tiene que haber algún cabo suelto que se nos escapa.

—Ciertamente.

Me pongo a jugar con el capuchón del boli.

—Solo estoy pensando en voz alta, pero ¿qué es lo que sabemos de lo que hemos visto? En mi primer sueño había un cuervo y una horca. El segundo fue del discurso de Cotton sobre brujería, y en él aparecía otra horca. Y en las visiones vi a John morir aplastado y a una chica colgando de una cuerda. La única vez que he invocado a Cotton, he visto a Burroughs ahorcado. Pero eso fue antes de que se transformara en Susannah, claro.

Elijah y yo nos quedamos en silencio y consideramos por centésima vez cómo relacionar los acontecimientos.

—Enigmas, metáforas, dobles sentidos —digo—. ¿Has encontrado algo sobre la mujer cuervo con la que, según la señora Meriwether, solía soñar mi abuela?

—Nada que se aproxime a la época de los juicios. En esos tiempos, la gente era más supersticiosa y evitaba poner por escrito algo que pudiera generar una maldición o magia negra. Es posible que no esté buscando lo suficiente. Miraré en diarios más recientes, de 1800. También puede ser que no sea ese pájaro, o que no esté valorando las metáforas adecuadas sobre un pájaro.

«Metáforas sobre un pájaro... vuelo, volar, plumas. Plumas talladas en el alféizar de una ventana. La casa del bosque. La historia de la mujer con pájaros muertos.»

—Se me había pasado algo —indico al tiempo que suelto el bolígrafo—. En realidad, creo

que lo había bloqueado. Sucedió antes de que pensara que todo esto pudiera ser real. ¿Te acuerdas del día que pasé con Jaxon? ¿Cuándo te encontré esperándome en la puerta? ¿Viste adónde fui ese día? —Me duele el corazón al mencionar en voz alta el nombre de Jaxon.

—No, estaba ocupado con mis búsquedas.

El único momento en que habría resultado útil que me estuviera observando y no lo hizo.

—Fuimos al bosque, a buscar una casa que es, sin lugar a dudas, el lugar más terrorífico en el que he estado nunca. Tiene un dormitorio con las paredes cubiertas de palabras escritas por algún lunático. Y en una ventana había plumas talladas. Jaxon me contó una historia sobre una anciana que vivía allí y comía pájaros. Pero todo tenía tan poco sentido que la verdad es que no le presté mucha atención.

Elijah se sienta demasiado recto.

—Y en la pared estaban escritos mi nombre y el de mi padre. Nuestros nombres de pila. No pensé que esas plumas pudieran estar relacionadas con la mujer cuervo. —Me siento frustrada por no haberlo pensado antes.

Parte el lápiz que tiene en la mano y lo deja en la mesa. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Debería haberle contado lo de los nombres desde el principio.

—¿Dónde está esa casa, Samantha?

—Puedo dibujarte un mapa.

—Rápido.

Dibujó las calles y lo que recuerdo del bosque.

—Jaxon vio un sendero que llevaba a la casa, pero no sé dónde está exactamente. Estoy segura de que ese lugar está encantado.

—¿Viste a alguien? —me pregunta. Está muy nervioso.

—No, pero oí el lamento de una mujer.

Desaparece con un parpadeo. Sigo pensando que la historia de Jaxon es una bobada, pero a lo mejor hay algo real en ella. La parte de los pájaros, por ejemplo. Pájaros, plumas, cuervos. No hay que ser un genio para relacionar estas cosas. Pensar en Jaxon me hace más daño de lo que creía posible. No me puedo creer que haya hablado de mí con las Descendientes. Seguro que se echaron unas buenas risas sobre lo bien que me ha engañado haciéndome pensar que le gusto.

Paso las páginas de un libro sin leerlo. Se me llenan los ojos de lágrimas, así que aparto los pensamientos de mi cabeza y los escondo con todo lo demás a los que no puedo enfrentarme ahora mismo. Jaxon no es mi primer amigo que se vuelve contra mí, y no será el último. Lo sé. Por esto mismo no dejo que nadie se acerque a mí.

Esta sala tenuemente iluminada que parecía sacada de un clásico romántico cuando Elijah estaba aquí de repente se me antoja remota y falta de oxígeno. Abro la puerta de madera para tomar el aire y veo a un alumno de primero de mi instituto en el pasillo de los libros. Me mira con curiosidad. Vuelvo a la mesa redonda para recoger mis cosas.

—¿Mather? —me llama.

—¿Eh? —El corazón me late un poco más rápido.

—He presenciado hoy tu discurso. —Se inclina contra la puerta. No es particularmente alto, pero es fornido y ocupa la mayor parte de la entrada.

—De acuerdo. —Observo el espacio que hay entre la puerta y él, valorando si podría escabullirme si resulta ser un loco.

—Lo sé todo sobre tu familia.

—Qué bien. —No sé si se está riendo de mí o si está intentando hablar conmigo.

—¿Puedo hacerte una foto? —me pregunta al tiempo que saca el teléfono móvil.

—La verdad es que no. Vete a otra parte con tus tonterías. —Quiero que la gente deje de odiarme, no que me trate como si fuera una atracción de feria.

—Sonríe —dice. Antes de que pueda quejarme, ese idiota me apunta a la cara con el teléfono y hace la peor foto que podría sacar. Después se aleja por el pasillo riéndose.

—¡Voy a destrozar ese teléfono! —Le grito cuando la bibliotecaria de pelo canoso dobla la esquina. Estoy empezando a sentir fobia por esta mujer.

—Baja la voz —me riñe, señalando con un dedo mi boca—. Solo quedan cinco minutos para cerrar. —Me dedica una mirada como diciendo «ya sabes lo que has hecho» y se marcha.

Alcanzo la mochila y me dirijo a las escaleras. ¿Por qué me habrá hecho una foto ese chico? ¿Es una señal de que a lo mejor la gente no me odia o es que han encontrado otras formas de atormentarme?

Cuando salgo del edificio, me cruzo de brazos en la fría noche.

—Más hechizos —me dice Elijah, que aparece a mi lado.

—¿Qué?

—La casa... —Parece más nervioso que cuando se fue—. Hay piedras junto a las ventanas y puertas con cuerdas o selladas con cera negra. No conozco el significado exacto y creo que no me atrevo a cruzar la barrera.

Intento recordar si yo vi eso, pero lo más seguro es que no me fijara.

—Pero si ya estás muerto. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Su mirada me dice que no sé ni la mitad de lo que podría suceder.

—Tengo que hablar contigo y las conversaciones importantes no se pueden mantener en la calle.

Sonrío por la formalidad de su frase.

—Hay un jardín justo allí. —Señalo la mansión Ropes, el lugar donde me reuní con las Descendientes.

—Sí, vamos. —Se adelanta a un paso tan rápido que casi tengo que correr para seguirlo. Nunca lo había visto así.

Lo sigo por debajo del emparrado hasta el laberinto de flores. Incluso en la oscuridad, este lugar parece vivo. La torre gótica se cierne sobre nosotros bajo la imponente luz de la luna. Camina veloz por los senderos de tierra hasta un banco bajo un toldo de vides. Me siento antes de que él me lo pida y él se acomoda a mi lado.

Elijah ordena sus pensamientos.

—Leyendo los diarios antiguos he encontrado información inquietante acerca de mi prometida. No te lo he contado antes porque creía que era personal e irrelevante. Mi prometida se obsesionó con mi muerte. Enterró mi cadáver en el linde de su casa.

«Es verdad, si te suicidas no pueden enterrarte en suelo sagrado o lo que sea.» Dudo entre sentir curiosidad o temor.

—Su familia la descubrió, noche tras noche, llorando sobre mi tumba. Hablaba conmigo en su casa, negándose a aceptar mi muerte. —Esto me recuerda a lo que me contó Jaxon sobre cómo actuó su madre cuando su padre murió—. Con el deseo de infligir más daño, sus acusaciones de brujería empezaron a aumentar. Cuando concluyeron los juicios, se quedó hundida. Se volvió una mujer violenta e incoherente. Aunque tenía la suerte de su lado, porque los remordimientos de los juicios eran tan intensos y su familia tan influyente que no la arrestaron.

—¿Podían arrestarte por volverte loco?

—Si resulta perjudicial para los demás, sí. Y los arrebatos que le daban eran... aterradores, según he leído. Aunque se libró del arresto, la expulsaron de la ciudad. Se negó a abandonar el lugar para no separarse de mí.

—¿Y crees que vivía en esa casa? ¿En... la casa del bosque? —le interrumpo, nerviosa.

—Lo sé. Sus padres se la compraron porque estaba justo a las afueras de los límites de la ciudad. Esa casa estaba apartada y rodeada por los árboles. Durante un tiempo, su madre la estuvo visitando. Mi prometida estaba perdiendo la razón y sus arrebatos violentos incrementaron. Después de un tiempo, su madre dejó de ir a verla. Encontré una carta en la que decía que estuvo observando a mi prometida desde la distancia durante los años posteriores, y estaba loca y sucia.

—De acuerdo —digo con voz comedida—, ¿y qué tiene esto que ver con las plumas que encontré en la ventana y la historia de los pájaros que me contó Jaxon?

Elijah parece apesadumbrado.

—Como todo el mundo por aquella época, yo tenía un diario. Estaba encuadernado en cuero y tenía una pluma en la cubierta. Era parte de un juego y ella tenía el otro. Fue ella la que me dio la idea para comprarlos, de hecho. Solía decirme que tenía el pelo tan negro como las plumas de un cuervo y el nombre que usaba para llamarme era pajarito. Me decía que cuando muriéramos, nos marcharíamos juntos volando. —Aparta la mirada.

De repente las pintadas de las paredes me parecen aún más escalofriantes. Y el lamento que oí cuando toqué la pluma tallada. Tengo el cerebro sobrecargado.

«¿Por qué estaba mi nombre y para qué se usa ese lugar ahora?»

—Elijah, igual las historias de la malvada anciana que vivía ahí con pájaros eran sobre tu prometida, no sobre la mujer cuervo... —Se me va apagando la voz conforme intento pensar en cómo podría ser posible que la mujer cuervo y la prometida de Elijah fueran personas distintas. No puedo.

—No asocié la palabra «cuervo» con mi prometida. Me frustra no haber llegado a esta conclusión antes. Había algo que me resultaba familiar en el dibujo de tu abuela. Cómo le caía el pelo, cómo se abrazaba el cuerpo. Pero no me di cuenta de lo que era hasta ahora.

El corazón me va a mil.

—¿Por qué dibujaba mi abuela a tu prometida?

—¿Y por qué te mostró Cotton un cuervo en el sueño? —Parece tan intranquilo como me siento yo.

La prometida de Elijah es la mujer cuervo. Tan solo hay una cosa que explica esto.

—Está relacionada con la maldición. Tiene que estarlo.

—Nunca habría imaginado... —No termina la frase.

Me ha contado en varias ocasiones que fue una de las principales deladoras de brujas. Ahora lo entiendo todo. Tiene sentido que esté involucrada en la maldición.

—Ella ayudó a empezar con toda esa locura.

—Sí. Y si tiene algo que ver, no creo que yo me quede fuera, como imaginaba.

—¿Estás diciendo que tú también formas parte de la maldición?

—Así es. Es posible. Yo desaprobaba sus acciones por aquel entonces y después me suicidé por lo de los juicios y la dejé sola. Y aquí estoy, ayudándote a tratar de detener la maldición. Tiene todas las razones del mundo para buscar venganza.

—Si estás vinculado a esto y conseguimos arreglarlo, ¿qué pasará contigo? —Siempre he pensado que estaba atrapado aquí por haberse suicidado, no por la maldición.

—¿Me estás preguntando si seguiré siendo un espíritu?

Asiento.

—No sabría decirte.

Siento una presión en el pecho. Por primera vez desde que descubrí todo el asunto de la maldición, la idea de resolverla no me alivia.

—¿Quieres dejar de ser un espíritu?

Su expresión es inescrutable, pero continúa mirándome.

—Lo he deseado a menudo.

La presión se hace más intensa.

—Claro.

—En realidad no he disfrutado de estos años. He acumulado ya demasiados. Y regresar a Salem ha aumentado mi dolor. Pero entonces...

Cuanto más habla, más me cuesta respirar.

—¿Entonces qué? —murmuro.

—Recordé la razón por la que estaba dolido. La pérdida de la belleza, de los vínculos afectivos. Abigail cantando mientras yo pintaba. Cómo nos reíamos cuando nadie nos miraba. Y las veces en las que encontraba *rudbeckias* en los contratos de los negocios me recordaba por qué me encargaba de eso. Cuidar de otra persona es una buena razón para vivir. Cuando esa belleza desapareció de mi mundo, yo dejé de querer pertenecer a él.

Lo entiendo perfectamente. Sin mi padre, ya no sé quién soy.

—Tú me has vuelto a recordar esa belleza. En ningún momento de mi muerte he deseado volver a la vida, hasta que te conocí.

Debajo de las parras, en ese pequeño banco, observo sus ojos grises. Antes de pensar en lo que estoy haciendo, me inclino hacia delante hasta que estoy a unos milímetros de su rostro. Él me coloca con delicadeza el pelo detrás de la oreja.

—Samantha, yo...

—No me importa —susurro.

No discute. Se inclina y presiona sus labios contra los míos. Suavemente al principio, después con urgencia. Su boca fría calienta la mía. Todo él parece vivo y hambriento. Mueve la mano por debajo de mi pelo, hacia mi cuello, y me acerca más hacia sí.

Introduce la lengua en mi boca y me hormiguea todo el cuerpo, desde los labios hasta los muslos.

«Quiero esto, a ti, todo. No me importa que esto no tenga ningún sentido.»

Estiro el brazo y me aferro a su ropa para acercarlo aún más a mí. Él me abraza con fuerza y me presiona con los dedos en la espalda. Y entonces, como si se tratara de un interruptor, deja de besarme.

Lo miro, confundida. Me quedo quieta un instante antes de apartar las manos de su cuerpo.

—¿Qué?

Sacude la cabeza y se pone en pie.

—Esto es imposible, Samantha. Tú estás viva.

CAPÍTULO 40

Misión nocturna

El reloj de la mesita de noche marca las 2:27. Me acurruco aún más bajo la colcha. Con lo mal que he dormido últimamente, debería de haberme quedado frita hace horas, pero soy incapaz de dejar de pensar en la maldición y me está volviendo loca no poder conectar los detalles. ¿Cuánto tiempo me queda?

Oigo un golpeteo débil en la ventana y salgo de la cama enredándome con las mantas. Echo un vistazo a la silueta agachada que hay en el tejado y tan solo distingo la forma de un moño.

—¿Susannah?

—Lo siento —se disculpa, pero la voz suena apagada por el cristal.

Me arrodillo en el asiento que hay junto a la ventana y la abro.

—¿Cómo has subido al tejado? —Miro detrás de ella para asegurarme de que está sola.

Se cuela en el dormitorio y cierra la ventana.

—He trepado por la celosía y luego he saltado.

«¿Ha escalado a mi casa?»

Enciendo la lámpara de la mesilla. Lleva un pijama verde de cuadros y un abrigo blanco y peludo. Así que no va de negro, es una especie de mini *ninja* y está en una misión nocturna. ¿Hay algo más que no sepa de esta chica?

—Todo esto es una mierda, Samantha —me dice y se sienta junto a la ventana.

—Sí, ya lo sé —respondo.

No sé cómo tomarme su visita. Por una parte, me siento aliviada y, por otra, desconfiada, sobre todo después del discurso henchido de odio de Lizzie.

—No, me refiero a que ha empeorado. Necesito saber una cosa... ¿Has tenido más visiones? —me pregunta y atisbo miedo en su voz.

—¿Te refieres a otra aparte de la tuya? —Ojalá lo hubiera formulado de otra forma.

—Sí, ¿alguna otra? ¿Aunque sea de alguien que no conozcas?

Reconozco la mirada en su rostro. Yo misma he tenido la misma.

—Tu hermana...

Abre mucho los ojos.

—No. No he visto a tu hermana, pero ¿le ha pasado algo?

Su miedo se reduce y asiente.

—Poco después de que llegara a casa del instituto la llevaron al hospital. Ha tenido una recaída. —Le tiembla la voz.

Me siento a su lado.

—Lo siento muchísimo. No sé qué decir.

—Y no es la única. El hermano y el primo de Lizzie han tenido un accidente de automóvil. Su primo ha muerto y su hermano está en la UCI. Y el tío de Alice, el de la cafetería The Brew, ha sufrido un ataque al corazón.

¿El hermano y el primo de Lizzie? «Por eso estaban las rosas moradas en la ciudad.» Me cuesta reprimirme para no ponerme en pie y empezar a moverme.

—Está empeorando.

—Creo que puede que tú seas la persona indicada para resolver todo esto.

Estoy tan nerviosa que suelto una carcajada.

—Vosotras me habéis estado manteniendo al margen. ¿Por qué lo habéis hecho si pensáis que puedo romper la maldición?

—Por eso he venido. Te contaré todo lo que sé y que pueda ayudarte, por supuesto.

Definitivamente, no esperaba esa respuesta.

—¿Qué ha cambiado?

Toma aliento.

—Hemos hecho el hechizo de la claridad con Lizzie, pero no ha funcionado.

—¿Te refieres a que no habéis visto las caras borrosas?

—Deja que te ponga en situación. Alice, Mary, Lizzie y yo somos amigas desde pequeñas. Nuestras madres eran amigas y también sus madres. Y llevamos desde los diez años o así haciendo hechizos. Tardamos bastante tiempo hasta que funcionó y no ha sido hasta hace poco cuando, aparte de Lizzie, las demás hemos podido hacer hechizos de forma individual. Siempre hemos necesitado el círculo. Aún lo necesitamos para la mayoría de las cosas.

—¿El círculo?

—Cuatro personas.

—¿Y John?

Susannah duda cuando menciono su nombre y lamento haberlo sacado a colación.

—Él no estaba tan interesado como nosotras. Cuando venía, era sobre todo por Lizzie.

—Así que todo el mundo sabe que hacéis brujería... No son solo rumores, ¿verdad?

—Bueno, eso no es así exactamente. La gente hace suposiciones, pero nunca lo hemos hablado con nadie fuera de nuestro círculo. Por eso no te respondí a todas las preguntas que me hiciste el día que fui a tu casa, ¿recuerdas?

«Tenía razón, son como una sociedad secreta.»

—Pero hicisteis un hechizo conmigo, ¿no es eso una violación de vuestro secretismo?

—Sí y no. La cosa es que capto sentimientos en la gente. No en todo el mundo, pero hay cosas de ciertas personas que sé. Y por mucho que Lizzie y Alice sigan diciendo que tú eres la mala al venir a Salem, supe desde el momento que te conocí que eso no era verdad. Alice discutió conmigo y Lizzie ni siquiera me quiso escuchar. Al final, Alice aceptó ayudarme a convencer a Lizzie si podía demostrárselo. Ese fue el día en que quedamos contigo en el jardín y por eso Alice aceptó proceder con el hechizo.

«¿Alice lee los huesos y Susannah lee a la gente?» Ya no sé de qué va todo esto.

—¿Me estabais probando?

—Sí. El hechizo de claridad nos contaría algo sobre ti, arrojaría luz. Pero no contábamos con lo de esos rostros. Nunca había pasado algo así. Cuando vimos a Cotton, Alice y yo volvimos a discutir. Decidimos regresar una vez más y probar antes de hablar con Lizzie.

—¿Pero por qué has discutido con tus amigas por mí? —«¿Qué ve cuando me lee?»

Posa la mano sobre la mía.

—Samantha, los huesos de Alice siguen señalándote. Está claro que estás conectada a nosotras, para bien o para mal.

—¿Y qué pasó con Lizzie?

—Intentamos hacer el hechizo de la claridad en el mismo lugar del bosque y ni siquiera obtuvimos los resultados habituales. No vimos nada. No funcionó.

—¿Puede que sea una casualidad? —No sé cómo funcionan estas cosas, aunque se ve que debería. Miro la fotografía de mi padre.

Susannah niega con la cabeza.

—Estas cosas no pasan por casualidad. Tú hiciste que el hechizo funcionara, estoy segura.

Abro la boca para protestar y vuelvo a cerrarla.

—¿Se lo habéis contado a Lizzie?

Se pone a jugar con la cremallera del abrigo.

—Alice sacó el asunto a colación en el auditorio, justo antes de... que pasara todo.

«Oh, no. En el peor momento posible.»

—Lizzie no piensa con claridad. Va a por ti. Está convencida de que las muertes y los accidentes son culpa tuya y va a hacer todo lo que esté en sus manos para convencer a la ciudad. Y como está enfadada con nosotras, no nos cuenta lo que planea. No es una tontería, su familia tiene buenos contactos aquí.

—¿Qué hago?

—Reúnete con nosotras mañana en el bosque detrás del Walgreens a medianoche. Llevaremos a Lizzie e intentaremos resolver este asunto. Si no podemos trabajar juntas, todas saldremos perdiendo. Las divisiones nos están haciendo perder el tiempo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—De acuerdo.

Susannah saca el teléfono.

—Tengo que irme. Mis padres me esperan en el hospital. —Abre la ventana y sale.

—Susannah, ten cuidado. La visión que tuve...

—Tú reúnete con nosotras —me dice y cierra la ventana al salir.

CAPÍTULO 41

Convertirse en bruja

Me restriego los ojos al percibir la luz de la mañana cuando entro en la cocina. Hay café preparado y todo está en silencio.

El vehículo de Vivian no está en la entrada. Parece que ahora es ella la que me evita. Esto me duele más que su enfado, ella es la que vendió el apartamento y me mintió, la que me pegó. No es justo que, además de todo eso, sea ella la que está enfadada conmigo.

Me sirvo café y leche en la taza y un poco de canela. En el cubo de reciclaje hay más botellas vacías de vino. A lo mejor Vivian está esperando a que mi padre se muera para deshacerse de mí. No tengo familia ni ningún otro sitio adónde ir. ¿Por qué ya no le importo? Sacudo la cabeza, tengo que dejar de pensar en estas cosas.

—Elijah —lo llamo cuando me siento a la mesa redonda de madera de la cocina.

Aparece con un libro encuadernado en piel en la mano. Toma asiento y sonríe.

—Bien, estás despierta.

Me sonrojo y fijo la mirada en el café. Al ver sus hoyuelos me acuerdo de la sensación de sus labios. Reconduzco la conversación a nuestro tema habitual de las mañanas.

—¿Cómo está hoy mi padre?

—Igual.

Es sábado, ya hace justo una semana que fui al hospital y admito que esta separación me asusta.

—Me encantaría poder ir a verlo.

Elijah se muestra empático.

—Lo ayudas más desde aquí.

Me sienta bien su apoyo.

—¿Qué es ese libro?

—Es uno antiguo de hechizos. —Me lo muestra por una página abierta al azar—. Lo estoy usando para descubrir qué tipo de hechizos rodean la casa del bosque. He tardado toda la noche en localizar uno que no estuviera protegido por algún encantamiento.

—Me sorprende que haya algo que pueda hacerte daño. —Aunque a estas alturas ya nada tiene sentido.

—Tienes que entender que mi existencia como espíritu no tiene una fecha final garantizada. No me gustaría nada pasar los siguientes siglos sufriendo por un hechizo por no haber sido precavido.

La idea de que haya objetos que puedan albergar ese tipo de poder es perturbadora.

—¿Puede pasar eso de verdad?

—Samantha, la muerte te muestra que el mundo es mucho más fantástico de lo que pensabas,

no menos. El velo entre lo posible y lo imposible desaparece.

—Creo que yo también me tengo que poner al día con esto de los hechizos. Me siento un poco marginada al respecto.

—¿Y eso?

—Tengo ese pergamino que me diste. A lo mejor hay algún hechizo revelador de identidad que pueda emplear para descubrir quién lo escribió. —En el caso improbable de que funcione, me ahorrará un montón de tiempo.

Elijah esboza una sonrisa.

—¿Conque te vas a convertir en bruja?

Finjo molestarme.

—No tiene gracia. ¿Has descubierto algo sobre el significado de esas piedras y el resto de cosas de la casa?

—Creo que forman parte de un hechizo de adhesión para mantener las cosas dentro o dejar otras fuera. No estoy seguro. También podrían servir para ocultar la casa de los ojos de la gente. No he avanzado tanto en mi búsqueda.

Me pregunto por qué está usando un viejo libro de hechizos para entender un hechizo nuevo. Me quedo paralizada, con la taza de café a medio camino de la boca.

—Elijah, ¿crees que hay alguna posibilidad de que tu prometida siga por aquí?

Aprieta los labios.

—Sí, eso creo. Es uno de mis mayores temores. Una de las razones por las que no regresé a Salem.

—Pero no la has visto, ¿no? Si estuviera aquí, la verías. —Lo último que necesito es que un espíritu obsesionado con Elijah empeore la situación.

—Durante los primeros días, cuando regresé, me mantuve en guardia por ella. Pero como no apareció, empecé a relajarme un poco, hasta que un día terminé asumiendo que se había ido. Mis miedos resurgieron ayer.

Seguro que si ella hubiera sabido dónde se encontraba el espíritu de Elijah, estos trescientos años habrían resultado insoportables.

—¿Cuál es su nombre? Me resulta muy raro seguir llamándola «tu prometida».

—Como te dije ayer, los nombres tienen poder. He tenido cuidado de no mencionarlo en todos estos años y te pido que tú tampoco lo hagas. Pero conoces su nombre, ella acusó a Burroughs y a Giles Corey... Testificó contra Susannah Martin...

Mentiría si dijera que no lo había considerado. Todo esto confirma mis sospechas. Y me apostaría lo que fuera a que su prometida era Ann. Era la líder de las chicas que afirmaban que las acusadas las habían herido. Asiento.

—No diré su nombre. ¿Puedo ver el libro de hechizos?

Me lo tiende y me sorprende lo mucho que pesa. La cubierta de cuero está vieja, agrietada y tiene detalles en plata. Lo abro con cuidado; las páginas son gruesas y suaves como una tela. Los hechizos están escritos a mano con el mismo tipo de caligrafía que emplea Elijah. Me da la sensación de que le pega al libro... como las casas viejas con personalidad.

Leo por encima los títulos de los hechizos. Son de amor, protección, crecimiento y armonía. Seguramente pertenecieran a una bruja buena. Me río por mi conclusión.

Después de pasar algunas páginas, me encuentro con un hechizo titulado «*El origen de un hechizo*». Echo un vistazo al texto.

—Aquí dice que siempre está la firma de una bruja, por lo que sabes quién te está lanzando el

hechizo.

Elijah frunce el ceño.

—No lo sé, Samantha. Si esto funciona, corres el riesgo de atraer la atención de la bruja. Puede que sienta que la estás buscando. Alguien tan poderoso como para hacer el hechizo que provocó el sarpullido no es alguien a quien quieras atraer.

Puede que tenga razón, pero esta es nuestra mejor opción.

—Tal vez, pero creo que tenemos que correr el riesgo. Además, si se tratara de Lizzie, ya me odia.

—¿Y si no fuera Lizzie? —pregunta.

La visión que me mostró Cotton de Burroughs sugería que tenía un enemigo secreto. Pero es secreto solo para mí, no para mi enemigo. Esto podría igualar las condiciones.

—Entonces nos enfrentaremos a lo que venga. Ya estoy metida en esto... No crees que pueda ser tu prometida, ¿no?

—No. Los muertos no pueden conjurar. —Su voz es firme, tanto que me pregunto si habrá intentado hacer magia.

«Al menos puedo descartarla a ella.»

Examino la lista de ingredientes necesarios. No los conozco todos, pero la verdad es que nunca he sido buena con las plantas. Oh, mierda. Especifica que todo tiene que estar fresco y recién cortado por la persona que realiza el hechizo.

Elijah se asoma por detrás de mi hombro.

—¿Cómo vas a conseguir todos estos ingredientes?

Sin automóvil y sin poder preguntarle a Vivian, mis opciones son muy limitadas. Miro por la ventana de la cocina.

—Puedo preguntarle a la señora Meriwether. Seguro que en su enorme jardín hay algunos, si no todos. —No quiero acercarme a Jaxon ahora, pero esto no tiene nada que ver conmigo ni con lo que yo quiero. Además, a la señora Meriwether le encanta cocinar, seguro que puede decirme dónde encontrar lo que ella no tenga.

Tomo un bolígrafo y una hoja de papel de un cajón de la cocina y hago una lista con los ingredientes. Elijah frunce en entrecejo.

—No me gusta esto.

—Lo sé. A mí tampoco, pero tenemos que aferrarnos a lo que tenemos a estas alturas. Susannah vino anoche y me habló de otras personas heridas de Salem. El problema se está haciendo cada vez más grande, y avanza más rápido. —A juzgar por su mirada, sé que está de acuerdo conmigo.

Acabo la lista y él desaparece llevándose el libro consigo. Está bien, seguramente me sea más fácil hablar con la señora Meriwether si no está él.

Tomo un último sorbo de café y dejo la taza en el fregadero. Salgo por la puerta de atrás al jardín y me acerco al de mi vecina. A lo mejor tengo la suerte de que Jaxon esté durmiendo.

Llamo con cuidado a la puerta trasera. La señora Meriwether solo tarda un instante en salir a recibirme con las mejillas sonrosadas y una sonrisa cálida.

—Buenos días por la mañana —me saluda con acento irlandés.

Esbozo una sonrisa y atravieso la puerta.

—Y por el resto del día también.

La señora Meriwether sonrío.

—¿Cómo sabías la respuesta?

—Fui a Irlanda con mi padre de pequeña. —Me mantengo alerta por si oigo a Jaxon cuando sigo a su madre por el pasillo, pero todo está en silencio.

—Siéntate un rato, querida. —Pasa por la puerta arqueada y entra en la cocina.

Tomo asiento en la isla que de nuevo está llena de bonitos dulces. Me dice que tome lo que quiera y acepto encantada.

—Vengo a preguntarle si puedo pedirle algunas cosas de su jardín —pregunto entre bocado y bocado.

—¡Claro que puedes! ¿Qué estás buscando?

Su entusiasmo me facilita mucho las cosas. Saco la lista del bolsillo de la sudadera.

—Puerro salvaje, gaulteria, brotes de helecho. —Lee para sí misma y luego me mira con curiosidad—. ¿Para qué vas a usarlos?

—Eh... una receta que he encontrado.

—¿Sabías que estas plantas son todas nativas de Nueva Inglaterra?

Tiene sentido, pues el libro es de la época de Elijah. La bruja tenía que usar ingredientes locales.

—No, qué curioso. —La voz me sale más aguda de lo normal.

—La gaulteria se encuentra en el bosque.

Eso no es bueno.

—¿Entonces no la tiene?

Sonríe.

—Sí, la uso para preparar un té medicinal que ya preparaban los indios. El caso es que, aparte de para el té, tan solo he visto una receta que la necesite: una magdalena estacional.

«Mierda.» Sabe que es un ingrediente poco habitual. Tendría que haber investigado un poco antes de venir aquí, estas son las consecuencias de ser tan impulsiva.

—Ah.

La señora Meriwether se acerca a la isla.

—Samantha, el puerro y la gaulteria no van en la misma receta.

Miro los dulces con la esperanza de que su apariencia me sugiera alguna respuesta.

—Me temo que va a pensar que estoy loca.

—Te sorprendería la de cosas que puedo aceptar, sobre todo si son verdad. —Se muestra tan calmada y alberga tan pocos prejuicios que me siento fatal.

¿Cómo he podido pensar que sería capaz de engañar a esta mujer, que se dedica a la cocina?

—Son para un hechizo.

Para mi sorpresa, rompe a reír.

—Hablas como tu padre. Solíamos pasar horas saqueando los jardines de nuestros padres intentando mezclar todo para crear un brebaje mágico. Llegué a pensar que, en parte, por eso se había convertido en un importador de especias y yo en pastelera.

Casi me atraganto con el dulce. ¿Cómo? ¿Mi padre haciendo hechizos? Es la última cosa que pensaría que podría hacer. Pero si ni siquiera me dejaba sacar uno de esos papelitos de la suerte de las máquinas expendedoras de las ferias. De repente observo a este importador de especias bajo una nueva luz. ¿Cómo ha cambiado tanto tras la muerte de mi madre?

—¿Alguna vez funcionaron las pociones?

—No, claro que no. Pero eso no nos detuvo y seguimos intentándolo. —Vuelve a reírse—. No puedes imaginarte lo que se enfadó Charlotte cuando usamos toda la menta que se echaba en la limonada.

Ahora soy yo quien sonrío.

—¿Así que no cree que esté loca?

—Vivo en Salem, hay diez tiendas a una buena distancia a pie que tienen tónicos y pociones para el amor verdadero y cualquier otra cosa que se te ocurra. Aquí todo el mundo cree en mis pasteles de la felicidad. Nada como la magia de los tres chocolates para animar a alguien. —Me guiña un ojo.

Nunca había considerado que los hechizos formaran parte de la cultura de este lugar.

—Siento no habérselo contado. De verdad.

—No te preocupes. La confianza florece con el tiempo, tú estás plantando las primeras semillas. —Se limpia las manos en el delantal—. ¿Buscamos lo que necesitas?

Me meto en la boca el último trozo de un panecillo de canela y azúcar. Cruzamos la puerta y me conduce por un pequeño sendero de piedra hasta su enorme jardín. Una parte está encerrada en un invernadero y un muro de piedra rodea el resto.

La señora Meriwether señala las piedras.

—Mi padre solía contarme que las piedras de ese estilo eran la cosecha de invierno de Nueva Inglaterra, porque, cada año, cuando caía una nevada, podías encontrar en el suelo un montón. Solo servían para construir muros.

Me lleva primero hasta la gaulteria y me tiende un cuenco de madera para que la eche. Me anima a probar una y noto que sabe igual que una baya. Conforme avanzamos por la lista, me explica los sabores de las plantas y me muestra cuáles se usan para tratar la ansiedad, las enfermedades o incluso para hacer productos de belleza.

Lleno el cuenco rápidamente y la experiencia me hace sentir satisfecha. Cuando regresamos a la casa, me encuentro sonriendo. Entiendo por qué era la mejor amiga de papá, es una de las personas más buenas que he conocido nunca.

—Bueno, Samantha —me dice cuando estamos de nuevo en la cocina—, ¿te gustaría traer ese hechizo para que te ayude con él?

«Si hago el hechizo aquí, no hay riesgo de que Vivian me pille.» Además, las instrucciones parecían difíciles y sería estupendo contar con un poco de ayuda. Pero voy a tener que explicarle para qué es.

—Sí. ¡Venga, será divertido! Y cuando Charlie se despierte, podemos contárselo. Seguro que nos echamos unas buenas risas. —Parece entusiasmada con la idea.

Mi padre, sin embargo, está al otro lado de la balanza, pues no creo que le parezca divertido, pero me gusta la idea de que despierte y nos riamos juntos.

—De acuerdo, ahora vuelvo.

Dejo el cuenco y salgo corriendo por la puerta. Cuando abro la puerta trasera de mi casa, me encuentro a Elijah.

—Os he escuchado —me dice.

No sé si lo dice en el buen sentido o en el malo. Me tiende el libro. Vuelvo a abrir la puerta, pero no me sigue, así que me detengo.

—¿Vienes?

—Voy en un rato, estoy buscando una cosa.

Por la falta de detalles, imagino que tiene que ver con su prometida.

—De acuerdo, te veo ahora. Suerte con tu búsqueda —le digo y salgo por la puerta.

Regreso a la cocina de la señora Meriwether y dejo el viejo libro sobre la encimera.

—¿Y eso? Debe de tener doscientos o trescientos años. —Examina la cubierta—. Me habría

encantado tener algo así de pequeña.

Pasa las páginas y se sorprende con los nombres de los hechizos.

—¿Cuál vamos a hacer?

—«Origen de un hechizo» —respondo y ella espera a que le dé una explicación. Puedo arriesgarme—. No sé si Jaxon se lo habrá contado, pero me han echado la culpa de lo del sarpullido en la fiesta. Estoy intentando averiguar quién lo hizo porque creo que esa persona me tendió una trampa.

Saco del monedero el pequeño pergamino y se lo doy.

—Esto estaba en la fiesta.

Desenrolla el papel mientras yo paso lentamente las páginas del libro de hechizos.

—Y yo que pensaba que íbamos a hacer un hechizo del amor verdadero —comenta más seria de lo que estaba hace un momento. Examina el hechizo que he elegido—. Bueno, vale la pena intentarlo.

—Mamá... ¿Sam? —Jaxon entra en la cocina con el pijama y el pelo rubio despeinado y tapándole los ojos.

El corazón se me acelera e instintivamente aparto de su vista el libro de hechizos. Reprimo la oleada de emoción que amenaza con estallar. Él nos mira a una y a otra con desconfianza.

—¿Quieres el desayuno, Jaxon? Hay una rica quiche de brócoli y queso y tienes el zumo de naranja en el frigorífico.

Él me mira.

—¿Qué estáis haciendo?

—Un hechizo —responde su madre como si nada.

Veo la sorpresa reflejada en la cara de Jaxon y me siento incómoda.

—No vas a hacer un hechizo en mi cocina, Sam.

Tenso la mandíbula y lo miro.

—Puedes ayudarnos si quieres, cariño —continúa su madre, sin mirarle—. Pero, si no, ¿puedes ir a comerte la quiche al salón? Me parece que necesitamos concentrarnos.

—¡Mamá! ¡No lo digo en broma!

La señora Meriwether se detiene un instante.

—Bien, cielo, ¿qué es lo que te molesta?

—¿Sabes? La gente ha pensado durante años que estabas loca por culpa de su... —Parece frustrado.

—De mi abuela —continúo con la certeza de que tengo razón. Me contó que la gente rehuía a su madre porque pensaba que estaba loca. Comentó que había «otras razones» aparte de la depresión, pero nunca lo especificó, hasta ahora.

—Por fin lo han olvidado, ¿y ahora os ponéis a hacer hechizos? Y tú... —Me mira detenidamente, pero no acaba la frase. Puedo leer que con los ojos me acusa.

La señora Meriwether observa cómo su hijo se enfrenta interiormente a sus emociones.

—Yo estoy en mi cocina. No deberías de preocuparte tanto por lo que los demás piensen. Además, ya sabes que Charlotte fue como una madre para mí. No me arrepiento ni de uno solo de los momentos que pasé con ella, da igual lo que esa gente mezquina pensara. Yo te he criado bien, no para que pienses así.

Jaxon me mira directamente.

—Tenías razón, haces daño a la gente que te rodea.

—¿Y tú qué? —Mi intención es transmitir seguridad, pero me tiembla la voz—. Ayudando a las

Descendientes a que me crucifiquen.

Baja la mirada y sacude la cabeza.

—Sabía que pensarías que era verdad. No sé por qué me importa siquiera. —Su mirada me hace desear retirar lo dicho. Se da media vuelta y se aleja.

—Jaxon —lo llamo, pero sigue caminando.

La señora Meriwether me detiene para que no vaya tras él.

—Dale tiempo. Jaxon tiene que digerir todo esto, si lo presionas ahora, solo empeorará.

—Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte. No has hecho nada malo.

«Sí, sí lo he hecho. He pensado mal de alguien que no ha sido más que amable conmigo.»

Me doy la vuelta y miro todo lo que me ha ayudado a recolectar, pero me siento una persona despreciable.

—Me voy.

Relaja la expresión.

—No vas a hacer tal cosa. Tenemos que hacer un hechizo. No tiene ningún sentido que todos estemos descontentos.

—¿Y Jaxon?

Se alisa el delantal.

—Ya sé que estás preocupada por él, es muy dulce por tu parte. Mi Jaxon es una persona práctica, el bendito. Igual que su padre. Pero a veces las personas necesitan que crean en ellas en lugar de que les digan lo que tienen que hacer. Con el tiempo, se dará cuenta. Te ruego que seas paciente con él, Samantha.

Me pregunto si se referirá a que él necesita creer en mí, ¿o será quizá que yo necesito creer en él?

—Gracias por ser tan amable.

Vuelve a atarse el delantal.

—Muy bien, ¿qué hacemos primero?

Me vuelvo hacia el libro y hago un esfuerzo por reprimir la tristeza.

—Tenemos que hervir las gaulterias.

La señora Meriwether alcanza una olla pequeña que parece pesada.

—Esto se llama *chowder*, de ahí viene el nombre de la sopa.

Llena el cacharro de agua hasta la mitad y lo pone a hervir. Después echamos dentro las gaulterias y toda la cocina se llena de un vapor mentolado. Leemos las instrucciones juntas. Por suerte, ella lo entiende todo, porque yo no tengo ni idea de qué significa «cortar con precisión» las hojas verdes.

La señora Meriwether me ofrece una tabla de cortar y un cuchillo.

—Primero quita la raíz del puerro. Así. Después córtalo a lo largo. Ahora sujétalo con los dedos y córtalo en trocitos.

Me sorprende lo rápido que se mueven sus manos. Tomo el cuchillo e intento imitarla. Pero mi velocidad es solo un veinte por ciento de la suya y mi delicadeza, un cero por ciento. Cortamos juntas todas las hierbas en las formas adecuadas y las metemos en el *chowder*.

—Vaya, huele fuerte —comenta la señora Meriwether mientras observamos cómo hierven los ingredientes en una sopa espesa.

Marco las instrucciones y mi vecina saca una jeringa de cocina del cajón. Limpiamos la parte de la encimera junto a la olla y desenrollamos con cuidado el diminuto recorte de pergamino. Me

parece emocionante hacer esto con ella, así es como siempre he imaginado que los niños preparaban galletas con sus madres.

Inspiro profundamente y me concentro en las palabras.

—Lo que está escondido, que salga a la luz. Desvela la mano con la que has obrado. Anhele ver tu firma mágica. Con estas tres gotas revélamela.

Echo el líquido caliente de la olla a la jeringa y vierto tres gotas rojas en el pergamino. Ambas lo miramos sin parpadear. El líquido rojo empapa el diminuto trozo de papel haciendo sangrar los símbolos de tinta negra restantes. A continuación, de golpe, la poción roja se mueve hasta el centro del pergamino formando un punto concentrado. Se curva lentamente y serpentea, como si fuera un boli el que le dijera adónde ir. Un momento después, forma una elegante pluma roja.

Me quedo mirándola, instándola a que se transforme en otra cosa. Cualquiera excepto una pluma. Se me revuelve el estómago y casi se me cae la jeringa al suelo.

—La mujer cuervo —concluye la señora Meriwether en un susurro.

Tomo el papel por el borde, intentando tocarlo lo menos posible.

—Lo siento mucho, pero tengo que irme corriendo. —Alcanzo el libro. «Necesito a Elijah. Ya.»

—¿Qué significa esto exactamente? —La señora Meriwether está seria, ya no hay atisbo de su efervescente amabilidad ni de su comportamiento de siempre—. Tu abuela decía...

La interrumpo. Si no me marcho ahora mismo, me va a dar un ataque de pánico.

—No lo sé. Si encuentro explicación, le prometo que se la daré. Lo siento de nuevo por marcharme así.

Salgo corriendo de la cocina, y la dejo con la boca abierta, antes de darle tiempo a que me responda.

—Elijah —lo llamo mientras recorro la hierba segada del jardín.

Cuando abro la puerta trasera de mi casa, lo encuentro en el pasillo. Le doy el pergamino. Su expresión muestra algo más allá de la sorpresa. Está enfadado.

—No es posible —se dice a sí mismo—. Date la vuelta, Samantha. Nos vamos.

La puerta principal se cierra de un portado.

—¿Sam? —grita Vivian.

Si me voy ahora, me verá. Me quedo parada, sin saber qué hacer.

—¿Sí?

Elijah me quita el libro y el pergamino cuando Vivian aparece en el pasillo.

—¿Dónde estabas? Te he llamado a casa y al teléfono móvil tres veces. Creo que tenemos...

—Me mira a la cara y se detiene—. ¿Pasa algo?

—Eh, sí. —No va a creerme si le digo que todo está bien.

—¡Rápido, Samantha! —me urge Elijah—. Te sacaré de aquí si no encuentras otra forma de hacerlo.

Me cuesta aún más pensar con su insistencia.

—Oh, mierda. Se me había olvidado que tengo que hacer un trabajo para el lunes.

La preocupación se esfuma de su rostro.

—He pensado que podríamos ir a visitar a tu padre. Y por el camino podemos hablar de las peleas que hemos tenido últimamente. ¿Te parece bien? Ya sé que no ha sido fácil para ti y que yo he estado inquieta estos días.

Sus palabras me sorprenden. Ella nunca intenta solucionar este tipo de cosas. Pero es que nunca nos habíamos peleado así. Una parte de mí desea decirle que sí, quiere perdonarla y creer

que hay una explicación para esa factura médica. Pero necesito irme con Elijah y descubrir qué significa esta pluma.

—He quedado con mi grupo en la biblioteca. —Me vuelvo hacia la puerta. Odio tener que irme, pero no puedo quedarme.

—Estoy intentando hacer algo amable cuando debería de ser yo la que estuviera enfadada por la forma en la que te has comportado. Y no te he dado permiso para salir de esta casa —dice, y su tono herido se está convirtiendo en enfado.

Estiro el brazo y agarro el pomo de la puerta. La miro. Está muy enfadada. Salgo corriendo.

—¡No te atrevas a marcharte! —me grita tan fuerte que la oigo desde la entrada.

No miro atrás, ya es tarde para cambiar de opinión, pero a una parte de mí le preocupa que este desplante a la propuesta de Vivian pueda acabar con nuestra relación definitivamente. Mi padre siempre ha actuado de tranquilizante entre Vivian y yo, como un disco entre dos vértebras. Ahora nos estamos atacando de la peor forma y más dolorosa. A lo mejor es que no funcionamos sin él.

—Por aquí —me indica Elijah, que ajusta su paso a mi ritmo.

CAPÍTULO 42

No tengo escapatoria

Me limpio el sudor de la frente cuando entro en una estrecha calle adoquinada a las afueras de la ciudad. Dejé de correr hace cinco manzanas, pero mi cuerpo aún no ha entendido el mensaje.

—Me he metido en un buen lío.

—No podía arriesgarme a que te quedaras allí —responde Elijah.

—Ya, pero ¿por qué? —Me detengo sin ganas de salir de esta calle tranquila donde puedo hablar con él.

—Porque has atraído su atención con ese hechizo. La atención de mi prometida.

Me siento al descubierto.

—¿Así que ahora sabe dónde vivo?

—Imagino que ya lo sabía. Después de todo, vives en la casa en la que solía hacerlo yo. Lo que no sabría es que puedes hacer hechizos.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que acabo de anunciarme como una amenaza?

—Eso creo.

Si yo no era una amenaza antes y ella ya lanzaba hechizos, puede que me haya puesto una cruz en la frente ahora.

—Pero me dijiste que los espíritus no podían hacer hechizos.

—No pueden.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Asiente y parece incómodo.

—¿Sam?

Me doy la vuelta cuando Jaxon dobla la esquina. En cierto modo me siento aliviada y en parte aterrada por que me esté siguiendo. ¿Me habrá visto hablar con Elijah?

—¿Me has seguido?

—Sé que te gusta este chico, pero no hay tiempo para esto. Tengo que contarte una cosa —me dice Elijah y siento que no me va a gustar, sea lo que sea.

Jaxon se acerca a mí.

—Sí, bueno, viste morir a una persona y después levitaste. Te encuentro haciendo hechizos con mi madre y te veo corriendo a toda mecha por la calle. Creo que tiene sentido que te haya seguido.

—No le contaste a Lizzie que le mordí la mano a John, ¿no?

—¿Tú qué crees?

—Jaxon, yo... lo siento. No sé qué decir.

—¿Por qué no empiezas explicándote?

—Samantha —insiste Elijah. No tengo que mirarlo para saber que esta no es una buena idea.

—No tengo tiempo. —Es lo más real que puedo decir.

—¿Por qué?

—No lo entenderías. —Entrelazo los dedos.

Jaxon aguarda a que yo continúe y, como no lo hago, prosigue:

—¿Por qué no confías en mí?

Se me parte el corazón.

—No es eso.

Elijah mueve las manos en el aire.

—¿Y entonces por qué no me cuentas nada? —continúa mi amigo—. He descubierto al mismo tiempo que el resto del instituto todas esas cosas que te suceden. Hasta las Descendientes sabían más que yo. —Abro la boca, pero no me deja hablar—. No vayas a decirme que no es así. Vi sus caras. Y después vas y te crees las mentiras que dice Lizzie sobre mí. Ni siquiera son simpáticas contigo. Yo hago todo lo que está en mi mano por ti y me dejas fuera.

Me muerdo el labio. He malinterpretado por completo la razón por la que Jaxon estaba enfadado conmigo. No puedo más que coincidir con él.

—No era mi intención dejarte fuera —susurro.

—Entonces deja de hacerlo —replica él.

Elijah se pasea por mi lado.

—Cuanto más lo retrases, más peligrosa es la situación para ti.

Y eso significa que Jaxon está en peligro por estar a mi lado.

—No es seguro que estés aquí —le digo.

Mira las casas antiguas y los pintorescos bancos.

—Estamos en una calle tranquila de un barrio pudiente. Y aún hay luz, no creo que esté mucho más seguro en otra parte.

Me ruborizo por lo paranoica que parezco.

—Ya lo sé. No digo que los árboles vayan a comernos, digo que no es seguro que estés conmigo.

—Dime por qué. —Nunca lo había visto comportarse así. Está muy serio.

¿Cómo le cuento algo que entienda?

—Quiero contártelo, es solo que no sé cómo.

—¿Sientes algo por mí, Sam? —Da un paso en mi dirección y el corazón se me acelera—. Tengo que saberlo. Porque si es así lucharé por ti cada día hasta que me dejes estar a tu lado. Pero si no...

Echo una mirada a Elijah, que gruñe descontento mientras se aleja unos pasos para darme espacio. Me dan ganas de salir corriendo, estoy nerviosa y no quiero mantener esta conversación delante de Elijah. Pero no puedo ignorar la pregunta de Jaxon. No tengo escapatoria.

—¿Qué estás mirando, Sam?

Mis ojos se encuentran temerosos con los suyos.

—Un momento, espero... ¿Está eso aquí? —me pregunta.

—Él —lo corrijo.

—Muy bien, ¿está él aquí? —Vuelve a examinar la calle y Elijah se acerca a nosotros.

—Sí, estoy aquí, intentando ponerla a salvo y no tratando de hablar de mis sentimientos por ella mientras está claro que corre peligro —le recrimina Elijah a Jaxon.

—No es culpa suya, él no lo entiende —le recrimino a Elijah antes de poder contenerme.

—¿Qué me ha dicho? —pregunta Jaxon.

—Vete a casa antes de que le hagas daño —le exige Elijah.

—¿Sam? —Jaxon da un paso adelante en lugar de huir de esta situación tan incómoda.

Tengo ganas de llorar. No puedo mentirle, Elijah está aquí.

—Te ha dicho que vayas a casa antes de que me hagas daño. —Me estremezco con cada palabra y, a juzgar por la expresión angustiada de Jaxon, sé que no debería haber pronunciado ninguna de ellas.

—¿Así es como te sientes? —me pregunta en voz baja.

Es más complicado, pero, si se lo digo, se quedará. Tengo que hacer acopio de valor para responder.

—Sí.

Jaxon asiente y le brillan los ojos.

—Supongo que esa es la respuesta que buscaba. —Espera a que diga algo más, cualquier cosa. Tras un momento de silencio, se marcha.

—¡Jaxon! Lo siento. —Alejar a Jaxon y a Vivian en el mismo momento me está matando. A lo mejor el problema soy yo. A lo mejor Lizzie tiene razón y lo único que hago es hacer daño a la gente.

Se detiene y se dispone a volverse, pero cambia de opinión. Sacude la cabeza y sigue caminando. Con cada paso que da, el dolor de mi corazón aumenta.

Miro a Elijah.

—Ya lo sé —me dice y me rodea con los brazos. Entierro el rostro en su pecho y me aferro a su camiseta. Huele a libros antiguos—. No podía permitir que corrieras más peligro. Es más seguro para todos, y también para él, que se marche a casa.

Asiento contra su cuerpo.

—¿Qué querías contarme?

Elijah me abraza un segundo más antes de soltarme.

—Mientras tú estabas con la señora Meriwether, volví a mirar las entradas de los diarios.

—Y encontraste algo, ¿no?

Asiente.

—Una de finales de 1700 que menciona a una mujer que vive con cuervos en el bosque. El escritor afirmaba que nadie pasaba junto a su casa por miedo a las maldiciones.

—¿No llevaba ya cien años allí a finales de 1700?

—Eso es precisamente lo que me preocupó, así que busqué en la década de 1800 y encontré dos nuevas menciones. Y una más a principios de 1900.

¿Cómo podía la gente escribir sobre la misma persona a lo largo de los siglos?

—A lo mejor solo estaban repitiendo historias que había escuchado de otra gente y en realidad no la vieron.

Elijah se aparta el ondulado pelo negro.

—Lo que me da que pensar es que las descripciones eran demasiado similares.

—¿Qué quieres decir exactamente? ¿Qué crees que ha vivido cientos de años? Eso es imposible. —Mis palabras no suenan tan convincentes como quisiera. Acabo de hacer un hechizo con mi vecina de al lado y mi mejor amigo es un espíritu... al que he besado. La palabra «imposible» tiene una definición mucho más amplia que la que tenía en Nueva York.

—¿Es imposible? —pregunta Elijah. Puedo imaginarme lo histérico que debe de estar.

Me muevo inquieta.

—Si hace hechizos, tiene que vivir de alguna forma, ¿no?

—Creo que podemos suponer que es la enemiga desconocida a la que se refería Cotton en tu visión de Burroughs.

Se me va el color de la cara.

—Cotton me dijo que estaba centrándome en las cosas equivocadas, pero ¿por qué no me contó que tu prometida era mi enemiga secreta en lugar de enviarme todos esos mensajes en clave?

—Los nombres poseen poder. Trataba de protegerte o de protegerse, imagino.

Si Cotton le tiene miedo, ¿en qué lugar me deja eso a mí? Miro a mi alrededor y me siento como una diana.

—¿Crees que va detrás de mí por Cotton?

—Es posible.

—Pero el nombre de mi padre está escrito al lado del mío. —Si ella hizo que a la gente le saliera el sarpullido, seguro que es responsable de otras cosas. ¿Las pastas con las que la gente se puso enferma? ¿La muerte de John?—. Ahora hay dos cosas que pueden hacer daño a mi padre... la maldición y tu prometida.

—Creo que son lo mismo. Pero no qué conexión hay entre ellas. —La puerta de un automóvil se cierra y me sobresalto.

Me acerco más a Elijah y bajo la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Cómo vamos a encontrarla?

—Vamos a una cafetería o a algún lugar público en el que corras menos peligro mientras intento buscarle el sentido a todo esto.

—Ni hablar, no voy a ir esconderme detrás de un café mientras tú vas a buscarla.

—Si puedo hablar con ella, a lo mejor la convenzo para que pare. —Suena tan poco seguro como yo.

—No. Cotton y tu prometida están en lo más alto de la cadena alimenticia. —Recuerdo mi lista «Así se cuelga a una bruja»—. Cotton no habría comenzado con toda la histeria de las brujas sin ella, o ella sin él. Madre mía, y que yo viniera a Salem desencadenó la sucesión de muertes. Apostaría a que también está involucrada en estas muertes y accidentes. Y probablemente no involuntariamente. Si nosotras empezamos esto, ella y yo somos las únicas que lo podemos parar.

Mientras lo digo, sé que tengo razón. Susannah me dijo que yo era clave para resolverlo. Alice cree que soy el problema. Quizá las dos tengan razón. Pensar en ello me produce desazón.

—Me desagrada enormemente esa idea. —El enfado de Elijah solo confirma mis sospechas.

—A mí tampoco me entusiasma. —Y estoy siendo sutil—. Pero Cotton podría haber evitado las acusaciones hace años si lo hubiera intentado y eso habría salvado vidas inocentes. Si todo funciona como creemos, tengo que intentarlo yo. —Conforme hablo, mi teoría cobra aún más sentido.

Frunce el ceño.

—No te olvides de que en esta versión tú eres la bruja.

—Tu prometida lo perdió todo. Si quisiera culpar a alguien por los juicios, la mejor opción sería Cotton. ¿Qué mejor venganza que marcar a una Mather como bruja y hacer creer a todos que es responsable de todas las muertes?

—¿Cómo podría haber detenido Cotton a mi prometida?

—Delatándola como una impostora. Destapando todas sus mentiras —respondo. En ese caso, el hechizo que hice era un paso en la dirección correcta. Miro el libro que está en el banco, cerca de nosotros—. Pero, para hacer eso, necesito saber dónde está.

Elijah sigue mi mirada.

—Un hechizo no es buena idea, Samantha.

—¿Qué elección tenemos? Si quiero detenerla, no puedo quedarme aquí esperando a que me sorprenda.

—No es seguro —constata—. Aún no sabemos lo suficiente.

Me gustaría estar de acuerdo con él más que otra cosa en el mundo, pero si no la busco, seguiré detrás del caballo, como me dijo Cotton.

—Elijah, tenemos que idear un plan. Y después tengo que probar uno de esos hechizos.

—¿Qué plan? No sabemos para qué nos estamos preparando. —La voz le sale temblorosa—. No quiero que salgas herida.

El corazón me da un golpe seco en el pecho.

—Si muero, supongo que pasaremos mucho tiempo juntos.

Me toma de los brazos y se aferra a mí como si quisiera sacudirme la idea de encima.

—No digas eso, Samantha. Tienes toda una vida maravillosa por delante. No te puedes ni imaginar la de experiencias que te esperan. No quisiera que te pasara esto tan joven.

—¿Y cómo voy a vivir si no detengo a tu prometida? —Mi voz suena tan apasionada como la suya y subo el tono—: ¿Y cuántas personas más no podrán vivir si no rompo la maldición?

—La romperás, pero tienes que ser razonable. —Tira de mí un par de milímetros.

Nuestras caras están muy juntas.

—John ya ha muerto. Susannah es la siguiente, y eso sin mencionar a los demás. No puedo seguir adelante cuando tengo la respuesta. Nunca podría vivir con ello. No voy a actuar como Cotton, a sentarme y observar. —A cada minuto me siento más decidida. No me apetece nada conocer a la prometida de Elijah, pero sería una desgraciada perder la ocasión por ser demasiado precavida.

—No sabes de lo que es capaz. —Vuelve a acercarme a él, como si tratara de protegerme con su cuerpo.

De repente cobra sentido el papel que él desempeña en la maldición.

—Esta vez conoces al enemigo, Elijah.

Me mira interrogante y me aclaro la voz.

—No pudiste proteger a Abigail porque no sabías quién era el enemigo. Ahora estás intentando protegerme a mí. La diferencia es que sabemos contra quién luchamos.

Abre mucho los ojos y me suelta. Se sienta en el banco.

—Me quité la vida la última vez que fracasé.

Me siento a su lado.

—No puedo hacer esto sin ti —digo con voz amable.

Se vuelve hacia mí. Nos quedamos quietos unos segundos. Sus ojos grises albergan una mirada triste.

—No puedo vivir el resto de la eternidad sabiendo que también te he fallado a ti.

El aire se me queda atrapado en la garganta.

—Nunca podrías fallarme...

Suspira.

—De acuerdo, Samantha, me doblegaré a tu voluntad.

Suspiro, aunque mi victoria es breve. Oigo unas sirenas de policía en la distancia. Elijah desaparece. Me pongo en pie, miro a mi alrededor y me fijo en que la señorita Edelson está mirando a través de una cortina desde una ventana de un segundo piso. Cuando nuestras miradas se

cruzan, corre la cortina. ¿Cómo he podido ser tan idiota como para quedarme en el mismo sitio tanto rato? Le habrá parecido que estaba hablando conmigo misma.

Elijah vuelve.

—¡Corre!

Salgo a correr por los adoquines.

—A la derecha —me indica y me cuelo en un callejón. Las sirenas suenan más fuerte—. El parque.

Corro hasta la acera y casi me llevo por delante a un peatón. Compruebo rápidamente el tráfico y cruzo la calle hasta una zona con árboles. Me detengo junto al tronco de un arce. El vehículo policial pasa y se encamina a la dirección de la que venimos.

—Tienes que apartarte de la calle —me dice Elijah—. Ese policía tenía un cuaderno lleno de notas sobre ti.

—¿Por qué?

—No me quedé a averiguarlo. Tenemos que llegar hasta la casa de la señora Meriwether.

—¿Qué?! —Lo miro horrorizada—. No.

—¿Se te ocurre un lugar mejor para hacer un hechizo?

CAPÍTULO 43

Pero ¿qué...?

—Ahora voy a abrir la puerta —me dice Elijah cuando me agacho detrás de un arbusto en el patio delantero de la señora Meriwether. Aprieto el libro de hechizos en el pecho y examino temerosa mi casa. El automóvil de Vivian está en la entrada y las luces están encendidas. Elijah abre la puerta de la casa de mi vecina.

Echo a correr por el patio bajo la tenue luz y el corazón me martillea en el pecho. Subo con una larga zancada los dos escalones que preceden a la entrada y atravieso la puerta con torpeza. La cierro de un portazo. Respiro hondo.

—¿Hola? —dice Jaxon desde el salón. Me dan ganas de salir corriendo tan solo de pensar en enfrentarme a su mirada herida. Unos segundos después, está delante de mí.

—Hola —saludo, mirándome los pies.

—¿Acabas de colarte en mi casa?

—No quería que me viera nadie, pero la verdad es que tampoco quería colarme. —Es la verdad.

—¿Por qué te importa que alguien te vea entrar en mi casa?

Elijah frunce el ceño.

—El tiempo se nos escapa rápido.

Me quedo en silencio unos segundos, sin saber cómo contestar a ninguno de los dos.

—Bueno, yo... —Pienso en varias respuestas, pero son una mierda.

Solo puedo decir una cosa.

—No debería haberme creído la mentira de Lizzie. Sé que te hice sentir incómodo con lo del hechizo y en el auditorio y, de nuevo, en la calle antes. Lo siento mucho. Quiero decirte algo que lo explique todo... y convencerte de que nunca he pretendido hacerte daño, de que me importas. Es solo que aún no estoy preparada.

—¿Te importo? —Nunca había visto a Jaxon tan vulnerable y eso me hace sentir mucho peor.

—Samantha —me advierte Elijah. Le dedico una mirada de «por favor, dame un minuto». Sé que teme que me pierda en esta conversación, pero no quiero hacer a Jaxon más daño de lo que ya le he hecho.

Asiento.

—Sí.

Relaja un poco la expresión.

—Sabiendo eso, puedo lidiar con el resto. Hasta con el fantasma. —Dice la última parte con tristeza.

Elijah hace una mueca. Me abruma una sensación de culpa cuando los miro a uno y a otro.

«¿Cómo me habré metido en este lío?»

—¿Samantha? —La señora Meriwether aparece inesperadamente en el vestíbulo—. Me tenías preocupada.

Me tenso.

—Siento haber salido corriendo.

—Cuando vi esa pluma, yo... Bueno, siendo clara, la idea de que tu abuela tenía razón sobre la mujer cuervo me ha estado reconcomiendo todo el día.

Inhalo profundamente.

—Tengo que encontrarla... Me refiero a la mujer cuervo. —La señora Meriwether asiente, como si ya lo esperara—. Y me vendría muy bien su ayuda.

La expresión de Jaxon vuelve a ser de enfado.

—Conque has venido a disculparte, ¿eh?

La he fastidiado. A estas alturas, lo único que me queda es esperar que no me odie.

—Jaxon, voy a contarte la verdad. Sin mentiras, sin omisiones. Puedo explicártelo todo, pero ahora no es el momento. Vas a tener que confiar en mí por ahora, ¿puedes hacerlo?

Frunce el ceño y mira a su madre antes de responder. ¿Habrá hablado con él?

—Bueno, pero solo si me prometes no volver a dejarme fuera. Me siento ridículo.

Suelto el aire que estaba conteniendo.

—Te lo prometo. —Es más indulgente que yo—. Bien... el motivo por el que he estado actuando de forma tan rara últimamente es porque estoy segura de que la muerte de John forma parte de un patrón más grande. Susannah es la siguiente. Y estoy segura de que mi padre y yo vamos detrás.

La señora Meriwether y Jaxon intercambian miradas de nuevo. ¿De qué habrán hablado hoy?

—Escucha. Si lo crees de verdad, deberías acudir a la policía cuanto antes —declara Jaxon.

Me tenso aún más con la mención de la policía. ¿Puede ser Lizzie la razón por la que van a por mí? Susannah me dijo que su familia tenía buenos contactos.

—Esta es una de las cosas en las que tienes que confiar en mí —respondo y veo que Jaxon quiere discrepar.

—Querida, vamos a la cocina a ver qué necesitas —me indica su madre, tomándome de la mano.

—Una mujer inteligente —observa Elijah.

Asiento, agradecida por el apoyo de la señora Meriwether, y la sigo por el pasillo hasta su cocina. Para mi sorpresa, Jaxon nos acompaña.

—Te juro que no me he metido nada —le digo entre dientes mientras caminamos.

Sus labios esbozan el principio de una sonrisa.

—Eso es discutible.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo todo? Parece una locura.

—Te he visto flotar en el aire. Si puedo aceptar eso, no creo que un hechizo vaya a hacer que me desmaye. —Su voz vuelve a tener el tono juguetón de siempre.

—Bien, pero esto es difícil de aceptar para mí. Si te ríes, te daré un buen puñetazo.

Sonríe.

—Entendido.

Entramos en la cocina y la señora Meriwether hace espacio en la encimera con decisión.

—Cuéntanos el plan, Samantha.

Elijah se pasea inmerso en sus pensamientos.

Me siento junto a la isla y Jaxon se sienta a mi lado.

—Creo que la única forma que tengo de detener las muertes es encontrar a la mujer cuervo y desvelar lo que está haciendo. Estoy segura de que me está tendiendo una trampa para que parezca la culpable de todas las cosas extrañas que han pasado últimamente y, si no voy con cuidado, también me acusarán de las muertes. —Y Lizzie no es de gran ayuda tampoco.

Suelto el libro de hechizos y me fijo en que Jaxon se muestra impresionado. Es bonito. Paso las páginas, en busca de un hechizo de localización. Cuando doy con uno, Elijah lo lee por encima de mi hombro. Alcanza una cesta de la encimera y desaparece.

—¿Y por qué esa tal mujer cuervo la ha tomado contigo? —Al menos Jaxon no se está riendo de mí, aunque su tono sea de duda.

—Hay muchos resentimientos entre ella y los Mather. Me parece que disfruta señalándome como bruja y va a intentar que me cuelguen por ello. Metafóricamente.

—Sam, estás en mi cocina con un libro de hechizos haciendo uno con mi madre. ¿Existe otra definición de bruja que yo no conozca?

Abro la boca y vuelvo a cerrarla.

La señora Meriwether mira el hechizo de localización. Tiene una expresión seria en el rostro.

—Tu abuela estaba buscando información sobre la maldición antes de morir. Me hablaba constantemente de ello. Incluso la ayudé con la investigación.

Sabía que le había prestado ayuda. Me imaginé que era una de las razones por las que no me presionaba para que le diera detalles.

—Una de las cosas en las que más interesada estaba era en la localización de los ahorcamientos, pero Jaxon me ha contado que ya lo habéis averiguado —continúa.

Entonces, de esto han estado hablando. En la última entrada del diario de mi abuela ponía que había encontrado la dirección de la casa del bosque y planeaba ir. Pero como no escribió más, me imaginé que no había ido.

—El diario nos dio la idea.

—Sí, bien. Una noche, Charlotte vino a casa despotricando. Siempre había tenido ideas raras, pero nunca la había visto tan alterada. Seguía llamando a tu padre, insistiendo en que veía a la mujer cuervo y que tu familia estaba en peligro. Estaba tan histérica que apenas la entendía. Pensé que estaba enferma e intenté tranquilizarla.

—Fue a la casa del bosque, ¿verdad? —Se me pone la piel de la nuca de gallina.

—Murió esa noche, Samantha. —La señora Meriwether se detiene un momento—. Cuando empezaste a preguntarme por la maldición, sentí miedo. Sonabas igual que Charlotte. No tenía ni idea de que tú y Jaxon habíais encontrado sus notas e ido a la casa. Yo no las encontré. Ojalá... —Siente demasiadas emociones para continuar.

Por supuesto que no encontró las notas de mi abuela, estaban en el estudio secreto. ¿Qué le pasó a mi abuela cuando fue a esa casa?

—Me acuerdo de esa noche. Mi padre me dejó con Vivian y vino aquí para ocuparse de unos asuntos. Nunca me contó qué había pasado. —Recuerdo su cara cuando volvió a casa, distante y triste.

—Me culpé por ello —continúa la señora Meriwether, sacudiendo la cabeza—. La ayudé, pero no siempre la creía. Pensé que como soñaba tanto con la mujer cuervo, estaba confundiendo sueños con realidad. Y cuando he visto hoy la pluma, lo único en lo que podía pensar era que he estado tremendamente equivocada todos esos años. Si pudiera retroceder en el tiempo...

—No es culpa tuya —la anima Jaxon—. Ni siquiera sabes seguro qué paso.

—No puedo cambiar el pasado, supongo. —Se da golpecitos en los ojos—. Pero puedo ayudarte a ti, Samantha. No dudaré de esta historia una segunda vez. Si hay alguna forma de encontrarla, tenemos que hacerlo.

Sus comentarios acerca de creer en la gente cobran sentido.

—Jaxon tiene razón. Es mejor que no vaya a esa casa.

Deja de darse toques en los ojos.

—¿Qué ingredientes necesitas?

Elijah aparece con toda una cesta llena de plantas y la coloca en la encimera. Jaxon se sobresalta cuando la ve y a su madre se le ilumina el rostro.

—Bien, aquí está el hechizo de localización y Elijah ya ha recopilado los ingredientes. —Me sonrío un poco, sin saber cómo explicarlo—. Pero creo que tengo que hacer otro más.

Jaxon no oculta su malestar.

—El fantasma del que te he hablado, mamá.

—¿Qué curioso! —exclama la señora Meriwether, examinando la cesta llena y dando palmas—. ¿Está aquí ahora?

—Sí —respondo con la vista fija en él.

«Siempre está cuando lo necesito.»

—¿En qué otro hechizo estás pensando? —Me pregunta ella, mirando a su alrededor en busca de alguna señal de Elijah. Me encanta su interés por él.

—Bueno... —Si yo fuera Cotton, tendría que demostrar que la mujer cuervo es una farsante—. No sé mucho acerca de sus planes. A lo mejor algo sobre la claridad o la verdad.

Elijah asiente y viene a mi lado. Paso las páginas y los tres se inclinan sobre el libro. Paso todos los hechizos de buena suerte y belleza sin leer los títulos.

—¿Tal vez algo para enfrentarte a ella? —propone Jaxon cuando paso la sección de sanación.

Elijah le dedica una mirada glacial.

—Elegí este libro precisamente porque no quería que Samantha usara hechizos con el fin de hacer daño.

¿Él ha elegido el libro por mí?

—Tiene más de trescientos años de experiencia que yo en lo que a magia se refiere —le digo a Jaxon—. Si intento enfrentarme a ella, perderé seguro.

Mi amigo pone una mueca por lo de los trescientos años, pero no comenta nada. Sigo pasando hojas.

—¿Un hechizo sobre la justicia? —sugiere su madre.

—Mmm. —Paso las siguientes páginas emocionada—. «Del revés.» Dice que saca a la superficie lo que una persona es por dentro. ¿Cómo un suero de la verdad?

—Parece una contrincante fuerte —comenta la señora Meriwether.

—Ella cuenta con la manipulación —coincide Elijah—. Quítale eso y conseguirás desorientarla.

Tanto Jaxon como su madre leen la descripción.

—Sacar a la luz lo que sabe y lo que tiene pensado hacer sería estupendo —digo.

—Debería de usar algo así contigo cuando esto termine —bromea Jaxon.

Elijah frunce el ceño.

—Samantha, ¿no opinas que deberías de hacer algún hechizo de protección? —Ahora es la señora Meriwether quien pasa las páginas.

—Sí —interviene Elijah.

—He pensado en ello, pero es que no sé de cuánto tiempo dispongo. —Ni me molesto en decir que la mujer podría encontrarme en cualquier momento. Ay, ahora que lo pienso, me siento culpable por no haber advertido a Jaxon y a su madre—. Hay algo... Tengo que ser sincera con vosotros. Me preocupa que me esté buscando ahora que la he descubierto con el hechizo. —Miro a Elijah y él parece conocer mis intenciones.

Para mi sorpresa, es Jaxon quien responde.

—¿No acabas de decir que está intentando tenderte una trampa?

—Sí, ¿y?

—¿Entonces por qué iba a irrumpir en mi casa para venir a por ti? ¿No echaría eso a perder sus planes?

«Vaya.» Lo que dice Jaxon tiene sentido. La señora Meriwether asiente con rápidos gestos de cabeza.

—Eres como de la familia, no vamos a dejarte sola en esto.

—Tampoco tan de la familia —opina Jaxon, que se gana otra mirada dura por parte de Elijah. La señora Meriwether señala un hechizo de protección que ha encontrado.

Se llama «Resguarda y protege». Al lado del título hay un dibujo de un nudo que me resulta familiar. «Lo he visto antes. ¿Dónde? Oh, claro. Es el mismo que tiene el collar de Vivian. El que me dejó para la fiesta. ¿Pero qué...?»

Se me quedan las manos heladas y la boca seca. ¿Eso fue lo que me protegió del sarpullido? Elijah da un paso hacia mí en plan protector.

—¿Samantha? ¿Estás bien? —me pregunta mi vecina.

—¿Sabe lo que es esto? —Señalo el dibujo del nudo.

—Sí, cielo. Es un nudo de bruja. Protege a la gente y los objetos. Charlotte siempre llevaba uno —responde sin más—. ¿Por qué?

—Es que... yo llevaba uno la noche en que le salió el sarpullido a todo el mundo. Parecía una antigüedad. No sé. ¿Sería el de mi abuela? —Miro el libro intentando buscarle el sentido a todo esto.

—Tu abuela perdió el suyo la noche que murió. Pero por el estado en el que se encontraba, no me sorprendería que estuviera en la casa. ¿Lo encontraste en su dormitorio?

—Me lo prestó Vivian. Se está quedando en la vieja habitación de mi abuela. ¿Cree que es eso lo que evitó que me saliera el sarpullido? —Vivian podría haberme dicho que se lo había encontrado. Ese día estaba casi en mis cabales.

Elijah se queda muy quieto.

—Es posible que mi prometida estuviera en la fiesta sin que yo me diera cuenta.

Me estremezco ante la idea de que haya podido conocerla.

—¿Puedes ir a por él? Podríamos usarlo en este hechizo —me pregunta la señora Meriwether. Dudo. Ir a la habitación de Vivian no suena bien. Miro a Elijah.

—Lo haré encantado —responde a mi pregunta no formulada.

—Irá Elijah —le digo a la señora Meriwether.

Asiente y alcanza un cuenco de madera grande.

—Voy a recoger esas cosas del jardín. Jaxon, ofrécele algo de comer a Samantha. —Se da la vuelta y se dirige a la puerta de atrás. Elijah desaparece.

—No tengo hambre —le digo a Jaxon.

Baja la mirada. Cuando alza la cabeza, su expresión es amable.

—Sam, no... no tenía ni la más remota idea de lo que estabas sufriendo. Tu padre, la gente que

muere delante de ti y, aunque me cueste creerlo, esto de la mujer cuervo. No debería de haberte echado en cara que me dejaras de lado. Te aseguro que no sé cómo puedes lidiar con todo esto.

—Gracias, Jaxon. Pero tenías razón. Tengo que aprender a confiar más en la gente. Desconfié de ti cuando nos conocimos y solo intentabas ser amable.

Las mejillas se le sonrosan ligeramente.

—En realidad... mi madre me hizo prometer que iría a verte al principio. Y que hablaría contigo en el instituto. Charlotte era muy importante para ella. Le dije que creerías que era un tarado que te perseguía, pero no me escuchó.

Se me para el corazón.

Las mejillas sonrosadas de Jaxon se oscurecen.

—Y después hablé contigo el día que te mudaste. Te negaste del todo a que te ayudara y me manchaste con el pintalabios. Y después te conocí un poco más y me di cuenta de que eras inteligente y cabezona y tan valiente como para enfrentarte a cualquiera. A esas alturas ya no podrían haberme convencido para que me alejara de ti.

Bajo la mirada.

—¿Así que te atraen las chicas difíciles?

—Si así eres tú, entonces sí. —Su tono carece de su clásico toque de humor.

Los sentimientos batallan en mi interior. Se abre la puerta trasera y me siento agradecida por la distracción. Me levanto y alcanzo la olla.

—Bien, ¿cuál primero? —La señora Meriwether deja una cesta llena en la encimera.

—Deberíamos de hacer el de localización al final. Por si acaso se entera de que voy. Así que imagino que el hechizo «Del revés» y después el de protección —respondo.

Saca hojas de la cesta mientras yo leo las instrucciones. Coloca lo que necesitamos en una pila al lado de las tablas de cortar y se acerca a mí, junto al libro de hechizos.

—Aquí pone que hay que echar dos centímetros y medio de agua en la olla.

Abro el grifo mientras la señora Meriwether sigue leyendo.

—Jaxon, necesito que piques la salvia lo más pequeña posible. —Le tiende un puñado de hojas de un verde oscuro.

Él no es igual de rápido que su madre, pero está claro que es hábil. Me detengo a mirarlo.

—Voy a por el eneldo y el cilantro, si queréis, empezad por el aciano —nos informa.

—Ningún problema. —Alcanzo las flores de color azul brillante y echo los pétalos en el agua.

Elijah aparece con el collar, me lo meto en el bolsillo y esbozo un «gracias» con los labios.

Vuelvo al libro de recetas mientras Jaxon y su madre echan ingredientes en la olla.

—Solo faltan los pétalos de pensamiento —comento y busco la flor morada oscura en la encimera.

Lo que tengo que hacer después es echar cinco gotas en la comida de la persona o en su piel para que funcione. Seguro que no hay problema. «Hola, prometida de Elijah, ya sé que me odias, pero ¿podrías esperarte un poco mientras te echo este líquido por encima?» Claro, está chupado.

Miro las hojas burbujeantes y retiro con cuidado los pétalos. Cuando los echo, me olvido de mis pensamientos y repito las palabras «que se conozca la verdad» tres veces. Cuando aterriza el último pétalo, la mezcla adopta un brillo irisado. Espero que esto signifique que está funcionando.

Me saco el collar del bolsillo. La señora Meriwether se acerca a mí.

—El collar de Charlotte... —Lo toma con delicadeza.

Antes de que me dé tiempo a preguntarle nada, fuera resuenan unas sirenas. Hay un automóvil en la entrada de mi casa. Elijah desaparece y Jaxon y su madre se acercan a la puerta trasera. Los

siguiente.

Las puertas de los vehículos se cierran. Oigo las voces, pero no entiendo las palabras. Jaxon entra en casa.

—Dos policías se están dirigiendo a tu casa. —Me mira a la cara en busca de una respuesta.

Se me encoge el estómago. Me llevo las manos a la frente. ¿Esto es por Lizzie o por la prometida de Elijah?

En la frente de Jaxon aparecen unas arrugas de preocupación.

—Iré a ver qué pasa.

—Ven —me dice la señora Meriwether, echándome el brazo por los hombros—. Vamos a embotellar este hechizo y a empezar el siguiente. No sirve de nada que nos quedemos aquí esperando.

CAPÍTULO 44

Con plan o sin él

Los pocos minutos que está fuera Jaxon me parecen diez años. Aprieto las manos y me miro los pies. Oigo la puerta trasera cerrarse y mi cuerpo sale volando en dirección al sonido. Sus pasos son rápidos por el pasillo mientras se apresura hacia la cocina.

Por la forma en que tensa la mandíbula, es bastante evidente que trae malas noticias.

—Las Descendientes han desaparecido.

—¿Qué? —grito. Sabía que le pasaría algo a Susannah, pero no esperaba esto. ¿Y si ya fuera demasiado tarde?—. ¿Qué Descendientes?

—Las cuatro.

—Tengo que hablar con los policías. —Me dirijo hasta la puerta.

—Sam. —Jaxon me agarra del brazo—. No puedes. Te están buscando. Creen que estás involucrada en su desaparición. Dicen algo de una amenaza que lanzaste delante de la madre de Susannah. Y después te vieron despotricando en la calle, hablando sola. —Me ofrece una mirada cómplice.

La señora Meriwether habla con calma mientras separa los ingredientes en dos montones.

—Respira. Tienes que concentrarte, hay que hacer el hechizo de localización.

Tiene razón, tengo que concentrarme. Vuelvo junto al libro.

—Jaxon, ¿sabía algo la policía?

Niega con la cabeza.

—No me han dicho mucho. —Su voz suena un tanto afiliada. Me mira más serio que antes.

Su madre le tiende unas cuantas hojas para que las corte.

Elijah vuelve.

—Susannah, Mary, Alice y Lizzie han desaparecido esta tarde según pone en el cuaderno del policía. Les dijeron a sus padres que iban al Walgreens y que regresarían en una hora.

—Un momento, se supone que no me tenía que reunir con ellas hasta esta noche. ¿Por qué han ido por la tarde? —¿Me estaban tendiendo una trampa? Susannah no haría tal cosa, ¿no?

Elijah levanta una ceja.

—No sabría decirte.

—A lo mejor se distrajeron con lo que estaban haciendo y no volvieron a casa. O puede que se hayan internado demasiado en el bosque y los policías no las hayan visto. —Me encantaría creer que no les ha pasado nada.

La señora Meriwether y Jaxon me observan con disimulo mientras hablo con Elijah.

—Las he buscado —me contesta—. No hay ninguna pista de ellas, solo el Jeep de Mary en el aparcamiento.

—Llevan horas desaparecidas. Alguien podría haberlas... —No quiero acabar la frase porque no quiero que sea verdad.

—Ya ha empezado a difundirse por la ciudad la noticia de la desaparición. Saben que eres la principal sospechosa. Solo es una cuestión de tiempo que la gente envíe a una partida de búsqueda tras de ti.

Me los imagino alineados frente a mi casa, gritando con antorchas.

Elijah parece incómodo.

—Samantha, seguramente sea una trampa.

Me quedo quieta. Su prometida me ha estado molestando todo este tiempo y no he podido predecir ni un solo movimiento. Es más, todo lo que he hecho para intentar romper la maldición solo ha servido para que tuviera más motivos que usar en mi contra.

—¿Crees que sabe que iré a buscarlas?

—Pienso que cuenta con ello. Eras la única persona que estaba presente cuando murió John. Después Lizzie te acusó de asesinato en la reunión y la madre de Susannah afirma que amenazaste a su hija. Si consigues hacer que parezca que eres la responsable de la desaparición de las Descendientes, las consecuencias serán enormes. Te acusarán formalmente.

—Si no las busco, corro el riesgo de que muera alguien.

Y tampoco puedo enviar a la policía. Seguro que la mujer cuervo me castiga matándolas lentamente.

Jaxon deja de cortar.

—Voy contigo, Sam. A buscarla.

Niego con la cabeza.

—No. No es seguro.

—¿Acaso crees que debería dejar que hagas esta cosa tan peligrosa tú sola? Te acompaño.

Aprieto las manos con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos. No pienso llevarme conmigo a Jaxon. Y también queda ya claro que no voy a salir de aquí sin tener una discusión.

—Cielo, no podemos oír a Elijah, ¿sabe él algo? —intercede la señora Meriwether.

—Dice que llevan horas desaparecidas. El otro día traté de advertir a Susannah sobre la maldición y el peligro que corría, y su madre nos oyó. Por eso ha acudido la policía en mi busca. Si la mujer cuervo planeaba tenderme una trampa, esta es una forma de hacerlo. —Tomo un puñado de cebolletas.

Las pico todo lo rápido que las manos, desentrenadas, me permiten. ¿Y si Jaxon me sigue? Tan solo va a convertirse en otro objetivo para ella. Echo las cebolletas cortadas en la olla y vuelvo al libro, pero no sigo leyendo las instrucciones. En lugar de eso, retrocedo unas páginas hasta un hechizo de sueño. Esto podría ser la gota que colme el vaso, puede que nunca me perdone, pero ponerlo en peligro es peor.

Echo un vistazo a las instrucciones. Para los hechizos potentes para dormir un largo rato, se requiere una poción. Pero para aplacar a alguien temporalmente, basta con anotar una serie de símbolos. Elijah me tiende una hoja de papel y copio los complejos símbolos. «Solo por si acaso», me digo a mí misma.

Le paso la hoja a Elijah. La señora Meriwether se acerca a mí y vuelvo al hechizo de localización todo lo rápido que puedo.

—Solo falta el romero, tienes que echarlo —me dice.

Toma un puñado de la cesta. Me acerco a la olla y cierro los ojos. Trato de formarme una imagen de Susannah, pero lo único que veo es a ella ahorcada. Sacudo la cabeza y vuelvo a

intentarlo.

«Solo su cara.» Únicamente tengo que concentrarme en sus ojos y su pelo. Cuando me aseguro de que puedo retener la imagen, echo el romero en la olla. El líquido verde chisporrotea y abro los ojos. Esperamos nerviosos mientras se empieza a formar un vapor negro. Contenemos la respiración.

El vapor asciende despacio al principio, después forma unas nubes grandes como las que expulsa una locomotora de vapor. No se dispersa como el vapor normal, sino que forma un nubarrón encima de la olla. Nos acercamos.

Al igual que hicieron las gotas rojas en el pergamino, el vapor se retuerce y se estira. Las primeras formas que surgen son de árboles. Necesito algo más específico. ¿Y por qué siempre tiene que ser en ese maldito bosque?

Los árboles se dividen y se ramifican formando un evidente camino. Al final de este, el vapor negro crea otra forma: una casa con las ventanas rotas. Cualquier esperanza de que la desaparición de las Descendientes fuera un error se desvanece como las llamas de un leño bajo un chorro de agua.

Jaxon está mucho más tranquilo que yo.

—Al menos sabemos dónde está.

La señora Meriwether junta las manos.

Ese es el peor sitio posible... está muy aislado.

—En esa casa ya están mis huellas dactilares. —Me agarro a la encimera con la esperanza de que la piedra sólida me sostenga.

—Tenemos que llamar a la policía —propone Jaxon.

—¡No! No puedes llamar a la policía. Eso pondría en peligro a las Descendientes. —No quiero que sufran porque yo esté asustada.

La señora Meriwether da vueltas.

—No es buena idea que vayas a esa casa, Samantha. Tenemos que pensarlo, me parece que Jaxon tal vez tenga razón.

Quieren protegerme, pero no creo que puedan hacerlo. Solo es una cuestión de tiempo que la prometida de Elijah me atrape. No puedo soportar que haya más muertes.

Suena el timbre de la puerta y nos sobresaltamos.

—Quedaos aquí los dos —nos pide la señora Meriwether.

Jaxon sigue a su madre con la mirada, preocupado. Ojalá pudiera escapar a esta situación.

Aparece Elijah.

—Listo. Ve y asegúrate.

El corazón me va a mil. Me dirijo a la puerta principal. Jaxon me sigue de cerca. Cuando llegamos al vestíbulo, encontramos a la señora Meriwether abrazada contra la pared, sosteniendo en la mano la hoja con el hechizo de sueño.

—Esto estaba en la entrada. —Su voz es más baja al final de la frase, como si estuviera esforzándose mucho para hablar.

—¡Mamá! —Jaxon la sostiene por un brazo y yo por el otro.

—Estoy bien. Solo es que... —Bosteza mientras la llevamos al salón—. Solo estoy... muy cansada.

La dejamos en el sofá. Jaxon la zarandea, pero le pesan mucho los párpados. Le quita el hechizo de la mano y lo mira. No lo detengo. Él también cae en el sofá.

—¿Sam? —me dice confundido y con voz pesada por el sueño.

Elijah está junto a la chimenea.

Miro a Jaxon y a su madre y me siento fatal.

—Jaxon, lo siento mucho. —Me esfuerzo por que la voz me salga firme—. Esto es culpa mía. No debería haberos involucrado en esto. No quería...

Los dos parpadean, pero no responden. Por la mirada de Jaxon entiendo que se ha dado cuenta de qué es lo que he hecho.

—Tú... —empieza la acusación, pero, en lugar de acabarla, bosteza.

Respiro con dificultad e intento reprimir la sensación de culpa.

—Yaced y dormid. Un apacible sueño antes de que despertéis.

Se les cierran los ojos y no sé si me siento aliviada u horrorizada. Le quito el hechizo a Jaxon de la mano, lo rompo y lo tiro a la chimenea. Las llamas lo devoran.

—¿Cuánto tiempo dormirán? —pregunto.

—Puede que unas horas o unos días.

«¿Soy una mala persona?»

—Venga, vámonos. No quiero que esto haya sido en vano.

Miro una última vez a Jaxon, que duerme en el sofá, y voy a la cocina. Tomo el frasco del hechizo «Del revés» y me quito el collar del nudo de mi abuela. No puedo llevar a la vista mi sistema de defensa. Dejo la cadena en la encimera y me meto el nudo de plata en el bolsillo.

Me vuelvo hacia Elijah.

—Necesitamos una estrategia. ¿Qué me puedes contar de ella?

Mi amigo tiene el rostro surcado por la preocupación.

—En los años que pasé pensando en lo que sucedió, he llegado a la conclusión de que lo más importante para ella era tener el control.

Centro la atención en sus palabras. Necesito esta información.

—Lo único que no podía controlar era mi afecto por mi hermana. Creo que esa fue la razón por la que decidió acabar con ella. Con lo que no contaba era con que no me importase que el mundo entero se pusiera en contra de Abigail. Aunque hubiera sido la líder de las brujas, la hubiera querido igual. De hecho, eso solo hizo que la protegiera aún más. Había consagrado mi vida a tal menester.

—Seguro que se pondría furiosa cuando viera que no podía meterse entre vosotros dos.

Asiente.

—Cuando me quedé junto a mi hermana, redobló sus esfuerzos. Y cuando Abigail murió, mi prometida consiguió lo que quería. Fui a su lado en busca de apoyo. Se convirtió en la única persona importante de mi mundo.

«Así que era eso lo que buscaba.» No quería compartirlo con nadie, ni siquiera con su hermana.

—Casi consiguió convencerme de que fue un accidente que se complicó. Sus mentiras eran premeditadas. Pero vi en sus ojos que en verdad estaba encantada con la muerte de Abigail. Entonces supe que no volvería a acercarme a ella nunca más. —Sus ojos se llenan de pesar.

No puedo imaginar el peso de semejante traición. Y pensar que fue él quien le contó que Abigail cantaba y lo de su amor secreto. Cuánta culpa que soportar. Y en todos estos años no ha podido escapar de ella.

—Samantha, comprende que, si le arrebatas el control, podrás detenerla. Creo que es la única forma de hacerlo.

Su estrategia parece buena, pero muy difícil de llevar a cabo. Voy a tener que hacer algo

grande, algo que la pille por sorpresa. Y, más que eso, tiene que ser algo inteligente.

—¿Bastará con revelar que es una farsante y hacer que admita sus mentiras? Que se sepa que los delatores de las brujas mentían serviría.

—El público tiene que saber para cambiar de percepción.

—Esa casa está en medio del bosque. No hay forma de hacerlo público. Además, acabo de dejar fuera de combate a las personas que me habrían creído.

—Ciertamente.

«Estupendo, así que tengo que exponerla públicamente y además tengo que ir a esa casa yo sola.»

—Espero que haya alguna forma de convencerla para que deje de hacer lo que está haciendo.

Para mi sorpresa, estira los brazos y tira de mí hacia su cuerpo.

—Yo estaré contigo —me dice con amabilidad, apoyando la cara en la mía. Me arrimo más a él con el deseo de empararme de la sensación de sus brazos a mi alrededor un instante más—. Haré cualquier cosa para mantenerte a salvo. —Parpadea ligeramente.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Samantha? —La voz de Elijah suena curiosamente débil. Vuelve a parpadear. Puedo ver la encimera que hay detrás de él a través de su cuerpo.

Se me caen los brazos. Me aferro al aire, pero no consigo nada. Se desvanece aún más rápido. Elijah abre la boca, pero no sale ningún sonido de ella. Ya apenas es visible y, de repente, desaparece.

—¡No! —grito.

Busco una respuesta en la habitación, pero no hay nadie y todo está en silencio. Ha sido ella, lo sé. Corro hasta la puerta principal. Con plan o sin él, voy a hacer que Elijah vuelva.

CAPÍTULO 45

Deslumbrante y feroz

Me detengo para que me baje el ritmo cardiaco y examino los imponentes árboles antes de dar el primer paso hacia el bosque, negro como la boca de un lobo. Nunca imaginé que vendría aquí yo sola.

Me saco el teléfono móvil de la sudadera y busco entre los iconos hasta que doy con la linterna. Enfoco con la luz el suelo del bosque. Con cada paso que me adentro en la oscuridad, el olor a humedad de las hojas se hace más fuerte. Mantengo la vista fija en el suelo para evitar observar a mi alrededor.

Una rama me da en la cara y me toco la mejilla dolorida. Tengo la piel levantada y noto unas gotitas de sangre. De repente se me viene a la cabeza el sueño que tuve. «En el sueño en que me arañaba la mejilla, vi... una horca y un cuervo.» Me empiezan a sudar las palmas de las manos. Cotton sabía que esto sucedería.

Señalo al frente con la luz y me obligo a pasar entre los árboles. Es el destino, ¿cómo voy a detenerlo? Podría estar jugando con la maldición, contribuyendo a que haya otro siglo de muertes.

Delante de mí, la luz titila. «La casa.» Me agacho y cubro el teléfono con la mano. Estoy a punto de apagar la linterna cuando me fijo en el icono de la cámara. Le doy a la opción de vídeo y en la pantalla aparecen mis pies, rodeados de hojas oscuras. Saco la tarjeta que me dio Bradbury cuando me interrogó y le quito la carcasa al móvil. Presiono la tarjeta contra el móvil antes de volver a ponerle la carcasa. Me acuerdo de la conversación que tuve con Elijah sobre la opinión pública.

—Aunque no lo logre, espero que alguien encuentre este vídeo y se de cuenta de que intenté detenerla. De que intenté salvarlos —susurro al teléfono.

Me muevo lentamente hacia la luz y me detengo a unos seis metros de la casa. Las sombras en la oscuridad, los decrepitos muros... parece viva bajo la luz de la luna. Estudio una ventana con picos en busca de alguna pista sobre lo que me espera, pero está cubierta de parras.

Me adelanto y piso una rama. Me asalta una sensación de pánico y durante un instante contengo la respiración y me paro a escuchar el viento que sopla. Si no lo hago rápido, perderé los nervios.

Corro hasta la puerta principal y la abro con un ruido sordo. Cuando pongo los pies sobre las viejas tablas de madera, entro en la enorme habitación. No está vacía. Hay una única banqueta en el centro y una mesa de madera grande cubierta con tarros, velas y cuencos a la derecha. La chimenea está encendida. Junto a la pared de la izquierda, hay otras cuatro banquetas, y, encima, están Mary, Alice, Susannah y Lizzie con cuerdas alrededor del cuello.

Tienen los ojos cerrados, como si estuvieran dormidas. ¿Es una trampa? No hay pista alguna de la prometida de Elijah. «No os atreváis a caer os antes de que os baje.» Oigo el sonido de unos

tacones en el pasillo de al lado.

Me detengo de repente, como si me hubiera chocado con una pared invisible. Una sombra familiar con el pelo rizado aparece en el suelo.

—¿Vivian?

Entra con elegancia en la habitación, con un vestido azul y una capa, como si no pasara nada. Sacudo la cabeza en su dirección, como instándola a marcharse. Su lenguaje corporal sugiere que lo tiene todo bajo control, como siempre. Bajo control... me dan náuseas.

«No, esto no lo acepto. No quiero saberlo.»

Me quedo congelada, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago y me hubiera quedado sin aire. «Te conozco. Vivo contigo. Se supone que eres una persona extraña y horrible.»

—Nunca hemos sido personas que se dejaran llevar por sus emociones, ¿por qué empezar ahora? —Se mueve hacia la mesa, llena de ingredientes para hechizos, y el vestido hace frufnú tras ella.

Miro a las Descendientes y me muerdo el labio con fuerza para apartar la sobrecogedora tristeza que amenaza con arrasarme. No hay forma de bajarlas a las cuatro al mismo tiempo.

Vivian se vuelve hacia mí.

—Si intentas ayudarlas, lo lamentarás. —La puerta se cierra.

No la miro. A lo mejor puedo arrastrar la otra banqueta hasta ellas y quitarles la cuerda del cuello. Doy un paso en su dirección. Las banquetas empiezan a repiquetear y los pies de las chicas vibran encima.

—¡No! —grito, mirándola ahora directamente. Mi madrastra nunca amenaza en vano. Retrocedo y las banquetas dejan de temblar.

«Vivian es la prometida de Elijah. Vivian sabe hacer brujería. Vivian no es Vivian.» La idea me asfixia. ¿Por qué no la ha reconocido Elijah? ¿Y dónde está él ahora? ¿Le ha hecho algo?

Ordena los ingredientes con una seguridad que solo puede proceder de la práctica.

Mientras la observo en el que es claramente su elemento, mi mente se esfuerza por buscarle el sentido a todo esto. ¿Qué significado cobra mi infancia ahora? ¿Y el tiempo que llevamos en Salem?

—¿Tú provocaste el sarpullido.

Asiente.

—¿Y mataste a John?

Se detiene en la tarea de separar las hojas secas.

—Es obvio.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a matar a esas chicas y a hacer que parezca que yo soy la culpable? — No puedo ocultar el dolor de mi voz.

—«Ahorcar» es más acertado. Y eso depende de ti.

Me clavo las uñas en la mano para evitar que me dé un ataque.

—Pensaba que Elijah estaría aquí.

Se queda quieta.

Quiero hacerle daño. Quiero que sienta aunque solo sea una parte de lo que siento yo.

—Ah, un momento. Que se suicidó para alejarse de ti.

Sus ojos se llenan de ira. Se aparta de las hierbas y me toma de la barbilla. Me clava las uñas en la cara con tanta fuerza que estoy segura de que va a rasgarme la piel.

—Ya te advertí en una ocasión... No me quieres como enemiga.

Aprieto la mandíbula y le devuelvo la mirada. Me suelta con un empujón y aterrizo en el suelo.
—Este es un acuerdo de negocios, Sam. No llores. No supliques. No hables. Te dejaré muda si es necesario.

Me pongo en pie y me toco la mandíbula, el punto en el que estaba su mano.

Vivian examina a las Descendientes dormidas.

—Voy a dejarte elegir. —Mueve los dedos y las banquetas empiezan a moverse una detrás de otra.

Las chicas abren los ojos de par en par. La confusión y después el pánico se apodera de ellas cuando se dan cuenta de que tienen una cuerda alrededor del cuello. Intentan desesperadamente mantener el equilibrio para no caer. Mary grita.

Vivian me mira.

—¿A cuál deberíamos de ahorcar?

Que diga «deberíamos» en plural me pone enferma.

Miro a Lizzie y me siento culpable por ello. Alice me mira y el miedo se convierte en acusación. Cuando hicimos el hechizo de claridad, sus antepasados me hablaron de sus ahorcamientos. Cotton no salió en su defensa. Si tengo alguna esperanza de acabar con la cadena de acusaciones y ahorcamientos, tengo que cambiar eso.

—A mí —susurro casi imperceptiblemente, y la palabra me escuece en la boca—. Me elijo a mí.

Susannah niega con la cabeza.

—Samantha, no.

La expresión de Vivian se torna oscura.

—¿Te sacrificarías por alguien que te ha lanzado una piedra con la palabra «MUERE» por la ventana?

Su pregunta me pilla por sorpresa. Así que fue Lizzie. ¿Vivian lo sabía?

—Por supuesto, ya ha recibido el castigo —continúa y por la forma en la que dice las palabras sé que no solo van dirigidas a mí.

Lizzie abre mucho los ojos.

—¿Cómo? ¿A eso lo llamas castigo? ¡Arrojar una piedra no es lo mismo que matar a mi primo y dejar paralizado a mi hermano! —Su voz tiene un toque de histeria. ¿Qué les habrá hecho o dicho Vivian antes de que llegara yo?

Mi madrastra mueve la muñeca y Lizzie se dobla del dolor. Sus pies se tambalean mientras forceja con la cuerda. En unos segundos, se caerá de la banqueta. Se me revuelve el estómago.

—¡Para! ¡Me elijo a mí! ¡Por favor, para!

Las banquetas se paran de golpe.

—Bien, Sam. Si quieres morir ahorcada, pues eso harás —me dice furiosa. «No entiendo nada, ¿qué es lo que quiere?»

Me enfrento a ella.

—Esa piedra no era para ti.

—Lo era, indirectamente.

Mary lloriquea y Vivian arruga la nariz.

—Continúa haciendo ese ruidito y te arrancaré las cuerdas vocales.

Mary se queda blanca y cierra la boca.

Miro a Alice, que está furiosa, y Vivian regresa junto a los ingredientes del hechizo. No puedo

soportar mirar a Susannah. Mi madrastra sabe que he estado quedando con estas chicas y ahora me está manipulando con ellas.

Alza de la mesa un libro envuelto en tela. Lo desenvuelve como si tuviera un gran valor. Es un viejo diario encuadrado en cuero. Cuando lo suelta, me fijo en la pluma de la cubierta.

—Cuando devuelves a alguien a la vida, Sam, necesitas un objeto personal de esa persona.

Me fijo en el diario. Elijah me contó que tenían unos a juego. «Creía que todo esto era por venganza. ¿Era para resucitarlo? ¿Me ha traído hasta aquí para hacer un hechizo?» En cuanto lo pienso, la horrible verdad cobra sentido. No me ha arrastrado hasta aquí porque necesite una participante. Es lo único que da sentido a que me haya traído con las Descendientes.

—Por eso nos mudamos a Salem —señalo tranquilamente. Todo lo que sabía de mi mundo se desmorona a mi alrededor.

Abre un tarro con un polvo blanco y toma una pizca con los dedos.

—No te creas que es algo personal. Lleva varias vidas perfeccionar este hechizo y ha dado la casualidad de que te ha tocado estar aquí a ti.

Nadie mantiene una relación falsa durante años con un desconocido. Esto tiene que ver conmigo. Pero ¿por qué? ¿Porque soy una Mather? Si yo soy la clave para resucitar a Elijah, también podría serlo para descubrir su plan.

—¿Cómo descifraste el hechizo?

Durante una fracción de segundo, levanta la cabeza y me mira con curiosidad, como si hubiera dicho algo adecuado. Suelta unas hierbas secas en el cuenco de madera.

—Primero conseguí devolver a la vida a un cuervo en la década de 1700. No sabía por entonces que romper la barrera de la muerte me proporcionaría una recompensa tan grande: la vida eterna.

Parece como si estuviera hablando de moda. La familiaridad de su voz me roba el mínimo autocontrol del que dispongo.

—¿Y entonces por qué no lo trajiste de vuelta a la vida?

—Lo intenté. —Abandona la mezcla que está preparando.

Me acerco a la mesa para inspeccionar el diario.

Vivian suspira.

—Me ha llevado siglos comprender que la razón por la que resucité a ese pájaro fue porque yo fui la causa de su muerte.

«Pero si también fue la causa de la muerte de Elijah, al menos de forma indirecta.» Se me está pasando algo. Vivian me mira a la espera de que lo entienda. Las Descendientes también me miran.

La mujer levanta un cuchillo pequeño.

—Dame la mano derecha.

Me meto las manos en los bolsillos de la sudadera y niego con la cabeza. Ella alza una ceja.

—¿Acaso crees que no voy a hacerlo?

A regañadientes, saco la mano derecha. Con la izquierda me aferro al colgante.

Vivian coloca mi mano encima de un cuenco pequeño.

—Repite estas palabras: ofrezco mi sangre. Acepto el cuchillo. El alma que me llevé, la llamo a la vida.

Sé que no debería, el instinto me grita que no lo haga, pero si me niego, matará a las Descendientes. No lo dudo y repito el hechizo. Vivian presiona el cuchillo sobre mi palma, la hoja me rasga la piel y ahogo un gemido. La sangre cae en un chorro en el cuenco.

—¿Sabes cuál fue la causa de la muerte de Elijah? —me pregunta.

Me obligo a no pensar en el dolor. Si Vivian no fue la causa directa, entonces lo fue la ciudad, fue...

—¿Los juicios? —pregunto con los dientes apretados.

Sonríe.

Ni ella ni Cotton habrían comenzado los juicios la una sin el otro. Por eso necesita a un descendiente de Cotton Mather para traerlo otra vez de regreso. Y yo acabo de pronunciar las palabras que confirman mi parte en su hechizo. La habitación me da vueltas y aparto la mirada de mi mano.

«¿Y por qué yo, y no otro Mather?»

Se me va el color de la cara. Seguro que lo ha intentado con otros Mather, pero no ha funcionado. A lo mejor con mi abuela. Todo empieza a encajar a una velocidad vertiginosa. Estuvo saliendo con mi padre para ganarse su confianza. Cuando descubrió que él no quería regresar a Salem, lo indujo al coma. Después yo vine aquí por voluntad propia. A Salem, a su casa en el bosque. Me ofrecí en lugar de las Descendientes.

Me suelta la mano, la pego a mi cuerpo e intento detener el sangrado y protegerme de la intensidad de la venganza. Me tiembla el labio inferior y me lo muerdo. No puedo abandonarme a mis sentimientos o no seré capaz de pensar con claridad. Tengo que hacer algo que no se espere. Echo una mirada al diario.

Vivian alcanza un tarro con polvo rojo y camina hasta el centro de la habitación. Saco el nudo de protección y lo escondo en el puño. Ella abre el tarro y echa lentamente el polvo por el suelo hasta formar un círculo alrededor de la banquetta. Hay una horca encima.

Espero hasta que me da la espalda y llevo la mano hacia atrás, con la que toco la esquina del libro. Intento meter el colgante bajo la cubierta de cuero del diario de Elijah, pero con una sola mano me cuesta. En cuestión de segundos volveré a estar en su campo visual.

—Tú pusiste las horcas en la cafetería de mi tío, ¿no? —le pregunta Alice.

Vivian mira a las chicas justo cuando aseguro el colgante en su lugar. «Gracias, Alice.» Aparto la mano del diario. Mary le dedica una mirada suplicante a Alice para que no contradiga a Vivian.

Mi madrastra deja el polvo y da un paso en dirección a las Descendientes.

—Pensaba que lo había dejado claro...

«Conozco ese tono. No puedo dejar que les haga daño.»

—¿Y si te digo que he cambiado de idea con respecto a formar parte de tu hechizo? —Estiro el brazo en dirección al cuenco en el que ha derramado mi sangre.

Se da la vuelta. Tiene una mirada peligrosa, pero no interrumpo el contacto visual.

Se acerca a mí con rapidez, como si volara sobre el suelo. Me agarra la mano cortada, que tengo extendida, y la aprieta.

—Entonces te diría que siempre puedo torturar a tu padre hasta que vuelvas a aceptar.

Hunde con fuerza las uñas en mi herida, lo que me provoca un dolor lacerante en el brazo. Siento que las rodillas me ceden.

—De acuerdo, acepto. —No me suelta la mano—. ¡Acepto!

Me la suelta.

—Sospechaba que lo harías.

«Está demasiado enfadada. ¿Qué es lo que estoy pasando por alto?» Me acaricio la palma sangrante. Ella me mira un instante antes de regresar al círculo. Ojalá el nudo de protección me

conceda algo de tiempo.

Vivian murmura algo en una lengua que no reconozco. El ambiente cambia a su alrededor y la ropa que lleva se mueve como si se hallara en medio de un vendaval. Su pelo se oscurece y crece. Su rostro se vuelve más joven, como de unos dieciocho años. Los ojos azules se le tornan de un marrón brillante y con las esquinas alzadas ligeramente hacia arriba. Encoge hasta una altura más baja que la mía y sus curvas se suavizan para concederle una figura más ligera. Su aspecto es casi delicado.

«Ann.»

Mueve los brazos y me mira. Creo que interpreta mi sorpresa como aprobación porque pone cara de presumida. Se pasa las manos por la curva de la cintura. Tiene un aspecto deslumbrante y feroz. No me extraña que Elijah se enamorara de ella.

CAPÍTULO 46

La bruja de Salem

Vivian, transformada, se quita los zapatos de tacón y la capa cae al suelo. Se estira como un gato.

—Mucho más cómodo. —Hasta su voz es distinta.

Las Descendientes tienen la misma reacción de sorpresa que yo. Mary se ha quedado con la boca abierta.

Camina alrededor de la banqueta y del círculo recitando las palabras de un hechizo con una confianza renovada. El aire titila en el círculo. «¡Elijah!» Me acerco a él cuando se materializa.

Él la mira y me mira a mí con unos ojos llenos de temor.

—Samantha, estás sangrando.

—Elijah... —Doy otro paso en su dirección.

Vivian suelta un suspiro de alivio cuando digo su nombre.

—Eso es algo que nunca he podido hacer. Yo no veo a los espíritus... pero tú sí.

Elijah trata de salir del círculo, pero no puede cruzar la línea y forcejea. «Está atrapado.»

—Si no los ves, no puedes lanzarles hechizos. Tienes que saber dónde está el espíritu para que funcione —aclara lenta y deliberadamente.

«¿Entonces me ha elegido a mí porque puedo ver a los espíritus?» La felicidad al constatar que Elijah está bien desaparece. Me oyó hablar con él en la casa. Hasta me invitó a cenar. «Esto es culpa mía.»

Vivian mira el círculo. Se remueve como nunca, como si fuera una chiquilla nerviosa.

—Siento haberte mantenido en el limbo tanto tiempo, pajarito mío. Espero que me perdones.

La expresión de Elijah se tensa. Vivian vuelve hacia la mesa.

Yo me acerco a él.

—Lo siento —murmuro.

—Debería de ser yo quien se disculpara —responde; sus ojos albergan una tristeza profunda.

Estiro el brazo y este atraviesa con facilidad el escudo invisible del círculo. «Seguramente solo deje atrapados a los espíritus.» Mis dedos encuentran los suyos.

—Dame las manos —me ordena Vivian detrás de mí.

Miro por encima del hombro; tiene una cuerda delgada.

«No pinta nada bien.»

—Corre, Samantha. Sal de aquí —me pide Elijah.

Él no lo entiende.

—No puedo —articulo con los labios.

Vivian me toca la espalda y una sensación de dolor me baja por las piernas. Grito y me aparto de ella.

—¡Las manos! —repite.

Esta vez la escucho. Tira de la cuerda cuando me ata las muñecas con ella, llevándomelas a la espalda. La presión de la cuerda hace que la palma de la mano me sangre menos y el cálido líquido deja de correrme por los dedos.

—Súbete a la banqueta. —Mira el círculo antes de regresar hasta la mesa.

El corazón me late tan rápido que temo que se me salga del pecho. Entro en el círculo y subo el primer peldaño de la banqueta intentando mantener el equilibrio con las manos. Vivian se arrodilla detrás de la mesa y toma una vieja manta gris de lana por el borde. Elijah me ayuda colocarme bien.

—Bolsillo izquierdo —le susurro cuando Vivian arrastra la manta hasta el círculo.

Me saca un frasco con poción de la sudadera. Alzo el pie derecho hasta lo alto de la banqueta y él me sujeta cuando doy el último paso.

Vivian se vuelve hacia nosotros. Murmura algo y el nudo baja solo hasta mi cabeza. Siento la cuerda áspera contra el cuello. Se me pega el pelo a la cara sudorosa y lo escupo de la boca. Miro la manta tosca y se me revuelve el estómago.

—Vuélvete por completo hacia ella —me dice Elijah—. Que no te vea las manos.

Me coloco de forma que no se me vean los brazos. Tan solo Elijah y las Descendientes los ven.

—Yo te sostendré —me indica Elijah.

Trago saliva. Que me ahorquen es una de las peores cosas que me puedo imaginar.

Vivian se dedica a la mezcla en el cuenco grande al tiempo que Elijah me afloja la cuerda de las muñecas. No tanto como para que se me caiga, pero suficiente para que pueda quitármela. Me deja la poción «Del revés» en la mano que no tengo lastimada.

Vivian me echa una última mirada, retándome a cambiar de opinión. Ya no tengo que imaginarme cómo se sentía la gente de los juicios de las brujas al mirar a los amigos que le habían acusado. La gente a la que conocía de toda la vida.

—¿Cómo has podido? —le pregunto con voz temblorosa.

Mueve los dedos y la banqueta sale disparada hacia atrás, fuera del círculo. Mi cuerpo cae a una velocidad mareante y la cuerda me raspa el cuello y me quema la piel. Elijah me toma de los muslos antes de que todo mi cuerpo cuelgue de la horca. Toso y escupo.

—Tranquilízate, Samantha. ¡Si no, no podrás respirar! Si te levanto más, se va a dar cuenta de que te estoy sujetando y te hará daño. Por favor, deja de resistirte. ¡Por favor!

Resuello en busca de aliento, pero me cuesta respirar.

—¡Samantha! —grita Susannah detrás de mí.

Vivian fija la mirada en la manta y empieza a recitar.

—La vida y la muerte forman un círculo. Lo que está vivo debe marchitarse, y lo que está muerto, despertar.

Elijah parpadea. Me sostiene con menos fuerza y la cuerda se tensa alrededor de mi cuello.

Vivian repite las palabras. La tercera vez, las entiendo. «¿Revertir la vida y la muerte? Un momento.» ¿Significa eso que el hechizo también puede funcionar con ella? Si consigo hacerme con la poción, puedo usarla contra ella.

Se corta el dedo y su sangre se mezcla con la mía. Después derrama la sangre en el cuenco más grande con el resto de la poción. Elijah parpadea con más intensidad.

—Temo que no voy a poder sostenerte mucho más —señala con dificultad.

La manta de lana empieza a vibrar a nuestro lado y las esquinas se levantan. De dentro se alza

un esqueleto. Desearía cerrar los ojos, pero se niegan a hacer otra cosa que no sea ver esta cosa horrible que sucede delante de mí. Me atraganto y la cuerda me rasga la piel. Detrás de mí se oyen gemidos de sorpresa emitidos por las Descendientes.

—¡Cómo te atreves! —exclama Elijah.

El esqueleto se mueve hacia él, como si Vivian lo controlara con cuerdas. Encaja perfectamente en su cuerpo y coloca los brazos justo donde los de él soportaban mi peso. La sonrisa de Vivian se desvanece cuando se da cuenta de dónde estaba su prometido. Araña la mesa con las uñas.

No queda tiempo. Me quito la cuerda de las muñecas y las fibras me lastiman el corte. Le quito el tapón al frasco que contiene el hechizo «Del revés».

Vivian levanta por encima del diario de Elijah el cuenco con la poción que ha estado mezclando. Vierte tres gotas sobre el cuero. No sucede nada.

—Ya —susurro y suelto la cuerda. Elijah y su esqueleto me sacan la cabeza de la horca.

Vivian suelta el cuenco y mira el diario, como si este la hubiera traicionado. De un movimiento, estoy en el suelo, corriendo hacia ella con el frasco de la poción. Levanta la cubierta del diario y de este cae el nudo de protección. Abre la boca.

—¡Tú! —chilla, alzando la mano al aire y cerrándola en un puño.

Sea cual fuere el hechizo que está usando, este hace que sienta una presión y una quemazón en el corazón, como si me lo sacaran del pecho. Grito y me obligo a seguir moviéndome a pesar del intenso dolor.

—¡Vas a sufrir antes de morir! —me amenaza.

Tengo que hacer acopio de cada resquicio de mi fuerza de voluntad para avanzar y lanzarle el frasco. Mis movimientos son erráticos y el frasco da vueltas en el aire, mojándonos a ambas. En cuanto la poción le cae en la piel, jadea y baja la mano. El dolor del pecho disminuye y lleno los pulmones doloridos de aire.

Vivian murmura hechizos a una velocidad vertiginosa mientras el pelo se le vuelve blanco y la piel se le llena de arrugas. En cuestión de segundos, el hechizo le arranca la juventud por completo. Es una versión de sí misma, pero con setenta años. Miro el cuenco con el hechizo. De dos zancadas, llego a la mesa. Voy a asir el cuenco, pero ella es más rápida y lo aparta.

—¡No! —grito y busco algo que usar contra ella. Tomo el nudo de protección y el diario de Elijah con una mano, y con la otra alcanzo una vela encendida. La acerco al diario hasta que la llama casi toca las páginas viejas. Sucede todo tan rápido que, durante un par de segundos, nos engulle un silencio completo mientras nos miramos la una a la otra.

Hace un movimiento circular con una mano sobre su cara. Unos mechones castaños aparecen de nuevo en su pelo y su piel rejuvenece en algunas partes. La transformación, no obstante, es parcial, pues nuestros hechizos se enfrentan entre sí.

—Increíble. No tenía ni idea de que pudieras hacer un hechizo como este —me dice—. Supongo que hay que agradecerse a esos memos. —Parece confundida. Se cubre la boca con una de las manos parcialmente arrugadas—. ¿Por qué he dicho eso? ¿Qué es esto? ¿Qué me has hecho? —La voz suena ahogada entre sus dedos.

—¿Que qué te he hecho yo a ti? ¡Eres mi maldita madrastra y quieres ahorcarme! —Decirlo en voz alta hace que parezca aún peor, es como si lo volviera real. Intento centrarme en el hecho de que no tiene el aspecto de mi Vivian. Una parte de mí anhela creer que no es ella.

Nos miramos desde los lados opuestos de la mesa, ella con la poción y yo con el diario y la vela. Ambas tenemos algo que la otra quiere.

Su mirada es penetrante y desafiante. Por primera vez desde que se ha transformado físicamente, me recuerda a la Vivian que yo conocía.

—¡Y quieres matarme con mis propios hechizos!

La verdad que reside en sus palabras me deja anonadada.

—Sí, eso hago. Maldita sea, ¿por qué he dicho eso en voz alta? ¡No! El suero de la verdad también me está afectando a mí.

—Me vas a dar ese diario de un modo o de otro. —Me señala con un dedo y el brazo con el que sostengo el diario se mueve hacia ella.

Aprieto el nudo de protección y me concentro.

—No mientras pueda usar este nudo de protección. —Detengo la mano—. Este hechizo es una porquería. Se supone que es para que me cuentes tus planes, no para que yo te informe de los míos.

La habitación se queda en silencio. Ni las Descendientes hacen ruido. Las miro.

—Así, en fila, me recordáis a los ahorcamientos en grupo de los juicios. Un momento. —Me detengo en Vivian—. Has traído a cuatro. ¿Por qué no a una o dos? —Me muerdo la lengua para no hablar. Me doy cuenta de que he pasado algo por alto—. Has sido tú quien las ha estado matando durante siglos, ¿no? Como hiciste en 1600.

—Sí.

—¿Por qué? —pregunto—. Ellas fueron las víctimas.

—Tenían que morir. Los juicios mataron a mi Elijah, así que las estoy erradicando. —Da un pisotón y murmura algo entre dientes.

Me sobreviene un pensamiento detrás de otro y los expreso.

—El patrón de las muertes. Intentas matarnos cada vez que crees que has perfeccionado el hechizo lo suficiente para traerlo de vuelta, ¿no? A lo mejor hasta es parte del hechizo. Con razón todos mis familiares están muertos. ¿Pero cómo sabías que Elijah estaría en Salem? —pregunto, en parte enfadada con ella y en parte conmigo por ser incapaz de mantener la boca cerrada.

—En cuanto encontraste las cartas de Abigail supe que volvería para espantarte.

Abro mucho los ojos.

—Me has estado usando de cebo.

Aprieta los dientes, frustrada.

—Sabía que si sacaba tu ropa del armario, acabarías encontrando las cartas. También sabía que él te odiaría por ser una Mather. Una sombra oscura quedándose en el viejo dormitorio de su hermana.

—Funcionó. Me odiaba. —Entorno los ojos, una expresión que aprendí de ella—. Pero también te odia a ti.

Un grito emerge de su garganta.

—¡Ya basta! —Me apunta con un dedo—. ¡Arde! —La llama de la vela se dirige a mi cuerpo.

Me chamusca la mano del corte y la suelto. Cae al suelo y se apaga. Me llevo el diario al pecho.

—¡El cuchillo! —grita Alice. Examino la mesa, buscándolo.

Miro a Vivian, pero no avanza. En lugar de eso, estira el brazo y el cuerpo de Alice empieza a retorcerse. La Descendiente grita de agonía y sus piernas ceden bajo su cuerpo.

—¡Se va a caer! ¡Para! —le grito a Vivian. Abandono la idea del cuchillo y corro hasta Alice, cuya espalda se arquea de una forma poco natural. Le echo en la bota el nudo de protección y su cuerpo se relaja poco a poco y recupera el equilibrio, pero sigue teniendo una mirada aterrorizada

en los ojos.

—¡Sigue eligiéndolas a ellas! —Dice Vivian detrás de mí.

«¿A qué se refiere?»

Antes de que pueda darme la vuelta, el cuello se me inclina hacia atrás. Mi cuerpo sale volando y se estrella contra el suelo con tanta fuerza que me quedo sin aire en los pulmones. Resuello en busca de aliento mientras me deslizo por las tablas de madera. Un hechizo me levanta del pelo hacia ella. Sujeto bien el diario con una mano y con la otra me agarro del pelo.

Me detengo y mi cabeza rebota en el suelo. Tengo la cintura justo en el límite del círculo y el dolor me abrasa el cuello y toda la columna vertebral. Intento ponerme en pie, pero no puedo. Parece como si estuviera grapada al suelo.

Elijah se arrodilla y me aparta el pelo de la cara pegajosa. Me mira con ojos implorantes.

—No puedes quedarte en el círculo o te matará. En una ocasión te dije que eres poderosa. Tienes que concentrarte.

Las lágrimas me empañan la visión. No sé qué piensa que puedo hacer, apenas hace unas horas que he aprendido a hacer un hechizo. Trato de levantar la cabeza, pero me es imposible. No estoy cambiando ni arreglando nada como cree que hago.

«Y no soy más poderosa que ella.»

—Le he dado a Alice el nudo de protección. —La voz me sale ronca por la presión de la cuerda. Elijah parpadea.

Vivian toma el cuenco de la poción. El labio inferior le tiembla cuando lo ve sentado a mi lado.

—¿Crees que es inocente? ¡Pues no lo es! Ella y yo somos iguales. ¡Las dos matamos para conseguir lo que queremos! —Tiene una mirada de loca.

«Somos iguales.» Sus palabras me retumban en los oídos. «Las dos matamos para conseguir lo que queremos.» ¿Cómo voy a ser yo mejor que Cotton? He intentado matarla.

—Juré no volver a hablarte —le dice Elijah, haciendo un esfuerzo por hablar bajo los efectos de su hechizo—. ¿Y sabes por qué?

Ella se acerca, como si le costara entender las palabras.

—Todo lo bonito que había en ti murió hace siglos. Ahora vives para aplastar y maltratar a los demás. ¿A cuánta gente has matado? Ni todos los hechizos del mundo podrían hacerte bonita de nuevo.

Vivian se queda paralizada.

—Hago esto por ti.

Él niega con la cabeza.

—No, solo lo haces para controlarme. Te daré la oportunidad de hacer lo correcto, la única que te daré nunca. Si dejas de hacer daño a estas chicas, me quedaré aquí, contigo, tal y como deseas. Pero si sigues y lastimas a Samantha, haré algo peor que despreciarte, te olvidaré por completo.

Vivian se detiene.

—Ese es el problema, Elijah, que no puedes hacer lo que yo quiero. —Le tiembla la voz—. La miras a ella de la misma manera que me mirabas a mí antes. Quieres a esta chica.

Una oleada de calor me invade las mejillas magulladas. Vivian aprieta el cuenco de la poción hasta que los nudillos se le ponen blancos a la espera de que Elijah lo niegue. Una lágrima le cae por la mejilla y da un paso hacia mí. Otra parte de su cabello se torna castaña y su piel se vuelve más joven. Mi hechizo está perdiendo el efecto. Sostiene el cuenco por encima del diario que

tengo aferrado al pecho y derrama unas gotas sobre él.

Se me escapa del pecho una parte de la energía vital. Abro la boca y resuello. Elijah parpadea con intensidad. La sangre que vertió en el diario se alza en el aire y gira alrededor de él, adhiriéndolo al esqueleto. Se cae al suelo, con la cabeza junto a la mía. Se sujeta el brazo por el lugar donde la sangre forma venas y aprieta los dientes.

—Haré que recuerdes lo que sentías por mí —le dice Vivian entre lágrimas—. La borraré de tu memoria.

—No puedes ocultar la verdad con mentiras —responde él con dolor. Intenta levantarse, pero el nuevo cuerpo no soporta su peso.

Vivian se asegura de que cuenta con mi atención y señala a Alice. El colgante que le he echado en la bota sale volando y cae al suelo, completamente inservible.

—Estoy harta de tus hechizos de protección. ¿Cómo vas a proteger a tu padre cuando estés muerta?

«¿Un hechizo de protección con mi padre?» Yo no he hecho ningún hechizo con él, ¿no? Elijah intenta decir algo, pero está demasiado cansado para hablar.

—Siempre me he preguntado si fue culpa mía. Si el hechizo con el que maté a tu madre te confirió estas habilidades. —Vierte un par de gotas más de la poción en el diario.

«Mi madre.» El corazón me late más lento. Apenas tengo energía para oponer resistencia. La vida se me escapa.

—Pero cuando no estés, me aseguraré de que Charles sufra.

—¡No! —grito.

Una expresión horrible se forma en su cara.

—Cuando la policía te encuentre aquí, todas las pruebas te señalarán. Le contaré a tu padre cómo perdiste la razón, cómo mataste a estas chicas y te quitaste la vida. Antes de morir, pensará que eres un monstruo.

«Me lo va a quitar todo.» Cierra la mano en un puño y las Descendientes se retuercen de dolor.

—Para, por favor —suplica Mary.

Susannah lloriquea. Encima de mí cuelga una horca, como en las visiones. Todas ellas se están cumpliendo. Tengo la mejilla cortada, Susannah va a morir ahorcada y Vivian es el cuervo. Salir en defensa de las Descendientes no ha servido de nada. Y si abandono ahora, no seré mucho mejor que la gente de Salem en el siglo XVII.

«No, me niego a morir así.»

Me armo de valor y me enfrento a su hechizo levantándome del suelo. Se me hinchan las venas. Me concentro en el cuello y la cabeza y empujo con todas mis fuerzas. Se alzan un centímetro. Después otro.

Se me cae el diario de Elijah, y Vivian me mira confundida.

—¿Por qué haces eso con la cara? ¿Quién te está ayudando? —pregunta de un modo apresurado.

Vuelvo a empujar, más fuerte esta vez. Es como si las cuerdas que emergen de su hechizo y me sujetan al suelo se rompieran. Me siento. Vivian deja caer la mano y levanta el cuenco. Aparto el diario del círculo antes de que caiga otra gota sobre él y se para cerca de la chimenea.

—¡Cotton! —exclama con los ojos muy abiertos.

«¿Ve a Cotton cuando me mira?» Salgo con mucho esfuerzo del círculo e inmediatamente me

siento más fuerte. Corro hasta el diario. Ella murmura unas palabras, las rodillas no me sostienen y caigo al suelo con un golpe sordo.

—No —me lamento y uso las manos para volver a levantarme.

El diario se alza en el aire. Lo agarro cuando pasa junto a mi cabeza. Me tira de las manos, pero no lo suelto. Vivian chilla detrás de mí y sus pies resuenan en el suelo. Me acerco corriendo a la chimenea.

Solo doy dos zancadas antes de que me arañe el cuello con las uñas y me sujete de la camiseta, ahogando mi ya maltratada garganta. Tiro el diario al fuego y aterriza en uno de los leños ardiendo. Nos caemos al suelo, ella encima de mi espalda. Cuando me golpeo en la barbilla contra la tarima, los bordes de las hojas del diario empiezan a arder. Se me llena la boca de un sabor a sangre.

Vivian se levanta usando mi cuerpo para darse impulso. Se agarra el vestido y se vuelve a derrumbar. Intenta levantarse, pero me coloco encima de ella. Le pongo una rodilla a cada lado de la cintura y la empujo hacia el suelo por el cuello.

Pronuncia un hechizo y un dolor lacerante me estalla en los brazos, como si los hubiera sumergido en agua hirviendo, por lo que la suelto. Me empuja con las manos y me estampo contra el suelo. Avanza hasta el diario, lo saca de entre los leños e intenta apagar las llamas con las manos, pero ya está ardiendo por completo y se quema las palmas de las manos.

Me pongo en pie cuando el dolor de los brazos disminuye. Vivian recita desesperadamente hechizos al diario. Alcanzo un pesado atizador de hierro de un juego de accesorios para chimenea y lo balanceo. La alcanza en la cabeza y cae hacia atrás con un golpe seco. De la frente le sale un chorro de sangre.

Me coloco sobre ella y nuestras miradas se encuentran. Se lleva la mano a la cabeza y observa la sangre en los dedos. Levanto la herramienta y vuelvo a atizarle.

—Cotton —dice una vez más, pero ahora con menos intensidad.

Me quedo paralizada. El atizador cuelga sobre ella, listo para atacar. «¿Qué dijo antes?» Que somos iguales, que las dos matamos para conseguir lo que queremos. Mi plan es perseguir y matar a una bruja. Golpearla con una horqueta. Creía que estaba interrumpiendo el patrón de los juicios, y aquí estoy, repitiéndolo. Y al igual que Cotton hace trescientos años, me creo que estoy acabando con el mal.

En los labios de Vivian se forma una leve sonrisa.

—¡Atízale! —me pide Lizzie.

«Yo no soy Lizzie. No puedo matarla.» Y, si lo hago, continuaré la maldición. El atizador se alza en el aire, pero no soy yo quien lo controla. Cotton está en mi interior. «Puede que ese hechizo “Del revés” tenga más consecuencias de las que pensaba.»

—No —me digo a mí misma cuando Cotton apunta con mi brazo.

Vivian parece considerar que ha ganado. La banqueta de Susannah se aparta de sus pies y ella cae. La cuerda emite un chasquido horrible cuando se tensa y la viga cruje bajo su peso.

—¡Suéltalo, vamos! —le grito a Cotton mientras Susannah se ahoga—. ¡Tengo que ayudarla!

Pero las piernas no me responden, Cotton y yo forcejamos por controlarlas.

—Lleva siglos matando a nuestra familia... tenemos que acabar con todo esto —digo con una voz que no reconozco. Es un híbrido entre Cotton y yo, como si ambos habláramos al mismo tiempo.

—Sam, ayúdala, por favor, por favor... —La voz de Mary sale tan entrecortada por el llanto que me cuesta entenderla. Su banqueta se aparta. «Chasquido y crujido.»

El miedo y la impotencia se apoderan de mí como una niebla oscura mientras miro a Susannah y a Mary. Fuerzo mi propio cuerpo, pero no se mueve.

—¡Van a morir! —le suplico a Cotton.

—Pues entonces detén a esta mujer —me responde con mi boca.

Los ojos de Vivian refulgen de interés.

—No me dejas —replico con tal abatimiento que casi cedo al dolor—. ¿No lo entiendes? Quiere que repita los juicios. Demostrar que soy como tú.

—No puede respirar, Sam. —La voz de Alice es sorprendentemente regular. Está moviendo su banqueta hacia Susannah para que esta pueda subirse a ella. Al menos está haciendo algo. Eso, hasta que la banqueta que hay debajo de ella se aparta. «Chasquido y crujido.»

Vivian se regodea y levanta la cabeza del suelo. Tiene gotas de sangre en los rizos castaños.

—¡Mátala, Sam! —chilla Lizzie—. Le ha hecho daño a mi hermano y a tu padre. A mi hermano, ¡la única persona en la que podía confiar! —La voz le sale temblorosa, como si una profunda tristeza chorreara de ella como el agua de un jarrón roto.

Vivian se encoge de hombros y la banqueta que hay debajo de Lizzie también se mueve. «Chasquido.»

Cuatro chicas colgadas, la muerte de otras tantas personas y la seguridad de mi padre se ciernen sobre mí como una tormenta en la distancia.

—Las voy a salvar —le espeto a Vivian, buscando en mí el coraje que necesito para cumplir mi promesa.

Susannah se vuelve hacia mí en la cuerda y el pelo le cae sobre el rostro. Tiene las mejillas llenas de lágrimas. «Tú creías en mí, Susannah. Elijah creía en mí.» Cierro los ojos y las lágrimas me inundan.

Cuando abro de nuevo los ojos, me concentro en la viga de madera que sostiene las cuerdas. «Tengo que romperla.» Es la única forma de liberarlas a todas al mismo tiempo.

Me pongo un poco más recta y no hago caso del miedo y de jadeos de asfixia que llenan la habitación. Me imagino rompiendo la viga por el centro, destrozando la madera. Concentro todo el miedo y la frustración en la viga y la golpeo con la mente. Me armo de toda la fuerza que me resta y la dirijo al viejo pedazo de madera. Se oye un ligero crujido. El corazón me late de forma ensordecedora.

«¿Estará funcionando?»

Vivian se vuelve hacia las Descendientes y luego me mira a mí de la misma forma que un gato mira a un ratón. Empujo con más fuerza, más rápido. Golpeo la viga con el pensamiento. Se oye un crujido, como si la madera soportara demasiado peso. Se vence un poco hacia abajo. Una fuerza me empuja unos centímetros hacia atrás.

Vivian se pone en pie.

—Supongo que, en algunos aspectos, sí que eres hija mía.

Sus palabras me destrozan por dentro. Aprovecho el dolor para dirigir la energía de una forma más agresiva. Se oye un fuerte sonido al astillarse la madera y las chicas caen al suelo, resollando y tosiendo.

Vivian frunce el ceño.

La miro más segura de mí misma.

—Fue culpa de Cotton no detenerte hace tres siglos y yo no voy a cometer el mismo error. Pero no voy a hacerlo matándote —indico con la voz híbrida y siento que Cotton considera mis palabras.

Vivian retuerce los dedos y siento como si mil agujas se me clavaran una y otra vez. Desearía arrancarme la piel.

—¿Matarme? Pero si yo solo era una niña. Él se marchó y vivió su vida, y escribió libros sobre ello. Yo no tuve vida. Me quitaron todo lo que tenía. —Sus palabras parecen francas y nuevas, como si no quisiera admitirlas.

Intento aclarar mis pensamientos con Cotton en la cabeza.

—El poder y la importancia que pensabas que tenías al ahorcar a las brujas era una ilusión. No estabas erradicando el mal. Tú y Cotton estabais equivocados al destrozar los sueños y la vida de la gente que os rodeaba. —Conforme hablo, mi antepasado deja de enfrentarse a mí. Se relaja en mi cuerpo y la rigidez desaparece.

—Después de todo lo que he hecho por ti... ¡No tienes sentido de la lealtad!

«¿Todo lo que ha hecho por mí? ¿Así es como lo ve ella?» Para mi sorpresa, es Cotton quien le responde.

—Siento profundamente tu dolor. Pero yo ya no soy la causa, lo eres tú. —Ahora soy yo quien piensa en sus palabras.

De su garganta emerge un sonido agudo y el atizador se levanta en el aire, por encima de mi cabeza. Estiro el brazo en su dirección y este se detiene en el aire. Nos miramos la una a la otra, ambas intentando controlar la herramienta, ambas decididas.

—Míranos. Estamos todos atrapados, cometiendo los mismos errores una y otra vez. Tenías razón, no somos tan diferentes. Yo no soy tan buena como imaginaba y tú no eras el mismísimo mal. —Por primera vez, Cotton y yo respondemos a una.

El atizador cae al suelo. Vivian lanza un brazo en dirección a las Descendientes, que siguen amarradas y esforzándose por respirar.

—Ellas te tiraron del pelo y les envié una advertencia con esas pastas. Escribieron «PSICÓPATA» en tu taquilla, te tiraron una piedra por la ventana y volvieron a la ciudad entera en tu contra. Y yo hice que les saliera el sarpullido. Les mostré que habría consecuencias.

¿Qué está diciendo? ¿Intenta convencerme de que hizo todas esas cosas horribles por mí?

—Has matado a gente.

—¡Yo he sido la única que te ha defendido! Te di la oportunidad de no morir, de ayudarme. De matarlas a ellas. Y, después de todo lo que he hecho por ti, sigues en mi contra. ¿Por qué nadie me elige a mí? Ni tú, ni Charles, ¡ni Elijah!

«¿Todo esto ha sucedido por eso? ¿Por qué la elijan o no?» El corazón me late muy fuerte. Es como cuando mató a Abigail. No podía soportar no ser el centro de la vida de Elijah. Todo me da vueltas. Arremete contra mí y caigo hacia atrás. Chocamos contra el suelo duro, ella encima de mí. Me hago daño en la espalda por el impacto. La agarro de las muñecas antes de que me arañe la cara. Forcejea para liberarse, pero no parece tener la energía suficiente. Se le contrae el rostro y su cuerpo cae por el cansancio.

Vuelve la cabeza hacia Elijah.

—No tengo nada más. No tengo a nadie. —Las lágrimas se mezclan con la sangre en su rostro.

Nunca he visto a Vivian mostrar debilidad ni ningún otro signo de vulnerabilidad. No sé cómo tomármelo.

—Escúchame. Te has llevado a la única persona que se preocupaba por mí —dice como aplastada por el peso de trescientos años. Me da un codazo en las costillas con las muñecas aún entre mis manos.

Gruño y mi cuerpo dolorido suplica que se acabe esta lucha.

—Ann... no va a cambiar nada a menos que tomes decisiones distintas —dice Elijah, usando su nombre real.

Ella gimotea y hunde la cara en mi pecho. Respira pesadamente y los hombros le tiemblan un poco. Me quedo quieta, sin saber qué hacer. Le suelto las muñecas. Me agarra la sudadera por la parte que le queda junto a las mejillas. No levanta la cara mientras llora contra mi camiseta ensangrentada.

Me hormiguea la piel y el aire se mueve a mi alrededor. Los brazos de Cotton emergen de los míos; sale de mi cuerpo, se pone en pie y nos mira. La ropa que lleva es anticuada, como en las visiones que he tenido de él, y mantiene una postura erguida. Veo un orgullo en sus facciones que me recuerda a mi padre.

Vivian no parece darse cuenta, pero se aparta los rizos castaños de las mejillas húmedas. Siento algo en lo más profundo de mi ser, como una pequeña vela al final de un largo pasillo, y me muerdo el labio. La rodeo con los brazos. «Es tan pequeña...» Todo este tiempo he pensado que ella era la grande, la que tenía el poder. No tenía ni idea de lo frágil que era.

—Se lo merecían —dice.

«Igual que Vivian, nada de disculpas.»

Me tiembla el labio inferior. Mató a John cuando él me atacó, y tenía pensado matar a los demás. A saber qué hizo durante mi infancia, en todos esos cumpleaños que acababan con alguien herido. Ahora hasta veo con una nueva perspectiva a la persona que se cayó por las escaleras en mi graduación de quinto. Es horrible. Y, de alguna forma, lo hacía por mí. O para aislarme y que así la necesitara aún más. Juntas no somos buenas. A lo mejor nunca lo hemos sido. Pero una parte de mí se siente desolada.

Apoyo la mejilla en su cabeza y cae una lágrima en su pelo manchado de sangre.

Suelta un gemido.

—Mi pajarito —dice en apenas un susurro.

Afloja los dedos de la sudadera y una bocanada de aire emerge de sus labios. Su cuerpo se convierte en un peso muerto en mis brazos. Me siento despacio, aferrada a ella. Los brazos le caen inertes y le sujeto la cabeza con el recodo.

—Ya está. Se acabó —concluye amablemente Cotton—. Has roto la maldición.

Niego con la cabeza.

—No sé cómo.

Se arrodilla a mi lado y desliza los brazos bajo la espalda y las rodillas de Vivian.

—Una maldición es solo un ciclo que solo existe porque la gente quiere que exista. Todos hemos representado nuestros papeles. Durante siglos, hemos tomado las mismas decisiones que tomamos durante los juicios y hemos herido y culpado a otros. No se obtiene poder de verdad haciendo daño a los demás.

Cotton levanta a Vivian y me siento rara al dejar que la aparte de mí. Me levanto temblorosa. De los cuerpos de las Descendientes se alzan cuatro mujeres. Las brujas originales acusadas en Salem. Miran a las jóvenes Descendientes y las ayudan a quitarse las cuerdas de las manos, que tienen a la espada. Las mujeres resplandecen ligeramente.

Cotton las mira a ellas y después a mí.

—Todos estos años he pensado que conocía a las brujas mejor que nadie. Puedes imaginar mi sorpresa al descubrir a una en mi propia familia. No al ser miserable que estudié en los libros, sino a una joven encantadora. Ya ves que «bruja» es solo un sustantivo. No es el sustantivo el que

es malo, sino la gente que decide lo que significa.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Si un hombre teme a los perros, puede que golpee a uno con un palo cuando lo vea. Y como es la naturaleza de todas las criaturas, ese perro le morderá. Entonces contará a todo el mundo que tenía razón acerca de los perros, que son malos. Pero yo te pregunto: ¿quién tiene la culpa en esta situación?, ¿el hombre o el perro?

—El hombre —respondo.

—Ahora vuelve a imaginar la historia, pero con dos hombres.

—Qué curioso —comento—. Los perros son más amables y leales que los hombres.

Esboza una sonrisa.

—Crecerás y te convertirás en una mujer poderosa, Samantha. Tendrás que enfrentarte a muchas cosas. Y a muchas situaciones que podrán parecer sencillas de dominar. No uses tu poder como yo lo hice, etiquetando y condenando a otros.

—No lo haré. —Asiento—. Lo prometo.

El cuerpo que hay en los brazos de Cotton zumba. De él emerge el espíritu de Vivian con la forma de una niña al final de la adolescencia. Salta de los brazos de Cotton y aterriza en el suelo con la gracia y vitalidad de una bailarina. Examina brevemente a mi antepasado, que sostiene su cuerpo sin vida, antes de dirigirse a Elijah.

Arrastra los pies de un lado a otro, limpiando el polvo rojo del suelo y rompiendo así el círculo que ella misma ha creado. Se oye un crujido fuerte y Elijah se libera de los huesos y la sangre y cae al suelo. Ahora se puede levantar con facilidad y se acerca a ella.

—Sí —dice, asintiendo. No parece enfadado. Ella debe de haberle dicho algo, pero no lo he oído.

Regresa junto a Cotton y a mí. Besa su antiguo cuerpo en la mejilla y sonrío, lo que hace que sus ojos se levanten un poco más. La ira la ha abandonado y su rostro joven comienza a brillar. También las caras de Cotton y las brujas acusadas. Las Descendientes y yo entornamos los ojos por la luz que consume la habitación. Y, de repente, esta desaparece y ellos se desvanecen.

—¿Elijah! —La voz se me atraganta en la garganta. Me doy la vuelta, pero no está aquí. Fijo la vista en el círculo donde nos quedamos atrapados, demasiado asustada como para moverme, como para pensar siquiera que se haya ido con ellos. Me cuesta respirar.

Elijah regresa justo a mi lado. Tomo aire y estoy a punto de soltar un gemido. Lleva un trapo en la mano. Mira mis múltiples heridas a la luz de la chimenea.

—Hay que detener el sangrado —me dice, levantando con delicadeza la mano en la que tengo el corte.

Aplica presión con la tela que me pone sobre la herida. Durante unos segundos nos mantenemos en silencio. Ajusta con fuerza el trapo y hace un nudo.

—Dijo tu nombre. Justo antes de morir. —Mi voz es apenas más fuerte que un murmullo.

Asiente.

—¿Qué era verdad de lo que ha dicho?

Me envuelve la mano vendada con la suya y siento que el corazón me va a explotar.

—Que te quiero... Sí. Perfectamente. Eres fuerte y testaruda. Lo arriesgas todo por la gente a la que quieres. Y, lo más importante, eres amable con la gente a la que no quieres. —Hace un gesto en dirección a Lizzie, que intenta acompasar su respiración.

No encuentro las palabras adecuadas, así que alzo la mano que no tengo herida. Le toco los labios con la punta de los dedos y él los besa. Coloca mi palma en su pecho y se inclina hacia

delante. Su rostro está cerca del mío y, con mucha delicadeza, me levanta la barbilla.

Acerca los labios a los míos milímetro a milímetro y siento que en el mundo solo existe él bajo mis dedos. Nuestros labios se rozan y nuestras bocas se mueven al compás. Me acaricia la mejilla hasta el cuello. Nuestras lenguas se tocan y lo atraigo hacia mí. Él me agarra por la parte baja de la espalda y me rodea con los brazos.

Separa la boca de la mía, pero tiene una mirada hambrienta y hay anhelo en sus labios.

—Ojalá estuviera vivo.

—No me importa que seas un espíritu.

—Tienes que vivir tu vida, Samantha —me dice, pero me agarra con fuerza.

El miedo culebrea en el espacio que existe entre nuestros cuerpos pegados. Las palabras luchan por salir de mis labios.

—No puedes irte.

—Creo que es mejor para ti que lo haga.

El corazón me martillea en el pecho como un pájaro enjaulado. Sacudo la cabeza; ya no sé qué puedo hacer para evitar ahogarme una vez más en mis emociones.

—No quiero hacer esto sin ti.

—Ya lo has hecho.

—Pero estoy enamorada de ti. —La voz me sale titubeante, como un gatito antes de abrir los ojos por primera vez.

La puerta de la casa se abre y me aparto, deshaciendo así nuestro abrazo. Jaxon está en la entrada, jadeando porque ha venido corriendo por el bosque. «¿Se ha presentado aquí para ayudarme después de todo lo que le he hecho?»

Sus ojos dan conmigo como un martillo en un trozo de madera.

—¿Sam? —Corre hasta mí, pero se detiene de golpe cuando ve que tengo la ropa y la piel ensangrentadas. Me abraza y noto los latidos de su corazón contra mi hombro.

Elijah nos mira y sonríe. «¡No!», quiero gritarle. Ya sé lo que está pensando, que estoy a salvo, que así es como debe ser.

—Estoy bien. —La voz me sale ronca.

Jaxon se aparta.

—No parece que estés bien. —Me observa el cuerpo magullado.

—Jaxon, ¿me permites un minuto? —pregunto con los ojos fijos en Elijah—. ¿Y puedes pedir ayuda?

Asiente, pero se retira a regañadientes. Se acerca a las Descendientes, que se masajean las muñecas y comprueban las heridas.

Me aferro a Elijah con todo mi ser.

—Por favor, no te vayas —susurro—. Apenas he pasado tiempo contigo. Solo hemos hecho un picnic en la habitación.

Me sostiene la cara con la mano y su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Y lo disfruté inmensamente.

Presiono la mejilla contra la suya. «Oh, no. Esto no puede ser una despedida.» ¿Cómo voy a decirle todo lo que significa para mí? Ni siquiera sabría por dónde empezar.

El aire centellea. Una brisa débil levanta las cenizas de la chimenea y hace que las llamas titilen. Aparece una joven preciosa con el pelo largo y oscuro. Tiene la misma sonrisa de felicidad que en el cuadro.

—Abigail... —susurro. Aparto los brazos del cuerpo de Elijah.

Este se vuelve hacia ella y la tensión se desvanece de lugares de su rostro en los que no sabía que la ocultaba. Inmediatamente parece más ligero, más libre. «No puedo robarle este momento.» No puedo suplicarle que se quede, sería la persona más egoísta del mundo. Me llevo los brazos al pecho, intentando protegerme del dolor de corazón que ha comenzado a extenderse.

—Mi querido hermano —dice con una voz etérea y sorprendentemente alegre.

Él toma su pequeña mano entre las suyas.

—Cuánto tiempo he esperado para verte.

—En trescientos años no te has cortado el pelo —bromea ella.

Elijah sonríe y se le forman los hoyuelos.

—Yo no nací con tu belleza natural. Haré un esfuerzo mayor.

—La belleza, qué sinsentido. Eras más guapo que la mitad de las chicas de la ciudad — responde y estoy segura de que están repitiendo alguna broma familiar.

La mirada que comparten es embriagadora. Están unidos de una forma que yo nunca he experimentado.

Abigail aparta la mirada y la fija en mí. Tiene los mismos ojos grises e intensos de Elijah. Sin avisar, estira los delicados brazos en mi dirección. Siento una profunda calidez cuando me toma por los hombros.

—La bruja de Salem. —Se sucede un largo silencio. Se me acerca a la oreja y me susurra—: Tu padre acaba de despertar, Samantha.

El corazón, destrozado, casi se me sale del pecho, rasgando la poca entereza que me quedaba. De inmediato me echo a llorar. Toda la tensión y el dolor que he sentido estos cuatro meses emerge de mí. Deseaba esto más de lo que nunca he deseado nada en el mundo y ahora es real, ahora puedo respirar. Elijah me toca suavemente la cara, interceptando el torrente de lágrimas.

—Siempre te querré —articula con los labios y desaparece con Abigail. Lloro con más fuerza. No sé si desplomarme o saltar de alegría. Posiblemente mi cuerpo no soporte ninguna de las dos cosas.

—¿Sam? —me pregunta Jaxon con un tono preocupado. Se mete el teléfono móvil de nuevo en el bolsillo.

—Mi padre ha despertado —digo entre sollozos.

Se acerca a mí. El dolor por Elijah y la felicidad por mi padre se mezclan de una forma extraña.

Me limpio las lágrimas de las mejillas.

—Siento haberte dormido con ese hechizo. De verdad.

Niega con la cabeza.

—Siempre me has amenazado con dejarme fuera de combate. Debería de haberlo previsto.

—¿Cómo te has despertado? —le pregunto mientras Susannah se acerca a mí.

Se saca el colgante de mi abuela del bolsillo.

—Tenía esto en el pecho cuando desperté.

«¡Elijah!»

Sabía que Jaxon vendría a ayudarme, pero me cuesta aceptarlo.

—Mejor alégrate de haberte quedado dormido —le dice Mary cuando se levanta.

Alice asiente. Su frialdad habitual ha desaparecido.

—Has conseguido llegar al final de todo, Jaxon. Es estupendo que nos hayas encontrado.

—Ojalá hubiera estado aquí para ayudaros —dice él.

—No, mejor dejar que sean las chicas las que se encarguen —responde Susannah con voz

ronca, y las demás se ríen. Desliza su delicada mano en la mía.

Jaxon examina la habitación y se fija en los huesos, la sangre esparcida por el suelo y la horca.

—¿Han ahorcado a alguien?

Esta vez es Lizzie quien responde:

—A todas. Si no fuera por Sam, estaríamos muertas.

—¿La mujer cuervo? —me pregunta Jaxon—. ¿Dónde está?

—Muerta. Está más que muerta. —«Ha muerto en mis brazos», pienso, pero no lo digo.

CAPÍTULO 47

Rudbeckia

Recorro los últimos escalones despacio, pasito a pasito. Con cada movimiento, mi cuerpo vendado protesta. El olor a torrijas me incita a apretar el paso. Se oye el tintineo y repiqueteo de las cacerolas.

Paso bajo la puerta arqueada que da a la cocina y Jaxon y su madre se vuelven, ambos con la sonrisa típica de los Meriwether en el rostro.

Jaxon suelta un plato con galletas y se acerca a mí.

—Sam, se supone que no puedes salir de la cama.

—¿Y cómo se supone que voy a orinar entonces? —pregunto, aspirando el delicioso aroma del café recién hecho.

Mi amigo sonrío con malicia.

—Podría llevarte yo.

—Ya, es poco probable que eso suceda.

La señora Meriwether se acerca para inspeccionarme.

—Después del desayuno te prepararé un baño caliente y te pondré otra cataplasma. Te vas a sentir como nueva en un periquete.

Sonrío por la expresión que ha usado.

—Gracias, señora Meriwether.

—¿Por qué no vamos todos al salón? —propone al tiempo que echa nata montada en un cuenco.

—¿Necesitas ayuda, Sam? —me pregunta Jaxon.

—Si sigues tratándome como si fuera una inútil, te daré una colleja —respondo con una sonrisa que hace que me duela la cara.

—Ahora que sabes hacer hechizos, mejor tener cuidado.

La señora Meriwether nos sonrío. Los sigo por el pasillo hasta el salón y me paro de golpe. Nunca he visto tanta comida, me parece incluso bonito.

—Hay cuatro sillas —le digo a la señora Meriwether cuando coloca los cuencos con fresas y nata montada.

—Sí, cielo. Va a venir tu padre. —Me guiña un ojo.

Me agarro a una silla cercana en busca de apoyo.

—¿Ya puede venir? —Estos últimos días ni siquiera me han permitido hablar con él. No dejaban de decir que no entendían cómo podía haberse recuperado tan repentinamente y que querían hacerle más pruebas. «Supongo que las maldiciones rotas no actúan de la misma forma que las enfermedades de verdad.»

—Está deseando verte. —Tiene una sonrisa amable en el rostro. Jaxon sonrío de oreja a oreja. Se me llenan los ojos de lágrimas y me llevo la mano a la boca. Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta de atrás.

—¿Estás bien, Sam? —Jaxon me sigue.

—¡Sí! Necesito ir a por una cosa.

Atravieso el jardín y las hojas secas crujen bajo mis pies. Me olvido del dolor, entro en mi casa y voy hasta la cocina. Abro el cajón y aparto las tazas. Saco la de EL MEJOR PAPÁ. No va a tomarse el café si no es en esta.

Vuelvo a abrir la puerta trasera; la emoción alimenta mis pasos y me detengo. Veo una única *rudbeckia* recién cortada en el felpudo. Miro hacia el porche, pero no hay nadie.

Esbozo una sonrisa. «Elijah.»

NOTA DE LA AUTORA

Cotton Mather pertenecía a la tercera generación de Mather en Estados Unidos, y yo a la decimocuarta. He sabido esto desde que era una niña, y no porque tengamos el mismo apellido y él aparezca en los libros de Historia, sino porque mi abuela Claire Mather me lo contó. Ella me paseaba por su casa y me contaba historias de presidentes, amores prohibidos e invenciones. Reconocí mis mismos ojos en las pinturas de mis antepasados y comprendí su humor en sus cartas. En mi familia la historia no es un simple recuerdo; tiene pulso.

Mis familiares han hecho de todo, desde luchar en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos hasta sobrevivir en el *Titanic*. Forman un grupo multicolor y diverso que ha dejado huella en la historia estadounidense. Cotton, sin embargo, siempre ha sido un punto de controversia. Cuando mi padre estudió los juicios de Salem en el colegio, los otros niños se burlaban de él por su apellido.

Yo siempre he sentido curiosidad por este hombre infame y por las reacciones que tienen las personas al respecto incluso trescientos años más tarde. Así pues, empecé a investigar y lo que encontré fue sorprendente: Cotton era un hombre algo más complejo de lo que habría imaginado. Luchó por la puesta en marcha de la inoculación contra la viruela, escribió el primer libro policíaco de no ficción de Estados Unidos, dirigió uno de los primeros experimentos para implantar la hibridación y fue un personaje fundamental en el descubrimiento de Yale. Muchos escritores posteriores han usado sus libros para documentarse sobre la cultura puritana de los estadounidenses.

No había nada claro acerca de él. Los historiadores discuten acerca de su papel en los juicios sobre brujería, pero no solo por la complejidad de Cotton, sino porque los juicios fueron algo terrible. Y cuanto más indago en las misteriosas circunstancias que los rodearon, más quiero saber, así que fui a Salem y empecé a husmear.

Una de las primeras cosas que hice fue dirigirme a una librería y pedir un ejemplar descatalogado sobre mis antepasados. Cuando llegué a la dirección, no se trataba de una tienda como yo esperaba, sino de una casa antigua llena de libros. Escribí mi nombre en el formulario del pedido y la mujer alzó las cejas y me dijo «Mather... ese no es un apellido muy querido por aquí». No me ofendí, estaba muy intrigada. Nadie había reaccionado nunca así al oír mi apellido. ¿Era acaso una villana histórica en Salem o en alguna otra parte?

Supe entonces que esa visita no bastaría. Decidí pasar varias noches y empaparme del lugar. Paseé por calles adoquinadas con casas negras, me apunté a visitas guiadas y se me pusieron los pelos de punta al oír todas las historias (a veces aterradoras). Mas para lo que no estaba preparada fue para el hostel en el que me quedé. Era una mansión antigua con pasillos sinuosos y escaleras que acababan y empezaban de forma aleatoria. No hay duda de que era bonita, pero cuando encontré mi dormitorio, sentí que había algo raro.

No dejé de mirar por encima del hombro (y debajo de la cama). Volví a la recepción y pregunté si había alguna posibilidad de que el lugar estuviera encantado. La mujer asintió y me dijo: «Indudablemente». Después me contó lo mucho que le asustaba encargarse de cerrar la casa

por la noche. Me animó a leer el libro de firmas de los huéspedes si quería saber más sobre los fantasmas. Todo apuntaba a que no tenía que hacerlo, pero, por supuesto, no pude resistirme. Página tras página, la gente hablaba de que se había despertado tras oír gritos, había visto mecedoras moviéndose solas y mensajes escritos en los espejos empañados después de tomarse una ducha. La gente viajaba desde todas partes del mundo para quedarse en ese hostel encantado y yo, sin quererlo ni saberlo, había reservado una habitación allí.

Me puse muy nerviosa. Soy una cobardica. Dormí, si es que se le puede llamar así, toda la noche con un ojo abierto y la luz encendida. En el tiempo que pasé en Salem me fijé en que fuera al lugar que fuese, había una casa encantada, una maldición o un cementerio. La gente no te preguntaba si creías en fantasmas, sino cuándo había sido la última vez que habías visto uno. Después de unos días, me sentía completamente maravillada por la misteriosa historia de la ciudad y los secretos que allí se ocultaban. Así que escribí un libro.

Lo que de verdad quería con esta historia era destacar a algunas de las fascinantes personalidades históricas que descubrí en Salem y darles una nueva voz. Una gran parte (aunque no toda) es cierta. Si existe una explicación mejor para el lugar de los ahorcamientos de la que da Sidney Perley en su ensayo *Where the Salem «Witches» Were Hanged*, no la he encontrado.⁴ No obstante, las causas de los juicios son más complicadas de lo que puedo abordar en esta historia de ficción. Pero no pasa nada, porque no solo escribí este libro para revisar la historia. También lo he escrito para que se entienda como un paralelismo entre los ahorcamientos de las brujas en Salem y el acoso escolar hoy día.

Para entender mejor qué fue lo que llevó a los juicios de brujas, es importante considerar lo que sabemos y cómo lo sabemos. Después deberíamos de examinar el cristal a través del que contemplamos los acontecimientos. Es muy sencillo señalar con el dedo a la historia y gritar «¡estáis todos locos y la ropa que lleváis es muy incómoda!».

Al tratar las causas de estos juicios en el libro, me he tomado algunas libertades artísticas. El personaje de Ann, por ejemplo, está vagamente inspirado en Ann Putnam Jr., que tenía doce años cuando empezaron las acusaciones, y no era la adolescente que he incluido en esta historia. La casa negra del bosque no existe, pero sí había una casa que pertenecía a los familiares de John Symond (que aparece en el ensayo de Perley y en el diario de la abuela de Sam) desde la que se podía ver el lugar de los ahorcamientos. Desgraciadamente, ya no existe. Los escritos de Cotton y la influencia que estos ejercieron en los juicios tienen más importancia de la que he podido reflejar aquí. Hay muchos puntos de referencia reales de la vieja y la moderna Salem en este libro y merece la pena visitarlos y darse una vuelta.

Aunque no todos los lugares con historia siguen existiendo y parte de la información se ha perdido con el tiempo, las lecciones acerca de los juicios siguen teniendo valor. La inseguridad social y el miedo crearon un ambiente inestable que originó una espiral descontrolada en la Salem puritana. Algunos ciudadanos fueron señalados y usados como ejemplo por grupos poderosos que la comunidad admiraba y temía al mismo tiempo. Y, en cuanto la comunidad apoyaba una acusación de brujería, era prácticamente imposible que el acusado se librara de la condena... y del castigo.

Las acusaciones de brujería fueron en un tiempo la norma y ahora el acoso escolar las ha relevado. Al igual que en los juicios, no se acusa de manera invariable a los sospechosos de siempre, puede sucederle a cualquiera por cualquier motivo.

Sin embargo, la única razón por la que esto sucede es porque la comunidad lo apoya. La aceptación y el silencio del grupo resultan igual de letales. En el momento en que alguien alce la

voz, será posible detener ese círculo. No es sencillo, pero la grandeza no se alcanza sin correr un riesgo, y no hay nada más grande en todo el mundo que la amabilidad. La amabilidad con alguien que sufre acoso, la amabilidad con un extranjero, la amabilidad con un animal herido. Cualquier acto cuenta.

4 N. de la T.: En enero de 2016 el diario *The Washintgon Post* publicaba que el Gallows Pin Project había ubicado exactamente en lugar donde habían tenido lugar las ejecuciones en 1692: sería Proctor's Ledge, no Gallows Hill.

AGRADECIMIENTOS

Hay veces en las que simplemente tienes suerte, como cuando ganas la lotería y un abastecimiento de donuts en el mismo día. En mi caso, fue en Halloween en 2014, cuando el genio que coordinaba mi emparejador cósmico me guio hasta Rosemary Stimola y Nancy Hinkel. Las dos son mujeres amables, divertidas e increíblemente inteligentes a quien tengo el honor de llamar amigas. Ro es mi agente, Nan es mi editora y yo trabajo con ellas solo para añadir donuts a mi lotería. El amor y respeto que siento por ellas es inmenso.

Como si esto fuera poco, Knopf/Random House es un lugar mágico donde todos adoran los libros y hay ilustraciones de amigos en las paredes. Le estoy especialmente agradecida a Julia Maguire por su duro trabajo y fantástica dedicación; sin ella, este viaje no habría sido lo mismo. Y a todo el equipo que sigue impresionándome: Barbara Marcus, Stephen Brown, Melanie Cecka, Dawn Ryan, Artie Bennett, Janet Wygal, Lisa Laventer, Marianne Cohen, Trish Parcell, Alison Impey, Kim Lauber, Mary McCue, Judith Haut, John Adamo, Dominique Cimina, Adrienne Waintraub... gracias a todos por ser personas tan maravillosamente creativas y el gran apoyo de mi historia.

También un agradecimiento especial a Marilynne K. Roach, una perspicaz historiadora de Salem. Sus maravillosos libros supusieron una gran contribución a mi aprendizaje de la historia de Salem.

Antes de que Ro viera este manuscrito, cuando yo todavía me preguntaba «¿qué narices es una trama?», mis amigos y familiares me leían y me daban su inestimable opinión. Mi Right Club: Christen Barnes, Leah Briesé, Kirstin Minter y Raj Velu, que estuvieron ahí desde el principio. También lo estuvieron Frank y Claire Mather, Marcia Wood, Peter Ciccariello, Ron Wood, Linda Levy, Candis Wood, Saul Levy, Mollie Warren, Allie Merriam, Meghan Best, Maggie Conlon, Nan Shipley, Patrick Maloney, Matt Daddona, Michael McDonagh, Kara Barbieri, Geoffrey Gordon, Samantha Joyce, Jeff Zentner y Kali Wallace. Gracias a Dani Bernfeld por su generosidad desde el día uno, siempre la apreciaré. Y gracias a Anya Remizova por su apoyo diario, a mis gatos por sus grandes habilidades acurrucándose a mi lado y a todos mis amigos y familiares por su amor.

Pero lo cierto es que no habría escrito este libro si no fuera por mi madre (Sandra Mather) y mi pirata (James Bird). Su amor y aliento es inconmensurable. Su apoyo puede que también resulte insensato.

Creo firmemente que todo es posible, lo que estoy segura que me meterá en líos un día de estos. Y entonces estos dos me animarán con mi optimismo romántico. Así pues, quiero culparlos a ellos por adelantado de cualquier locura futura. Y agradecerles con todo mi ser el haberme dado un pequeño espacio en el mundo que llenar de sueños. Como dijo E. E. Cummings: «Llevo tu corazón conmigo; lo llevo en mi corazón».

¿QUIÉNES SOMOS?

Libros de Seda nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como Argentina, Estados Unidos, México, Colombia, Ecuador, Perú, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, librosdeseda.com, o siganos por cualquiera de las redes sociales más habituales. Y si quiere leer gratuitamente los primeros capítulos de nuestros libros visite: <https://issuu.com/librosdeseda>.

